PAGINAS LITERARIAS

GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS"

Director: Alberto Palcos

OBRAS PUBLICADAS:

I.—Domingo F. Sarmiento: *Discursos Populares.*
II.—Juan B. Alberdi: *Autobiografía.* La evolución de su pensamiento.
III.—Lucio V. Mansilla: *Retratos y Recuerdos.*
IV.—Juan B. Alberdi: *Viajes y Descripciones.*
V.—Nicolás Avellaneda: *Discursos Selectos.*
VI.—Domingo F. Sarmiento: *Cuatro Conferencias.*
VII.—General Tomás Guido: *San Martín y la Gran Epopeya.*
VIII.—Lucio V. López: *La Gran Aldea.*
IX.—Lucio V. Mansilla: *Entre-Nos. Causeries del jueves.*
X.—Saavedra, Belgrano, Rodríguez y Guido: *Los sucesos de mayo contados por sus actores.*
XI.—Bartolomé Mitre: *Arengas selectas.*
XII.—Esteban Echeverría: *Los ideales de Mayo y la Titanía.*
XIII.—Félix Frías: *La gloria del tirano Rosas.* Y otros escritos Políticos y Polémicos.
XIV.—Almafuerte: *Obras completas.* — Poesías (I°).
XV.—Guillermo Rawson: *Polémicas con Sarmiento. Discursos y escritos políticos.*
XVI.—Florentino Ameghino: *Conceptos Fundamentales.*
XVII.—Nicolás Avellaneda: *Discursos Magistrales.*
XVIII.—Domingo F. Sarmiento: *Los Caudillos.*
XIX.—Esteban Echeverría: *Páginas literarias.*

EN PRENSA:

XX.—Guillermo Rawson: *Escritos científicos.*

GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS

Director: Alberto Palcos

IXX

ESTEBAN ECHEVERRIA

PAGINAS LITERARIAS

SEGUIDAS DE LOS FUNDAMENTOS DE UNA ESTETICA ROMANTICA

Prólogo de Arturo Capdevila y
Apéndice de Juan María Gutierrez

EL ATENEO
Librería Científica y Literaria
FLORIDA 371 - CORDOBA 2099
BUENOS AIRES
1928

"GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS"

DEFINICIÓN DE PROPÓSITOS

Los Grandes Escritores Argentinos *se propone editar las obras de los ingenios más preclaros de nuestra literatura. Alienta el firme anhelo de ofrecer con sus publicaciones un cuadro completo de lo que encierra de más valioso la literatura nacional. Difundirá, además de las obras verdaderamente populares de nuestro pasado literario, todas aquellas que merecen ser conocidas y perdurar, todas las que arrojan alguna luz sobre el pensamiento o el arte de nuestros mejores escritores. Aspira a que los pensadores y literatos argentinos sean gustados por el público en lugar de serlo, únicamente, por los*

eruditos y estudiosos de nuestro pasado. Tienen derecho a ser conocidos de una manera menos fragmentaria de como se les conoce habitualmente.

Hasta no hace muchos lustros el cabal conocimiento de nuestros escritores estaba reservado a una minoría escaša. Eran inaccesibles para el pueblo. Después algunas meritísimas empresas culturales pusieron al alcance de los bolsillos más modestos un tesoro literario. Actualmente parece tomar incremento en el público cierta curiosidad por penetrar, en todo su desarrollo, en nuestro breve pasado literario nacional. Importa mucho avivar y acrecentar esa curiosidad. Las letras, como muy pocas actividades espirituales, revelan el fondo genuino de un pueblo y mantienen encendidas las llamas de un superior ideal colectivo.

Los escritores argentinos, desarrollándose los más en períodos de luchas, en medio de una sociedad en formación, cuajada de graves problemas que urgían soluciones inmediatas, no han tenido reposo suficiente para dedicarse al cultivo exclusivo de las letras puras. Las letras aparecen en ellos impregna-

las por un fervor cívico casi religioso. En sus páginas se refleja la auténtica tradición nacional. Consiste ésta en un magnífico ensueño de libertad y democracia. Sobrevive a despecho de las peores vicisitudes, de las tormentas y de las borrascas históricas, del caos, de la tiranía, para alumbrar, como un sol, la constitución de la nueva nacionalidad. Conviene que el pueblo se bañe con la lumbre de ese sol. Es acicate para grandes empresas constructivas. Los ideales democráticos que nuestros mejores escritores sostuvieron hasta el sacrificio, deben perdurar y ampliarse, extendiéndolos a todas las esferas, tanto a la política, como a la cultural, a la social y a la económica. Hay en nuestro pasado intenso y dramático la levadura con que se elaboran las grandes cosas, generosas simientes de libertad y de progreso, arrebatados afanes por convertir a América en el hogar cálido, cordial, de una nueva humanidad que supere las contradicciones y las fealdades en que se debate el viejo continente. Difundirlos es suministrar desinteresadamente al pueblo un sano deleite intelectual y estético; nutre al cerebro y edifica al corazón.

Tal es el espíritu que preside la nueva empresa cultural que acometemos y cuyo sello distintivo consistirá en ofrecer, en un todo orgánico, las producciones de nuestros mejores escritores. Cien volúmenes cuando menos, contendrán todo lo que merece conocerse de la literatura nacional. Los iremos dando con toda regularidad, a cortos intervalos. Esperamos llenar cumplidamente el vasto programa trazado. El concurso editorial del "Ateneo", huelga decirlo, constituye, en tal sentido, la más eficaz garantía.

LA DIRECCIÓN.

PAGINAS LITERARIAS

UNA ESTETICA ROMANTICA

por

ESTEBAN ECHEVERRIA

El presente volumen de nuestra colección contiene un conjunto de trabajos literarios escritos en prosa por Esteban Echeverría y algunos artículos en los cuales el ilustre poeta expone su estética romántica.

El mayor encanto de la mayoría de estas páginas tal vez consista en que Echeverría nos conduce a la intimidad de su noble espíritu. Apenas velado a veces por la ficción literaria el tema es su propia persona. Y por fragmentario que sea, todo trabajo que vuelque la experiencia de un gran hombre encierra inapreciable valor. Amigo de sumergirse en sí y de meditar hondamente en la soledad, la vida interior, rica y pujante, de Echeverría palpita en sus escritos, los cuales señalaron, entre un raudal

de ideas y emociones que suscitan, rumbo a la política, a la sociología y al arte de su patria. Tenemos para nosotros que Echeverría careció de tiempo, en su corta existencia, — con ser su labor de tan altos quilates, — de dar la medida de su real capacidad. Es uno de aquellos casos en los cuales el autor vale más todavía que su obra. Y por eso resulta tan atrayente cuanto escribe de sí.

Mentalidad bien nutrida, amiga de elevarse a la zona de las ideas generales, algunos trabajos de los insertos — el Mefistófeles, *por ejemplo, — señalan en Echeverría plausible interés por las ideas filosóficas. Sus concepciones de estética literaria figuran en los capítulos que componen la segunda parte de este volumen. Su eminente editor advierte que se trata, más que de una exposición metódica, de una serie de apuntes, a pesar de lo cual traducen con claridad y elegancia las teorías de Echeverría. En estos dominios el cantor del Desierto fué también, como en otras direcciones del pensamiento y del arte argentinos, el Precursor. El mérito de Echeverría radica en la forma en que expone e ilustra sus ideas. Si se las despoja de toda tendencia de escuela, buena parte de sus reflexiones y de sus juicios conservan el valor originario. En esta época en que ciertos cultivadores del arte se entregan a un como delirio individualista conviene recordar que un pensador de la primera mitad del siglo pasado, en pleno furor individualista, se adelantó a sus contemporáneos preconizando un arte*

social y la necesidad de impregnar la poesía en las ideas que dan fisonomía y color a una época. La finura de observación, la agudeza de juicio y el seguro sentido crítico de Echeverría resplandecen en este bello trabajo.

Y no decimos más. Capdevila en el prólogo y Juan María Gutiérrez en el apéndice evocan acabadamente al preclaro poeta, al hombre cautivador, al patriota clarividente.

Los materiales de este tomo están tomados de las Obras Completas *de Echeverría, compiladas por Juan María Gutiérrez, que vieron la luz en 1874. A Gutiérrez pertenecen todas las notas que en él figuran.*

ALBERTO PALCOS.

PROLOGO

ESTEBAN ECHEVERRIA

EN LOS SALONES PORTEÑOS DE LA PRIMERA EPOCA DE ROSAS

I

Brilla sin fuerza el sol de julio en Buenos Aires. Es exactamente el 8 de julio de 1830. Se acaban de desayunar los señores — el señor y la señora — y Luisa, alegría y bendición de la casa, se está prendiendo el último alfiler. Es probable que esta niña "de quince primaveras", de quien debemos hablar, se asemeje algo a Florencia Dupasquier, la romancesca novia de Daniel Bello. No lo sabemos bien. Es en todo caso una porteña elegante y vivaracha. Cuatro o cinco renglones de Echeverría, en el fárrago de inconexos apuntes íntimos, es cuanto, con respecto a Luisa, hubimos de hallar. Guiados, pues, por la intuición mucho más que por algún concreto dato, debemos hablar de ella,

no como quien sabe algo sino como quien adivina. Y lo haremos, porque fuera de esta Luisa casi irreal nadie hay que sepa cosa alguna del corazón de Echeverría, cifra de toda una época. Inútilmente se leerá en sus biógrafos: allí no hay nada; inútilmente sus versos: allí tampoco. Nosotros, gracias a los cuatro o cinco renglones confidenciales que dijimos, hasta hoy no debidamente valorados, sabremos algo de la amorosa intimidad del vate romántico. Es uno de los objetivos de este trabajo.

Es la hora de leer "La Gaceta", en rueda familiar, al rededor del brasero; "La Gaceta Mercantil", que dedica ese día su número a los patrióticos regocijos de las fiestas julias. Con las buenas nuevas de Córdoba, el aire de la ciudad está propenso a los entusiasmos del civismo: hasta vuelve a creerse en el retorno a los tiempos de Rivadavia. Mas, prescindiendo de luchas banderizas, bien que se recuerdan ahora las rudas jornadas de ayer. Aun viven muchos de sus héroes. Cada férreo señor tiene algo que contar de los años de la revolución o de la guerra. Y de veras: mejor es recordar que hacerse cálculos optimistas, contemplando el escenario circundante, entre un rojo fastasma: Rosas y un espectro bañado en sangre: Dorrego. La tempestad amaga dentro y fuera. Imposible que no se mezcle la desolación a la ufanía de las evocaciones. cuando se dice: Mañana, 9 de julio...

Cierto. Mañana 9 de julio de 1830. Hay que celebrar este gran día. "La Gaceta" cubre una plana con la transcripción del Acta de 1816. ¡Qué nadie recuerde otros nombres que los muy sagrados de las batallas y de las asambleas de la libertad!

En la rueda familiar, mientras se toma el mate, Luisa lee "La Gaceta". De pronto exclama con júbilo:

—¿Saben que hay versos? Empiezan así:

¡Oh patria, patria, nombre sacrosanto!

El señor pregunta de quién son. Luisa responde que no traen firma y que los precede esta nota explicativa: "La siguiente composición métrica, cuyo mérito literario nos ha decidido a publicarla, es obra de uno de los jóvenes recientemente llegados de Europa." Los tres repiten: ¿De uno de los jóvenes, recientemente llegados de Europa? Y de su interrogación se exhala, así como de las líneas del diario, ese inconfundible vaho de las aldeas. Pues no. Esta vez no caen. Luisa relee la noticia: "Es la obra de uno de los jóvenes recientemente llegados de Europa."

La madre arguye que debe haber error. Los jóvenes argentinos recientemente llegados de Europa — ¡quién no lo sabe! — son los cirujanos Fonseca y Portela, que no hacen versos. El uno atiende a su clientela en la calle Suipacha; el otro, en la calle de las Piedras. Sólo que haya llegado otro joven más... aunque sería tan raro...

Y el vaho aldeano, hecho de inefables simplezas, los envuelve de nuevo a los tres.

Ello es que al cabo lee Luisa los versos y aún se detiene en a llamada que reza como sigue: "Esta composición fué escrita a la vista de las costas del Río de la Plata." Luisa ha releído finalmente el epígrafe que la inspiró; una exclamación de lord Byron, que dice así: "Aun existe más allá del Atlántico una tierra libre y orgullosa." Luisa se ha quedado soñando un instante: En la borda de un bergantín, un hombre hace versos. Se lo figura hermoso, varonil, arrogante. Ha sucedido esto mismo doquiera se leyó "La Gaceta." El epígrafe de Byron y la mención del arribo del buque — las acotaciones, en suma — han determinado el triunfo de las estrofas. Y hallando la gente muy pulcras, muy finas y muy poéticas estas circunstancias, piensa bien de los versos con traslaticia ilusión.

En esto llaman a la puerta. Resuena el golpe, en el aire sin un solo ruido.

Luego se oye que tocan las manos en el zaguán. Ladra a los fondos el perro, dando la enhorabuena a la visita... Sí. Es doña Ana; miseá *Ana, la matrona, muy de rebozo con ancho ribete de seda, y peinetón, que volviendo de su cotidiana misa, hace lo menos tres cumplidas estaciones antes de reintegrarse a su casa. Ya está adentro. Viene muy dichosa, con la "Gaceta Mercantil" doblada en el devocionario. Se sienta. Le brindan un mate con*

bizcochos dulces, y apenas ha sorbido la bombilla, doña Ana pregunta:

—Qué, ¿no han leído los versos de "La Gaceta"?

Claro que sí, y los hallan hermosos. Pero, ¿de quién son? ¿Qué otro joven argentino ha llegado de Europa, no tratándose de Fonseca o de...?

Doña Ana cobra una inmensa importancia al ir a contestar. Se ofende y se enfurruña con esto que sólo se mencione a los cirujanos. ¿Qué de quién son los versos? Pues de Esteban Echeverría, el hijo de su gran amiga doña María Espinosa, que Dios tenga en su gloria. Viene de Francia, adonde ha estado cinco años estudiando ciencias y letras. Va a cumplir, en septiembre, veinticinco años. Le aguarda con seguridad un porvenir extraordinario. ¡Y quién le hubiera dicho a don José Domingo, el honrado vasco, que su hijo había de llegar a tales cumbres, cuando hace años dieran tanto que hablar los extravíos de este preciso Esteban! carpetero, libertino y cantor de cielitos (¡cielito, cielo y más cielo!) en el barrio de Alto. Menos mal que mucho se morigeró al último como dependiente de aduana de Sebastián Lezica y hermanos.

Doña Ana ha dicho cuanto quería decir. Están muy ricos los bizcochos, pero se va.

Esa tarde, en la Recova y en la Alameda las amigas de Luisa no comentan otra cosa que los versos del día. Van y vienen las niñas del brazo. Vienen y van los galanes en fila. Otros se están muy firmes

en las esquinas. De pronto, doña Ana, que toca en el hombro a Luisa:

—Luisita... Esteban Echeverría; míralo.

Luisa se vueve. En ese propio instante un joven alto, delgado, de regulares facciones, de ovalado rostro, se coloca el monóculo de engarce de oro y dirige su atención justamente a ella. Doña Ana y don Esteban se saludan. Se vuelca hasta la rodilla el hondo sombrero del bardo, en rendido ademán. Las amigas miran a la vez, seducidas. Esteban Echeverría las ha cautivado a todas, con su monóculo, con su capa, con su gran sombrero, con sus guedejas negras, con su fisonomía un poco triste, con su aire soñador...

II

Esteban Echeverría habita un amplio aposento, con ventana frente al río, en la Alameda, que es a la sazón la avenida mundana de Buenos Aires; a fin de cuentas, doscientas varas de carretera desde el Fuerte hasta la calle de Cangallo; avenida que apenas justifica su nombre, a la sombra de una línea de ombúes, alternados con bancos de ladrillo... Entre los tumultuosos sentimientos del regreso, el viajero no consigue recobrarse a sí mismo, y menos consigue, después de cinco años que le dieron otras aficiones y otros gustos, recobrar a su ciudad. Sin embargo, la Buenos Aires que encuentra es

aproximadamente la que dejó. Cuando se iba, una carreta de elevadas ruedas lo condujo por la barranca del río abajo, hasta una lancha que se mecía río adentro, y esta lancha lo llevó cabeceando al navío, anclado en lo ancho de la rada. De vuelta, su navío echó el ancla en lo ancho de la rada, donde lo abordó una lancha en que todos transbordaron, y esta lancha los descargó a dos cuadras de la costa, en la forzosa carreta que los sacó, Dios sabe cómo, a tierra firme por la barranca arriba. ¡Desembarco gaucho, si los hay!... No, no ha cambiado Buenos Aires. Acaso únicamente hay más gente y más ruido que antes en la Alameda y ha crecido, en domingos y fiestas, el número de buhoneros que ponen tienda portátil de cachivaches y abalorios. No es tampoco difícil que haya más plebe y que circulen, formando mayores grupos, los marineros de habla extranjera. Si no es en esto, Buenos Aires no ha cambiado...

Tras el buen desayuno, la mañana se dedica, igual que antes, a la actividad callejera de los negocios y de los quehaceres. Hay mucha gente en las aceras y muchos carros en las calles, y aumentan sin duda los almacenes. Ved, pues, a Echeverría, un instante, creyéndose en Europa. No fué sino un instante: que pronto lo trajo a la realidad un son de cencerro. Era el carromato del aguador que rodaba a tiro de bueyes, chirriando y rechinando hasta el sollozo y el lloro, con el boyero sobre el yugo, las piernas al aire... ¡Oh! y las igle-

sias ¿no son las mismas que eran? Ciegos y cojos, invaden los atrios con el sombrero a la búsqueda del real. Como hace un lustro, la ciudad está plagada de limosneros. Recórrenla a caballo y a pie horribles mendigos de poncho verde y greñas sucias; y por si no bastara, se mezclan a la pedigüeña turba, frailes mendicantes de larga alforja al hombro, gangoseando de puerta en puerta: "Por el amor de Dios..."

No, no ha cambiado Buenos Aires. Como era en 1825 es en 1830. Según se acerca a hora de almorzar, échanse a la calle los vendedores de golosinas y ricos bocados. Van de chaqueta y chiripá, con anchos calzoncillos de flecos, delantal y chancletas. Y uno grita, estentóreo: ¡Tortas y buñuelos! Y otro se desgañita: ¡Fritos, fritos, bañados en miel de caña! Y éste se entromete pregonando: ¡Grasa, grasa, pa el alivio de tu casa! Y aquél otro, el pastelero, no deja su cantinela: ¡Ya se acaba, ya se acaba! ¿Quién te llama, pastelito?; en tanto que el mazamorrero, un negro de dientes blanquísimos, enseñando como de muestra sus blanquísimos dientes, va ofreciendo de zaguán en zaguán: ¡Mazamorra! ¡Mazamorra! Y como el el invierno es de los dulces, y pues que los vecinos son amables y obsequiosos, negras van y negras vienen por toda la ciudad con dulceras de regalo de casa a casa. . .

No. No ha cambiado Buenos Aires. El almuerzo se anuncia en la antigua forma sacramental:

«A comer que son las 2; ya ha sonado la campanita de San Juan». Y con esto, se cierran todas las puertas de calle, a tiempo que las buenas esclavas entran a todos los comedores con sus respectivas fuentes de carbonada... Y en concluida la mesa, a la ociosa siesta... Sólo bastante después, ya al ir a declinar el sol, la gente sale a su Recova y a su Alameda de siempre a ver y a que la vean. Pero al toque del «Angelus» el mundo se detiene suspenso. Se quitan los hombres el sombrero y bajan los ojos; las mujeres se santiguan y oran. Y aquí empiezan los repiques de la Catedral, de San Francisco, de Santo Domingo, de la Merced, del Salvador, de las Monjas... y resuena el cielo entero, una hora, dos horas, sin que nadie acierte a oírse, hasta que entra negra la noche; si es que aun entonces no bailan rezagadas notas... Luego se cena frugalmente, a menos que haya huésped a quien honrar, en cuyo caso, la niña de la casa, juzgándose discretísima, brinda el vino de la fiesta en esta inocente — ¡sí! — pero espantosa sextina:

Sobre mi mano está el vino:
sobre el vino está el licor.
Con mucho gusto y honor
le sirvo a usted, caballero.
Yo lo quisiera probar;
pero pruebe usted, primero....

Echeverría siente con secreta angustia el alma lugareña. Le duele y le humilla tanto atraso, im-

posible de no advertir. Si nuestro vate ha traído de Francia la afición al té, ha de comprarlo en las farmacias, cuando lo encuentra... Y de veras que el boticario se lo venderá diciéndole: «Cartucho de té de a medio, que es buen remedio». La barbarie rodea a la ciudad, y acá y allá le hace hondas brechas. De noche, ciñe y deprime a la semidormida Buenos Aires, el ruido salvaje, seco, ronco y siempre igual, del candombe de los negros. Las lavanderas, frente a la Alameda, lavan la ropa sin jabón, a puro golpe de garrote. Y no bien su merced se aleja del centro, ya denuncia incultura, atado al cerco de caña, el gallo de riña, cubierto de cicatrices como un coronel de la Independencia. Y olvidemos que en Barracas, burlando leyes y ordenanzas, sobreviven las corridas de toros. Y ahora, añádase que Echeverría, sobre no saber sonreír — que nunca lo supo — vino de Europa cargado de graves ideas. Estoy seguro así de que le movería a profundas reflexiones «socialistas», y no por cierto a una simple regocijada observación, el juego de lotería que tan graciosamente se jugaba; a cuyo respecto, siempre es bueno recordar con José Antonio Wilde aquélla con seña y contraseña, cuyos extractos rezaban, v. gr., como sigue:

> *Seña: Virgen del Carmen, dame suerte..*
> *Contraseña: Alma de mi abuela.*
> *Premio 100 reales.*

No, no ha cambiado Buenos Aires, y Echeverría no sabe sonreír.

III

Es una suerte que haya llegado la primavera. El poeta se alberga aún en la ya supuesta casa de la Alameda. El río se hincha a veinte varas de sus cristales. Ya sabemos que ésta es la avenida de los elegantes, el boato de la ciudad, la avenida de los Campos Elíseos... de aquella aldea. Cumple, además, saber que de no haber obscurecido la guerra el espíritu de justicia, esa avenida costanera llevaría el nombre de Vértiz, ya que fué el gran virrey quien la ideara.

Al llegar la tarde, el poeta contempla con melancólicos ojos la ancha vía, adonde acuden — es frase suya — «los enamorados y los que la vanidad del lujo atrae». Sufre, se esconde, se retrae. Ha comenzado a sufrir del corazón. Dolores insoportables — dice — y palpitaciones irregulares se lo desgarran. El más leve ruido, la menor emoción, le hacen latir fuertemente el pecho y las arterias: de este modo se queja. Se agrega a este mal verdadero, el mal del siglo, la tristeza romántica, de la que Echeverría vino enfermo, o, por lo menos, imbuido. Exclusiva distracción de su tristeza son los versos. De ahí que los llame sus consuelos. De ahí que el volumen que los contenga en 1834

lleve por título igualmente «Los consuelos». Bien lo dirá: «Divirtieron mi dolor y fueron el único alivio en días de amargura». Envuelto en su capa, el gorro griego sobre las cejas, dicta sus versos, llorando a una amada muerta: vaga Dulcinea de la que ni siquiera sabemos si vivió...

En vano busco la mujer hermosa,
imán de mi alma que llenó mis días
de tiernas ansias, deliciosos sueños
de amor y dichas.
La busco en vano, que doliente siempre
voz ominosa de la negra tumba
burla mi anhelo y me responde triste:
Aquí se oculta.

¡Quién sabe! Una inspiración a la deriva — y no le conocemos otra a Echeverría — no llega nunca adonde quiere sino adonde puede. Lo cierto es solamente que se siente solo y que suele decirse foráneo. Sus antiguos condiscípulos ruedan tierras. Otros infatuados de presunción y de ciencia, no son amigos deseables. La vida se le va sin objeto. Le falta el arrimo de una familia, el refugio de un amor. Cuando cae la tarde, Echeverría, que ha traído de la Europa romántica el culto del crepúsculo, se recoge en sus penas y no es más que «el poeta enfermo» de estos problemáticos sáficos:

El sol fulgente de mis bellos días
se ha obscurecido en su primera aurora,
y el cáliz de oro de mi frágil vida
se ha roto lleno.

Demos, no obstante, por muy probable que también él debió sentir la dulce belleza de la primavera a la orilla del Plata. La primavera es un maravilloso regalo en Buenos Aires. Echeverría debe saber que es el tiempo de las cabalgatas por la calle Larga de Barracas hasta la finca del almirante Brown, o por la calle Florida hasta el Retiro, donde, si es domingo, se oye de a caballo la música del cuartel de los negros... ¿Cómo?... ¿Del cuartel de los negros? Rosas los trae ensoberbecidos: cuidado. Del cuartel del batallón de defensores de Buenos Aires, querrá decir usted...

Da gusto andar por la ciudad, que huele a flores... Da gusto ver en los jardines fronteros, solados de mármoles blancos y negros, a las lindas niñas, regando sus diamelas, sus rosas, sus claveles; si es que no lo hacen muy andaluzas en la ventana de rejas que da a la calle. ¡Y de noche! De noche se sacan las sillas a la acera y se toca la guitarra y se entonan vidalitas. Pero no salgamos del centro, porque fuera de su radio cunde un detestable olor a fritura. En las esquinas de las afueras el ancho brasero y la humeante sartén se roban respectivamente la acera y la atmósfera. ¡Qué importa finalmente! De vuelta, ya muy de noche, del lado de adentro de una reja, puede oírse de pronto, confidencial, son de guitarra que llora y fresca voz de novia que canta.

Sí. Triunfó la primavera, y hasta se abrasa y agosta ahora, 8 de diciembre, a los soles del inminente verano. Es el día de la Inmaculada Concepción, fecha que inicia en Buenos Aires la estación de los baños. Hay algo de misterio antiguo en la cosa. Conforme se pone el sol, van llegando al río las familias, por la bajada de los mercedarios, seguidas de la servidumbre. El sol se oculta detrás de la ciudad. Bulle en la ribera, abigarrada multitud femenina. Obscurece... Cuando ya obscureció lo necesario, las porteñas se visten de bañador y entran con desconfiado pie al agua. El agua está fresca y sin brillo. En el aire dulce y pálido se desdibujan los contornos de las bañistas. Ésta canta. Aquélla lanza un grito. La otra arroja un agua loca con las manos alegres. Huye el tiempo. Se dijera que huye en el viento del río. Ahora reina completa obscuridad. Ahora las últimas risas se pierden, sueltas, laxas, en el triste rumor de las anochecidas olas... Como no hay luna, las esclavas, en la ribera, encendieron cien farolillos a vela de cebo. Ya se visten a su amortiguada luz las porteñas. Ya salen alborozadas en grupos. Ya suben la cuesta de los mercedarios. Ya vuelven a sus casas. Ya ríen a la noche, la cabellera a la espalda, las canciones al viento...

¿Y Echeverría? Echeverría quizá no lo advierte. Sufre, a la vez, males del cuerpo y del alma. Vamos a ver, sin embargo, qué hace ahora. Porque doña Ana, su vieja amiga, le ha venido a

convidar a una tertulia, ignoramos si en casa de Escalada o de Riglos, de Alvear o de Oromí, de Barquín o de Soler, de Sarratea o de Rondeau; aunque sabemos que a tertulia de mucha calidad. Echeverría escucha indiferente, rehusa al principio y al cabo acepta. Irá. Pero no irá ciertamente como actor. Después de todo, ya no le place el baile; sólo ama la música y, señaladamente, le agrada el canto, el canto íntimo; lo que él llama «esa música del corazón»... En fin, la verdad de su vida es que sufre mucho.

Salva quede la sinceridad del vate. Admitamos que le roía el hastío, incluso un «hastío completo de versos y de pluma». Aceptemos su anheloso clamor: «¡Ven a mis votos, silenciosa muerte!» Admitamos su confidencia sombría: «Nada debo aguardar del tiempo, más que una muerte prematura y sin gloria». Creamos también, pues lo dice, que «conversa cien veces al día con la muerte»; aunque su filiación romántica vuelve insistente la sospecha de una exagerada actitud. Será lo que sea. Ello es que el día de la fiesta, apenas cerrada la noche, nuestro bardo, muy elegante y en el fondo bastante feliz, se dirigió a reunirse con la buena de misia Ana; dobló por la derecha hacia la plaza, atravesó el gran arco de la Recova, y a poco más que anduvo se halló en el barrio aristocrático de Santo Domingo, delante de la puerta de su introductora. Ya salía doña Ana al zaguán. Se dieron las buenas noches y siguieron juntos.

IV

Conocemos el salón familiar de la Buenos Aires de Echeverría: libros de recuerdos y cuadros de la época nos lo han conservado intacto. Se puede leer con mucho provecho obras como la de don Octavio C. Batolla, sobre la sociedad de antaño, o como la de José Antonio Wilde, sobre lo que fué la ciudad de sus tiempos. Mas, de seguro, Alcides d'Orbigny, el joven sabio francés que arribara a nuestra máxima aldea hacia 1828, es el más exquisito de los testigos. Él ha dejado en su grandiosa obra, «Voyage à l'Amérique Méridionale», preciosas referencias, hijas del entusiasmo y de la admiración. Frecuentísima debió ser en sus labios esta exclamación de su rendimiento: «¡Qué bien sientan la franqueza y la cordialidad, con maneras graciosas y elegantes!»

Esto mismo se tuvo que decir Echeverría, muy probablemente, a poco de haber llegado, del brazo de doña Ana, a la tertulia del convite. Ved. La casona del baile es inmensa y un si es o no es conventual. Desbordan los jóvenes en el ancho zaguán. Se instalan en los sillones y sofáes las señoras. Al lado de la dueña de casa hay un sitio reservado: el de doña Ana. Pero ya llega con su caballero. Viéndolo, niñas y mozos se cuchichean: Esteban Echeverría. . ., Esteban Echeverría. . . Doña Ana quiere saber de Luisa. Le responden que

no ha llegado aún. Y todos, en ocasión de este diálogo, «hacen las mejores ausencias» de la niña, encareciendo sus prendas.

Y bien: éste es el salón, más largo que ancho, de los solares argentinos; éste es el salón donde reinaba, según la frase de d'Orbigny, «la conversación siempre viva y animada, gracias a la natural alegría de las porteñas y a la excesiva movilidad de su imaginación». Este es el salón del piano y del arpa, de la araña de plata bruñida y de los candelabros resplandecientes; el salón de los muros blanqueados y de los espejos venecianos; el de las butacas de amarillo brocado, y del sahumador, y del florero. Aquí es donde la confesión de amor se hace temblorosamente y de rodillas. Este es, acaso, aquel mismo salón de 1813, donde se cantó por la primera vez «a la faz de la tierra»: «Oíd, mortales, el grito sagrado»...

Suena el piano: un piano de Francia. Se toca una sonata de Adam. En eso, Luisa que entra. Con la primavera, está bellísima, con su falda sembrada de flores, con su bata de anchas mangas, con su diamela prendida sobre el corazón, con su peinetón de un rojizo brillo, con su abanico muy gentil.

Los caballeros se adelantan a saludarla.

—Luisa — dice «miseá» Ana, — el hijo de mi amiga: don Esteban Echeverría...

—¡Oh! ¿Es usted?

Y se ruboriza, mientras el vate cree muy justo

llevarse la mano al pecho. Está suspenso. ¡Qué candor! ¡Qué dulzura! ¡Qué gracia!. . .

Va a empezar una contradanza. Un contertulio ofrece el brazo a Luisa; sólo que ella, con los ojos bajos, miente como un ángel esta excusa:

—La tengo comprometida.

Echeverría la mira con agradecimiento del alma; y se dispone a su lado entre los «contradanzantes». Rompe el piano, y ya bailan, y ya se inclinan ceremoniosos, y ya se toman de la mano. Y giran, y vuelven, y se inclinan de nuevo, girando y sonriendo. . .

Cuando la contradanza se deshace, fórmanse los grupos de la conversación. Entre baile y baile hay siempre un lapso de diálogo. Llega más gente: entre otros, un señor de levitón muy largo y esclavina, bota granadera con borlas, y bastón con puño de oro. Es el médico Gafarot, a quien luego rodean los joviales viejos del ansiado tresillo. Otro personaje: la nariz insolente y rubicunda, la frente alta. Es don Pedro de Angelis. Echeverría y de Angelis se saludan con reserva, quedándose entrambos muy sobre sí. Ha nacido en ellos, al instante, una instintiva enemistad.

Ahora, un valse. Y Echeverría envuelve a Luisa con su brazo. Y la conduce (transcribo un apunte íntimo del poeta) «ligera y fragante como una sílfide aérea, impregnada del ámbar de las flores». Transcribo más: «Era como si un ángel le llevara sobre sus alas etéreas a la región inefable del amor

y de la gloria». Así se comenzaba a querer en mil ochocientos treinta y tantos...

Es fácil adivinarlo. Echeverría quiere de su amiga un recuerdo de esa noche. ¿Un recuerdo? Y Luisa, bajando los ojos, se desprende ruborosa la diamela del pecho, y llena de gracia, se la da. Echeverría la eleva a sus labios.

Muy de noche, cuando la Alameda está profundamente sola, y únicamente se oye el jadeo de las olas del Plata, Echeverría mira la inmensidad del río que baña la luna. Murmura: «Sí. Yo he visto un ángel. Yo sostuve en mis brazos su cuerpo gentil y aéreo». Siente henchido de versos el corazón. Quisiera cantarlos a la luna, a la noche, a los desconocidos astros del destino... Requiere la guitarra. La pulsa dulcemente. Mas no da con los versos de su alma... (La noche, de febrero. La luna, de oro. El río, inmensidad sin nombre. Y el recuerdo de Luisa...)

Buen amor, quizá, que a los años, cuando el recuerdo se ha vuelto nostalgia, le devuelve, siquiera sea en candorosos versos, la visión de aquella hora fugaz:

Dióme un día una bella porteña
que en mi senda pusiera el destino,
una flor, cuyo aroma divino,
llena el alma de dulce embriaguez.
Me la dió con sonrisa halagüeña,
matizada de puros sonrojos.
Y bajaba hechicera los ojos,
incapaces de engaño y doblez.

¿Incapaces de engaño y doblez? En 1837, «El Cancionero argentino» recogía esta versión:

Desde entonces, doquiera que miro,
allí está la diamela preciosa,
y con ella la imagen graciosa
de la bella que a mí me engañó.

¿De la bella que a tí te engañó? En el volumen de «Las rimas», que ve la luz en ese mismo año, leemos bien al contrario:

Desde entonces, doquiera que miro,
allí está la diamela olorosa,
y a su lado una imagen hermosa
cuya frente respira candor.

Y vaya uno a saber hoy cuál de las dos versiones se cantaba en Buenos Aires con música de Esnaola. . .

V

¡Versos y amores en 1837! Todo esto debe acabar bruscamente. La situación de las Provincias Unidas es gravísima. Hay otro fantasma sangriento en el escenario argentino: Facundo Quiroga, alevosamente asesinado. A su tremendo conjuro, va a llover sangre, del norte al sur. ¡Lóbrego nubarrón, el que se echa sobre los horizontes! «La civilización ya está boleada». Caudillos analfabetos asumen la soberanía institucional. Los diarios

trasudan injurias. Desde 1833 el árbitro es Rosas. Se le preparan o se le consuman memorables burlas a la inteligencia y al saber. Ha llegado, fúnebre, el invierno de 1837. La sumisión de baja que era, se vuelve abyecta. La juventud se apresta a la sumisión o al desbande. . . Pero entonces mismo cobra un valor providencial la presencia de Esteban Echeverría, que, desde su llegada, no hiciera sino aumentar su justo predicamento. Fué Gutiérrez quizá, quien lo introdujo en el círculo de los que habían de constituir la Asociación de Mayo: ni federales ni unitarios,sino gente nueva, hombres cultos, falange universitaria que «hojea libros y viste frac»; generación de espíritus inquietos, fatigados de tanta sangre derramada; ávidos de alcanzar los verdaderos bienes de la vida; anhelantes, sedientos de respirar ese aire de las libres ideas, ellos que se sofocan bajo el poncho colorado de Rosas. Y ahora cumple decir que los federales les quieren mal, a causa de que conjugan bien los verbos y no se tratan de vos *a la manera restauradora, sino de* tú, *como los próceres del 25 de Mayo: que así un pronombre bien empleado y un verbo conjugado como es debido, han llegado a ser en las Provincias Unidas, especies sospechosas al orden público.*

Luego encuentra Echeverría entre estos jóvenes, almas ansiosas de aprender. Entre otras virtudes, profesan la de admirar y confesarlo. No creen que admirar humille; saben que admirar exalta. (Ul-

tima generación que supo esto en la Argentina.) Echeverría, de esta suerte, los adoctrina y los instruye. Les da la hora exacta del mundo. Y lo mismo los induce a la dilucidación de los grandes problemas sociales y los deslumbra con las ideas o los sueños de Saint-Simon, de Considerant o de Fourier, que les revela, demoníaca, sublime, la inspiración de Byron (a quien siempre llama el Lord) o dolorosa, remota, la poesía de Ossián. Y un día en que el maestro descubre que estos jóvenes aman a la democracia sin saber por qué, si es que no se disponen a odiarla y execrarla, les da la clave de la democracia en la idea del progreso, y les interpreta con su auxilio la propia historia de la revolución argentina. «Pocos sospechan — les dice — que el progreso es la ley del desarrollo y el fin necesario de toda sociedad libre, y que Mayo fué la primera y grandiosa manifestación de que la sociedad argentina quería entrar en las vías del progreso.» De este modo los torna neófitos de esa formidable religión del siglo XIX.

No. No es tiempo de amores y urge hacer algo más con esta juventud de Buenos Aires que hablar de ensueños del arte o de utopías sociales. Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi son los elegidos de Echeverría. Ellos reciben la misión de convocar a los mejores, a los pocos, a los únicos, a una reunión secreta. Si no hay en todo Buenos Aires más que tres hombres que amen la libertad, que acudan esos; si sólo hay dos, que acudan esos

dos; si sólo hay uno, que ese acuda. Se trata de jurar fidelidad al espíritu de la revolución de Mayo. Se trata de salvar el 25 de Mayo... Treinta y cinco valientes muchachos asistieron en la noche del 23 de junio de 1837 a un vasto y misterioso salón, adonde fueron entrando de uno en uno. Allí escucharon, soberano, el verbo de Echeverría. Allí le vieron sacerdotal. Allí le contemplaron vibrante en sus treinta y dos años, severos y enjutos, mostando, explicando, enseñando el cómo y el por qué de los días que se consumaban. Allí habló por sus labios un numen de la historia. Allí, a la hora de la muerte, fué hecha la mayor y más viviente de las promesas. Allí, cuando no había nada, lo menos que se dijo fué: todo. Se dijo y se exigió. Allí transcurrió también la otra noche excelsa: la del 8 de julio de aquel mismo año, en que los treinta y cinco iniciados de la libertad recibieron su hierofante «un credo, una bandera y un programa» y juraron entre lágrimas una fraternidad indisoluble. Debió ser noche grande. Gutiérrez la llama, hablando en nombre de todos, «la noche más bella de nuestra vida». ¡Y cómo no lo sería! ¡Y cómo no lo sería, si el más hermoso de los gestos fué siempre aquél en que se desafía a los déspotas! ¡ quién duda de que sin esta peripecia apolínea el teatro de la historia no sería más que un tinglado de verdugos, y la tiranía algo así como una merecida desgracia, o como un dolor que se acepta en nombre de lo fatal! En-

tretanto, convertir una desgracia en un drama es adquirir una conciencia heroica y trascendental del destino. ¡Largo y tranquilo día el de los autócratas, cuando no se toma sino a natural desgracia su advenimiento! Luego se les tendrá por providenciales. Sacad conclusiones. En muchas comarcas de América, bajos y viles tiranuelos han alcanzado glorificación en la historia. En la Argentina, en cambio, jamás, ni una calle, ni una plaza, llevarán el nombre de Rosas, bien que se reconozca en su administración, honradez; en su gobierno, labor; en sus conflictos con Francia e Inglaterra, una gallarda insolencia mezclada de genuino pundonor. Nada de esto, sin embargo, es ni será rescate de Rosas. Rosas está acusado de un crimen contra Prometeo; porque Prometeo era aquel pueblo de Mayo que libertara a un continente. Bajo la fuerza de este sentimiento, Echeverría y los suyos le dieron a la tiranía de Rosas el profundo sentido de un drama, en que ha sido comprometido hasta lo más hondo de la conciencia argentina. No se tarda mucho en declarar, ante de una desgracia, que acaso fué necesaria. Ante un drama, muy al contrario, nos domina la idea de la injusticia. La inteligencia entonces entra como protagonista y su tragedia es sagrada. La tiranía no será la desgracia de una recua; será el drama de un pueblo. Y por esta peripecia apolínea, que cumpliera Echeverría, Rosas es entregado sin remisión a la jurisdicción de los dioses; quie-

ro decir de lo absoluto: Rosas y todos los Rosas. La Argentina, así, juzgó de una vez su historia de ayer y la de hoy, lo mismo que la del año 5000. Tal es la inmensa gloria de Echeverría.

Sí. Pero la mazorca se vigoriza y la Asociación de Echeverría se disuelve. Se escribe el "Dogma socialista"; pero los derechos del hombre son raídos. Se da con todos los símbolos de la revolución de Mayo, pero su bandera es arriada y sólo flota al aire la divisa punzó. ¿Qué más? Huyen Echeverría y los suyos, Rosas triunfa: la patria es de él... Esta es, en efecto, la apariencia más concreta, y sin embargo no es así. Rosas se queda con el cuerpo yerto de la nación. Son Echeverría y los suyos quienes se llevan su espíritu. De este modo es hacedera algún día la reorganización liberal en el Plata. Cosa averiguada es que nació de aquella noche del 23 de junio de 1837 el alba de nuestra organización. Gloria también de Echeverría.

Lástima, solamente, que esto se llegue a saber demasiado tarde. Por de pronto, he aquí a Echeverría diciendo adiós a Buenos Aires. Ha resuelto alejarse a los campos y presiente la necesidad de emigrar. A los ojos de Rosas no es ya más que un salvaje unitario. Está vencido. Si algo comprende claro en su postrera contemplación de la ciudad, es que fué completamente vano cuanto hizo. Si trajo ambiciones, luego las abandonó; si adquirió cul-

tura, pronto vió que le dañaba. Si alcanzó fama ¿qué ganó sino riesgos? Rosas pregunta acaso al gaucho del desierto: Decime, ¿conocés vos a Esteban Echeverría? *Y el gaucho le contesta:* ¡Y cómo no! *A lo que piensa Rosas:* ¡Cuidado con ese salvaje! *Sin duda: en la Buenos Aires que halló triunfará De Angelis, el mercenario; él, hombre ilustre, no hace falta. Duele saberlo de una manera definitiva y no es precisamente un consuelo decirse: «¡Qué importa! La vida se devora a sí misma....» Aunque no sea un consuelo, esto es, en verdad, lo único que Echeverría se dice una y otra vez en su postrimera contemplación de la ciudad que ama, mientras cae la tarde. Es la hora suya; la hora en que él baja a su alma; la que él suele llamar «la hora de los tristes corazones». Flota en el crepúsculo la sugestión amorosa. Imposible que no venga a su recuerdo la imagen de Luisa; sobre todo, la imagen primaveral de Luisa, en su jardín, regando sus flores, o colocando varillas en alguna planta de clavel. Sus manos huelen un poco a todas las flores y también a hojas de cedrón y de albahaca. Se le abulta la falda blanca sobre tres o cuatro enaguas, duras de almidón, y se le alza el seno entre profusión de encajes. ¡Así era! Y nadie diga nada de la tonta delicia de los inocentes diálogos, que comenzaban, verbigracia:*

—¿Qué flores son éstas, señorita Luisa?

—Clavelinas, don Esteban. ¿Quiere un ramito?

Diálogos inocentes que se desvanecían poco a poco en el silencioso ensueño de la felicidad nupcial. Un día — se lo prometían íntimamente — habría de llenarse Buenos Aires de la consabida esquela de participación, redactada por cierto, así: «Si la aprobación de las personas sensatas puede contribuir a la felicidad del santo sacramento del matrimonio de Luisa X. y de Esteban Echeverría, ellos solicitan a usted la suya.»

¡Así era! Después, apenas, un poco de recuerdo; recuerdo que duele, porque echa sombra de fracaso; sombra del mayor fracaso de la vida, que es el fracaso de amor

La última vez que se vieron fué triste, de veras. Ella lo saludó diciéndole:

—¿Cómo está usted, don Esteban?

El, mudo, extático, no supo qué responderle. Hablóle de plantas, de flores, de bordados, y después de un rato de silencio, se retiró. No había nada entre los dos, como no fuera el eco de algunos versos.

No ha contado más Echeverría. Pero adivinamos otro adiós, el verdadero íntimo adiós a sus amores. Adivinamos que justamente en su última tarde porteña, llegando cerca de la Merced, Echeverría recuerda de improviso que es la hora de las devociones de Luisa. Sí. Precisamente, apenas vuelve la esquina, ve a Luisa cruzar el atrio del templo. La sigue un negrito de su servidumbre que

lleva una alfombrilla bajo el brazo. Echeverría se detiene. Duda. Se decide. Entra en pos.

La iglesia está vacía. Ni un escaño. Ni una silla. Una vacía inmensidad, como era el mundo cuando solamente el espíritu de Dios flotaba sobre la nada. Luisa en ese momento se arrodilla al fondo del templo sobre la alfombra que le ha tendido el negrito. La luz de una vidriera arroja al suelo, junto a ella, es espectro de una gloria marchita. El más leve ruido resuena, enorme, llenando el ámbito de un eco sin fin. Echeverría, de pie, no lejos, la contempla. En su mirada hay toda la tristeza de este pensamiento de un apunte suyo: «No importa. Ella me hiza ver en sueños la sombra de la felicidad. Eso basta.» Lo piensa y casi lo murmura. Mas luego siente la inquietud del intruso, y sale. En la calle se dice de nuevo: «Me hizo ver en sueños la sombra de la felicidad. Eso basta.» Y tornando a decirse que no sirvió de nada en su patria, vuelve, como siempre, universal su amargura: «¡Qué más da! La vida se devora a sí misma...»

Pero, a fe que debió haber un amigo a su lado que le respondiera:

—Y bien, ¿qué? Te tocó vivir, entre todos los destinos de tu medio y de tu hora, el más digno de un grande hombre de América. Mucho hiciste en bien de la libertad, y con aquella belleza del que se juega la vida... El amor, ciertamente, apenas si te mostró la sombra de la felicidad. ¡Qué

quieres! Cuando la suerte acuerda el supremo destino que te fué concedido, suele quitar algunas cosas... ¡Que no todo ha de caber en el arca del hombre!...

ARTURO CAPDEVILA.

PEREGRINAJE DE GUALPO (1)

CANTO 1º

El miraba con tedio todos los placeres que enervan el alma y gastan los resortes de la sensibilidad y la energía.

NO celebro con trompa sonora los estragos de Marte furibundo ni las hazañas de algún héroe que haya en las alas fragosas de la guerra derramado su nombre por los ámbitos del mundo, y cual fatal meteoro llenado de pavor al universo. Canto sólo las aventuras de un hombre obscuro, y si las sacras Musas me infunden su estro divino, quiero que a mi voz el nombre de un hijo del Nuevo Mundo aparezca con brillo en las remotas regiones del Occidente y del Septentrión.

---

(1) Plan en prosa de un poema que el autor comenzó a poner en verso. Parece escrito en el viaje del autor a Europa, entre el Río de la Plata y el Brasil, estando a lo que se lee en el final de esta composición. En este caso su fecha correspondería a los meses de Octubre y Diciembre de 1825.—(G.)

Vosotras, divinidades sacras de la América, salid de la obscuridad en que estáis sepultadas, y venid a inspirar a un hijo de vuestro suelo; venid para que el mundo vea que también tenéis un Parnaso y genios predilectos. Y vos ¡oh sol! ¡padre de América, fuego creador del universo! animad mi canto con vuestros rayos vivificantes, y prestad a mis versos la lumbre pura y creatriz de tu faz resplandeciente para que absorban la atención de los hombres y de las edades.

En las márgenes risueñas que baña con curso arrebatado el Plata caudaloso, vivía un joven cuyos días se pasaban en el silencio, retirado del mundo y rodeado sólo de algunos amigos, al parecer sin aspiraciones y entregado únicamente a la reflexión; su vida era algo misteriosa y los primeros años de su juventud habían sido turbulentos; mas todo esto era un secreto para los que lo rodeaban, porque él había echado como un velo sobre sus primeros años, y en sus conversaciones jamás manifestaba algo que tuviese relación ni a su vida disipada, ni a los verdaderos sentimientos que fermentaban en su corazón: Gualpo era su nombre.

Su prosapia era desconocida, o sus ascendientes no le habían legado un nombre bastante ilustre ni opulencia para que pudiese ser mirado con respeto por los otros, ni conservado en su memoria; pero no era tan oscuro que se confundiese con los de la multitud. Su conducta, su aislamiento y su vida algo misteriosa no dejaban de excitar la curiosidad,

y el dedo público buscaba su descendencia en la cuna de los Incas, no sólo por su nombre sino también por algunas tradiciones vagas que corrían de boca en boca. Sus compañeros de infancia y de estudios lo frecuentaban, y notando su aspecto meditabundo suponían que se agitaban en su mente grandes pensamientos: aunque él no lo dejaba ver en sus discursos, observábase que en medio de las reuniones más alegres y más brillantes, cuando su fisonomía respiraba alegría y contento, de repente su faz se cubría con el velo de la tristeza que vagaba en su frente ocupada al parecer de algún grave pensamiento. Entonces pensativo se alejaba de sus compañeros en actitud triste y buscaba en la soledad y en el silencio el reposo de su mente; entonces por muchos días se esquivaba a sus amigos y aun huía de la sociedad de los hombres mirando con indiferencia cuantos halagos y atractivos presenta el mundo y sus afecciones. Mas esta indiferencia no nacía de un cinismo o de un orgullo despreciable, sino de que amando la meditación buscaba la soledad y el aislamiento para poder dar más libre curso a sus pensamientos lejos del ruido tumultuoso del mundo y del contacto de los objetos que podrían despertar sus pasiones adormecidas.

A fuerza de encerrarse en sí mismo, de atar por decirlo así, sus pasiones violentas a la razón, a fuerza de ofuscar su sensibilidad viva y simpatizante, había conseguido dominarlas y levantar como un

muro diamantino entre su corazón y todos los objetos que pudiesen exaltarlo o conmoverlo. Esto lo hacía porque joven aun había experimentado los desengaños del mundo, y visto lo deleznables y efímeras que son las ilusiones y los placeres. Flotando de extravío en extravío, de emoción en emoción, no había visto más que desengaños y su corazón burlado que se prestó antes con furor a todas las emociones, ahora las esquiva como un veneno enervante y destructor de su reposo y aún de su energía. Pero su sensibilidad aun no estaba ofuscada y extinguida, que aun fermentaban en su corazón los gérmenes divinos de grandes pensamientos, y su ánimo era como un volcán de pasiones y de actividad prodigiosa que había sido comprimido por los contratiempos del mundo, los desengaños y las desgracias, y que no necesitaba sino una conmoción violenta para estallar. Su juventud había sido licenciosa y agitada por mil tormentas, mas él había echado un velo sobre lo pasado como para ofuscar su conciencia, y como para expiar con aspiraciones más elevadas y más nobles sus descarríos. Entre tanto un fuego interno lo consumía y en la lucha constante entre sus pasiones terrestres y sublimes, su mente era la tempestad, la sociedad de los hombres le era monótona e insípida y se alejaba cuanto podía de ella para sumergirse horro en su elemento. Sus amigos a veces le reprochaban su inacción y que pasase su juventud en el silencio y la obscuridad, cuando podía emplearla con ventaja

en bien de su patria o de sus semejantes. Pero él respondía a esto con palabras concisas y misteriosas sin querer nunca explicarse sobre sus intenciones; y ya cansado de sufrir y anhelar abandona sus lares. A bordo, a bordo, dice, y abandona a las ondas su suerte y sus esperanzas. Con la aurora flotan las velas de su navío que surca orgulloso por los senos argentados del Plata llevando al peregrino. El júbilo vaga por el semblante de Gualpo y parece que al pisar sobre el húmedo elemento encuentra lo que anhelaba. Envuelto en su ancho manto y sentado en la proa del navío, ora su vista espacía por el inmenso cielo, ora cubre su faz y da curso a sus pensamientos. Su aire silencioso y pensativo llama la atención de los marinos que lo miran con cierto respeto y como a un ser misterioso y sobrenatural. Entretanto el navío avanza más y más, ayudado por un pampero favorable y él cuando ya ve que la faz de su tierra natal se confunde con las nubes, dirige el adiós postrero a su Patria.

"Adiós, amada Patria, ya me alejo de tu suelo encantador y hospitalario; ya encamino mis pasos más allá del Océano; lleno de esperanzas y ansiando calmar la agitación de mi mente y mis pesares, voy a buscar en el espectáculo del universo, alimento a mi fantasía. Adiós; ya mi barca se entrega a merced de los vientos y mi fortuna y mi vida son el juguete de las ondas voraces. Bastante luché ya

con los elementos de mi infausto destino, y ahora nueva lucha emprendo, pero no tan terrible.

Mi mente ansiaba salir del círculo estrecho que la rodeaba y elevarse si era posible a las regiones etéreas: temprano bebí en la copa del desengaño y desechè los frívolos placeres para elevar mi espíritu a menos vacilantes ambiciones; ya me parece que respiro el aire del universo."

*
* *

Recostado sobre el corvo pavés del navío, Gualpo, contempla al parecer con ojo indiferente las riberas de su tierra natal, que cual monte coposo aparece en el horizonte cubierto de celajes y de arreboles de grana. La ve poco a poco desaparecer a su vista y ninguna emoción aparente manifiesta en su semblante. El cielo estaba sereno y transparente: el Plata en calma reflejaba sus argentadas ondas y sólo interrumpía su serenidad la aguda proa del navío que separaba las ondas en cercos espumosos ayudado de una brisa bonancible. Gualpo contemplaba este espectáculo con júbilo y se deleitaba en ver el aspecto de la naturaleza tan apacible y sereno. El astro del día hundía ya su frente radiosa en el horizonte y el carro de la noche se avanzaba presuroso a cubrir de duelo el universo. El eco monótono de las olas y el grito doliente del marino en sus maniobras, formaban una melodía tosca y expresi-

va que encantaban por su novedad los oídos de Gualpo. Súbitamente un ruido sordo se oye a lo lejos y este crece progresivamente como el trueno o como la tempestad y despierta la atención de Gualpo, que embebido en sus cavilaciones, escucha atentamente y observa que este ruido no es sino el grito de alarma y la conflagración de la guerra que ha estallado en su patria contra el usurpador del Brasil. El Rey de Portugal siempre había mirado con ojos de concupiscencia la perla del Oriente y se la había disputado en mil circunstancias a la corona de España.

En tiempo de nuestras guerras civiles, cuando nosotros poco diestros en la libertad nos disputábamos la supremacía de plantificarla en nuestro suelo, la anarquía consumidora devoraba a las bellas comarcas del Oriente, y entonces el pérfido monarca del Portugal se amparó como pacificador de este suelo libre, lo redujo a la opresión y lo hizo gemir bajo el cetro cuando ya había gustado con delicia los encantadores bienes de la libertad. Sus hijos expatriados y prófugos buscaron un asilo en el seno de sus hermanos argentinos y fueron a llorar entre hombres libres la esclavitud de su Patria; así la usurpación y la perfidia triunfaron en un momento fatal y destruyeron la libertad de un pueblo que por muchos años gimió bajo la opresión. Pero al fin el día debía llegar en que el heroico pueblo de Buenos Aires después de haber pretendido del monarca del Brasil por las vías pacíficas la libertad

del Oriente debía prestarle su brazo para que humillase el orgullo de un monarca y recobrase sus fuerzas. Treinta y tres bravos orientales a insinuación del argentino, pisan el suelo patrio con el ánimo decidido de destruir a los usurpadores o perecer en la lucha. El grito de libertad que pronunciaron, se derramó luego por todas las comarcas del Oriente, y miles de bravos vinieron a la voz de sus hermanos y juraron lavar con sangre el borrón de su ignominia; guerra, guerra sonaba por todas partes, y las comarcas del Brasil repiten: guerra, y los esclavos de su suelo animados por el salario y el pillaje, se avanzan a la lid, y los hijos del Oriente ardiendo en el fuego sacro de la libertad se avanzan también. Los argentinos unen sus legiones a las legiones de Oriente — los argentinos que supieran humillar en mil batallas al León de España y perseguirlo hasta sus antros más recónditos. — Los argentinos que dieron el primer grito de libertad al Nuevo Mundo y quebrantaron en un momento las cadenas rojas que por dos centurias lo habían oprimido. Pronto el esfuerzo de su brazo romperá también las del Oriente y hará temblar en su trono y vacilar al Imperio del usurpador del Brasil. Gualpo con este pensamiento se llena de regocijo y confiado en el brazo poderoso de sus compatriotas no teme por la suerte del Oriente y ve acercarse la aurora de su libertad y tal vez la del Brasil.

El ruido se pierde sordo en el espacio y se confunde con el eco monótono de las ondas. El navío

vuela en alas del frío Septentrión dejando apenas una ligera traza de su pasaje sobre el líquido y fugaz elemento. El cerúleo resplandor de las ondas y su aroma vivificante anuncia ya a Gualpo que se halla en medio del piélago insondable y habla así con el Océano: ¡Salud, salud, salud Océano inmortal, elemento asombroso. Gigante de la creación que encierras entre tus brazos al universo, yo te saludo lleno de júbilo y de admiración! Bastante ansié el momento feliz de espaciarme en tu seno inmenso, de contemplarte faz a faz y de ver sin terror la agitación y el movimiento incesante de tu voluble seno. Bastante ansié, allá en mis días de pesar, venir a confundir mis quebrantos, y a olvidar mis penas en medio de tu tumulto. No temas, no, que tu aspecto terrible e imponente me abata como al vulgo de los hombres, mi espíritu ama siempre lo grande y lo sublime. Que aun cuando no puedo mirarte sin asombro, más por tu grandeza e inmensidad que por pavor — ese hervor constante de tu seno, es la imagen viva de mi pensamiento — y por eso es que siempre busqué el espectáculo variado e imponente de la naturaleza removiendo sus ingentes y poderosas fuerzas. ¿Quién no olvidaría al mirarte todos sus males y sus recuerdos y aún todo lo terrestre y mundano? Ya no alcanzan a mí los tiros del Mundo — los aguijones del dolor — las convulsiones del hombre luchando contra el destino — que todo lo olvida y lo confunde el contemplarte. ¡Oh! Océano, mi pensamiento altivo

se agranda como tú y vaga encantado en lo infinito y cree penetrar ya tus secretos misteriosos e insondables.

Así hablaba Gualpo al Océano, y absorbido en sus pensamientos, los días se pasaban y su bajel flotaba por los mares pacíficos del ardiente Brasil. En su semblante manifestaba más júbilo, y ya no se veía aquel ceño pálido e indiferente que alejaba a los otros de su trato. Parecía que había renacido a la esperanza y al contento; y en efecto, desde que Gualpo se hallaba en medio del Océano, su espíritu estaba más sereno y su corazón sentía menos los aguijones del dolor; todos sus tristes recuerdos eran como un sueño, vagos y sombríos. Su gusto favorito era contemplar en la noche a la naturaleza y dar, respirando los ambientes aromáticos del mar, un libre curso a sus pensamientos. Ora lo atraía y lo absorbía el disco argentado de Diana, que sereno y libre se eleva del horizonte bermejo e inunda con su lumbre inmensa el universo, reflejando su rubia y amarillenta faz en el espejo del Océano. Ora las nubes que cubren súbitamente su semblante radioso y derraman las tinieblas y la noche sobre el faro del navegante perturbando el regocijo del mundo. Ora el eco monótono del navío que con una armonía salvaje lucha con las olas y se desliza rápidamente por un piélago de fósforo luciente, formando cercos inmensos y espumosos de fuego. Ora millares de lumbres que brillan vagando sobre la faz móvil y obscura del Océano semejantes a

otros tantos ojos de este gigante del universo. Gualpo no podía contemplar el mar y sus diversos espectáculos sin un sentimiento secreto de orgullo. Soy hombre se decía, y me hallo en medio del Océano. Soy un átomo en lo infinito y huello bajo mi planta el elemento más fiero e indomable: al pensarlo mi espíritu toma un vuelo sublime y mis pensamientos se dilatan como la inmensidad. En el estrecho recinto de mis lares me hallaba abatido y como encadenado, mas ahora he recobrado mi libertad, mi vigor; el universo es mi habitación, la bóveda celeste el techo que me abriga, y mis amigos y mis compañeros los elementos.

Sacudido, ora por el infortunio, ora por el desengaño, Gualpo se había cansado temprano de las cosas del mundo y aún de la esperanza; había visto agotarse en sus manos todas las flores de su juventud; los placeres, las ilusiones y aún los goces más puros e inocentes, pues con ellos había siempre libado un veneno mortífero; así la guirnalda lozana de su aurora se había deshecho hoja por hoja, y él había caído en la noche terrible de la desesperación sin guía y sin un faro consolador que dirigiese al camino de la razón, en la edad en que para los otros hombres la vida está adornada de placeres e ilusiones. Sin embargo, un pequeño lampo de esperanza aun lo sustentaba, un sentimiento vago, confuso e indefinible, le advertía que aún la tierra no estaba desierta para él y que el mundo encerraba algo que pudiese proçurarle algunas sa-

tisfacciones, y que aun le era posible no vivir entre los hombres como un fantasma o como una sombra errante y espantosa de la tumba. Esta esperanza lo hizo ir a buscar más allá de sus lares, entre el espectáculo tumultuoso del mundo y entre las ruinas de los tiempos pasados, un alimento a su fantasía y un bálsamo consolador para las llagas de su corazón. Y en efecto, Gualpo, en medio del mar había conseguido, si no cicatrizarlas, al menos encontrar un alivio y echar el velo del olvido sobre su origen y sobre el triste tiempo pasado. Sin embargo, por momentos solía sorprender una lágrima sobre sus mejillas causada por algún recuerdo, que como chispa eléctrica pasaba por su espíritu en medio de la soledad y el silencio. Aún cuando el pensamiento esté absorbido en las cavilaciones por los objetos más sublimes, los recuerdos asaltan al hombre, a su pesar, y vienen como sombras vagas a reflejarse en el espejo maravilloso y mágico de la imaginación. Entonces no podemos menos que echar una ojeada súbita sobre el cuadro de lo pasado, y se representan a la fantasía los descarríos de la juventud con los colores del prisma, vivos y revistiendo mil formas. Esto le sucedía a Gualpo; un sentimiento confuso y vago de arrepentimiento lo asaltaba en medio de sus meditaciones; sentía su tiempo perdido en disipaciones inútiles con que había bebido el veneno del desengaño. Su juventud cansada y marchita; sus días amargados tal vez para siempre; sus ilusiones desvanecidas, y en fin, to-

do lo que puede embellecer la vida, y hacer apreciable la existencia era sin atractivo y pálido y sin encanto para él. Sentía verse entre los hombres como un ser heterogéneo, no participando de ninguna de sus distracciones y mirando con ojo indiferente y al parecer helado lo que encanta a los demás. El sentía que para vivir feliz sobre la tierra es preciso obrar como los demás, dejarse llevar del torbellino del mundo y plegar su corazón y sus sentimientos a las leyes de la opinión y de la sociedad. Es preciso despojarse de esa inflexibilidad y rudeza de sentimiento distintivo de las almas grandes y doblarse como la cera según las circunstancias y los intereses. Pero él olvidaba luego todo esto y como un precito se abandonaba al torrente de su destino, viendo que era imposible retrogradar, y dejaba que sus recuerdos, como un mástil que flota entre las olas, viniesen a angustiarlo por momentos. La naturaleza comenzaba a brillar en todo su esplendor — y el cielo algo transparente de la zona tórrida se revelaba con todos sus encantos a la vista de Gualpo: la mar estaba serena y su faz semejaba a un llano inmenso de cristal: — aquí y allí algunos peces mostraban sus argentadas alas y se deslizaban con movimiento suave y placentero sobre el líquido transparente: más allá los enormes cetáceos formaban círculos espumosos y levantaban con su soplido torbellinos de agua que caían como lluvia formando una armonía desapacible. Algunos pájaros, ora se mecían sobre el bajel —

ora se fijaban en los mástiles y con trisca y algazara parecían celebrar la belleza de la naturaleza. El horizonte estaba claro y la vista se perdía en su inmensidad; la brisa lamía las ondas suavemente como si temiese perturbar su reposo levantando apenas los cabellos del Océano. Súbitamente un negro celaje se levanta en los confines del horizonte y se avanza con majestad por el espacio como presagio funesto de la tempestad. El cielo se cubre de un velo tenebroso y las ondas forman a lo lejos un murmullo sordo semejante a algún temblor de tierra o al trueno en las remotas concavidades de la bóveda celeste. El Aquilón sañudo las bate con sus alas y poco a poco se agitan y se encrespan como las guedejas o las crines de un fogoso bridón excitado por el látigo abrumante o por el agudo acicate. El fluído eléctrico se desprende de los blancos de las nubes que se chocan tumultuosamente en el firmamento y brilla formando serpientes de fuego y aturdiendo con su estallido. La naturaleza toda está en convulsiones y guerra: las ondas empujadas más y más por los vientos forman ya montañas que se elevan al cielo, levantando en sus hombros inmensos al pino endeble que se desploma de allí y cae en las profundidades del abismo, y se levanta de nuevo después de haber desaparecido. Como un bridón salvaje que siente por la primera vez sobre sus lomos el peso, se encorva y sacude sus crines y se eleva en los aires como para arrojar al insensato que quiere dominarlo, así la onda fiera

sacude sus hombros potentes, agita sus crines y arroja espumas como para sumergir la nave débil que ha querido con osadía hollarla.

*
* *

El bajel de Gualpo luchando por muchos días contra la tempestad se halló a pique de zozobrar. La onda amarga circulaba ya abundante en su seno y el esfuerzo del marinero no bastaba para agotarla. Cansados de luchar contra un elemento que cada vez se hacía más formidable y amenazaba sepultarlo por momentos en el seno del abismo, se decidieron a arribar a la tierra del Brasil. Gualpo pone el pie en este hermoso suelo y no se cansa de admirar los portentos que la mano fecunda de la naturaleza ha derramado en él. Primero encanta su vista el espectáculo de una cadena de montañas elevadas que circundan la ribera como valladar del Océano. En ella se elevan mil árboles de frutas diversas. Ora el banano descuelga sus anchas y verdosas hojas; ora la palma su empinado cuerpo de cuya cabeza penden como una cabellera sus ramas frondosas; ora la piña embalsamada y deliciosa, y otros millares de frutos que dan el sustento al hombre. Aquí el naranjo coposo tachonado de bolas de oro, allí el plátano frondoso de cuyos senos penden sus frutos aromáticos y sabrosos. Admira la naturaleza siempre viva, siempre fecunda

e inagotable — ese verano perpetuo — ese cielo libre de las angustias de hielo consumidor.

Allí no hay que admirar los monumentos vanos que en otros climas la mano del hombre se agrada en levantar para ostentar su orgullo — los únicos que se hallan son los que la piedad religiosa de los conquistadores ha querido erigir para elevar sus votos al remunerador. — Todo lo que hay es obra de la naturaleza, y grande, maravilloso y eterno como ella. Gualpo se complace en visitar esos bosques solitarios cubiertos de eterna verdura, y gira sus pasos errantes al abrigo de los rayos ardientes del sol bajo los espesos doseles que coronan las copas frondosas de los árboles, formados por plantas diversas, que se entretejen con un arte natural y maravilloso. Allí apenas el céfiro mueve los ambientes aromáticos de las flores — y en medio de este recinto religioso la imaginación cae en suaves y muelles cavilaciones. — Alrededor se deslizan con dulce murmullo mil arroyuelos transparentes que levantando y arrastrando las guijas forman una melodía apacible; pero también en medio de esta calma y de este sopor de la naturaleza ruge algunas veces la tempestad. El cielo se oscurece, los vientos se desatan y los espacios arden en fuego eléctrico; se cubren de relámpagos y arrojan mil rayos sobre la tierra. Mas cae la lluvia a torrentes, inunda los collados — brilla el iris sus mágicos colores en señal de la paz de los elementos, y la naturaleza vuelve a su acostumbrado reposo. — Pero Gualpo ve con

dolor al lado de esta naturaleza tan hermosa y tan fecunda al hombre degradado hasta confundirse con los brutos salvajes. Parece que la mano omnipotente ha querido, en recompensa de un clima tan feliz, negarle al hombre aquella energía necesaria para conocer su dignidad y elevarse a ser libre. Parece que el patrimonio que al hombre se reserva en las zonas ardientes del Ecuador es la esclavitud y la ignominia. El Brasil gime bajo el azote de un déspota y mientras que los otros pueblos de la América han sacudido sus cadenas, él las arrastra con vergüenza y baldón del nuevo mundo. Mientras que en el resto de la América los tronos se han derrocado y los monarcas perdido su omnipotencia e infalibilidad, en el Brasil domina orgulloso un cetro semejante a los que abruman al viejo mundo, y aparece como una mancha en medio de las águilas republicanas, esta ave muelle y afeminada. Recordaos, brasileros, ya pasó el tiempo aciago en que los monarcas de la Europa después de haber devastado el Nuevo Mundo lo oprimieron inclementes bajo sus cetros. Ya se acabó el tiempo en que la voluntad de un rey sentado en los confines del hemisferio austral, dictaba órdenes a los habitantes de otro hemisferio. La prepotencia del León de España sobre la América cedió ya al golpe vigoroso del brazo argentino, y todo el continente oprimido entre sus garras, escuchando la voz que se levantó en las márgenes del Plata, fué libre. Recordaos, e imitando a vuestros hermanos del sur, derrocad ese trono,

vestigio obscuro y degradante del viejo mundo y baldón del nuevo. Recordaos, y sabiendo ser libres mostrad al mundo que en América ya no hay ni puede haber más tronos y que la Europa ya perdió su preponderancia magistral sobre la tierra de Colón.

Otro espectáculo más descollante llena de angustia el corazón de Gualpo. Ve aquí los miserables descendientes del Africa sirviendo de pábulo a la concupiscencia de los hombres. Ve aquí las víctimas desgraciadas del egoísmo y de la ambición del oro de los europeos. La humanidad ajada y una gran parte de nuestros semejantes tratada como bestias de carga. ¡Africa miserable, cuándo dejarás de ser la presa ignominiosa de la ignorancia y la estupidez! Parece que sobre tus habitantes ha caído la maldición del infierno y que cual precito debéis sufrir todos los grados de ignominia. ¡Y tú, Europa, has sido tú, por ventura, encargada de cumplir la maldición de esta raza precita! ¿No bastan ya a tu insaciable codicia los millares de víctimas sacrificadas? Las guerras atroces encendidas en los centros del Africa a tu insinuación; los clamores de los padres a quienes arrancan con violencia de su seno los tiernos frutos de sus entrañas; los gritos penetrantes de la humanidad doliente; las víctimas sangrientas inmoladas en Haití a causa de vuestros furores; no os bastan digo, o ¿aun queréis sacrificar nuevas víctimas y ver el mundo y el Africa envuelta en nuevas calamidades y miseria?

Gualpo vuelve su vista de un espectáculo tan triste y de un suelo tan hermoso; pero que despierta sentimientos tan dolorosos; de un suelo donde respira la esclavitud y la ignominia, y se entrega de nuevo con regocijo a las inquietas ondas.

ADICIONES A LAS PAGINAS Y LINEAS INDICADAS A CONTINUACION

Pág. 45, línea 9:

Es el estallido del cañón guerrero que se desprende contra el usurpador. Es la primera chispa de la conflagración en que debe arder su patria.

Pág. 50, línea 3:

El amor a su patria vivía en su corazón, siempre entero y en todo su vigor.

Pág. 52, línea 22:

En la espalda de la onda la nave sube al cielo, se desploma al abismo, y luego se alza de nuevo airosa, ostentando sus alas blancas como las de la paloma volando con la rapidez del viento.

CARTAS A UN AMIGO

1

Las almas de fuego no sienten como las almas vulgares.

QUERIDO amigo: después de tu partida, un suceso infausto ha venido a interrumpir la tranquilidad de mi corazón. En el seno de mis ilusiones y al abrigo del cariño maternal yo me reposaba sin imaginarme, ni aún en sueños, que la desgracia avara del bien podía venir a arrebatarme de ese mundo de glorias engendrado por mi imaginación, para transportarme a otro lleno de imágenes sombrías y de realidades terribles. La previsión maternal me evitaba mil inquietudes y zozobras y mi ser en una armonía perfecta gozaba de aquel bien inefable que no tiene nombre en la tierra y que en la lengua de los ángeles se llama felicidad. Mi madre también era feliz al ver el esmero que yo ponía en agradarla, al paso que lisonjeado con la idea de que llegaría el día en que pudiese recompen-

sar de algún modo sus bondades y cariños, proporcionándole una vejez cómoda y tranquila, yo me afanaba en enriquecer mi inteligencia correspondiendo a sus deseos para poder entrar a desempeñar con suceso en la sociedad los deberes de hombre. Pero temo, amigo, que mis esperanzas sean ilusorias; una melancolía profunda se ha amparado de su espíritu; ha renunciado a todo alimento y va perdiendo poco a poco sus fuerzas. Un presentimiento fatal le dice, como en secreto, que se acerca el término de su carrera y la hace desesperar de su salud. En vano trato yo de disuadirla para que aleje de su imaginación esas lúgubres ideas y se libre a su jovialidad ordinaria; en vano, amigo; una especie de vértigo embarga sus sentidos y no presenta a su espíritu enervado sino imágenes de muerte. Parece que una mano oculta la arrastra hacia el sepulcro. ¡Qué desdichado seré si pierdo a esta buena madre! ¿Quién será mi mentor y mi guía en el camino del mundo? Tiemblo al pensarlo solamente. Sin experiencia en la edad de las pasiones, devorado de mil deseos, ¿quién será mi consejero? ¿Quién me ayudará a retener estos impulsos violentos del corazón y me hará oír la voz de la razón en medio de la tormenta de las pasiones? ¿Quién me emulará en mis estudios y me enseñará el camino por donde se llega a la ilustración? ¿Quién será, en fin, mi verdadero amigo?

Una idea me atormenta: creo haber sido la causa involuntaria de la melancolía que la consume.

Los halagos seductores de una mujer me arrastraron a algunos excesos; la ignorancia y la indiscreción propagaron y exageraron estos extravíos de mi inexperiencia; ella los supo y desde entonces data su enfermedad; calla por no afligirme, sin duda, pero yo he creído leer en su semblante mi acusación y mi martirio.

2

Junio 30 *de* 182...

Mis infaustos temores se van realizando. Ya no hay medicina para su mal. Cuando articula algunas palabras, el cansancio y la fatiga las ahogan entre sus labios. Paso los días y las noches al lado de su cama prodigándola mis inútiles cuidados, y no me canso de contemplar aquella fisonomía antes tan dulce y expresiva, ahora pálida y desfigurada con el lívido velo del dolor. Sin embargo, sus ojos conservan toda su expresión y son aún el espejo de aquel corazón tan sensible, tan puro y tan humano. Anoche lo pasé en vela a su lado, y por la mañana me retiré a descansar; pero al poco rato me hizo llamar. ¡Ah, qué escena tan desolante! Arrojéme sobre su cuerpo casi yerto, lo regué con mis lágrimas, imprimí mil y mil besos sobre su frío rostro y pareció animarse como con un éter vivificante al respirar mi aliento; recogió todas

sus fuerzas y articuló estas palabras: "Hijo, yo me muero: la Providencia me llama a su seno... Ya mi hora va a sonar; tú quedas solo en el mundo... No te olvides de mis lecciones... Eres joven; no te dejes arrastrar por tus pasiones... El hombre debe abrigar aspiraciones elevadas. La Patria espera de sus hijos: ella es la única madre que te queda: A..." y la palabra expiró en su garganta y la expresión de su fisonomía y de sus ojos me dijeron el resto con voz callada y elocuente. Mi dolor llegó a su colmo, me arrancaron de entre sus brazos y mi mente está aún tan turbada que me falta el tino para escribirte.

¡Qué preliminares tan espantosos los que preceden al pasaje de la vida a la muerte! Como si la distancia del ser al no ser fuese inmensa; como si un muro de diamante se interpusiese entre el sepulcro y la vida, se mueven mil resortes para evitar el golpe fatal; pero él cae como la cuchilla justiciera burlándose de nuestra previsión y poder nos muestra en un instante que la vida y la muerte son dos puntos que se tocan o dos accidentes pequeños en la vida general del universo.

3

Julio 28 de 182...

EL verdadero motivo de mi silencio lo habrás, sin duda, adivinado. Llegó al fin el fatal momento

y con él el cúmulo de mis aflicciones que ya me faltan fuerzas para soportar. La vigilia y el dolor me obligaron a hacer cama; no he podido verla más ni decirle el último adiós. Me ocultaron la catástrofe por algunos días; pero el semblante de los que me rodeaban hablaba elocuentemente a mi corazón. ¡Qué momentos tan crueles! Levantéme de cama; busqué a mi madre y no la encontré; estaba en el sepulcro. La eternidad la separaba de mí. Mis sentidos cayeron en estupor, la fuerza del sentimiento heló las lágrimas en mis ojos, y mi corazón quedó como deshecho. He permanecido por algunos días en una especie de pasmo o suspensión de que conservo una idea muy confusa; estuve, según me dicen, a punto de enloquecer. He salido por fin de ese letargo, pero para sentir más el horror de mi situación. Ven, amigo, y sabrás apreciarla, la pluma cae de mi mano. Perdí a mi padre cuando no podía aún aprecir su pérdida y en un mes he perdido lo que más adoraba y lo que hacía la felicidad de mi vida. ¿Qué es la vida, amigo, y la felicidad para el hombre? Vanos sueños, sombras fantásticas que se disipan en un momento.

4

Agosto 1º

ELLA expiró; pero su imagen está grabada aquí en mi corazón y en todas mis potencias con carac-

teres indelebles. Ella me consuela en mis sueños y me acompaña en todas partes. El hábito de verla y hablarla me lleva muchas veces a su cuarto; allí está la silla, el sofá, la mesa, la cama; pero todo desierto y silencioso.... Salgo de allí como un frenético y corro por las calles hasta llegar a su sepulcro; me hinco sobre la fría losa que lo cubre; lloro, ruego, la llamo y una voz apagada me responde del seno de la tierra: "Está en el cielo". Sí, amigo, está en el cielo, pero yo no estoy con ella y estoy solo en el universo.

5

Agosto 28.

TU me aconsejas un viaje a la capital donde los pasatiempos y la sociedad podrán proporcionarme alguna distracción y contribuir a aliviar mi dolor. Te engañas, amigo, si has creído que el ruido del mundo y el trato de los hombres puedan ser un bálsamo para mi corazón. Además no está entre los felices el consuelo del desdichado. No hay amigos para el dolor, porque el que sufre lleva escrito en su frente este emblema que todos miran con horror. Nada yo puedo hacer para halagar las pasiones del hombre feliz. La prosperidad es el único cebo de los amigos; ellos vienen cuando podemos entregarnos con júbilo insensato a los placeres

y mezclarnos en sus reuniones tumultuosas, destilando con boca risueña pláticas insípidas y licenciosas. Pero cuando la tristeza oscurece nuestros semblantes y las lágrimas humedecen nuestras mejillas, huyen aterrados. Este triste desengaño lo he adquirido desde la muerte de mi madre; pocos días de tribulación han bastado para alejar a mis amigos de casa; mi dolor los fastidia y me llaman débil porque sé sentir. Tú solo me has quedado en esta tormenta. Estoy rodeado de ingratos y debo salir de este lugar que sólo me inspira ideas desolantes: y ¿adónde iré?

6

Septiembre 20.

HE resuelto bajar a la Capital, donde me llama un litigio de intereses que dejó pendiente mi madre; mi salud está muy quebrantada y pienso antes pasar algunos días en una estancia poco distante de... De allí te escribiré cuantas veces haya proporción. Vengo de regar con mis lágrimas, quizá por la última vez, la tumba de mi madre: mil dolorosas memorias vinieron a asaltarme en aquel religioso deber; allí se me presentaron como fantasmas colosales los deslices de mi juventud y me increparon con voces penetrantes mis errores. En vano tú tratas de disuadirme: yo abrevié los días de

mi desventurada madre; mis desaciertos le ocasionaron aquella melancolía profunda que la consumió; yo robé al mundo aquella vida tan preciosa empleada toda en socorrer al desvalido y en aliviar la humanidad doliente.

¡Y aún vivo, y aun la tierra me sustenta!... ¿Por qué no se abre bajo mi planta y me sepulta de una vez en sus entrañas? Así al menos los ayes de mi dolor no importunarían al mundo; el eco sordo de la conciencia y el murmullo de la detracción no herirían más mis oídos; ni esos hombres intolerantes y débiles que no consideran la edad, la inexperiencia, los lazos que la sociedad corrompida tiende a la indiscreta juventud, me fastidiarían con sus insípidas reflecciones, ni con el amargo cuadro de mis desaciertos. ¿Y somos por acaso árbitros de nuestras acciones, cuando las pasiones hierven en el corazón; cuando luchamos débiles contra las tentaciones que nos rodean para revelarnos en la opinión de los demás; para hacer ver que somos fuertes y cautivar la admiración y los aplausos? ¿No son la presunción y el orgullo las *primeras lecciones que nos da la sociedad*, y por consiguiente los primeros móviles del corazón humano?

La vida es un sueño que agitan mil imágenes terribles.

Mil imágenes terribles agitan el sueño de la vida.

7

Octubre 1º

LA herida de mi corazón sangra a cada paso y no hay bálsamo en la tierra que pueda curarla. Busco a mi madre y no la encuentro, y una voz interior me dice: tú abreviaste sus días... perdóname, sombra querida; no fué mi voluntad criminal; yo soy inocente y te venero, y te adoro aún más que mi vida.

8

Octubre 20.

TU sabes cómo yo me recreaba con la vista de alguna escena imponente de la naturaleza; cómo gustaba entregarme al curso de mis pensamientos en medio de las llanuras desiertas de nuestros campos o en el abrigo de esos montes donde apenas penetra la luz; cómo mi imaginación se eleva en la soledad a las más altas contemplaciones ansiando penetrar los arcanos del universo. Tú me has visto más de una vez desaparecer súbitamente de las placenteras reuniones, abandonar mis lecturas favoritas, para ir a esparcir mi ánimo en el retiro silencioso y entregarme libre a la meditación. ¡Qué

instantes tan felices aquéllos! Entonces mi corazón estaba tranquilo; ningún contratiempo había venido aún a turbar la armonía de mis facultades, y exento de cuidados podía divagar a mi antojo por las regiones fantásticas de mi imaginación. Ahora obligado a arrastrar la pesada cadena del infortunio, me muevo lentamente; estoy atado a la argolla de los pesares, punzado a cada paso por el aguijón del dolor, devorado interiormente por una actividad que me consume; y sin poder desatarme de las prisiones que me abaten, siento un gran vacío en mi corazón que nada creo es capaz de llenar. ¿Dónde está la que me dió el ser; la amiga de mi juventud; la mujer venerable cuyo influjo divino relevaba mi espíritu abatido descubriándole un mundo nuevo de ideas y pensamientos sublimes? Ninguna de mis facultades quedaba inactiva en su presencia y siguiendo mi inteligencia progresivamente sus inspiraciones, se elevaba sin sentirlo hasta la excelsitud de mi razón abrazando en su vuelo sublime la inmensidad de la creación. Ella penetraba todos mis pensamientos porque mi alma y la suya eran como dos hermanas.

9

Noviembre 2.

MI anterior fué escrita en camino y hoy hace dos días que estoy en la estancia de... Pienso permane-

cer aquí algún tiempo por ver si consigo restablecer mi salud. El paraje es desierto y solitario y conviene al estado de mi corazón; un mar de verdura nos rodea y nuestro rancho se pierde en este océano inmenso cuyo horizonte es sin límites. Aquí no se ven como en las regiones que tú has visitado, ni montañas de nieve sempiterna, ni carámbanos gigantescos, ni cataratas espumosas desplomándose con ruido espantoso entre las rocas y los abismos. La naturaleza no presenta variedad ni contraste; pero es admirable y asombrosa por su grandeza y majestad. Un cielo sereno y transparente, enjambres de animales de diversas especies, paciendo, retozando, bramando en estos inmensos campos, es lo que llama la vista y despierta y releva la imaginación. He notado en mi tránsito que las gentes son sencillas y hospitalarias; siempre me han dado alojamiento en lo interior de sus reducidas chozas como si no fuese un desconocido. Mis huéspedes me han hecho el mismo acogimiento y me han cobrado en dos días una afección y cariño que no he podido adquirir con un trato largo y continuo en las ciudades. Se empeñan en que los acompañe algunos meses. No saben mi desgracia, pero han notado que estoy melancólico y que busco la soledad. ¡Buena gente! ignoran que la tristeza ha echado raíces profundas en mi corazón.

10

Diciembre 12.

TODO entregado a la meditación paso momentos deliciosos en estas soledades. Mi imaginación se anima y sale del letargo sombrío y ominoso que la abruma, al contemplar los encantos del espectáculo maravilloso que la rodea. De todo me olvido, de mi dolor, de mi aislamiento, del mundo y aún a veces de mí mismo. Al romper el día hago ensillar mi bruto fogoso, monto y salgo con algunos peones a recorrer el campo y los rodeos de ganado; luego me separo de ellos y voy a visitar algunos ranchos vecinos y en todos encuentro la satisfacción y el regocijo que huyen de mí. Huyo yo también de estas moradas de felicidad y perseguido por mis lúgubres ideas, suelto la rienda a mi caballo, para aturdir mi mente y me alejo más y más hasta perderme en medio del desierto. Persigo al sagaz avestruz, corro en pos del ligero venado y luego bajo fatigado a reposarme en el verde prado. ¡Qué gusto! ¡verse transportado de aquí allí como por las alas del viento; volar de un sitio a otro y esparcir la vista a la vez por horizontes diversos y luego venir a reposarse alrededor de una multitud de insectos que hormiguean y chillan, de una multitud de aves que vuelan o reposan también, y de enjambres de cuadrúpedos que rumian tranquilamente la

yerba! ¡Observar el orden y la armonía de la naturaleza y elevarse hasta la meditación de sus leyes inmortales, y descubrir allá, en el corazón del universo, la mano omnipotente que lo rige! ¡Qué vuelo tan sublime toma entonces la fantasía, cómo se llena de gozo a medida que penetra y mira faz a faz los maravillosos arcanos de la creación. Su elemento es infinito, el cielo, los espacios imaginarios, el universo todo, lo abarca y lo sujeta a su atracción. ¿Quién no queda absorto al contemplar en la callada noche el disco melancólico y plateado de la luna, acompañado de esa multitud de faros rutilantes que pueblan el firmamento? ¿Quién, al respirar el aroma vivificante de las flores en medio de esta soledad y de este silencio que no interrumpen sino el balido de la oveja, el relincho del caballo y el chillido de los insectos, queda frío espectador y no siente en su corazón emociones peregrinas? ¡Y luego tanta luciérnaga ambulante, el murmullo del arroyo y esos fuegos fatuos que se levantan, se acercan, se alejan y desaparecen dando pábulo a la fantasía y aterrorizando al vulgo! Son las doce de la noche y es la hora que yo voy como Ossián a interrogar mis recuerdos al resplandor de la luna, a escuchar las melodías aéreas y a hablar con mi corazón.

11

Diciembre.

AYER, retirándome a mi choza con el crepúsculo vespertino encontré a una joven campesina arreando a caballo, un pequeño hato de ovejas que se había alejado un poco del redil, en busca de alimento. Su rostro hermoso, aunque algo tostado por el ardor del sol, su aire pensativo y melancólico, me interesaron. Acerquéme a ella cortesmente y la dije: parece que usted no se apura mucho por concluir su tarea; las ovejas se han apercibido sin duda de su negligencia y caminan con pasos perezosos. ¿Quiere usted que le ayude? Ya la noche se acerca y hay alguna distancia de aquí a su rancho. Muy bien, señor, me contestó, y heme aquí pastor de Arcadia guardando ganados con mi bella Galatea; ella por un lado y yo por otro picamos los caballos y dimos un repunte a las ovejas que se habían desparramado un poco, y seguimos al tranco sus lentos pasos, dando de cuando en cuando un grito o un silbido para hacerles notar nuestra vigilancia. Caminábamos así y punzado por la curiosidad le dije: usted me parece triste y pensativa. ¿Qué cuidado le aflige? Ninguno, señor, me contestó. ¿Cómo ninguno? la repliqué su fisonomía de usted indica que tiene alguna pena secreta y yo me inte-

reso en saberlo. No, señor, no tengo pena ninguna, y las lágrimas le brotaron en los ojos.

En esto la luna aparecía como un globo de fuego en el claro horizonte y bañaba con sus rayos plateados la inmensa llanura que semejaba a un océano movido por la brisa suave del occidente. El cielo estaba claro y centellaban aquí, allí, en el firmamento con luz incierta varios grupos de estrellas, mientras que el aire embalsamado con el aroma de las yerbas halagaba dulcemente los sentidos y despertaba en el corazón mil emociones tiernas y apacibles. Paráronse las ovejas a poca distancia del rancho y oí una voz de mujer desde la puerta repetir altamente: ¡María! ¡María! ¿Quién la llama a usted?, la dije. Mi madre, me contestó; no tiene más compañía que yo y se aflige cuando está sola; mi padre y mi hermano están en la frontera.

Llegamos en esto al rancho y la madre de María me recibió con agasajo sencillo pero algo embarazada y sorprendida; mas luego se recobró cuando le conté el encuentro fortuito de su hija. En su modo de expresarse y maneras, manifestaba la señora que no había tenido siempre el rústico roce de los campesinos. Hablamos de cosas indiferentes y le hice notar el interés que me había inspirado el rostro y ademán melancólico de María. Entonces ella me contestó poco más o menos en estos términos: La tristeza de mi hija es muy fundada; mi hijo hace como un mes partió con un escuadrón de milicias que salió a escarmentar los bárbaros de la fronte-

ra, que como usted debe saber, han entrado a nuestros campos matando, robando y desolando todo cuanto encuentran. El futuro esposo de mi hija ha ido en seguida de él y hemos quedado solas con un peón de mala cabeza que hace dos días que no parece por aquí. Aun no hemos tenido noticias de ellos y nuestro cuidado se aumenta porque supimos ayer que el escuadrón fronterizo se ha batido con los indios. ¡Quién sabe cuál habrá sido su suerte! Yo que estoy habituada a los contratiempos y los trabajos, no me afecto tanto como María que empieza a vivir y se ha hallado burlada en sus primeros amores. Pero su hija de usted debe consolarse, le contesté, pues su amante ha ido a llenar uno de los primeros deberes del patriota y se cubre de gloria cuando corre a prestar su brazo para defender su tierra posponiendo los intereses de su corazón a los de la patria.

Este elogio de su querido animó a María que enajenada dijo: Mire usted si tendrá sentimientos elevados Alberto; estábamos en vísperas de casarnos, cuando llegó a sus manos una proclama del gobierno a los habitantes de la campaña anunciándoles la próxima incursión de los indios y diciéndoles que se preparasen para defender sus fortunas y familias. Ese mismo día escogió sus mejores caballos, preparó su equipaje y me dijo: la Patria, tu vida y la de mi familia peligran, los indios están próximos; estos son deberes sagrados para un hombre de honor, yo no puedo desconocerlos. Cuando

haya servido a mi Patria vendré a consagrarte mi mano y mi corazón. Ya tu hermano me precedió, voy a seguirlo: adiós, volveré glorioso y enamorado. Dióme un abrazo y se fué.

La noche estaba avanzada, mi caballo algo cansado de las carreras del día, mi rancho algo distante, y resolví, cediendo a las repetidas instancias que me hicieron, pasar la noche allí. Cenamos los tres cordialmente un buen asado de cordero; retirámonos a dormir y al romper el día dije adiós a mis dos amables huéspedes, después de haberles prometido que pronto les daría noticias ciertas de los ausentes. Quedaron algo consoladas con mi promesa, monté a caballo y me retiré lentamente pensando sobre las vicisitudes de la suerte y sobre la fragilidad de las cosas humanas.

12

LA idea de los padecimientos de los otros debe derramar el bálsamo de la conformidad en los corazones afligidos, pues que ella nos prueba claramente que la humanidad nació para sufrir. Yo siento menos mis dolores cuando pienso que otros son más infelices que yo y soportan con más paciencia sus calamidades.

He sabido que la señora de que hablé en mi última carta, pertenece a una familia distinguida de... que poseía una fortuna pingüe en la campaña, y

que la guerra civil la dejó del día a la noche casi en la indigencia. Después de esta catástrofe reunió todo lo que pudo de los despojos de su riqueza y reducida por la necesidad se retiró con su marido y sus dos hijos al paraje donde yo la vi ayer. Su esposo murió al poco tiempo y sin más apoyo que su hijo y María vive soterrada en el campo, olvidada del mundo, y conforme con su destino.

13

HOY me retiraba al tranco del caballo a mi rancho acompañado de un peón. El viento adormido apenas respiraba. El sol flameaba como una hoguera inmensa en el firmamento y el blanco desierto semejaba a un mar de luz resplandeciente. Toda la naturaleza parecía envuelta en un letargo profundo ocasionado por el ardor febeo. Caminábamos y de repente una nube opaca nos interceptó los rayos del sol y nos cubrió con su sombra; miré hacia el cielo y vi con admiración como un cono opaco cuya base tocaba en la tierra y cuyo vértice se elevaba hacia las nubes que reflejando los rayos de la luz, parecía coronado de una aureola resplandeciente, y ondeaba y hervía como torbellino en el espacio. Pregunté al peón qué era aquello, y me contestó: es un hormiguero de hormigas voladoras que ha reventado: cuando el tiempo está sereno, el viento no sopla y hace mucho calor, re-

vientan con frecuencia. ¿Qué usted nunca ha visto eso? No, le respondí; es una cosa bastante rara y dudo que sea lo que tú dices. Llegamos a casa y la relación de muchas personas confirmó mi fe en este fenómeno maravilloso, que yo había tomado por un meteoro.

14

HOY, cansado de galopar y sediento, detuve la rienda a mi caballo en la orilla de una laguna poblada de espadaña y juncos. El sol flameando en el mediodía, abrasaba la tierra, y los húmedos vapores que se elevaban de la laguna formando una nube de humo sobre su superficie tranquila, reflejaban los rayos luminosos, transformándolos en mil iris resplandecientes que deslumbraban la vista. Sofocado de fatiga y de sed acerquéme a tomar un poco de agua; pero vi con sorpresa multitud de peces flotando como muertos sobre la faz cenagosa de la laguna. Un olor corrompido hirió mi olfato, y ya no fué posible refrigerar mi cuerpo inflamado, ni humedecer mi seca garganta. Hacía como un mes que no llovía, las aguas estancadas se habían evaporado poco a poco, con los rayos ardientes del sol, y todos los habitantes que contenía habían perecido. Varios nidos de chajaes y cuervos, como columnas de paja, flotaban aún sobre aquella agua cenagosa y sus infelices dueños había ido a buscar

paraje más adecuado a su naturaleza y más halagüeño, dejando abandonados en ellos a la inclemencia y orfandad, los tiernos frutos de sus malogrados amores. Aproximéme a caballo a uno de aquellos nidos y lo vi cubierto de polluelos de cuervo, que al mirarme piaban y saltaban como si creyesen que yo les traía algún alimento. Tomé uno en mi mano; comencé a halagarlo y vi con horror que vomitó de su cuerpo un sapo, una víbora y un huevo de perdiz. Soltélo al punto con asco y me retiré precipitado de aquel lodazal inmundo de la muerte. Así, amigo, todo parece que conspira en la naturaleza a la destrucción. Los elementos inertes y etéreos están en guerra continua con la naturaleza animada. Esta sostiene la lucha, y sucumbe o triunfa momentáneamente. Todos los seres procuran mutuamente su destrucción. Los animales de una misma especie se devoran entre sí, y aun algunos se alimentan con el propio fruto de sus entrañas, para obedecer al instinto imperioso de la conservación. El hombre destruye cuanto está a su alcance y aún a sí mismo sin necesidad, y el tiempo o la muerte, gigante voraz e insaciable sentado sobre las ruinas y los despojos de lo pasado, aniquila y anonada a la vez cuanto nace en el universo. Pero existe derramado en la creación un poder inagotable de vida, que de la escoria de todos estos elementos desorganizadores engendra nuevos seres, purificando en el crisol del tiempo el espíritu creador que lo anima.

15

Enero 23.

SI, amigo, voy a partir; quiero experimentar los efectos de la vida activa que tú me alabas; sé que la inacción me es nociva; pero te engañas si has creído que mi existencia está al presente inactiva. El águila se goza en su área sublime; el león en su guarida solitaria; sólo al hombre no le es dado encontrar reposo en ninguna parte; su vida es un peregrinaje continuo y fatigoso hasta el día en que la eternidad se abre a sus ojos. Cada máquina tiene su resorte principal que rige todos sus movimientos; pero la humana tiene infinitos que ponen en ejercicio constante sus facultades. Siento separarme de estas buenas gentes y de lugares que han endulzado con su atractivo las penas de mi corazón; pero mi salud ya está restablecida y algunos negocios de interés me llaman a la Capital; mañana pienso ponerme en camino.

16

Febrero 1º

HEME por fin en el término de mi viaje fatigado del choque de mis pensamientos y envuelto siempre en mis tétricas ideas. En vano la naturaleza se me

ha presentado revestida de todas las bellezas que la decoran; mi mente la cubría toda con su fúnebre velo, y las más halagüeñas imágenes, aun cuando despertaban instantáneamente mi admiración, perdían luego su atractivo en el curso de mis reflexiones. ¡Qué triste posición es, amigo, la del que se halla aún joven burlado en sus más halagüeñas esperanzas, destituido de sus más lisonjeras ilusiones, sumergido en la nada de la vida y rodando en el torbellino del mundo. El torrente lo arrastra más y más, y sin poder resistir a su ímpetu arrebatado, se ve al fin envuelto en el precipicio, si alguna mano amiga, si alguna tabla benéfica, no viene a sostenerlo en su naufragio.

17

Febrero 4.

LA casa que habito está situada en uno de los sitios más hermosos de esta ciudad. Las ventanas de mi aposento miran a la alameda, y el Plata extiende ante mis ojos sus ondas turbulentas y majestuosas. Hoy al toque de diana me levanté, abrí una de las ventanas y me senté a respirar el aura fresca y aromática del Oriente. ¡Qué espectáculo! El cielo estaba sereno; el sol rielaba el horizonte diáfano con sus cárdenos rayos; las aguas del padre de los ríos se hallaban en una perfecta calma; to-

do era silencioso, y sólo se oía el suave choque de las olas que besaban las peñas en cadencia y armonía. Un dulce sueño de ilusiones se amparó de mi imaginación, no me sentía a mí mismo; mas de repente hirió mis oídos un sordísono murmullo; desperté; tendí la vista y vi que era el ruido que hacían los habitantes esparcidos por la alameda. El astro del día flameaba ya en el firmamento y se miraba con placer en el espejo inmenso del Plata. Las pasiones de los hombres al ver la luz se habían despertado; yo salí como ellos de mi letargo, y mi ilusión se fué.

18

Febrero, 10.

ASISTO al paseo público diariamente sin salir de casa. Llega la tarde, me siento en mi ventana, y veo pasar a los curiosos, a los afligidos, a los enamorados o a los que la vanidad del lujo trae a la Alameda. De toda esta multitud de gentes que se reunen por diversos motivos en un mismo sitio, los vanos me parecen los menos disculpables. El curioso viene por satisfacer un instinto casi natural; el afligido porque se imagina que la diversidad de objetos, el ruido que hacen los que van y vienen, podrá aliviar el peso de su corazón, y el enamorado por buscar el alimento exquisito de la

pasión que lo domina, pero el vano es arrastrado por una inclinación baja y pueril, por el innoble deseo de saciar su mezquina ambición con las miradas, las críticas o los elogios de los tontos a quienes su ostentación deslumbra. A las mujeres se les puede tolerar esta pequeña extravagancia anexa a la debilidad de su sexo, porque en cambio poseen la gracia, la belleza y ese deslumbrante atractivo, gloria y tormento de nuestros corazones. Pero a los hombres, no, porque el hombre nació para más alto fin, para pensamientos más nobles y elevados. Hay otra clase de seres, mofa o irrisión de la especie humana que frecuentan mucho los paseos públicos y en general todas las reuniones donde pueden introducirse; estos son los pisaverdes o paquetes como aquí les llaman. Su ocupación es mirarse y remirarse, tocarse y retocarse; caminar a compás como en la danza, andar siempre a la moda y hacer centro del mundo su cerebro microscópico. A esta alameda asisten algunos; pero excuso hablarte de ellos porque Buffon, creo, trata largamente de esta clase, en el capítulo micos. Me acuerdo que ayer vi uno de estos entes perseguir con sus miradas y ademanes una señorita bella e interesante por su exterior modesto, quien visiblemente se fastidiaba de sus atenciones. ¡Pobres hombres!

19

Febrero 16.

SON las doce de la noche y todo está silencioso en derredor de mí, todo duerme; todo parece en calma. Cuando los otros reposan, yo estoy agitado; cuando duermen, velo. Las horas destinadas al olvido de todos los cuidados son las que escojo para meditar en silencio. Este silencio, esta soledad, son los amigos, los compañeros a quienes yo comunico mis cuitas. Ahora estoy al parecer solo; pero no es así. Mil entes de formas diversas, ya bellos, ya monstruosos vagan alrededor de mí. Mil voces mágicas y aéreas mezclándose al sordísono murmullo del viento y de las olas del Plata que se deslizan suavemente sobre la arena, halagan mis sentidos con una melodía dulce y apacible; un éxtasis divino me embarga al escucharlas; mis sentidos se adormecen, me reconcentro en mí mismo y luego se despiertan en mi fantasía mil cavilaciones sublimes. Los recuerdos se levantan gigantescos en mi memoria y lo pasado y lo futuro se despliega revestido de diversos colores ante el mágico espejo de mi imaginación. Me detengo a mi arbitrio a examinar y analizar cada objeto que se me presenta, porque soy a la vez espectador y actor; y luego cuando me fastidio, como los niños, de aquella fantasmagoría, apago la lumbre de la linterna mágica y to-

do es oscuridad y las tinieblas se suceden a las dulces ilusiones de lo pasado y lo porvenir. Así es el hombre: llevado por las alas de la imaginación remonta más y más por las regiones fantásticas de lo infinito y cada paso que da en esa esfera de quimeras e ilusiones, engendra un caos para su espíritu y una congoja para su corazón. Pero, amigo, oigo música; los sones melodiosos de una guitarra y una voz melíflua. Escucho. Adiós.

20

Febrero 17.

Mi anterior la interrumpieron los dulces ecos de una vihuela y la tierna y quejumbrosa voz de un enamorado que había escogido el silencio de la noche para venir a cantar los quebrantos de su corazón al pie mismo de la ventana donde dormía tranquilamente la causadora de ellos. ¡Qué cruel debe ser el martirio del que ama sin ser correspondido! A medida que su pasión acrece, a medida que su imaginación se engolfa en la ilusión encantadora de la posesión del objeto amado, cada desdén es un puñal agudo que se clava en su corazón, o una sierpe que roe envenenando sus entrañas; cada desengaño una nube opaca que se levanta a oscurecer el astro de su esperanza. Es de compadecer el que se halle en semejante situación. ¡Ah, mujeres, cuán

fatales son vuestros atractivos! Una mirada dulce de vuestros hermosos ojos, llena de delicias y angustias nuestros corazones y pone en tormenta deshecha nuestras pasiones tranquilas; y cuando una mirada tierna puede arrancarnos del pecho el aguijón doliente y calmar nuestra agitación, no la dais y os deleitáis en clavar más profundamente la envenenada vira y en ver consumirse en sus propios fuegos al infeliz que no fué de hielo a vuestros incentivos.

Los versos siguientes, según recuerdo, son los que cantaba el amante mal correspondido; pero esos tristes ecos los llevó el viento. Ninguna voz consoladora le dijo siguiera: "te he oído, pero tus esperanzas son vanas."

Al bien que idolatro busco
Desvelado noche y día
Y tras su imagen me lleva
La esperanza fementida;
Prometiéndome halagüeña,
Felicidades y dichas.
Angel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

Sobre el universo en calma
Reina la noche sombría,
Y las estrellas flamantes
En el firmamento brillan:
Todo reposa en la tierra,
Sólo vela el alma mía.
Angel tutelar, etc,

Como el ciervo enamorado,
Tras la corza se fatiga,
Que de sus halagos huye
Desapiadada y esquiva,
Así yo corro afanoso
En pos del bien de mi vida.
Angel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

El contento me robaste
Con tu encantadora vista,
Y sin quererlo te hiciste
De un inocente homicida.
Vuélvele la paz al menos
Con tu halagüeña sonrisa.
Angel, etc. (1).

21

Febrero 24.

Mis relaciones en este pueblo son aún muy escasas; la mayor parte de mis antiguos condiscípulos se han desparramado; he encontrado algunos, pero todos tan infatuados de presunción y de saber, que no me han quedado ganas de volverlos a ver. Tú sabes que no tengo pariente ninguno cercano; así

(1) Rimas, vol. III, pág. 183 de las obras completas. Publicada por la primera vez en el número 1º del *Recopilador* (1836), con las iniciales E. E***. — (G.).

es que paso una vida abstraída y solitaria en medio del bullicio de los hombres. Además, he sido tan desgraciado en mis primeras amistades, que no apetezco adquirir otras por no chasquearme de nuevo. Una señora muy respetable, antigua amiga de mi madre y que me profesa un cariño sincero, se ha empeñado en llevarme a algunas casas y en hacerme asistir a algunas tertulias; pero yo lo he rehusado siempre, dando por excusa el estado enfermizo de mi salud y mi poco gusto por esa clase de pasatiempos. Ella ha insistido tanto que al fin ha sido necesario ceder, y la he prometido acompañarla a una tertulia que tiene lugar una vez por semana en casa de una amiga suya. Allí iré más bien como espectador que como actor. ¿Qué placer podré yo encontrar en sitios donde reinan el regocijo y la alegría? Los corazones tristes y enfermos no se abren fácilmente al contento. El que sufre entre los felices, es un ser heterogéneo y sin atractivo. Además lo que halaga generalmente a los otros es indiferente para mí. Ya se me acabó aquella pasión por el baile y las reuniones tumultuosas que me lisonjeaba en otros tiempos. El único de mis gustos favoritos que me ha quedado, es el de la música y el canto; siempre hallo delicia en escuchar los sones armoniosos de un instrumento o los ecos melancólicos y tiernos del corazón. El infortunio ha levantado una barrera inmensa entre el mío y las distracciones mundanas. Ya me empalagan esos manjares insustanciales e insípidos que busca la

juventud anhelante. Mi ánimo necesita ahora otros alicientes para conmoverse; siento que algo me falta; pero no acierto a adivinar lo qué es. La sed me devora, pero no sé adónde ir a apagarla. Una fiebre continua me agita y saca por momentos de quicio mi razón. Mi estado es el de un volcán que no necesita sino un débil impulso para lanzar las materias inflamadas que fermentan en su seno.

22

Febrero 28.

Mi corazón es un torrente inflamado que en vano quiero comprimir, él hierve, se agita, rebosa y rompe con el ímpetu ciego de un torbellino; mi fantasía le presta sus alas y ambos me transportan fuera de mí con vuelo impetuoso y sublime. ¿Qué es, amigo, la razón cuando las pasiones son tan activas y fogosas? Si una idea se despierta en mi mente, mi imaginación se ampara de ella. La vuelve y la revuelve *dándole mil formas y revistiéndola de* apariencias monstruosas o inefables y luego se pierde con estas imágenes fantásticas en las regiones del infinito. Si un sentimiento se despierta en mi corazón, corro en pos de él con la velocidad del rayo, lo abrazo, lo comprimo en mi seno y lo reduzco al fin en mis insensatos transportes a cenizas y a nada, como el meteoro inflamado los obje-

tos que toca. Todos mis sentimientos e ilusiones son como relámpagos fugaces que ofuscan un instante con su vivo resplandor y desaparecen dejando sumergido al infeliz peregrino en lúgubre y espantable noche; así la felicidad huye de mí velozmente porque todo me sacia y empalaga o más bien porque nada es capaz de llenar este vacío inmenso de mi corazón.

Estoy asombrado de mí mismo; quisiera ver por momentos aletargadas todas mis facultades o estar sumergido en un profundo sueño. Mi cerebro es un caos donde se agita un mundo de elementos heterogéneos. Mis pasiones son infinitas y las cosas de la tierra de un día, de una hora, de un instante, son humo ante el viento embravecido o átomos en la inmensidad. Mi primer cuidado al llegar aquí fué el de obtener noticias ciertas sobre el hermano y el novio de María; un amigo empleado en la secretaría de guerra me prometió dármelas pronto, y aun hacer empeño para que se diese de baja a estos dos jóvenes, único apoyo de una familia indigente y desgraciada. Determiné aguardar el resultado de estas promesas antes de escribir a la madre de María, deseando comunicarle algo que aminorase la cruel ansiedad en que las dejé. Pero, amigo, mis esperanzas han sido burladas por una catástrofe terrible que ha venido a consumar los infortunios de esa familia, y a llenar de llanto y duelo otras muchas de nuestra campaña. El escuadrón de milicianos donde estaban incorporados el

hermano y el novio de María, ha sido destruido completamente por un enjambre de indios que los sorprendió al amanecer. Apenas escaparon ocho soldados que han venido derramando con la voz de indios y de derrota el terror y el espanto por todos los ámbitos de la provincia. El hermano y el novio de María murieron en la refriega peleando valerosamente. María ha perdido la razón, y su infeliz madre llora sobre el cadáver del único apoyo de su vejez y sobre el infortunio de su única compañera en medio del desierto. La he enviado un socorro de dinero, ya que no me es dado dar ningún consuelo a esas desgraciadas.

¡Cuántas calamidades en un solo instante! ¡Cuántas esperanzas desvanecidas! ¡Cuántos inocentes desdichados! ¿Dónde está, amigo, la mano de la Providencia? ¿Por qué abandona así sus criaturas a los tiros crueles de la fortuna? ¿No puede derramar torrentes de bien por todas partes? ¿Por qué deja, pues, al mal enseñorearse del mundo y pasear su hoz inhumana en medio de los hombres? ¿Necesita por ventura su cólera, para aplacarse, tantas víctimas, y tantas víctimas inocentes? ¿Por qué no abate al criminal, al perjuro, al homicida y no deja que la virtud viva contenta para ensalzar su nombre? ¿Por qué sufre que gima la inocencia y levante inútilmente sus yertas palmas al cielo? ¿Le cuesta tanto llenar el universo con la inmensidad de sus bondades? ¿Para cuándo las guarda? La tierra es la morada del hombre; en ella deben nacer

y fructificar las dichas y las esperanzas que alimenten su vida.

24

Enero 5.

ANOCHE, querido amigo, anoche yo dormía; un fantasma vino y llenó todas mis facultades; un velo fúnebre cubría su semblante tétrico y descarnado. Sus cóncavos ojos despedían mil flechas que traspasaban mi corazón. El pavor heló toda mi sangre; su vista me devoraba; levantó al fin su ronca voz y me dijo; tú duermes, insensato, tranquilamente, pero llegará la hora en que te sea demandada cuenta de ese reposo; llegará el día en que cada uno de los pesares que ocasionaste a tu madre, cada lágrima de las que la hiciste derramar, entrará con el peso de una montaña en el plato de la culpa. La balanza se moverá entonces y el plato de la redención subirá al cielo y el plato del pecado se hundirá en el abismo. ¡Infeliz del gusano que duda que llegará el día en que los justos sean remunerados según sus obras y los impíos según sûs iniquidades! Estas voces me aterraban, desperté y levantéme dando gritos como un furioso. Parecíame que el fantasma me seguía repitiendo a mis oídos: "¡matricida", "matricida!" Huye de mi vista, horroso fantasma, exclamaba yo con descompasadas voces,

yo soy inocente; yo idolatro a mi madre y con ella se fué mi felicidad. ¿No basta que saboree a cada instante la copa del dolor sin que tú vengas a colmar mi desesperación? Pero no, yo iré y me postraré ante el trono excelso del Altísimo; le diré mi inocencia, mi juventud, las pasiones que cegaban mi espíritu, llamaré pos testigo a mi madre y el irrevocable fallo de su justicia pronunciará mi salvación. ¡La muerte... la muerte...! Abrí entonces maquinalmente la ventana; el viento fresco del río penetró en mi aposento; toquéme el pulso y estaba febril... Mi agitación se calmó un tanto y poco a poco mi sangre tomó su curso ordinario, mi fantasía se despejó y vi que todo era un sueño. Así los pálidos destellos de la conciencia ofuscan la razón y nos hacen ver mil terríficos fantasmas. Cuando algún espectáculo imponente de la naturaleza viene a conmoverme y a dar pábulo con emociones terribles y violentas a mi fantasía, me reconcentro en mí mismo, y me entrego involuntariamente a mis cavilaciones sombrías. Ninguna idea riente se despierta en mi espíritu. Mi pensamiento es mi mayor enemigo; él me sigue por todas partes como un fantasma sombrío, que sale al paso a todos los contentos de mi corazón y los devora. Esta tendencia de mi imaginación a analizar y desear todos los objetos y ver el fondo de las cosas, me pierde y me hace infeliz. Un velo mágico y misterioso encubre la naturaleza moral. Desdichado del que ose levantarlo, porque se revelará a sus ojos atónitos el es-

queleto horrible y las formas monstruosas y descarnadas de la realidad. El hombre no nació para conocer la verdad porque ella repugna a su naturaleza. ¿No es infinitamente más feliz el gaucho errante y vagabundo que no piensa más que en satisfacer sus necesidades físicas del momento, que no se cura de lo pasado ni de lo futuro, que el hombre estudioso, que pasa lucubrando las horas destinadas al reposo? — Aquél vive por vivir, muere por morir, ignora todo, o más bien sabe todo pues que sabe ser feliz, y pasa su vida sano, robusto y satisfecho, mientras éste, obcecado de dudas, de pesares y de dolencias, arrastra una vida fatigosa y sin prestigios, buscando el fantasma de la verdad y alejándose del camino de la felicidad hasta que lo sorprende en sus sueños la muerte, y devora todas sus esperanzas. Por esto dijo un sabio; el árbol de la ciencia no produce el fruto de la vida. Sólo recoge el que siembra en terreno feraz.

¡Cuánto siento, amigo, haber venido a encerrarme en esta estrecha prisión; yo no puedo respirar entre los muros de las ciudades. Mi sangre no circula casi, aquí no hay alimento para mi fantasía, el horizonte de mi vista es muy limitado y me voy consumiendo a mí mismo poco a poco. A veces me imagino estar en medio de los llanos desiertos de nuestros campos y respirar libre su aire vivificante; me levanto, salgo de casa y camino velozmente por la primera calle que se me presenta con la vista inclinada al suelo; pero el ruido de

los paseantes, los encontrones que me dan, disipan bien pronto mi ilusión y me retiro fatigado y con el corazón oprimido. Así es que he tomado el partido de no salir a pasear sino al claro de la luna y cuando el sueño retiene a los habitantes en sus moradas. Nunca olvidaré esos placenteros días que he pasado en la campaña. Allí yo podía entregarme libremente a los caprichos de mi fantasía; la naturaleza con toda su pompa y majestad se ostentaba a mis ojos, podía contemplar el oriente y el ocaso del sol en el lejano y diáfano horizonte, e ir a contar a la luna silenciosa y a las estrellas, la angustia de mi corazón.

27

Enero 30.

AYER con la aurora dejé mi habitación, alquilé un bote y salí con dos marineros a pasearme por el gran río. El viento soplaba fresco del sur, el tiempo estaba sereno, amainamos la velilla y nos alejamos como volando de la costa. Virábamos aquí y allí y la aguda quilla de nuestro bote se deslizaba haciendo un murmullo apacible como por una superficie de cristal resplandeciente. Visitamos algunas embarcaciones extranjeras de la rada exterior, que como tú sabes, dista de 4 a 5 leguas de la costa y dirigimos nuestra proa a tierra. El viento soplaba

con vigor; las olas crecían y se encrespaban y el cielo cubierto de nubes eclipsaba los rayos del Sol. Un murmullo sordísono resonaba a los lejos y las marinas aves, nuncias de la tempestad, se mecían con vuelo oblícuo en las nubes o arrastraban sus alas por las concavidades y las crestas espumosas de la onda. Yo empuñé el timón; los marineros apuraban el remo; pero el choque de las olas y del viento inutilizaba mis esfuerzos. Nuestras fuerzas se agotaban en lucha tan desigual; el río levantaba más y más sus olas encrespadas, los relámpagos flameaban y el trueno retumbaba horrísonamente entre las nubes. El débil pino que nos sostenía, subía en la cresta de la onda hasta las nubes y luego descendía entre dos montañas móviles de agua que nos cubrían el horizonte, desplomándose al punto con murmullo horrísono en el cauce espumoso de las aguas. El instinto de la vida sustentaba nuestro ánimo y hacía redoblar nuestros esfuerzos. La costa estaba a nuestra vista, pero un mar irritado nos separaba de ella. Dominados por la idea del peligro, nuestras almas se hicieron insensibles al aspecto iracundo y terrífico de la naturaleza. Nuestras fuerzas se agotaron y los remos y el timón fueron presa de las olas. Pero la esperanza nos sustentaba en medio a los conflictos de la muerte. Un bote cargado de hombres zozobró a nuestra vista; los infelices flotaron un instante sobre las aguas; pero fueron luego envueltos en sus tumultuosos remolinos. Nosotros fuimos más felices; un torrente de

lluvia se desplomó del cielo; sopló el viento del oriente y empujado por él y por las olas, nuestro bote encalló de repente sobre la arena. La ribera estaba cubierta de gente; empapados de agua y quebrantados de fatiga, llegamos a ella después de haber caminado un largo trecho con el agua a la cintura. A mí me llevaron, no sé cómo, a casa, y ahora que te escribo, ya me encuentro restablecido y contento de un accidente que me ha hecho ver de cerca la muerte y un espectáculo maravilloso y sublime. El relámpago flamígero; el trueno horrisonante; ese hervir impetuoso de las olas; esas montañas de agua que se levantan bramando y se desploman en el abismo; el silbido del viento embravecido; esos escuadrones espesos de nubes que marchan majestuosamente chocándose con violencia y despidiendo de repente un rayo luminoso que abrasa el firmamento y nos deslumbra; esa agitación, en fin, de los elementos, han producido en mí emociones indecibles y levantado mi espíritu a una esfera sublime. Allí ningún pesar, ningún recuerdo triste vino a atribularme, y embebida toda mi imaginación en el sublime espectáculo que la rodeaba, se olvidaba del mundo y de los hombres.

28

Febrero 1º

ACABO de recibir mis libros; he separado algunos poetas y los demás pienso regalarlos a la biblioteca pública. Como sé que tú tienes una excelente colección por eso no te los ofrezco. Tú extrañarás, sin duda mi despego por lo que hizo en otro tiempo la delicia de mis días; pero te diré que ya he perdido el gusto por la lectura. Mi imaginación concibe, abarca, crea, con más rapidez que la que un filósofo emplea para escribir una frase; y mi corazón engendra más sentimientos y pasiones.

Además, encuentro que, en general, los escritores de esas ciencias son unos pedagogos insoportables; quieren tratar a los hombres como a niños y le dicen con tono magistral y un compás en la mano: este camino has de seguir para ser feliz; este sentimiento has de tener para no dejarte ofuscar por las pasiones y errar la senda; este pensamiento ha de ser el ídolo de tu mente si quieres ser siempre virtuoso y feliz; y cada uno aferrado a su infalible sistema divide en categorías al corazón humano y le señala la senda del bien y de la virtud. ¿Y a cuál, entre tanto, atenerse para no errar? A ninguno, porque todos nos han dado los desvaríos de su imaginación por reglas infalibles de moral y de filosofía. ¿Y a qué

sirve tanto fárrago de doctrinas? A llenar de dudas el ánimo, a desmoralizar al hombre y poner muchas veces a la razón en guerra abierta con los sentimientos espontáneos del corazón. Estoy convencido que el más simple campesino sabe más sobre moral que el más sabio filósofo; es verdad que él no explica ni analiza sus sentimientos; pero es feliz ignorando cómo siente y cómo piensa. A fuerza de reglas y preceptos pierden su fuerza los sentimientos más naturales, se ofusca la imaginación, y se engendran mil facticios que pervierten al corazón.

A mí me agrada el conversar con un autor que me haga confidente de sus pensamientos, porque su sociedad me instruye, despertando en mi espíritu alguna nueva serie de reflexiones; pero el que me habla en tono enfático y magistral provoca mi enojo y menosprecio. Las reglas y los preceptos violentan las inclinaciones naturales y convierten, a menudo, los sentimientos más pacíficos en pasiones frenéticas y fatales.

Un gran poeta es para mí el genio por excelencia, porque él me comunica sus sentimientos más sublimes o delicados, revestidos con el mágico colorido de la imaginación, habla a mi corazón y a mi fantasía; me deleita y me instruye haciéndome ver los extravíos y las consecuencias funestas de las pasiones exaltadas; al mismo tiempo que engrandece el círculo de mis ideas y hace fecundar en mi corazón los sentimientos elevados y generosos. Estas observaciones te explicarán mi predilección por

los libros de poesía y mi resolución de deshacerme de los de moral, filosofía, etc. Además el principio que me ha dirigido en mis lecturas ha sido siempre el de saber lo que pensó en tal época este o aquel filósofo sobre los problemas vitales de la humanidad; y como mi curiosidad se halla ya satisfecha, sus escritos me son inútiles, pues estoy convencido que la única y mejor norma para obrar bien es el corazón, cuando este no está corrompido. Pero se me dirá: ¿cómo atajar el mal de las inclinaciones viciadas? Entonces, yo responderé: nada pueden las declamaciones de la filosofía cuando el germen de la virtud está corrompido; así como la medicina es imponente cuando la gangrena ha destruido el principio vital de un órgano o de un miembro.

29

Febrero 3. 10 *de la noche.*

LA acción física es el único refugio de los corazones enfermos; ella aturde, ofusca las imágenes tristes que la imaginación engendra en sus cavilaciones sombrías. A veces acosado por mis negros pensamientos salgo y corro por las calles más desiertas como quien vuela en pos del objeto de su amor o de alguna visión encantadora, hasta que la fatiga abate mi cuerpo y amortigua la energía de mis facultades. Entonces siento aliviado el peso de

mi corazón; pero luego un rato de reposo regenera mis fuerzas y vuelve más violento el pesar a atrilarme con sus tétricas imágenes. ¿Cómo llenar este vacío inmenso que ha dejado la pérdida del único objeto querido, que alimentaba todas mis esperanzas? ¿Cómo reemplazar la inefable ilusión de los primeros años de la vida y sacar de las entrañas la amarga hiel de la congoja y del infortunio? ¿Cómo borrar de la memoria el recuerdo de una madre que nos dió el ser, sufriendo angustias mortales; que nos alimentó de su seno y nos prodigó hasta la muerte el inagotable tesoro de su cariño? ¿Cómo recordar los tiernos y generosos sacrificios del maternal sin sentir al mismo tiempo que su pérdida es irreparable? Tú sabes cuán caro costó a mi madre el cariño de su hijo... Esta idea sola me estremece; llena de dolor y acibara mi vida.

Cuando mi fantasía vigilante vaga de pensamiento en pensamiento, y algunos sueños consoladores despiertan en mi memoria los rientes devaneos de mi primera juventud; cuando la esperanza grata me sonríe y me muestra en lo porvenir, revestidos de colorido mágico, algunos rayos de consuelo, de gloria y de felicidad; aquella idea fatal me sorprende en medio de tan halagüeñas imágenes, me oprime la garganta como un espectro odioso; me hunde en un abismo desierto y tenebroso, y me dice al oído: tú estás solo en el universo. ¿De qué te sirve la vida? Entonces extiendo mis brazos desolados por los ámbitos de la tierra; busco ansioso

con la vista por todas partes; llamo en vano a mi madre con gritos descompasados y con todo el amor de mi corazón, y nadie me responde en la soledad, ninguna voz amiga viene a consolarme en mi desolación. ¿Qué es la muerte? ¿De qué me sirve la vida? ¿De qué mi juventud, mis esperanzas y el porvenir, si estoy sólo en el universo? ¡Idea horrible! ¡Idea más infausta para mí que la de la muerte! El eterno reposo; el fin de todas las angustias del corazón; tal vez la nada. ¿Y qué importa que sea la nada si se acaba de sufrir? Eternidad, nada, abismos horrorosos del sepulcro para la imaginación del hombre feliz, vosotros no me espantáis. ¿Qué importa que la tumba esté desierta? el desierto del mundo es mucho más frío y tremebundo. Vivir entre los hombres como un fantasma nocturno de que todos huyen; respirar el mismo aire y no simpatizar con ellos; sentir, pensar, sufrir solo; ocultar sus sentimientos en el fondo del corazón por no encontrar un solo ser que simpatice con ellos; hallarse rodeado de aduladores serviles o de estúpidos y orgullosos favoritos de la fortuna; vivir en fin en medio de los placeres y no poder participar de ellos; esto sí que es morar en desierto. La vida, dijo un gran poeta, no es más que el sueño de una sombra. La alimentan esperanzas engañosas, ilusiones fugaces, y cuando estos atractivos que la embellecían, se disipan sacando a luz su realidad desnuda ¿qué es la vida sino una sombra? ¿Por qué pues, perseguir con

tanto afán una imagen aérea y voluble? ¿Por qué poner tanto precio en una cosa que pierde su valor? Cuando el corazón se halla lleno de pesares, cuando los encantos del mundo se han desvanecido y nada encuentra el infeliz sobre la tierra que pueda contribuir para aligerar el peso de una existencia desolada fatigosa ¿qué es la vida? Nada, el reposo de la tumba es infinitamente más precioso, pues es eterno.

P. S. — Son las doce de la noche. He sufrido en dos horas tormentos infernales. Una especie de vértigo se amparó de mis sentidos y ofuscó mi razón. La idea de la muerte se enseñoreó de todas mis potencias; en vano yo forcejeaba por desasirme de ella; con mano poderosa, ella me apremiaba, me arrastraba hasta el borde de la tumba y señalándome su abismo me decía: pusilánime, aquí está tu reposo, un golpe solo y serás feliz.

Tomé mis pistolas, apliquémelas al cerebro; y ya iba... cuando una voz exclamó como bajando del cielo: "detente"... Las armas mortíferas cayeron de mi mano y mi cuerpo desmayado dió con ellas sobre la tierra. Entonces, amigo, la eternidad se desplegó ante los ojos de mi fantasía... El cielo... y allí, allí legiones infinitas de espíritus celestes y de justos entonaban en coro el hosanna eterno en alabanza de las glorias de Jehová, con voces que resonaban aún en los ámbitos más recónditos del universo y con armonías que hacían retemblar y saltar de júbilo a las esferas. Allí estaba mi madre; miróme con sonrisa dulce y cariñosa y

me dijo: la vida terrestre es un peregrinaje penoso y corto para la virtud; pero la vida celeste es la eterna recompensa de sus trabajos y tribulaciones. El don precioso de la existencia no te fué otorgado para que dispusieses de él a tu antojo, sino para que lo empleases en obras grandes y generosas hasta que llegue el día en que te sea pedida cuenta. Vive, hijo, como has vivido y hallarás algún día la felicidad si no en la tierra, en la morada de los justos; conserva puro tu corazón como hasta aquí, y algún día recibirás el galardón destinado a la virtud.

30

Febrero 8.

TE dije en una de mis anteriores que estaba comprometido a acompañar a una tertulia de baile a doña Ana, antigua amiga de mi madre. Acabo de entrar a mi cuarto, de vuelta, después de haber pasado dos horas, las más deliciosas de mi vida. Yo no sé cómo mi triste corazón ha podido tan fácilmente abrirse a las impresiones halagüeñas; aun no puedo explicármelo. ¡Tal vez el poder de la hermosura! ¡Tal es la magia encantadora de una alma angélica y sensible! ¡Oh inconstancia del corazón humano, que yo he pasado en un instante, del abismo de la congoja al cielo de la gloria y de las

delicias! ¿Y cómo no, amigo? He encontrado en la tertulia de... a la mujer más amable y más hermosa que existe sobre la tierra. Sí; la ilusión no me engaña; es imposible hallar reunidos en un mismo ser, más gracia con más sencillez, más discreción con más juventud, más candor con más inteligencia y talento; más amabilidad, en fin, con más ternura y sensibilidad, y yo he conversado con ella y me he embriagado de placer al mirarla y he sostenido en mis manos su cuerpo gentil y aéreo.

Eran las nueve: la concurrencia era muy numerosa y lucida y yo miraba, espectador indiferente, dirigirse sobre mí, como foráneo, las miradas curiosas de las bellas que componían aquella brillante reunión. Cuchicheaban en secreto de cuando en cuando y me parecía que se decían al oído ¿quién será este hombre tan frío y taciturno? Levantéme del rincón donde estaba apoltronado y me dirigí al sofá, donde doña Ana conversaba con la dueña de casa. Entré en conversación con ellas, mientras los jóvenes y señoras disfrutaban enajenados del dulce placer de la danza, cuyos compases seguía el piano con su armonía sonora. Usted ha venido en mal día, díjome la amable señora, nuestra tertulia está hoy algo triste; falta el alma de nuestra reunión; la señorita Luisa C... ¿Qué, no vendrá Luisita, exclamó en voz alta un concurrente? Se hace desear mucho; y al nombre de Luisita todo el concurso se puso en expectación. La contradanza se deshizo y se formaron en el recinto de la sala va-

rios grupos a conversar. —"Usted extrañará sin duda, continuó la señora, el interés que manifiestan mis amigas por Luisita, pero es preciso que usted sepa para que no se sorprenda, que esa señorita es el ornamento más lucido de esta sociedad por su carácter amable y bondadoso, y por su talento, gracias y jovialidad. Nuestros tertulianos no pueden pasarse sin ella y yo menos, pues cuando no viene me parece que falta algo en casa o que los humores no están dispuestos a la jovialidad. Desearía, le contesté, conocer una señorita tan cordialmente encarecida, pues creo que el aprecio general es el mejor garante del mérito de las personas y de la bondad de las cosas. En esto se presentó en la puerta de la sala la señorita Luisa. Toda la reunión se puso en movimiento; los corrillos se disolvieron, varios jóvenes se adelantaron a saludarla. Ella correspondió graciosamente y corrió al sofá donde yo estaba a abrazar a mi amiga, dueña de casa. Querida, por qué te has tardado tanto; te has hecho desear mucho esta noche, nuestros concurrentes estaban inquietos por tí y aun este caballero, nuevo en nuestra sociedad, ha participado del interés que todos han manifestado, pues que te creíamos enferma. — Varios incidentes me han impedido el poder venir antes y debo regocijarme de ello, pues que esta circunstancia me presta la ocasión de conocer más el sincero cariño que me profesan mis amigas y las buenas ausencias que hacen de mí. En cuando a este señor, no puedo li-

sonjearme de que mi ausencia le haya inquietado en algún modo, pero sí creo que el interés que han manifestado mis amigas haya obrado en su espíritu de un modo favorable a mi persona. — Señora, le contesté, yo he deseado, como todos, la presencia de usted, y ahora le digo sinceramente que hubiera sentido sobre manera haber perdido la ocasión de conocer a una persona tan dignamente encarecida. En esto entraron varias señoras; la conversación general se interrumpió y yo quedé hablando a mis anchas con Luisa. ¡Qué candor! ¡qué amabilidad! De sus labios encarnados fluían las palabras más dulces que la miel, más hechiceras que las del amor. La pureza de su corazón resplandecía en sus negros ojos y a medida que la escuchaba una especie de fluido magnético, saliendo de toda su persona se derramaba suavemente por todos mis sentidos y potencias y los encadenaba.

En ese momento se trató de bailar una contradanza. Varios jóvenes se apresuraron a convidarla, pero ya estaba comprometida conmigo. Salimos, rompió el piano. ¡Oh! ¡cómo se llevaba la vista de todos, qué agilidad, que gracia tan natural! Me parecía que todos me miraban con envidia porque sustentaba en mis brazos aquel talle tan airoso y elegante, aquel cuerpo tan gentil y aéreo. Jamás he sido tan bailarín ni nunca los juegos de Terpsícore me han embelesado tanto. Cesó la contradanza, continuó el baile y fué necesario ceder por prudencia mi compañera a la impaciencia de los jóvenes

que se la disputaban. Llegó mi turno al fin y salimos a bailar un vals. ¡Oh, qué delicia! Aun me parece que la sostengo en mis brazos, ligera y fragante como una Sílfide aérea impregnada del ámbar de las flores. Rompe el piano el compás y nosotros partimos como el viento, rodamos por aquí y allí por el ámbito de la sala, como los plumas en el espacio. Todo pasaba como torbellino alrededor de nosotros y aparecía confusamente. Todas las potencias de Luisa estaban en el baile y yo todo en ella. La vista de los circunstantes seguía embebida en nuestros rápidos movimientos y nosotros volábamos casi sin hollar la tierra. En aquel instante, *amigo, me parecía que un ángel me llevaba sobre* sus alas etéreas a la región inefable del amor y de la gloria. La ilusión se fué pero su dulce imagen me llena aún de delicia.

31

Febrero 10.

¡QUÉ poderoso, amigo, es el influjo de la imaginación sobre la felicidad! Ella agranda prodigiosamente las tristes imágenes que rodean al desdichado y llena a veces de ilusiones deliciosas al corazón enfermo; ella nos hunde en el abismo de la desdicha o nos sube a la cumbre de la gloria; ella

nos roba y da la copa de los deleites; ella, al fin, decide de nuestro destino.

No a todos se les ha dado con la misma medida este don funesto y divino, y no sé si será más feliz que los otros el hombre dotado de una fantasía viva y fecunda; sólo sé que he sufrido en el curso de mi vida tormentos horribles y saboreado delicias inefables. Los desengaños y los contrastes me han hecho más cauto sobre las falaces ilusiones de la imaginación; pero en vano invoco a veces la razón; ella me deslumbra, me encanta con su atractivo y me lleva en sus alas etéreas más allá de los límites de la realidad a la región fantástica de las quimeras.

32

Febrero 12.

SON las siete de la tarde. El cielo está sereno y transparente; el Plata en calma, refleja al cerúleo firmamento y ambos parecen dos amigos que se miran regocijados. Los vientos duermen y mi corazón participa de este halagüeño reposo de la naturaleza. Mil rientes imágenes vagan en derredor de mi mente y una de ellas más pura que un ángel me sonríe cariñosa y me muestra en lo porvenir un mundo de glorias y deleites inefables. ¿Qué mudanza tan repentina es ésta? No puedo explicárme-

la. ¿Serán, amigo, ilusiones fugaces como todas las que han alimentado hasta aquí mi vida? Qué importa: el náufrago que lucha fatigado con las aguas debe asirse de la primer tabla que se le presente aunque luego las olas turbulentas y encrespadas lo envuelvan de nuevo en sus tumultuosos remolinos.

33

ELLA ocupa todas mis potencias, me sigue por todas partes, la veo en todos los lugares, me sonríe en mis sueños y es el ángel tutelar de mi vida.

MEFISTOFELES

DRAMA JOCO-SERIO, SATÍRICO-POLÍTICO

He bien, Messieurs les cagots,
Je crois que vous êtes des sots.

(ANONIME).

LA VISIÓN

LA noche estaba oscura, fría y ventosa; yo me encerré como de costumbre, temprano en mi cuarto, y me puse apoltronado en mi marquesa a cavilar, cavilar. Las cavilaciones son el origen fecundo de todos los prodigios que desde Adán y Eva han escandalizado la tierra, puesto grima al cielo, y regocijado al infierno. Ellas han engendrado todos esos monstruos gigantescos que vagando por el mundo dan, ora al traste con los imperios y repúblicas, ora les suben a los cuernos de la luna para de allí caer a plomo y que se estrellen y desmenucen contra las rocas de su propia nulidad. Y cuando el meollo los concibe saturado de una cierta dosis de

fiebre ambiciosa, estúpida, fanática, guerrera, satírica, maquiavélica, de entonces, ¡pobre mundo, mísera humanidad! La tierra toda forma una batahola de gemidos y lamentos que atruenan aún a la materia inerte e insensible y asordan al cielo. Pues, como iba diciendo, yo me fuí a cavilar después de haberme sorbido dos enormes jícaras, que no eran tazas, de café. A poco rato las extremidades se me helaron como si hubiera tocado nieve, mi cerebro se inflamó y comenzó a irradiar, como un horno, calórico latente, de tal modo que llevé muchas veces la mano a la cabeza creyendo que mis cabellos ardían y que en mi cuerpo se efectuaba ese raro fenómeno denominado combustión espontánea, aunque nunca entró en él ni una gota de espíritu volátil. Luego que me hube bien asegurado por el tacto, que no ardía, porque confieso ingenuamente que soy algo inclinado al escepticismo, sobre todo desde que leí a Descartes; me arrellané en mi asiento para ver si era yo mismo el que estaba sentado, a causa que mi ser material se había disuelto con las centellas de mi fuego espiritual, cual si animado de la gracia estuviese absorto en una intuición beatífica, y me envolví todo de nuevo en la capa oscura de mi propia existencia.

Entonces empezaron a pulular en mi mente las formas más estrambóticas y grotescas que hayan entrado en cráneo humano, a pasar como los espectros de Ricardo III al través de la linterna mágica de mi fantasía. Pasaban, repasaban, y yo miraba

aquellos informes engendros, embaido, sin poder distinguirlos porque rodaban tan confusamente como esas mangas de hormigas alígeras que brotan a menudo en los días serenos del verano en nuestros campos; de suerte que estuve tentado muchas veces a confundirlos con los átomos, los monadas, los torbellinos que fueron en los cráneos de Epícuro, Leibnitz y Descartes, *non plus ultra* de los caviladores, los gérmenes de la creación. Pero felizmente mi linterna no era como la del mono de la fábula, sin luz.

Apliqué un microscopio o el disector de infinitamente pequeños o corpúsculos, y como por encanto, aquel caos empezó a ordenarse, aquellos torbellinos a calmarse, aquellos átomos a tomar forma, cuerpo y vida ante los ojos de mi fantasía. ¡Cuál fué mi sorpresa al ver que aquellos entes, antes informes y atomíticos, eran bípedos, eran mis semejantes! Me faltan palabras para decírtelo, lector mío. Sólo te confieso, como buen cristiano, que en aquel acto tuve el deseo impío de ser nigromante o endemoniado, que son sinónimos, para poder penetrar el origen de aquella transformación tan peregrina y estuve tentado de dar al traste con mi análisis por librarme del sonrojo de haber confundido a animales con hombres. Pero la curiosidad, demonio irritable, casquivano, me clavó sus aguijones y a pesar mío continué a ojear con la fantasía armada de un telescopio de Herschel aquel mundo de hijos de Adán y Eva. ¡Cielos, qué veo!

Tras..., y dí con silla, linterna mágica y telescopio en el suelo, haciéndome un chichón enorme en el cerebelo. Se evaporó mi visión fantástica y después de haber vuelto de un síncope que me duró dos horas, me encontré sentado en la cama con sinapismos de mostaza en los pies, y más triste que una primavera sin flor ni vegetación.

Pero me preguntarás, curioso lector, qué es lo vi para tanto aspaviento. Vi... vi... eran, eran... Te lo diré, si me acuerdo, en el capítulo siguiente.

CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO 1º

SIN duda los demonios son la canalla más soez y maldita que engendró la soberbia, y seguramente alguno de ellos fué el que infundió a mi espíritu la visión o enigma que acabas de leer caro lector, que ya no quiero llamar curioso, pues he visto prácticamente que la curiosidad es el vicio más funesto que produjo el pecado original desde Eva hasta el 31 de Agosto del año de Cristo de 1833; así es que os lo quiero descifrar por quitaros la tentación de querer averiguar pensamientos ajenos y cosas ocultas y misteriosas. Mejor es vivir engañado que con la verdad a cuestas, porque pesa mucho para nuestros débiles hombros. ¿Qué ganamos con saber lo que ignorábamos, o con ver palpablemente lo que aparecía a nuestros ojos cubierto con el velo confuso de la ignorancia o revestido con los colores

vagos y brillantes de la fantasía? Un desengaño, la pérdida de una ilusión. Las ilusiones son las flores de la vida; cuando aquéllas se van, ésta se marchita y desfallece. Ellas son como el aura vital que reanima la planta agostada por la aridez del invierno.

¿Conocéis, vecinos, por acaso, alguno de esos hombres que el mundo llama sabios? Pues ésos, aguijoneados por la curiosidad, perdieron el reposo del alma, encanecieron jóvenes, se privaron de las delicias de la vida, y siempre hambrientos y nunca satisfechos, caminaron por la senda de la vida buscando verdades y sembrando desengaños, y al fin de la ruta fatigosa hallaron un páramo infecundo donde no había agua para refrigerar su garganta, ni yerbas para reclinar su frente bañada de sudor y agobiada por el peso molesto de las cavilaciones, ni una voz que le respondiese en toda la naturaleza. Ved al contrario a ese campesino que no se cura de nada, que no busca ni anhela nada más que satisfacer sus necesidades instantáneas, como vive largo tiempo contento y satisfecho. Pues bien, tomad ejemplo, caro lector, y si alguna vez me sucediera cortar el hilo de la narración o estampar algún concepto oscuro y enigmático, no os dejéis seducir por el demonio de la curiosidad, deseando que él os haga conocer la esencia o nata de la materia de mi análisis, porque os sucederá algún fracaso o mal de que no podréis curaros, como yo.

infeliz, que llevaré mientras viva, por castigo, un chichón tumescente en el cerebelo.

Pero, dejando aparte digresiones y entrando en materia te diré que (gracias al telescopio con que Herschel vió tres planetas más y leyó como en un libro en el firmamento) yo vi que aquellos entes vermiculares y atomísticos eran mis semejantes, es decir, imágenes de Dios, no cuadrúpedos como quiere Rousseau, sino bípedos bimanos y con cráneo protuberante. Además vi que hablaban, disputaban y gritaban y escribían como si estuviesen reunidos en asamblea nacional o en conventículo revolucionario, donde generalmente se discute la política, ciencia lata y profunda, pero que pueden fácilmente sondear los *topos*, explicar los mudos y comentar los manitullidos, sobre todo en las repúblicas. Armaron tal barahunda aquellos hombres, que en el corto espacio de dos minutos que me duró la visión casi me dejaron sordo a fuerza de gritos, pero no tanto que mi tímpano no pudiese rastrear los tiples y bajos y contraltos de sus modulaciones vocales.

Poco a poco fuí teniendo conciencia de aquellas voces discordantes de seres racionales, y al cabo averigüé que eran no sólo de seres racionales sino también de hombres que yo conocía más o menos, pues todos habían nacido de la misma madre que yo, y eran mis compatriotas. He aquí, lector mío, la explicación del enigma. Lo que pasó después tú lo sabes mejor que yo, pues a cada rato mi chichón

me da testimonio auténtico de aquel terrible fracaso. He aquí el resultado de mi análisis microscópico provocado por la curiosidad, que para vos será tal vez muy trivial, pero para mí de una importancia grande, pues me ha producido, en buena suma, un chichón, un síncope de dos horas, la fiebre, sinapismos de mostaza, pediluvios, ventosas, refrigerantes, y otras muchas más cosas que te revelaré, si sois benévolo, cuando pueda.

SUEÑO

EMPEÑÁNDOSE han Locke y sus sectarios en probar que las sensaciones son el origen de todas nuestras ideas, y los sentidos el vehículo por el cual la humana inteligencia adquiere conocimiento tanto del visible como del invisible mundo. Berkeley y los idealistas no sólo han negado la existencia de la materia, sino también se han devanado los sesos para hacernos creer que el mundo físico no es más que una pura ilusión o fantasmagoría, y subiendo de punto en la extravagancia, han afirmado que todas nuestras ideas adquiridas o por adquirir son recuerdos de vida preexistente que el alma trae consigo a ésta perecedera.

Sin entrometerme a examinar el fundamento de estas doctrinas, quisiera yo de paso preguntar a los idealistas, si cuando voy caminando por la calle distraído, tropiezo contra un poste y me magullo

una pierna, ¿debo creer que existen postes? Y a los sensualistas, si la mental lucidez de un sonámbulo, el éxtasis de un Budhista, los raptos místicos de Santa Teresa, y sobre todo, mis sueños, tienen algo que ver con la materia ni los sentidos. Cosas hay inexplicables, y el origen primitivo de todas nuestras ideas es una de ellas. Díganlo los innumerables sistemas filosóficos abortados y reproducidos por el delirio humano. ¿Dónde está la verdad? En ninguno; las contradicciones sólo son ciertas.

¿Pero qué tiene que hacer todo esto con un sueño? me dirás, lector. Mucho, te responderé, y muy mucho, porque, habiéndome puesto a reflexionar sobre el origen del sueño que voy a contarte, ocurrieron las antecedentes dudas y no quiere mi conciencia cargar sola con ellas, siendo más púdica que la de una beata, ni menos de rondón entrar en materia por evitar la tacha de descortés o que me saluden con algún maldito interrogante al principio o fin de la lectura de este capítulo.

Gentes hay temibles como los mosquitos y pulgas en verano; que cuando uno menos piensa, le susurran al oído y le clavan el aguijón, haciéndole cortar, o cuando menos anudar el hilo de la trama que laboriosamente se está urdiendo; gente caprichosa y descontentadiza como doncella vaporosa, cuya forma característica es la de un interrogante. Por fas o por nefas siempre le han de salir a uno al paso como perro gruñidor, con el sonsonete,

¿qué? ¿cómo? ¿a qué viene eso? ¿qué quiere decir esotro? Y ¡guay! si les dais las espaldas, porque os darán un tarascón y se quedarán todavía regañando. ¡Arduo trabajo, por cierto, satisfacer a tales criaturas, y mayor embarazo topar uno con semejantes pantallas cuando anda buscando a tientas el rastro de la verdad entre el fango de las opiniones humanas!

Dios infunde sueños, dice Schiller en sus Bandidos. Acusador y juez del malvado es su propia conciencia, voz fatídica que despierto, durmiendo, a todas horas, le echa en rostro su iniquidad. El tribunal de Dios es la conciencia del hombre, y el varón justo obrando con arreglo a las inspiraciones de su conciencia, cumple con los mandatos de Dios.

Yo dormitaba, como acostumbro, puestas en cruz las manos sobre mi pecho, y oyendo el rechineo de mis dientes. Un peso enorme oprimía a mi corazón y mi espíritu estaba engolfado en un piélago de oscuridad espantosa. Esforzábame yo en vano por echar de mí aquel peso que era una congoja, y ella se asía con más fuerza de mi corazón y lo roía sañuda. Procuraba yo separar los ojos de mi espíritu de aquellas tinieblas, y doquier los volvía se me ponían delante. Mis ideas y pensamientos, todos, iban a parar al caos, y mis afectos y pasiones a dar pábulo a la insaciable voracidad de mi congoja. Los tres astros que tiene siempre a la vista el hombre en su peregrinación, el pasado,

el presente y el porvenir, se hallaban para mí envueltos en la silenciosa lobreguez de una profunda noche, y yo estaba en medio de ella como Lucifer caído, batallando con el remordimiento y la desesperación en las profundas oscuridades del abismo. Quería llorar, y la soberbia secaba el manantial de mis lágrimas; quería hablar y el vacío se tragaba lo que articulaba mi lengua. Quería levantarme y una mano de plomo me abrumaba. Mis dientes crujían y mis miembros batallaban con horribles convulsiones. Entonces yo oí, como San Juan, una voz que me dejó pasmado y heló hasta los tuétanos, y esta voz decía: ¡Oh! Fausto, Fausto, ¿qué has hecho de tu juventud? ¿Qué de tu ingenio y lozanía? ¿Por qué dejas enmohecer en inacción los resortes de tu alma? ¿Cuándo cesará el delirio de tus pasiones insensatas? El deleite como áspid adormece y mata. Tú naciste para obrar; brote, pues, omnipotente esa actividad que te roe y te consume. ¡Despierta Fausto, despierta! Deleites hay que no has gozado y maravillas que no conoces. ¡Despierta Fausto, despierta! Y levantando pujante el enorme peso que me oprimía, me incorporé y salté de mi cama atónito y sudando como si después de larga lucha hubiere vencido y derribado al enemigo, al gigante espíritu que me acosaba.

EL DIA

VINO el día y me encontró aún cavilando en las vivas imágenes que el sueño había profundamente grabado en mi espíritu, y de las profundidades de mi conciencia, saliendo una voz, repetía: ¡Despierta, despierta! Como la ambición, la sensualidad y la avaricia, así los raptos de la fantasía y del corazón producen embriaguez y adormecimiento, en cuya sabrosa dulcedumbre cebada el alma no oye ni las sugestiones de la conciencia, ni el imperioso grito de la razón.

Salí de casa cabizbajo y pensativo; por todas partes rebullía la turba. A uno la ambición, a otro el interés, a éste la sensualidad, a aquél las vanidades, a todos, en fin, los aguijoneaba alguna pasión. Hervía en las calles la *actividad humana. He* aquí la vida, me dije; todo en ella es acción y movimiento; yo sólo estoy inactivo, pues voy, vengo, pienso y me consumo en distinta esfera de los demás, sin que mis actos tengan influjo sobre los demás hombres y se rocen con ellos. ¡Despierta, Fausto, despierta!

LA NOCHE

LA luna llena subía lentamente; su faz plateada brillaba en el fondo azulado del firmamento como

el blanco rostro de uan virgen velada, y sus rubios cabellos caían sobre a tierra y la inundaban de esplendor y hermosura. Todo estaba en ésta en silencio. Dormían los hombres y sus pasiones; enfrenaba el volcán su impetuosa soberbia para cobrar con el reposo nuevo brío. Mas yo velaba solo con mi fantasía y mis pensamientos andaban como los espíritus de la noche solitarios e inquietos por el espacio. De pie en mi ventana yo cavilaba. ¡Quién tuviera alas para volar al través del éter hasta aquella esfera de inagotable luz y poder sentarse sobre aquellas cimas resplandecientes, sumergir sus ojos en los abismos del espacio y abrazar de una mirada la vasta extensión del universo! Sonó el cabildo las dos, aullaron los perros y me acordé de la tierra, del lodo, de...

Como esta noche son todas mis noches. Banco de tormento ¡maldición! sentéme en mi escritorio: los perros seguían aullando; mi cerebro ardía y mis oídos susurraban como una colmena de avispas. Hallé abierto ante mí el Fausto de Goethe y me puse a leerle, a la luz de una vela cuyo largo y negro moco semejaba a una picota, para distraer mi espíritu de ideas tenebrosas. Sofocábame el calor y abrí la puerta de mi cuarto. Leía; llenóse a poco andar mi cabeza de diablos, brujas, hechiceros, y toda la diabólica caterva de la *ronde du sabbat*, y quizá, el diablo que no duerme, me puso la pluma en la mano y me inspiró el antojo de poner en castellano el prólogo de dicha obra, que te lo copio,

caro lector, para que venga a pelo aunque no a cabo, a este cuento cuya armazón singular podría calificarse de montruosa. Pero, ¿qué son las formas? Nada más que accidentes, cosas variables y perecederas. Lo esencial es lo esencial.

PRÓLOGO

. . . . . .

. . . . . .

IBA yo aquí de mi traducción, cuando olfatée un olorcillo parecido al de azufre quemado. ¡Cosa rara sentir un olor de materia en un acto tan espiritual! Lo que me hizo pensar que yo no era poeta, pues habían podido miserables efluvios de un mineral, perturbar mi arrobamiento poético. Arrojé la pluma y ya iba a hacer san juan de mi traducción, acercándola a la luz, cuando me tiraron bruscamente del brazo con un: *stop*. Di la cara, irritado a imperativo tan absoluto, y vi (no te espeluznes lector) un injerto de bruja y diablo, un retoño carcomido de hombre, es decir, un *enano* que clavados sus ojos de chispa en los míos, y con sonrisa diabólica me miraba de hito en hito. Levantéme en un tris, lo tomé en zaga y estampé, sin más palabras, a tan descomedido huésped, un puntapié en el trasero.

Aquel maldito engendro, metiendo la cabeza entre las piernas y haciéndose un ovillo, empezó a rodar por mi cuarto, tropezando, volteando y per-

niqueteando sillas, mesas y dejándome en tinieblas, estupefacto. Monstruo maldito, ¿quién eres? exclamaba yo a oscuras, y me respondía con risotadas. ¿Dónde estás? He de hacerte alheña a patadas. Y nuevas carcajadas, y de nuevo se alumbra el cuarto y veo ante mí un hombre como de seis pies, enjunto de cuerpo y rostro, barba prominente, nariz aguileña, ojos cóncavos chisperos, pluma de gallo en el sombrero, boca formidable, que sonreía malignamente, y antes que yo resollare me dice:

¿Con qué usted, señor poeta, ha caído en la tentación de traducir a "Faust"? No sabe que eso de traducir es obra de ganapanes. Déjese de esas bicocas de poetas mendicantes y de manosear a Faut y Mefistófeles: haga de caletre, si puede, o váyase por ese mundo a emplear mejor su tiempo catequizando doncellas, magnetizando viudas, birlando empleos y metiendo su espátula en la olla gorda de la política. Déjese de miserias y entre a explorar el campo fecundo de las realidades.

—Muy bueno es lo que dices, pero, ¿quién eres tú que te arrogas la facultad de venir a ser mi mentor?

—Yo soy, y te lo digo porque interesa que me conozcas, yo soy incubo de nacimiento e hijo menor del espíritu negativo.

—En ese caso tú eres engendro de ese perverso demonio llamado Mefistófeles que engatusó al doctor Faust y has creído, sin duda, que porque soy su tocayo puedes hacer otro tanto conmigo. Pero te en-

gañas porque yo no soy alquimista, ni busco la piedra filosofal, ni deseo tener trato con espíritus para que me revelen los misterios del universo; y, además, Goethe me ha dicho ya que no hay que esperar de gente de tu calaña. Puedes retirarte; no soy el que buscas.

—Tú no me conoces: yo no he venido a engatusarte, sólo quiero hacerte un gran servicio y que tú, en recompensa, me hagas otro pequeño. Me da pena ver que gastas tus fuerzas intelectuales y corporales en sueños fantásticos, cuando el grito lastimero de tu patria las demanda. Sólo un hijo ingrato puede desconocer la voz de su madre. Tú no lo eres, y guardas un silencio culpable. Mi ocupación en la tierra es perseguir los malvados y quitarles la máscara hipócrita que les cubre. Ellos inundan el suelo de tu patria y lo devoran, y tú no lo ves. Quiero desvendar tus ojos y ayudarte a analizar el fétido esqueleto de sus torpezas, de su crápula, de su ignorancia y estupidez; quiero que guiado por mí aprendas la práctica fecunda del mundo que te rodea, y dando al través con tu melancolía dejes ese mundo fantástico de tu imaginación, en que vives, triste, oscuro, y siempre agobiado de congojas y de dolencias. Ya ves que procuro tu bien.

Para ser un demonio, tus intenciones son muy buenas; pero yo quiero paz y tranquilidad... (1).

---

(1) Aquí está interrumpido el manuscrito a menos de media página y en blanco el resto de ella.

MELANCOLIA

LA melancolía es sabrosa, dijo el escéptico Montaigne, y yo puedo asegurar que ella vierte a veces en el ánimo una especie de indefinible deleitación que con dificultad concebirán los que no hayan experimentado sus efectos. Si viniese a pelo, tal vez haría una larga y curiosa disertación sobre la materia; pero ya he divagado bastante y sólo diré dos palabras que me sirvan de escalón para pasar adelante.

Hombres hay para todo, o más bien son tan diversos los gustos e inclinaciones como las fisonomías. Sea cual fuese el origen de estas anomalías, dependan de cierto estado particular del organismo o de las caprichosas divagaciones del espíritu, lo cierto es que hay muy pocos hombres en la tierra cuya imaginación se deleite en contemplar sus propios partos, en abstraerse, en andar vagando a tontas y a locas. A estos tales, como no siguen la huella de los demás ni tienen en mira, al parecer, objetos palpables, visibles o materiales, les suelen suceder bravos chascos, porque la turbamulta que no los divisa bien, los confunde a veces con sombras o fantasmas y los mira de soslayo espantada o se sonríe, y pasa como si notase en su exterior algo grotesco y risible. Otras veces, andando desatentada en pos de lo que llama fortuna, dicha, felicidad, deleite, esta misma turbamulta, tropieza con ellos,

se hace un chichón, y entonces recapacita y ve que también son de carne y hueso aunque de distinta calaña y genealogía.

A estos tales hombres les suceden cosas raras, porque andando casi siempre distraídos, fácilmente se desvían y topan con algunas de las muchas maravillas que tiene encubiertas la naturaleza. Y estos tales hombres son poseídos del demonio de la melancolía.

Salí, pues, de casa melancólico, y siguiendo maquinalmente el impulso de mis músculos locomotores, vine a dar, sin saber cómo, a la Alameda con mi bulto, y halléme, cuando el Cabildo anunciaba las siete (hora menguada para el sol y los melancólicos, y creciente para doncellas y mozalbetes), sentado en un poyo de ella con la faz hita hacia el gran río y las espaldas a la turba de paseantes que con su charla y crujir de pies hacían un ruído algo desapacible, el cual ahogaba casi el murmullo de las olas que mansamente fluían sobre las verdosas peñas. Distraíanse, sin embargo, poco aquel ruido, porque siempre he tenido la facilidad de poder abstraerme aún en medio del mayor bullicio, y la maldita manía de conversar con mi imaginación; y en aquella sazón estaba hilando monólogos en mis adentros. Así era que mientras el numeroso concurso iba y venía, charlaba, se rebullía, sin ton ni son, en la Alameda, estaba yo allí como si no estuviese y me entretenía en observar con mi lente, porque soy miope, el majestuoso y sereno movi-

miento de las olas del Plata, cuya faz cerulea y reluciente semejaba a otro cielo, y los aéreos palacios que formaban en el firmamento blancas y arreboladas nubes y el aspecto melancólico de la tierra que parecía pesarosa de la ida del sol, el cuál, como para consolarla, la enviaba con el crepúsculo el último pero no sempiterno adiós.

En estas y otras cosas me divertía cuando sentí como una mano sobre mi hombro: di vuelta súbito, clavé mi lente algo enfadado y vi en el ángulo diagonalmente opuesto del poyo que ocupaba, una especie de hombre calvo, moreno, ñato, enjuto de rostro, ojos de gato, chisperos, que, mirándome de soslayo me mostraba al mismo tiempo las oleadas de paseantes y se sonreía malignamente, como si de ellos hiciese mofa o quisiese hacerme notar alguna rareza o deformidad suya. Tal visión no dejó de sorprenderme aún cuando mi circunspección siempre alerta, acostumbra no dejarse imponer así no más. Pero, al fin, el más bien parado seso se conmueve cuando súbitamente lo asalta alguna fea e inesperada sensación; y así me aconteció a mí, pues, irreflexivamente eché mi catalejo sobre los chorros de concurrentes masculinos y femeninos que pausadamente se escurrían susurrando de cabo a rabo de la Alameda y hacia los cuales, fijo siempre, llevaba mi vista el fatídico, seco y largo dedo de aquel feo y misterioso personaje.

¡Oh Dios! ¡Cuántas maravillas en tu creación! exclamé. Mujeres y hombres, todos aquellos vivien-

tes, en fin, convirtiéronse para mí en cuerpos diáfanos, cuyo cerebro y entrañas veía patentemente la sobrenatural lucidez de mi lente. Y, como según los sensualistas las ideas no son más que imágenes objetivas o especies sensibles, yo pude leer los pensamientos de aquella turba de seres racionales y analizar sus más recónditos afectos y pasiones. Asco y horror dióme su primer aspecto y volví a otro lado el rayo visual de mi lente, exclamando: ¡Oh Dios! ¡Cuántas miserias en tu creación! Nada vi entonces sino tristeza y oscuridad. Habíase escabullido aquel hombre o demonio instigador y alejéme velozmente de aquel sitio placentero para los otros, y para mí melancólico.

APOLOGIA DEL MATAMBRE

CUADRO DE COSTUMBRES ARGENTINAS

I

UN extranjero que ignorando absolutamente el *castellano oyese* por primera vez pronunciar, con el énfasis que inspira el hambre, a un gaucho que va ayuno y de camino, la palabra *matambre*, diría para sí muy satisfecho de haber acertado: este será el nombre de alguna persona ilustre, o cuando menos el de algún rico hacendado. Otro que presumiese saberlo, pero no atinase con la exacta significación que unidos tienen los bocablos *mata* y *hambre*, al oírlos salir rotundos de un gaznate hambriento, creería sin duda que tan sonoro y expresivo nombre era de algún ladrón o asesino famoso. Pero nosotros, acostumbrados desde niños a verlo andar de boca en boca, a chuparlo cuando de teta, a saborearlo cuando más grandes, a desmenuzarlo y tragarlo cuando adultos, sabemos quién

es, cuáles son sus nutritivas virtudes y el brillante papel que en nuestras mesas representa.

No es por cierto el matambre ni asesino ni ladrón, lejos de eso, jamás que yo sepa, a nadie ha hecho el más mínimo daño: su nombradía es grande; pero no tan ruidosa como la de aquéllos que haciendo gemir la humanidad se extiende con el estrépito de las armas, o se propaga por medio de la prensa o de las mil bocas de la opinión. Nada de eso; son los estómagos anchos y fuertes el teatro de sus proezas, y cada diente sincero apologista de su blandura y generoso carácter. Incapaz por temperamento y genio de más ardua y grave tarea, ocioso por otra parte y aburrido, quiero ser el órgano de modestas apologías, y así como otros escriben las vidas de los varones ilustres, trasmitir si es posible a la más remota posteridad, los histórico-verídicos encomios que sin cesar hace cada quijada masticando, cada diente crujiendo, cada paladar saboreando, el jugoso e ilustrísimo matambre.

Varón es él como el que más; y si bien su fama no es de aquéllas que al oro y al poder prodiga la rastrera adulación, sino recatada y silenciosa como la que al mérito y la virtud tributa a veces la justicia; no por eso a mi entender debe dejarse arrinconada en la región epigástrica de las innumerables criaturas a quienes da gusto y robustece, puede decirse, con la *sangre de sus propias venas.* Además, porteño en todo, ante todo y por todo, quisiera ver

conocidas y mentadas nuestras cosas allende los mares, y que no nos vengan los de *extrangis* echando en cara nuestro poco gusto en el arte culinario, y ensalzando a vista y paciencia nuestra los indigestos y empalagosos manjares que brinda sin cesar la gastronomía a su estragado apetito: y esta ráfaga también de espíritu nacional, me mueve a ocurrir a la comadrona intelectual, a la prensa, para que me ayude a parir si es posible sin el auxilio del *forceps*, este más que discurso apologético.

Griten en buen hora cuanto quieran los taciturnos ingleses, *roats-beef, plum puding;* chillen los italianos, *maccaroni*, y váyanse quedando tan delgados con una I o la aguja de una torre gótica. Voceen los franceses *omelette souflée, omelette au sucre*, omelette au diable; digan los españoles con sorna, *chorizos, olla podrida*, y más podrida y rancia que su ilustración secular. Griten en buena hora todos juntos, que nosotros apretándonos los flancos soltaremos zumbando el palabrón *matambre*, y taparemos de cabo a cabo su descomedida boca.

Antonio Pérez decía: "sólo los grandes estómagos digieren veneno" y yo digo: sólo los grandes estómagos digieren matambre. No es esto dar a entender que todos los porteños los tengan tales; sino que sólo el matambre alimenta y cría los estómagos robustos, que en las entendederas de Pérez eran los corazones magnánimos.

Con matambre se nutren los pechos varoniles

avezados a batallar y vencer, y con matambre los vientres que los engendraron; con matambre se alimentan los que en su infancia, de un salto escalaron los Andes, y allá en sus nevadas cumbres entre el ruido de los torrentes y el rugido de las tempesades, con hierro ensagrentado escribieron: *independencia, libertad;* y matambre comen los que a la edad de veinte y cinco años llevan todavía babador, se mueven con andaderas y gritan balbucientes: papá... papá. Pero a juventudes tardías, largas y robustas vejeces, dice otro apotegma que puede servir de cola al de Pérez.

Siguiendo, pues, en mi propósito, entraré a averiguar quién es este tan ponderado señor y por qué sendas viene a parar a los estómagos de los carnívoros porteños.

El matambre nace pegado a ambos costillares del ganado vacuno y al cuero que le sirve de vestimenta; así es, que hembras, machos y aún capones tienen sus sendos matambres, cuyas calidades comibles varían según la edad y el sexo del animal; macho por consiguiente es todo matambre, cualquiera que sea su origen, y en los costados del toro, vaca o novillo, adquiere jugo y robustez. Las recónditas transformaciones nutritivas y digestivas que experimenta el matambre, hasta llegar a su pleno crecimiento y sazón, no están a mi alcance: naturaleza en esto como en todo lo demás de su jurisdicción, obra por sí, tan misteriosa y cumplida-

mente que sólo nos es dado tributarle silenciosas alabanzas.

Sábese sólo que la dureza del matambre de toro rechaza al más bien engastado y fornido diente, mientras que el de un joven novillo y sobre todo el de vaca, se deja mascar y comer por dientecitos de poca monta y aún por encías octogenarias.

Parecer común es, que a todas las cosas humanas por más bellas que sean, se le puede aplicar pero, por la misma razón que la perspectiva de un valle o de una montaña varía según la distancia o el lugar de donde se mira y la potencia visual del que la observa. El más hermoso rostro mujeril suele tener una mancha que amortigua la eficacia de sus hechizos; la más casta resbala, la más virtuosa cojea: Adán y Eva, las dos criaturas más perfectas que vió jamás la tierra, como que fueron la primera obra en su género del artífice supremo, pecaron; Lilí por flaqueza y vanidad, el otro porque fué de carne y no de piedra a los incentivos de la hermosura. Pues de la misma mismísima enfermedad de todo lo que entra en la esfera de nuestro poder, adolece también el matambre. Debe haberlos, y los hay, buenos y malos, grandes y chicos, flacos y gordos, duros y blandos; pero queda al arbitrio de cada cual escoger el que mejor pete a su paladar, estómago o dentadura, dejando siempre a salvo el buen nombre de la especie matambruna, pues no es de recta ley que paguen justos por pecadores, ni que por una que otra indiges-

tión que hayan causado los gordos, uno que otro sinsabor debido a los flacos, uno que otro aflojamiento de dientes ocasionado por los duros, se lance anatema sobre todos ellos.

Cocida o asada tiene toda carne vacuna, un dejo particular o *sui generis* debido según los químicos a cierta materia roja poco conocida y a la cual han dado el raro nombre de *osmazomo* (olor de caldo). Esta substancia pues, que nosotros los profanos llamamos jugo exquisito, sabor delicado, es la misma que con delicias paladeamos cuando cae por fortuna en nuestros dientes un pedazo de tierno y gordiflaco matambre; digo gordiflaco porque considero esencial este requisito para que sea más apetitoso; y no estará de más referir una anecdotilla, cuyo recuerdo saboreo yo con tanto gusto como una tajada de matambre que choree.

Era yo niño mimado, y una hermosa mañana de primavera, llevóme mi madre acompañada de varias amigas suyas, a un paseo de campo. Hízose el tránsito a pie, porque entonces eran tan raros los coches como hoy el metálico; y yo, como era natural, corrí, salté, brinqué con otros que iban de mi edad, hasta más no poder. Llegamos a la quinta: la mesa tendida para almorzar nos esperaba. A poco rato cubriéronla de manjares y en medio de todos ellos descollaba un hermosísimo matambre.

Repuntaron los muchachos que andaban desbandados y despacháronlos a almorzar a la pieza

inmediata, mientras yo, en un rincón del comedor, haciéndome el zorrocloco, devoraba con los ojos aquel prodigioso parto vacuno. "Vete niño con los otros"' me dijo mi madre, y yo agachando la cabeza sonreía y me acercaba: "vete, te digo" repitió, y una hermosa mujer, un ángel, contestó: "no, no, déjelo usted almorzar aquí", y al lado suyo me plantó de pie en una silla. Allí estaba yo en mis glorias: el primero que destrizaron fué el matambre; dieron a cada cual su parte, y mi linda protectora con hechicera amabilidad me preguntó: "¿quieres, Pepito, gordo o flaco?" "Yo quiero, contesté en voz alta: gordo, flaco y pegado", y gordo, flaco y pegado repitió con gran ruido y risotadas toda la femenina concurrencia, y dióme un beso tan fuerte y cariñoso aquella preciosa criatura, que sus labios me hicieron un moretón en la mejilla y dejaron rastros indelebles en mi memoria.

Ahora bien, considerando que este discurso es ya demasiado largo y pudiera dar hartazgo de matambre a los estómagos delicados, y considerando también que como tal, debe acabar con su correspondiente peroración o golpe maestro oratorio, para que con razón palmeen los indigestos lectores, ingenuamente confieso que no es poco el aprieto en que me ha puesto la maldita humorada de hacer apologías de gente que no puede favorecerme con su patrocinio. Agotado se ha mi caudal encomiástico y mi paciencia y me siento abrumado por

el enorme peso que inconsideradamente eché sobre mis débiles hombros.

Sin embargo, allá va, y obre Dios que todo lo puede, porque sería reventar de otro modo. Diré sólo en descargo mío, que como no hablo ex-cátedra, ni ex-tribuna, sino que escribo sentado en mi poltrona, saldré como pueda del paso, dejando que los retóricos apliquen a mansalva a este mi discurso, su infalible fallo literario.

Incubando estaba mi cerebro, una hermosa peroración y ya iba a escribirla, cuando el interrogante "¿qué haces?" de un amigo que entró de repente, cortó el revesino a mi pluma. "¿Qué haces?" repitió. — Escribo una apología. — "¿De quién?" — del matambre — "¿De qué matambre hombre?" — De uno que comerás si te quedas, dentro de una hora — "¿Has perdido la chaveta?" — No, no, la he recobrado, y en adelante sólo escribiré de cosas tales, contestando a los impertinentes con: fué humorada, humorada, humorada. Por tal puedes tomar, lector, este largo artículo; si te place por peroración el fin; y todo ello, si te desplace por nada.

Entre tanto te aconsejo, que si cuando lo estuvieses leyendo, alguno te preguntase: ¿qué lee usted?, le respondas como Hamlet o Polonio: *"words, words, words"*, palabras, palabras, pues son ellas la moneda común y de ley con que llenamos los bolsillos de nuestra avara inteligencia.

LA LEYENDA DE DON JUAN

TIRSO y después Zamora fueron los poetas españoles que primero dramatizaron la leyenda de *Don Juan*. En una y otra pieza se notan chistes y agudeza de ingenio, lances de efecto, pero nada profundo. Nada revela en ellas la comprensión filosófica del carácter de Don Juan. Superficiales esbozos o producciones embrionarias de un arte plástico, o de forma, como casi todas las de la literatura española, no se descubre en esas mismas piezas, ni acción psicológica, ni pensamiento filosófico, ni afectos íntimos, sino la manifestación orgánica y animal de la pasión.

Moliére y Corneille, imitadores de Tirso y Zamora, tampoco comprendieron el carácter de Don Juan. Si recuerdo bien, la pieza de Corneille sirvió de libreto a la profunda partitura de Mozart, que interpretó con sagacidad admirable Hoffman en uno de sus cuentos fantásticos titulado Don Juan.

Byron ha escrito el D. Juan de fama universal,

Balzac su novela "El elíxir de larga vida", y Dumas un drama titulado D. Juan de Marana.

Después de los anteriores, Espronceda publica el "Estudiante de Salamanca", un D. Juan transformado en D. Félix de Montemar, y Zorrilla "la Tornera" en sus "cantos del Trovador". Confesamos que si hubiéramos nacidos españoles, o no hubiéramos soñado en tocar tal asunto o a hacerlo, habríamos procurado regalar a nuestra patria un Don Juan digno de hombrearse con el mejor del mundo. Pero contentarse con desmembrar y mutilar las colosales figuras de los Don Juanes traspirenaicos e insulares, reducir a mezquinas miniaturas sus vastas proporciones, es cosa que da lástima. Ya se ve; a juzgar por sus escritos, los regeneradores del arte en España no han salido aún de la filosofía del Padre Altieri, y en materia de creencias del catecismo del P. Astete. ¿Cómo podrían comprender de un modo vasto y sintético la grande idea personificada en Don Juan? Todas las grandes revoluciones de la filosofía y el arte en los tres últimos siglos en Europa y en lo corrido del actual, pasaron inapercibidos para los pensadores y poetas hispanos. En el siglo XVI imitan a los poetas italianos, menos al Dante. En el XVII, su siglo de oro, copian siempre a los mismos italianos, a los griegos y latinos. En el siglo XVIII y principios de éste, siguen la escuela francesa, salvo Quintana, que se levanta independiente y español. Actualmente los regeneradores se arrastran siem-

pre como satélites en torno de los grandes planetas de Galia y de Albión.

Martínez de la Rosa en Francia, y en presencia de una grande renovación del arte, traduce a Horacio y rehabilita la crítica rastrera, pedante de la *escuela, en difusas* y acompasadas anotaciones. Ochoa compila y traduce y adquiere fama de poeta y literato. Vega desmocha y mutila como otro Procusto y viste con basquiña española las obras del teatro francés, y en esa obra de ganapán adquiere fama de poeta y de literato. ¡Qué sentimientos profundos, qué noción alta y fecunda del arte podrían tener semejantes cabezas!

FONDO Y FORMA EN LAS OBRAS IMAGINACION (1)

EL fondo es el alma; la forma, el organismo de la poesía; aquél comprende los pensamientos, ésta, la armazón o estructura orgánica, el método expositivo de las ideas, el estilo, la elocuencia y el ritmo. En toda obra verdaderamente artística el fondo y la forma se identifican y completan, y de su íntima unión brota el ser, la vida y hermosura que admiramos en los partos de ingenio. El estatuario como el poeta concibe una idea, y para hacerla palpable a los sentidos, el uno le da traza en bronce o mármol, el otro la representa con las formas de la

---

(1) Los siguientes fragmentos están tomados directamente de los primeros borradores del autor, especie de bosquejos de ensayo, en los cuales, con la velocidad de un pensamiento caudaloso, se derramaban las ideas para ajustarse más tarde a lecho trazado con mayor detenimiento y estudio.

Estos ensayos, no son la exposición únicamente de una nueva estética, ni tampoco las lecciones especiales de un preceptista dentro de la limitada esfera del arte; son, en realidad, el desarrollo de uno de los medios con que el autor se pro-

palabra; la forma nace con el pensamiento y es su expresión animada.

Resulta de aquí, pues, que cada concepción poética tiene en sí su propia y adecuada forma; cada artista original sus ideas y modo de expresarlas; cada pueblo o civilización su poesía, y por consiguiente sus formas poéticas características. Las formas de la poesía indostánica son colosales, monstruosas como sus ídolos y pagodas; las de la poesía árabe aéreas y maravillosas como los arcos y columnas de sus mezquitas; las de la griega, regulares y sencillas como sus templos; las de la moderna, pintorescas, multiformes y confusas como las catedrales góticas; pero profundamente simbólicas.

---

ponía producir un sacudimiento y una transformación en el pueblo aletargado por la tiranía. Y como para semejante obra necesitaba colaboradores y la fuerza de una opinión activa, que no podía buscar ni hallar sino en la juventud, se propuso poner en manos de ésta los instrumentos con que se remueven los escombros de un edificio derruido para edificar otro nuevo. Y así como trató de iniciarla en los resortes del organismo de la libertad política con el "Dogma de Mayo", intentó igualmente desasirla de los lazos que entumecían su inspiración y la inhabilitaban para aplicar el sentimiento y la fantasía, como fuerzas sociales, al renacimiento de las ideas de Mayo que encontró casi extinguidas en la patria a su vuelta de Europa.

Como todos saben, y lo prueban sus trabajos, Echeverría acompañó el ejemplo a la doctrina, en la parte que le fué dado realizar de su pensamiento reaccionario. No era, por fortuna, bastante entendida la política gubernativa de aquel tiempo, para comprender que el libre ejercicio del pensamiento,

La esencia de la humana naturaleza, dice W. Shelegel, es sin duda simple; pero un examen más profundo nos revela que no hay en el universo fuerza alguna primitiva que en sí no abrigue virtud suficiente para dividirse y obrar en opuestas direcciones; y así como en el mundo físico se notan a cada paso consonancias y disonancias, contraste y armonía, ¿por qué no se reproduciría también este fenómeno en el mundo moral, o en el alma del hombre? Quizá esta idea nos daría la verdadera solución del problema que buscamos; quizá ella nos revelaría la causa por qué la poesía y las bellas artes han seguido entre los antiguos y los modernos tan distinto camino.

---

en cualesquiera de sus numerosas esferas, conduce a sublevarle contra todo género de sumisiones, y que emanciparse en literatura es un ejercicio saludable del espíritu que le habilita para sacudir todo yugo que pugne con los consejos de la razón. Así pudieron nacer y cundir entre los lectores jóvenes, los "Consuelos" y las "Rimas", producciones que encarnaban bajo sus formas inocentes, las intenciones profundas del reformador. Ellas ahuyentaban el sensualismo de los corazones; daban a la pasión del amor direcciones serias y profundas; abrían a la imaginación los horizontes patrios, hermoseados con galas propias; enseñaban a quejarse y dolerse de una situación con que sólo las almas muertas a la esperanza podían avenirse. Aquellos libros de versos armoniosos contenían en la personalidad de un individuo la sensibilidad atormentada y herida de un pueblo entero, y fueron por lo tanto eminentemente sociales.

El autor no vociferó, naturalmente, su secreto; pero en los estudios que hoy publicamos por primera vez, así como

Desde que el sabio dijo: no hay nada nuevo bajo el sol, lo que es fué y lo que fué será. Unas son facultades morales de la humanidad; pero el clima, la religión, las leyes, las costumbres, modificando, excitando su energía, deben necesariamente dar impulso distinto a la imaginación poética de los pueblos y formas singulares a su arte, pues sujetos están a todos los sucesos y accidentes, tanto externos como internos que su vida o su historia constituyen. La misma ley de desarrollo moral que en los pueblos, obsérvase en los individuos, y hasta en las plantas y animales, varía la forma externa conforme a la eficacia de las influencias locales.

Unas son las ideas morales del hombre; unas sus pasiones; uno su destino; su rango el mismo en

---

en las notas y advertencias lacónicas con que ilustró sus mencionadas producciones, nos dejó la clave con que pudiéramos penetrar fácilmente en los disimulos de su nobilísima y profunda intención. En ellos se ve cuán grande y vasta era para él la misión del arte, y cuán en armonía debe encontrarse el verdadero con las condiciones nuevas de los tiempos presentes. El pone a la mente en el rumbo de aquellas literaturas originales y viriles, hermanas del pensamiento que nos ha legado la fórmula del mejor gobierno en "las instituciones libres", y el hábito de ejercitar el juicio con independencia y equidad en la apreciación filosófica de los hechos históricos. Así se adelantaba, preparándose tal vez, a los progresos que sin disputa ha hecho nuestra razón en el período que nos separa de aquellos lamentables días sombríos, en que su corazón se consolaba quejándose con la arrogancia desesperada de Prometeo, como él mismo lo ha dicho en versos inmortales. — (G.).

la cadena de los seres del universo; pero el clima, la religión, las leyes, las costumbre, reprimiendo, exaltando, modificando la energía de sus facultades, deben dar a la imaginación poética de los pueblos dirección distinta; y de aquí nace que el espíritu inmortal de la poesía entre las diversas naciones, aparece revestido de formas peculiares, y que estas se alteran y varían en cada siglo con las ideas, leyes y costumbres.

El mundo físico y el moral existen, es decir, la naturaleza y la humanidad; nada puede quitar ni poner el hombre a lo que existe; pero su inteligencia observa, examina, compara, y se forma ideas erróneas o ciertas; estas ideas son su tesoro, su ciencia; son hoy el resultado de su modo de ser y de sentir, un día pasa, un siglo y vuelve a observar y ya no ve del mismo modo; mil influencias opuestas, tanto externas como internas, los sucesos de su vida que constituyen la historia, han contribuido a modificar sus opiniones; la perspectiva de los objetos ha cambiado a sus ojos. No piensa ya ahora como pensaba hace un siglo acerca de Dios, el alma, la moral, la política, la filosofía; y al paso que lo que existe está perenne, su modo de verlo, sentirlo y juzgarlo todo, cambia, y esas ideas, sentimientos y sucesos afectan diversa fisonomía, aparecen bajo diferente *forma* en la sucesión de los tiempos.

La poesía sigue la marcha de los demás elementos de la civilización, y nutriéndose, como princi-

palmente *se nutre*, de principios filosóficos, de ideas morales y religiosas, debe ceder al impulso que le dan las doctrinas dominantes en la época, sobre aquellos tres puntos centrales del mundo de la humana inteligencia.

La filosofía sensualista del XVIII° siglo, reconociendo la necesidad de una religión, y confesando la excelencia de la era cristiana, tendía sin embargo a la impiedad y al ateísmo; la espiritualista del XIX° ensalza y glorifica al cristianismo.

A la poesía de aquella era convenían bien formas imitadas, puesto que no hallando en el hombre y el universo sino materia; ni entusiasmo, ni pasión, ni fe, nada íntimo ni sublime podía expresar; agotada estaba para ella la viva fuente de la inspiración; así que sólo tuvo un poeta.

A la nuestra llena de entusiasmo y vigor que crece y espera, que ceba su espíritu en el manantial de la vida, ninguna forma antigua le cuadra, y henchida de savia y sustancia como la vegetación de los trópicos, debe brotar y crecer vigorosa y multiforme, manifestando en la variedad, contraste y armonía de su externa apariencia, todo el vigor y fecundidad que en sí entraña.

Byron al leer algunas páginas de Walterio Scott exclamaba: ¡Sublime, maravilloso! ¡pero todo se ha dicho ya! Y en efecto, el ingenio ha sondado todos los abismos; ha interrogado a la providencia, al universo; ha desentrañado del corazón las pasiones vivas, sacando a luz sus llagas y miserias y

pintando la intestina lucha de la conciencia; y siempre activo e insaciable camina sin cesar en busca de nuevas maravillas.

¿Qué hallaba el Lord en las novelas del escocés que tanto le hechizaba? La forma, es decir, el estilo, el lenguaje, la estructura, la exposición esencialmente dramática y animada de sus ideas, la poesía y la erudición exhumando y animando el polvo cadavérico de hombres y siglos que fueron.

Nosotros también al leer a Byron hemos exclamado desalentados muchas veces: ¡Sublime! ¡extraordinario! ¡pero todo se ha dicho ya! Son las formas poéticas las que varían principalmente en cada siglo, en el espíritu de cada pueblo y en las renovaciones y faces del arte, y el espíritu esencial que la fecunda y anima, pasa inalterable de generación en generación, siguiendo en su marcha todas las vicisitudes, retrocesos y adelantos del saber humano y de la civilización.

Pero la diferencia entre el arte antiguo y el moderno no sólo estriba en las formas sino en el fondo. El primero bebió sus inspiraciones en la cultura moral de los griegos y adoptó las formas que le convenían; el segundo las animó con el espíritu de su creencia y de su civilización. El uno vacía cada género de poesía en un molde peculiar; el otro no reconoce forma típica ninguna absoluta; en aquél los géneros no se mezclan, en éste la imaginación libre campea, sin ceñirse a la ilimitada esfera de las clasificaciones; en suma, en el arte antiguo la

elegía se lamenta, la oda canta heróicas virtudes, el idilio: pastores, la anacreóntica: vino, rosas y amores; la epopeya ensalza el heroísmo y solemniza la historia; la tragedia representa la lucha del hombre con el destino, en una acción funesta.

La forma de toda obra de arte, comprende la armazón o estructura orgánica, el método expositivo, el estilo o la fisonomía del pensamiento, el lenguaje o el colorido, el ritmo o la consonancia silábica y onomatopéyica de los sonidos, y el fondo, son los pensamientos o la idea generatriz que bajo esa forma se trasluce y da a ella completo y característico ser. Así es que puede decirse que el fondo es el alma, y la forma el cuerpo u organismo de las creaciones artísticas. Una obra sin fondo es un esqueleto sin alma, hojarasca brillante, sombra chinesca para los ojos; una obra toda fondo, es hermosura descarnada y sin atavío que en vez de hechizar espanta. Así es que la forma y el fondo deben identificarse y completarse en toda obra verdaderamente artística. El estatuario, como el poeta, conciben una idea; pera esa idea está en germen en su cerebro mientras no la representan al sentido; el uno revistiéndola de mármol, el otro con las formas de la palabra. Todo pensamiento, pues, tiene su propia y adecuada forma; cada artista original una idea y expresión característica; y cada siglo una poesía, y cada pueblo o civilización sus formas artísticas. Y debe ser así, porque la civilización de cada pueblo, sigue una marcha, si bien progresista,

sujeta a mil influencias opuestas, tanto físicas como morales, y a todos los accidentes y sucesos tanto internos como exteriores, que constituyen su vida y su historia. En los individuos se observa la misma ley de desarrollo moral que en los pueblos, y hasta en los seres orgánicos de un mismo género varían las formas externas, según los lugares y latitudes y modo de vivir y cultura. Vienen después las revoluciones milenarias como las invasiones de los bárbaros y el cristianismo, la conquista de América, la aparición de los hombres fásticos como Alejandro, César y Napoleón, los cuales, trastornando el orden regular de las sociedades las impelen y regeneran y depositan alguna nueva verdad moral, filosófica o política en el fondo común de la inmensa inteligencia.

Son las formas pues las que varían; toda la cuestión sobre la excelencia del arte antiguo y el moderno estriba en la forma. La forma clásica es restricta y limitada; cada género se forma, se vacía en molde dispuesto en particular. La elegía llora, la oda canta heroicidades, el idilio pastores. El romanticismo, no reconoce forma ninguna absoluta; todas son buenas con tal que representen viva y característicamente la concepción del artista. En la lírica canta y dramatiza; es heroico, elegíaco, satírico, filosófico, fantástico a la vez; en el drama ríe y llora, se arrastra y se sublima, idealiza y copia la realidad en las profundidades de la conciencia; toca todas las cuerdas del corazón y saca de ellas

mil disonancias y armonías maravillosas; da cuerpo y salientes sobrenaturales; es lírico, épico, cómico y trágico a un tiempo, y multiforme, en fin, como un Proteo. Representa todo lo terrestre y lo divino, la vida y la muerte, todos los misterios del destino humano, los accidentes de la vida en sus inmensos cuadros. Si quiere y le conviene adopta la forma griega o francesa, se ajusta a las proporciones de Calderón o Shakespeare; pero no de propósito, porque a nadie imita sino cuando el natural desarrollo de sus creaciones lo requiere; escribe en fin Otello, Fausto, Atalía. En la poesía épica ni obra según los códigos de Aristóteles, Bateux o Vida, ni sigue a Homero, ni a Virgilio, sino traza en el frontis de sus gigantescas creaciones: Divina comedia, Paraíso perdido, Messiada, Childe-Harold.

Así pues el Romanticismo fiel al principio inconcuso de que la forma es el organismo de la poesía, deja al ingenio obrar con libertad en la esfera del mundo que ha de animar con *su fiat*. Ni le corta las alas, ni lo mutila, ni le pone mordaza, y se guarda muy bien de decirle; esto harás y no aquello, pues lo considera legislador y soberano y reconoce su absoluta independencia; sólo le pide obras *poéticas* para admirarlas, obras escritas con la pluma de bronce de la inspiración Romántica y Cristiana.

Atendiendo sin embargo a la esencia misma de la inspiración poética, se pueden determinar tres formas distintas en la expresión del verbo. Forma

lírica, forma épica, y forma dramática. En la primera el poeta canta; con la segunda narra; con la tercera pone en acción los personajes históricos o fantásticos con que forma sus cuadros. En la primera las emociones del alma se exhalan en cantos, cuya entonación varía según la mayor o menor intensidad de los afectos; en la segunda la narración poética más o menos extensa, reemplaza al canto; en la tercera la acción, la narración y el canto se reunen y combinan para representar en un cuadro la vida con todos los accidentes, peripecias y contrastes. Bajo estas tres formas distintas en sí, pero idénticas en naturaleza, aparece en las diversas épocas de la historia de cada pueblo y en cada latitud el verbo eterno de la poesía...

ESENCIA DE LA POESIA

DESDE que la bondad de Dios creador y la inmortalidad del alma dejaron de ser un vago presentimiento de la humana conciencia, o una noción confusa inspirada por el genio de Platón; desde que las leyes morales tuvieron por base la revelación divina y echaron honda raíz en las entrañas de la humanidad, las fuerzas intelectuales tomaron distinto rumbo, ensancharon el poder del hombre y cambió a sus ojos la perspectiva del universo. Todo fué grave y severo para él, ningún pensamiento frívolo concibe; ningún acto indiferente pudo ejecutar — sus acciones tuvieron por pauta la justicia, sus reflexiones por blanco la verdad, y su vida toda fué consagrada al ejercicio de imperiosos deberes. Pero flaco de espíritu y de cuerpo, henchido de pasiones, en vez de lo justo obró lo inicuo, y en lugar de oír la imperiosa voz de su conciencia siguió el instinto e impulso de los animales apetitos. En vez de encontrar la verdad vagó sin tino por las tortuosas sendas del error. Así marchó el

hombre por el camino de la vida y toda su existencia no fué más que el batallar perpetuo de sus deberes y apetitos, de su inteligencia y sus extravíos. La ciencia pretendió encaminarlo, pero su antorcha fué a menudo falaz. Por certidumbre dióle muchas veces quimeras que lo alucinaron y ensorberbecieron, inspiróle el deseo de penetrar la esencia oculta de las cosas y descifrar el enigma de su existencia y de la creación sin el auxilio de la revelación. Entonces rodeáronlo las tinieblas; perdió su razón el punto de apoyo y se abismó en el caos de la incertidumbre.

Dudó de todo — del alma, de Dios, de la justicia y el deber, de sí mismo y del universo — y los sistemas nacieron y las opiniones humanas se chocaron y agitaron como las olas del mar cuando la tempestad rompe el equilibrio que en balanza las sostiene.

¿Dios creó al Universo e infundió al hombre, imagen suya, espíritu inmortal? ¿Su providencia lo sustenta y vive por leyes invariables o no? ¿El mal es simplemente la negación del bien o ley forzosa de la criatura? ¿La moral es ley divina y por consiguiente invariable, (innata o revelada) o ley humana y variable según los climas y siglos? ¿La justicia tiene por base el interés o los preceptos morales? ¿Es libre el hombre y responsable de sus actos, o no?...

La poesía debió seguir el rumbo y las excitaciones del espíritu humano...

Hemos llegado al punto de arranque de la civilización moderna; el tiempo nos muestra la primer página de otra historia; pisamos en los umbrales de un nuevo mundo compuesto de tres naciones cuya religión, leyes y costumbres son diferentes.

Echemos una mirada sobre él.

Roma decrépita, está gangrenada por los vicios y abrumada bajo el peso de su propia grandeza; pero su renombre la escuda y deja atónitos los pueblos al oír el nombre de la ciudad eterna. El mal interno que la roe extiende y dilata entretanto su veneno por sus enervados miembros; ella ríe, y se deleita, y ebria de regocijo mira desde las gradas del circo palpitar en las garras de las fieras miembros humanos, mientras sus dioses de oro y mármol nada dicen a su corazón depravado. Harta de sangre y apeteciendo emociones nuevas, se convierte en concubina de los tiranos, prostituye sus hijares a la torpe lascivia y a los más inmundos y bestiales apetitos y sumida en el ciénago de las torpezas, tiene coraje aún para deificar a los mismos que la ultrajan y envilecen.

Aletargada vive así Roma, y de repente oye gritos y una voz de los cielos que le dice: ¡Oh Roma, Roma obcecada, escucha las palabras del Salvador, del hijo de Dios vivo!

No matarás, no fornicarás, vuestros dioses son vanos, mentirosos; amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; no hay más que un solo Dios. Es la voz de los profetas que predican el cristianis-

mo. Roma ciega escarneció sus palabras, y lavó sus manos en la sangre los mártires y adornada con nuevos atavíos corrió frenética del circo al teatro, de los banquetes a los inmundos lupanares o a servir de pasto a las fieras y de escabelo a los más imbéciles tiranos.

Entonces un ruido grande como el del océano tormentoso, resonó en la redondez de la tierra. De oriente y occidente, del septentrión al mediodía, levantáronse voces desconocidas y viéronse caminar velozmente enjambres sobre enjambres de hombres nunca vistos, los cuales se movían por fuerza irresistible, se impelían los unos a los otros como las oleadas que impelen los huracanes. Suevos, vándalos, germanos, godos, tártaros, habíanse, por concierto misterioso, emplazado al Capitolio, y se prepararon a repartirse los despojos del imperio romano.

Roma al tronar de sus gigantescos alaridos salió de su letargo y se preparó a la lucha y aunque por el prestigio de su nombre tuvo a raya algún tiempo al torrente azotador, su hora había llegado, y las plagas de Dios debían vengar los ultrajes que su ambición había inferido al universo. Lenta fué su agonía para ser más ruidosa y espectable. Vencida cayó al fin cuando ya el cristianismo vestía la púrpura en Constantinopla y la Tiara se ostentaba en el Capitolio.

Consumóse la regeneración del Mundo, y el cuerpo de la sociedad antigua sintió correr en sus ve-

nas la sangre pura y ardiente de las naciones bárbaras, animado por el espíritu del cristianismo.

Los vencedores adoptaron la ley de los vencidos; pero en cambio les dieron costumbres más puras, el respeto a las mujeres y la energía de la independencia individual que habían heredado de su vida semi-salvaje. El cristianismo fué poco a poco domando la ferocidad natural de los bárbaros, extirpando los vicios y supersticiones que fomentaba el paganismo en las entradas de la sociedad romana y amalgamando la sangre, el genio, el espíritu y las costumbres de los conquistadores y conquistados y reuniendo por medio del vínculo indisoluble de una nueva religión esencialmente fraternal, para compaginar la sociedad moderna, aquellas tan diversas como enemigas razas. La humanidad entonces rejuvenecida, echó una mirada, vió ante sí un nuevo y maravilloso porvenir y llena de entusiasmo y fe emprendió una marcha progresiva al través del espacio y los siglos.

Roma vencida, dominó por su literatura, sus leyes, su lengua, que atesoraban las tradiciones de la antigua sabiduría, y las dió en herencia a las naciones que se repartieron los despojos de su imperio; y éstas, cuando salieron de las tinieblas de la infancia, se encaminaron con su luz en busca de nuevas teorías.

Roma, fué, pues, el eslabón que ligó al mundo antiguo con el mundo moderno. La providencia quiso sin duda, que dos fuerzas, una física y otra mo-

ral, se armasen para la destrucción simultánea de su gigantesco poderío. Sin la aparición del cristianismo antes de la invasión de los pueblos del norte, quizá la lengua latina desaparece, la tradición se borra y la humanidad hubiera quedado otra vez envuelta en la noche primitiva.

Durante la Edad Media, época tenebrosa en la cual, como en el caos, luchan los complejos y heterogeneos elementos de la civilización moderna, la ciencia solitaria cavilaba en los claustros, mientras la fuerza heroica daba rienda en los campos a su feroz energía. Sólo la religión reprimía sus ímpetus y daba a su pujanza una dirección más noble, moral y justa. Ante la cruz o el sacerdote doblaban la rodilla aquellos turbulentos y altivos varones, que cifraban la ley en el arrebato de sus pasiones, y el derecho de su espada. El feudalismo, resultado necesario de la conquista, convirtió la esclavitud personal antigua en servidumbre y vasallaje. El siervo de terrazgo, el feudatario, prestaban su brazo al señor para la guerra, que era entonces la condición forzosa de la sociedad, a causa de la coexistencia de tantos poderes y soberanías de origen homogéneo, pero opuestos entre sí en intereses y ambiciones.

La flaqueza era oprimida, la inocencia ultrajada, porque era tiempo de lucha y turbulencias y la justicia no era cimiento, ni la ley vínculo de la sociedad. Pero el hombre llevaba ya estampado en su conciencia el sello de una realidad esencialmente

moral, equitativa y justa, y las fuerzas de su inteligencia fecundizadas por el espiritualismo cristiano, debían necesariamente manifestar una índole particular, revestir su forma propia, y desenvolver en tiempo toda su enérgica naturaleza.

Los afectos y pasiones tomaron un carácter más ideal y sublime uniéndose al heroísmo grosero de los conquistadores del Norte, produjeron la institución de la caballería, cuyos sagrados votos encaminaban a reprimir los desafueros del espíritu militar, o de la violencia, a convertir el amor en una especie de culto, y divinizar a la mujer, a esa frágil criatura, cuyas perfecciones simbolizan la belleza y candor, que la imaginación se deleita en reconocer en *los ángeles.*

Como en la infancia del hombre, antes que las otras facultades, brotó lozana la imaginación, y el arte empezó a sembrar sus creaciones en el seno de la sociedad moderna. Los arcos diagonales, las pilastras en haz de espigas, y las bóvedas aéreas de los templos góticos, simbolizaron el pensamiento que libre de las ataduras terrestres, ambicionando lo infinito, se levanta el cielo; y la gaya ciencia al paso que celebraba las proezas de los caballeros, traducía en versos armoniosos las leyendas, consejas y fábulas populares, daba cuerpo a los entes de la nueva mitología y transformaba la caballería, el amor y los más generosos y sublimes afectos en Musas del nuevo Parnaso.

Los trovadores ejercían, además, una especie de

magistratura moral; y así como el papa era, en aquellos tiempos de tinieblas, el brazo visible de la justicia de Dios, la voz de los trovadores, era la justicia del pueblo que clamaba en favor de la inocencia y estigmatizaba a reyes, barones, eclesiásticos y papas, cuya orgullosa prepotencia ambicionaba dominar todas las jerarquías y cimentar su omnipotencia con el sudor de los humildes.

Los idiomas vulgares formados de la mezcla del latín con los dialectos septentrionales bárbaros, fueron la lengua natural de esa poesía guerrera, heroica, vagabunda, que no desdeñaban cultivar los reyes, y cuyos acentos resonaban al pie de los castillos, en los consistorios o justas poéticas, en los campos, y bajo las bóvedas sombrías de los castillos góticos, y hasta en las tiendas de los cruzados en la Palestina. Distinta de la antigua, en origen, esencia y formas, esta poesía, floreció en Francia, en Alemania, Italia y España, reflejando los rasgos característicos y nacionales de la fisonomía de cada pueblo, y el espíritu caballeresco y cristiano que animaba entonces a la sociedad europea.

Después que hubo cantado el amor y el honor, ensalzado al heroísmo, satirizado a los poderosos, esta poesía aventurera, joven, entusiasta, se fué en pos de las enseñas cruzadas a exhalar su fuego contra los infieles, y de allí volvió revestida de pompa y majestad, reflejando los colores de la aurora, exhalando incienso y aromas, adornada de nuevas y vistosas galas, embebida de las ficciones maravi-

llosas de oriente, para arrojar sus últimos cantos por boca de Ausias Marck, morir con la lengua Provenzal, y como el fénix renacer más enérgica, grandiosa y sublime.

El cristianismo dió nuevas creencias, nuevas leyes, nuevas costumbres y ejercicio distinto a la vida, al mundo civilizado de los romanos y a la Europa moderna, y por esta causa, más tarde, un arte y un saber enteramente separados y distintos del arte y saber antiguos; porque el arte y la ciencia deben necesariamente resultar del modo de vivir y pensar y ligarse de ambos.

Rayó el décimo tercio siglo y apareció Dante. La poesía moderna o cristiana tuvo su Homero y acabó le emanciparse de la antigua.

El espacio y el tiempo eran suyos; su vuelo infatigable como el de los Serafines; ella debía recorrer el mundo de la inteligencia y fijar sus proféticas miradas en el porvenir del género humano.

Brillante fué la aurora de la poesía moderna, pero antes de llegar al cenit desapareció con la lengua provenzal o lemosina, exhalando en las melancólicas trovas de Ausias Marck sus últimos y más penetrantes acentos.

La divina comedia en nada se parece a las obras del arte antiguo. Estilo, exposición, forma, estructura orgánica, no se amoldan a ninguno de los tipos anteriores.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

CLASICISMO Y ROMANTICISMO

FUERON los críticos alemanes los que primero dieron el nombre de romántica a la literatura indígena de las naciones europeas, cuyo idioma vulgar, formado del latín y dialectos septentrionales, se llamó *romance*. Pero la palabra romántica no dice sólo a la lengua, sino al espíritu de esa literatura, por cuanto fué la expresión natural o el espontáneo resultado de las creencias, costumbres, pasiones y modo de ser y cultura de las naciones que la produjeron sin reconocerse deudora de la antigua. Por eso es que con fundamento la aplicaron también a la literatura posterior que fiel a las primitivas tradiciones europeas, envanecida de su origen y religión, enriquecida con la herencia de sus mayores y la ilustración adquirida por el trabajo de los siglos, floreció lozana y pomposa en Italia, España, Francia, Inglaterra y Alemania, y opuso a la antigüedad una serie de obras y de ingenios tan ilustres y grandes como los de Grecia y Roma.

La civilización antigua y la moderna, o el ge-

nio clásico y el romántico, dividiéronse, pues, el mundo de la literatura y del arte. Aquél trazó en el frontis de sus sencillos y elegantes monumentos: Paganismo; éste en la fachada de sus templos majestuosos: Cristianismo. El uno ostenta aún las formas regulares y armónicas de su sencilla y uniforme civilización; la otra los símbolos confusos, terribles, enigmáticos de su civilización compleja y turbulenta. El uno los partos de imaginación tranquila y risueña, satisfecha de sí porque nada espera; el otro, los de imaginación sombría como su destino, que insaciable y no satisfecha, busca siempre perfecciones ideales y aspira a ver realizadas las esperanzas que su creencia le infunde.

El uno divinizó las fuerzas de la naturaleza y la vida terrestre y pobló el universo de dioses, sujetos a las pasiones y flaquezas terrestres; el otro se elevó a la concepción abstracta, sublime de un solo Dios; el uno sensual, absorto en la contemplación de la materia, se deleita en la armónica simetría de las formas y en la sencillez de sus obras, el otro ambicionando lo infinito, busca en las profundidades de la conciencia el enigma de la vida y del universo.

El uno encontró el tipo primitivo y original de sus creaciones en Homero y la mitología, el otro en la Biblia y las leyendas cristianas.

El uno puso en contraste la voluntad del hombre, el libre albedrío, luchando contra un *hado* irrevocable, inexorable, y en esa fuente bebió las terri-

bles peripecias de sus tragedias; el otro no reconoció más fatalismo que el de las pasiones, y la muerte, más Destino que la Providencia, más lucha que la del alma y del cuerpo, o el espíritu y la carne, moviendo los resortes del corazón y la inteligencia y representando todos los misterios, accidentes, convulsiones y paroxismos de la vida en sus terribles dramas...

Mientras la musa romántica pobló el aire de silfos, el fuego de salamandras, el agua de ondinas, la tierra de gnomos y el cielo y el espacio de jerarquías, de entes incorpóreos, de genios, espíritus, ángeles, anillos invisibles que ligan la tierra al cielo, o el hombre a Dios; la musa clásica dió forma corpórea visible y carnal a las fuerzas de la naturaleza y materializó hasta los afectos más íntimos, y conforme al materialismo de su esencia pobló con ellos el mundo fabuloso de su mitología.

En fin, el genio clásico se goza en la contemplación de la materia y de lo presente; el romántico reflexivo y melancólico, se mece entre la memoria de lo pasado y los presentimientos del porvenir; va melancólico en busca, como el peregrino, de una tierra desconocida, de su país natal, del cual según su creencia fué proscripto y a él peregrinando por la tierra llegará un día.

El romanticismo, pues, es la poesía moderna que fiel a las leyes esenciales del arte no imita, ni copia, sino que busca sus tipos y colores, sus pensamientos y formas en sí mismo, en su religión, en el

mundo que lo rodea y produce con ello obras bellas, originales. En este sentido todos los poetas verdaderamente románticos son originales y se confunden con los clásicos antiguos, pues recibieron este nombre por cuanto se consideraron como modelos de perfección, o tipos originales dignos de ser imitados. El pedantismo de los preceptistas afirmó después que no hay nada bueno que esperar fuera de la imitación de los antiguos y echó anatema contra toda la poesía romántica moderna, sin advertir que condenaba lo mismo que defendía, pues reprobando el romanticismo, reprobaba la originalidad clásica y por consiguiente, el principio vital de todo arte.

El pedantismo de las reglas logró formar sectas en Francia y dictar sus fallos desde los sillones de la Academia, y después de haber *roué vif Pierre Corneille, baillonné Jean Racine,* se encarnó en Boileau, escritor agudo y correcto a quien debe mucho la lengua francesa; pero mal poeta y peor crítico, y han sido necesarios dos siglos y una larga y encarnizada lucha, para dar por tierra con ese ídolo, que esterilizó los mejores ingenios franceses, *et qui n'a noblement rehabilité John Milton qu'en vertu du code épique du P. Le Bossu.* Madama de Staël que importó el romanticismo de Alemania, fué la primera que lo atacó cara a cara; y el famoso Víctor Hugo le dió el último golpe cuando en el prefacio del Cromwell dijo: la reforma literaria es-

tá consumada en Francia y aniquilado totalmente el clasicismo.

Pero las doctrinas clásicas de Boileau que se derramaron por toda Europa, merced al brillo y fama de la literatura francesa en tiempo de Luis décimo cuarto, en ninguna parte de ella consiguieron aclimatarse. En Inglaterra donde el romanticismo era indígena, mal podía medrar a la sombra de Shakespeare, y el Catón de Adisson fué su mejor fruto. Wieland lo adoptó en Alemania; pero Lessing como crítico y poeta proclamó la independencia de la Nueva Germania, e hizo pasar el Rhin a las doctrinas clásicas. Alfieri en Italia se sujetó a sus leyes y a pesar de eso fué gran poeta. Con la dinastía borbónica entraron en España, y Luzán se encargó de propagarlas, pero sólo a fines del siglo pasado los titulados reformadores de la poesía castellana, desconociendo la riqueza y la originalidad de su literatura, las siguieron fielmente en sus obras. Lástima da ver a Quintana, ingenio independiente y robusto, amoldando la colosal figura de don Pelayo, a las mezquinas proporciones del teatro francés, cuando por otra parte, en sus poesías habla con tanta energía al espíritu nacional y se muestra tan español. Pero es manifiesto que aquel suelo repele al clasicismo como a planta exótica, pues no han conseguido popularidad sus obras, y el romanticismo así como el liberalismo han invadido los Pirineos, y ambos pretenden regenerar la España y volverla:

Su cetro de oro y su blasón divino.

El espíritu del siglo lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar la independencia, no sólo política sino filosófica y literaria; a vincular su gloria, no sólo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y espontáneo ejercicio de sus facultades morales y de consiguiente, en la originalidad de sus artistas.

Nosotros tenemos derechos para ambicionar lo mismo y nos hallamos en la mejor condición para hacerlo. Nuestra cultura empieza: hemos sentido sólo de rechazo el influjo del clasicismo; quizá algunos lo profesan, pero sin séquito, porque no puede existir opinión pública racional sobre materia de gusto en donde la literatura está en embrión y no es ella una potencia social. Sin embargo, debemos antes de poner mano a la obra, saber a qué atenernos en materia de doctrinas literarias y profesar aquéllas que sean más conformes a nuestra condición y estén a la altura de la ilustración del siglo y nos trillen el camino de una literatura fecunda y original, pues, en suma, como dice Hugo, el Romanticismo no es más que el Liberalismo en literatura...

En suma, la poesía griega, o clásica, es original porque fué la expresión espontánea del ingenio de sus poetas y presentó en sus distintas épocas el desenvolvimiento de la civilización griega, pero fundada en costumbres, moral y religión que no son nuestras; y sobre todo en fábulas mitológicas que

consideramos quiméricas y debemos, como dice Shelegel, considerarlas como juegos brillantes de la imaginación, que entretienen y regocijan; mientras que la poesía romántica que está arraigada a lo más íntimo de nuestro corazón y de nuestra conciencia que se liga a nuestros recuerdos y esperanzas, debe necesariamente, excitar nuestro entusiasmo y hablar con irresistible y eficaz elocuencia a todos nuestros afectos y pasiones.

Los poetas modernos que se han arrogado el título de clásicos, porque, según dicen, siguen los preceptos de Aristóteles, Horacio y Boileau y embuten en sus obras centones griegos, latinos y franceses, no han advertido que en el mero hecho de declararse imitadores dejan de ser clásicos, porque esta voz indica lo acabado y perfecto y por consiguiente lo inimitable.

Creo, sin embargo, que imitando se puede, hasta cierto punto, salvar la originalidad; pero jamás se igualará al modelo, como lo demuestran ensayos de ingenios eminentes. Pero este género de emulación no consiste, como en los bastardos clásicos, en la adopción mecánica de las formas, ni en la traducción servil de los pensamientos, ni en el uso trivial de los nombres, que nada dicen, de la mitología pagana, que a fuerza de repetidos empalagan, sino en embeberse en todo el espíritu de la antigüedad, en transportarse por medio de la erudición y del profundo conocimiento de la lengua y costumbres antiguas al seno de la civilización griega o

romana, respirar el aire de aquellos remotos siglos y vivir en ellos, en la Agora como un griego o en el Foro como un romano y poetizar entonces como un Píndaro o un Sofocles. Pero la empresa sobrepuja al ingenio humano y es de todo punto irrealizable. Racine, Goethe, Alfieri, la han acometido con éxito en la tragedia; y en este siglo Chenier ha imitado a Teocrito, pero sin dejar de ser poeta cristiano.

Toda obra de imitación es de suyo estéril y más que todas, la de los clásicos bastardos y la que recomiendan los preceptistas modernos, pues tiende al suicidio del talento y a sujetar al despotismo de reglas arbitrarias y a la autoridad de los nombres el ingenio soberano del poeta. Como creador es llamado a no recibirlas sino a dictarlas, pues es incontestable que el ingenio para no esterilizar sus fuerzas debe obrar según las leyes de su propia naturaleza o de su organización.

La cuestión del Romanticismo no ya, pues, entre la excelencia de la forma griega o de la forma moderna, entre Sófocles o Shakespeare, entre Aristóteles, que redujo a teoría el arte griego, y el romanticismo, sino entre los pedantes, que se han arrogado el título de legisladores del Parnaso, fundándose en la autoridad infalible del Estagirita y de Horacio, y el arte moderno; es decir, entre Boileau, Bateux, Bossu, Dacier, La Harpe, Vida, y el Dante, Shakespeare, Calderón, Goethe, Milton, Byron... Los griegos han alcanzado la suprema per-

fección y son los modelos que es preciso imitar, so pena de no escribir nada bueno. Pero ¿el reflejo reemplazará la luz? ¿El satélite que gira sin cesar en la misma esfera podrá compararse al astro central y generador? Virgilio con toda su poesía no es más que la Luna de Homero.

¿La imitación igualará al modelo? Y dado que lo iguale, ¿tendrá la copia el mérito del original? No. Luego es mejor producir que imitar. Bueno, pero, observadas las reglas — ¿qué reglas? — Las de Aristóteles que nosotros profesamos. Probado está ya que el arte moderno, distinto del antiguo, no las reconoce porque tiene las suyas que no son otras que las eternas de la naturaleza, fuente viva o inagotable de la poesía.

Vosotros y vuestros sectarios, habéis observado las reglas, habéis imitado los modelos, y ¿qué habéis hecho? Veamos. Ni la musa antigua, ni la moderna adoptan vuestras obras. Ambas las consideran espurias y bastardas. ¿Queréis, acaso, que os imiten? Ah! *imiter des imitation! Grâce!* Ahora bien, llegados a este punto, ¿qué hacer? Abrevarse en la viva e inagotable fuente de toda poesía — la verdad y la naturaleza.

La Mitología es el asunto principal de la tragedía griega: el coro representa la parte ideal, y el libre albedrío del hombre, luchando contra el destino inexorable, divinidad misteriosa e inaccesible a cuya ley irrevocable obedecían aún los mismos dioses.

Los clásicos franceses no han tomado de la tragedia antigua sino lo peor, y vanagloriándose de imitar a los griegos, que consideraban tipos del arte, escudaban su sistema con la infalible autoridad de Aristóteles para darle más importancia y autoridad. Pero en el fondo su sistema es distinto, puesto que desecharon, considerándolo sin duda como accesorio, lo que constituye la esencia de la tragedia. La excelencia, pues, del teatro francés, no puede ser absoluta ni servir de regla universal, pues, ni como pretenden, se apoya en los sublimes modelos griegos, ni tiene por sí el asentimiento de tres grandes naciones, ni puede ofrecer a la admiración de los hombres, mayor número de obras extraordinarias, ni genios tan colosales como los de Calderón, Lope de Vega, Shakespeare, Goethe y Schiller. Verdad es esta, reconocida hoy por los mismos franceses, quienes a par de los extraños, confiesan ser debida la inferioridad de su teatro, a las mezquinas y arbitrarias leyes con que el pedantismo ignorante, cortó el vuelo de sus dos grandes ingenios, Corneille y Racine, y sofocó posteriormente el desarrollo de teatro. — *Qu'aurait-ils donc fait, ces admirables hommes, si on les eut laissé faire?* exclama Víctor Hugo. *Que de beautés pour tant nous coutent les gens de gout depuis Scudery jusqu'a La Harpe! On composerait une bien belle œuvre de tout ce qui leur souffle aride á seché dans son génie...*

La mitología es la base o el asunto; Homero la

fuente; el coro, personaje ideal y moral, el centro o eje de la acción; los resortes, el libre albedrío, el hombre luchando con el Hado inexorable, divinidad espantable, terrible, misteriosa e inaccesible, a cuyos irrevocables fallos obedecían aún los mismos dioses, como queda dicho.

Esos trágicos, cuando han tratado asuntos mitológicos y la ruda e ingenua sencillez de las costumbres antiguas, adulteraron la historia, poniendo en boca de personajes heroicos, griegos y romanos, pasiones y los afectos caballerescos y hasta la galantería de los tiempos de Luis XVI. . .

La poesía Romántica no es el fruto sencillo y espontáneo del corazón, o la expresión armoniosa de los caprichos de la fantasía, sino la voz íntima de la conciencia, la sustancia viva de las pasiones, el profético mirar de la fantasía, el espíritu meditabundo de la filosofía, penetrando y animando con la magia de la imaginación los misterios del hombre, de la creación y la providencia; es un maravilloso instrumento, cuyas cuerdas sólo tañe la mano del genio que reune la inspiración a la reflexión, y cuyas sublimes e inagotables armonías expresan lo humano y lo divino.

En cuanto a las unidades de tiempo y lugar en el drama, el arte moderno piensa que todo lo humano, sea histórico o fingido, debe realizarse en tiempo dado, en tal lugar, y que por consiguiente, las condiciones necesarias de su existencia son el espacio y el tiempo. Penetrado de esta idea, el poeta

romántico finge un suceso dramático o lo forma de la historia, concibe en su cerebro la traza ideal de su fábrica, la arregla y coloca según la perspectiva escénica, y después la echa a luz, completa, como Minerva de la frente de Júpiter. No procede como los clásicos que ajustan a una forma dada los partos que ni aun concibió su cerebro, resueltos como Procusto, a recortar y desmembrar lo que pasa de la medida. Ni mutila la historia ni descoyunta por ajustar su obra a reglas absurdas y arbitrarias; sólo las deja desarrollarse y extenderse según las leyes de su naturaleza y organización. Si el suceso que dramatiza pasó en tres, ocho o veinte y cuatro horas, santo y bueno, habrá observado la receta clásica; si en diez o veinte, aquende o allende, no corrige a la Providencia que así dispuso sucediese, y cuando más, si le conviene, lo circunscribe y concentra para dar realce y cuerpo a las partes de que se compone y representarlas a los ojos con más viveza y colorido, con más realce, naturalidad y grandeza. Así el arte moderno crea a Wallestein, Otello y Fígaro.

No pone, como Moratín, al frente de sus prosaicas miniaturas: "La escena es una sala de la tía Mónica. La acción empieza a las cinco de la tarde y acaba a las diez de la noche."

La única regla legítima que adopta y reconoce el Romanticismo, no como precepto aristotélico, sino como ley esencial del arte, porque el ojo como la inteligencia, no puede abarcar a un tiempo dos pers-

pectivas, es la unidad de acción o interés, pues considera que toda obra concebida por la reflexión y ejecutada por el talento, debe necesariamente desenvolverse conforme a las leyes de proporción y simetría y orden, inherentes a los actos de la inteligencia y las cuales, aún cuando no quiera, debe observar el *genio*.

En toda obra verdaderamente artística, pues, la curiosidad encontrará alimento, el interés será sostenido, y todas las partes accesorias, todas las acciones secundarias, gravitarán en torno de la acción central y generadora que se ha propuesto dramatizar el poeta, la cual es el alma y la vida de su concepción primitiva.

REFLEXIONES SOBRE EL ARTE

La sociedad es un hecho estampado en las eternas páginas de los siglos, y la condición visible que impuso a la humanidad la Providencia, para el libre ejercicio y completo desarrollo de sus facultades, al darle por patrimonio el universo. En la esfera social, pues, se mueve el hombre, y es el teatro donde su poder se dilata, su inteligencia se nutre y sucesivamente aparecen los partos de su incansable actividad.

Los primeros pasos del hombre en el mundo social son como los del niño mal seguros e inciertos: la materia lo absorbe; dominando los apetitos, su tosco sentido sólo confusamente percibe las maravillas de la creación, mientras su alma dormita incubando los gérmenes de su futuro engrandecimiento. Pero marcha el hombre y se robustece; adquieren sazón sus potencias con el ejercicio, y poco a poco va realizando las leyes de su ser. En vano la fuerza, la superstición, el error y otras mil calamidades quieren poner a raya y sofocar el ins-

tintivo impulso que lo lleva: ceja el hombre un momento, mas se recobra luego, lucha, arrolla los obstáculos, triunfa y sigue adelante.

Así obrando incesantemente la humanidad progresa y convierte en hechos *visibles* todas las ideas que la contemplación del externo mundo le inspira, todas las nociones que al abrir en su infancia los ojos de la razón vió como grabadas en el fondo de su conciencia.

Su activa inteligencia aplicándose con ahinco al conocimiento de los fenómenos, propiedades y leyes de la naturaleza inorgánica y animal, da ser a las ciencias matemáticas y naturales; su imperiosa voluntad modificando las cosas que le estorban, las artiza de modo que puedan contribuir a su provecho y crear los prodigios de la industria.

La contemplación del universo lo lleva a reconocer una causa, un artífice supremo, un Dios; y de ahí la religión, cuya simbólica forma es el culto.

La noción de lo justo, confusa e incierta en la noche de las sociedades primitivas, pasa del hombre a las leyes; estrecha el vínculo, y acrisolándose y tomando sólido asiento en los espíritus, llega a ser con el tiempo el incontrastable cimiento del Estado, salvaguardia del orden y de todos los derechos.

Y la noción de lo bello purificada y fecundada por el entusiasmo y la reflexión produce al fin las maravillas del Arte.

Es, pues, el Arte el resultado, la visible manifestación de una necesidad especial de la humana in-

teligencia y tiene, como las obras que acabo de enumerar, raíz profunda en ella.

La historia de todos los pueblos le consagra su página más brillante, y atestigua que donde quiera que han existido sociedades que alcanzaron cierto grado de cultura, hubo también espíritus creadores y pueblos capaces de sentir y venerar las obras del Arte. El Egipto ostenta aún sus gigantescas pirámides, toscos simulacros de la infancia del arte. La Grecia debe mayor lustre a algunos de sus poetas y escultores que a la sabiduría de sus filósofos y legisladores. Roma cansada de batallar y vencer, adorna sus trofeos con las galas del arte griego y pretendiendo ser émula no es sino imitadora.

Los incas y mejicanos mismos, pueblos semisalvajes, cultivan las artes; y hasta los pampas y demás tribus nómades tienen sus cantos guerreros con que celebran las hazañas heroicas, perpetúan su memoria, y se infunden espíritu en los combates.

Poderosa sin duda, debe ser esa facultad del espíritu humano para concebir la idea de lo bello y representarla al sentido, pues que, como dice Shlegel, a los pueblos que llamamos bárbaros y salvajes la ha otorgado también el cielo.

Pero no tiene el arte por blanco exclusivo, como las ciencias y la industria, lo útil; como la religión interpretar la fe que nos liga al Creador; como el Estado hacer reinar la justicia. Es del arte discernir, tanto en el interno como en el externo mundo, tanto en lo físico como en lo moral; tan-

to en la criatura como en sus actos; tanto en lo finito, como en lo infinito, lo más bello, heroico y sublime, lo más noble y generoso, y aplicarse a representarlo en forma visible con animados colores haciendo uso de los instrumentos adecuados. Es del arte glorificar la justicia, dar pábulo a los elevados y generosos afectos, hacer el apoteosis de las virtudes heroicas, fecundar con el soplo de la inspiración, los sentimientos morales; los principios políticos, las verdades filosóficas, y poniendo en contraste el dualismo del hombre, la perpetua lucha del espíritu y la carne, de los apetitos sensuales y los deseos infinitos, hacer resaltar su dignidad moral y su grandeza.

Divina por cierto es la misión del arte; y si bien no aparece a primera vista tan palpable su objeto y tan manifiesta su importancia a las sociedades poco ilustradas o embebidas aún en el arduo empeño de mejorar su condición civil y política, su bienestar e interés; él sin embargo, a par de los elementos de la civilización, ejerce secretamente una poderosa influencia, y va recobrándola con el progreso de la cultura y el tiempo.

Comprende el Arte, la música, las artes del dibujo y plásticas, o las conocidas con el nombre de bellas artes o artes libres. Yo me ceñiré sólo a hablar de la primera de todas ellas, según Schlegel, de la poesía, y procuraré determinar su objeto, su carácter y formas en nuestro siglo, y me aventuraré a señalar el camino que, a mi ver debe seguir,

a hacer algunas conjeturas sobre su porvenir en nuestro país.

En nuestra alma, como sabéis, hay dos partes, dice Fray Luis de León. Una divina, que mira al cielo, y apetece, cuanto de suyo es (si no la estorban y oscurecen) lo que es razón y justicia inmortal de su naturaleza, y muy hábil para estar sin cuidarse en la contemplación y en el amor de las cosas eternas. Otra de menos quilates, que mira a la tierra y que se comunica con el cuerpo con quien tiene deuda y amistad; sujeta a las pasiones y mudanzas de él, que la turban y alteran con diversas olas de afectos; que teme, que se acongoja, que codicia, que llora, que se engríe y ufana, y que, finalmente, por el parentesco que con la carne tiene no puede hacer sin su compañía estas obras. Estas dos partes son como hermanas nacidas de un vientre en una naturaleza misma, y son de ordinario entre sí contrarias y riñen y se hacen guerra. Y siendo la ley, que esta segunda se gobierne siempre por la primera, a veces, como rebelde y furiosa, toma las riendas ella del gobierno, y hace fuerza a la mejor; lo cual le es vicioso, así como le es natural el deleite, y el alegrarse y el sentir en sí los demás afectos que la mayor parte le ordenare. Y son propiamente la una como el cielo, y la otra como la tierra, y como un Jacob y un Esaú, concebidos juntos en un vientre y que entre sí pelean.

Estas palabras encierran la fuente de la poesía

moderna o cristiana y le dan traza y forma distinta de la antigua o pagana.

El amor cristiano, es decir, tal cual nuestra religión y costumbres lo han engendrado, no es la idolatría exclusiva de la belleza; no Cupido el ligero y ciego rapaz, disparando flechas ígneas de su inagotable carcaj; es la misteriosa unión de dos almas, la armonía de dos afectos, el inefable concierto de dos voluntades, consagrando, glorificando con su música los indecibles arrobamientos del deleite. Si despreciado, es la rabia, los celos, el frenesí, el despecho, la melancolía, el infierno; si correspondido, la gloria íntima y la angélica deleitación anegando el alma, el sentido, la carne.

Claro está que un amor semejante debe transfigurarse y tomar infinitos y diversos caracteres en el corazón humano, y de ahí nace que esta pasión es la más fecunda, variada e inagotable fuente de poesía.

El amor pagano era puramente sensual; se fijaba sólo en la forma; no nacía del corazón; iba sí, a él, en una flecha encendida que el travieso niño le asestaba y derramaba en la sangre volcanes cuyo incendio sólo apagaba las olas del Leucate. El cristiano tiene raíz en lo más íntimo del humano ser; se identifica con todas las potencias, es físico y moral a la vez; apetito y deseo, esencia y forma; pasión humana en suma, divina en cuanto aspira a deleites inmortales, terrestre, en cuanto carnal y perecedera, y como tal manifestando la doble na-

turaleza del hombre . . . . . .

. . . . . .

Si el arte abarca y domina la esfera toda del pensamiento; si además se pule y perfecciona con el progreso de las luces, si en su fuente bebe los tesoros con que anima y fecunda sus inspiraciones; si las ideas que adquiriendo va la humanidad en su incesante labor son los elementos que emplea para compaginar sus creaciones, claro está que él debe ser el vivo reflejo de la civilización, revestir en las diversas épocas de su desarrollo forma distinta y aparecer con caracteres especiales en cada sociedad, en cada pueblo, en las diferentes edades que constituyen la vida de la humanidad; y así como cada nación tiene su religión, sus ciencias, sus costumbres, su civilización, en fin, debe tener su arte.

Tres grandes civilizaciones, cuyos elementos son distintos reconoce la historia: civilización asiática, civilización griega, romana, antigua; civilización europea o moderna.

La primera, foco primitivo de luz, sola y aislada, desenvolvió espontáneamente la energía de sus fuerzas y permanece siglos ha estacionaria, habiendo en distintas épocas reflejado su luz sobre las otras dos: la segunda recorrió la esfera del progreso, y subió al apogeo de su esplendor, y cayó y se abrumó con el imperio de Oriente. Formóse la última, de la mezcla heterogénea en su origen entre los pueblos del Norte y las naciones depositarias de

los preciosos restos de la antigüedad y el cristianismo.

Los griegos han sido y serán siempre nuestros modelos en las artes y ciencias, mientras que los romanos forman el punto de tránsito entre la antigüedad y los tiempos modernos.

En los primeros siglos de la edad media, estos tres elementos luchan y poco a poco se combinan, sembrando en la sociedad europea, las semillas de la civilización moderna, y abriéndo hondo y nuevo camino al arte...

ESTILO, LENGUAJE, RITMO, METODO EXPOSITIVO

EL estilo es la fisonomía del pensamiento, a cuyos contornos y rasgos dan realce y colorido el lenguaje, los períodos y las imágenes; así es que las obras del ingenio reflejan siempre formas de estilo originales y características. Los escritores mediocres no tienen estilo propio porque carecen de fondo; y ora imitan el de éste o aquel autor que consideran clásico, ora hacen pepitoria de estilos; pero sus obras correctas y castizas a veces, ni salen del linaje común, ni hieren, ni arrebatan.

Cada pensamiento, pues, cada asunto, requiere expresión conforme, y de aquí nace la diversidad de estilos, cuya clasificación menuda podrá verse en los retóricos.

El estilo de Bossuet es grandioso como sus pensamientos; el de Cervantes, en su Quijote, festivo, agudo y verboso como la andariega y lujuriante fantasía de su héroe.

Quevedo es el escritor español más rico en for-

mas de estilo, (salvo los conceptos y agudezas que de puro acicalados se pierden de vista) salpicado de chistes y travesuras, ora lleno de nervio y robustez, ora sentencioso y florido, casi siempre original y a menudo elocuente.

Imitar estilos es como hablar sin pensar; y zurcir frases para componer centones. (1).

Hombres hay que expresan lo alto y bajo del mismo modo, y otros que con solimán y oropel procuran encubrir la vulgaridad o la tenue e invisible trama de sus conceptos; unos y otros, privados de gèrmen productivo, creen que el estilo consiste en las palabras, o en la mecánica combinación de los períodos y frases. (2).

En las lenguas no aplicadas aún a todo género de conocimientos, difícil es alcanzar formas de estilo convenientes para expresar nuevas ideas, pues con tosco e imperfecto instrumento, por hábil que sea el artista, mal puede modelar las concepciones de su inteligencia. Dante, Boccacio, Petrarca, en Italia, Shakespeare en Inglaterra, no sólo fueron grandes porque crearon la poesía de sus respecti-

(1) El estilo es inimitable, puesto que nace como asido a la forma del pensamiento, la cual caracteriza y completa.

(2) El estilo de la prosa y el de la poesía son distintos. El prosista colora a veces sus cuadros con los tintes de la poesía; pero este arte completo y excelente en sí, en nada se liga con aquélla y vive de su propio fondo.

Gentes hay que dan el nombre de poeta al versificador, como si el arte más sublime pudiese confundirse con la labor del mecánico.

vas naciones, sino también porque extendieron el señorío del idioma que hablaban, y le dieron un empuje maravilloso.

Mina rica es la lengua española en cuanto a la expresión de rasgos espontáneos de la imaginación y a la pintura de los objetos materiales, y estoy seguro, sin haber leído ninguna, que las novelas caballerescas españolas de la Edad Media, se aventajan a las de las otras naciones europeas en brillo y pompa de colorido. Pero es inculta en punto a filosofía, y materias concernientes a la reflexión y a los afectos íntimos, y esto se explica por la carencia de fecundos y originales autores en aquellos ramos del saber humano.

Antes del décimo sexto siglo el escolasticismo, el misticismo y la poesía nacional que representa las costumbres y la existencia individual de los pueblos, preocuparon y absorbieron casi exclusivamente a los ingenios españoles, y en el siglo de oro de la hispana literatura lo fué más por la copia de escritores que ensancharon y enriquecieron aquel primitivo espíritu de la civilización y fijaron en sus escritos la habla culta y pulida, trivial entonces, por el desarrollo y abundancia de nuevas ideas y conocimientos; mientras que los siglos igualmente denominados de oro, de Pericles, Augusto y Luis XIV, el saber y la lengua de frente marcharon y extendieron maravillosamente su jurisdicción.

La España, sin embargo, puede vanagloriarse de

haber producido entonces, y antes que otras naciones sus émulas, a Granada, Lope, Luis de León, Herrera, Rioja, y de ofrecer a la admiración del mundo en el décimo séptimo siglo los nombres de Quevedo y Calderón; a pesar que desde aquella época, cercada y embestida constantemente por las olas de la civilización europea, permanece estacionaria, desdeñando indiferente u orgullosa sus tesoros, y sin que aparezca en su seno ningún escritor de genio regenerando su lengua y su cultura intelectual.

La América, que nada debe a la España en punto a verdadera ilustración, debe apresurarse a aplicar la hermosa lengua que le dió en herencia al cultivo de todo linaje de conocimientos; a trabajarla y enriquecerla con su propio fondo, pero sin adulterar con postizas y exóticas formas su índole y esencia, ni despojarla de los atavíos que le son característicos.

Es el lenguaje como las tintas con que da colorido y relieve el pintor a las figuras. Las ideas hieren, los objetos se clavan en la fantasía si el poeta por medio de la propiedad de las voces no los dibuja solamente sino los pinta con viveza y energía, de modo que aparezcan como materiales, visibles y palpables al sentido, aun cuando sean incorpóreos.

Si el lenguaje pinta al vivo las cosas, la armazón orgánica traba y anuda entre sí con simetría y orden las partes de un todo, y forma de ellas

un cuerpo organizado, una obra maestra de arte, y la exposición coloca en perspectiva las ideas y los objetos, los agrupa, combina o separa según el efecto que intenta producir.

Distínguese principalmente por el ritmo el estilo poético del prosaico.

El ritmo es la música por medio de la cual la poesía cautiva los sentidos y habla con más eficacia al alma. Ya vago y pausado él remeda el reposo y las cavilaciones de la melancolía; ya sonoro, precipitado y veloz, la tormenta de los afectos.

El diestro tañedor con él modula en todos los tonos del sentimiento y se eleva al sublime concierto del entusiasmo y de la pasión; con una disonancia hiere, con una armonía hechiza, y por medio de la consonancia silábica y onomatopéyica de los sonidos, da voz a la naturaleza inanimada, y hace fluctuar el alma entre el recuerdo y la esperanza pareando y alternando sus *rimas*.

Sin ritmo, pues, no hay poesía completa. Instrumento del arte, debe en manos del poeta armonizar con la inspiración, y ajustar sus compases a la variada ondulación de los afectos; de aquí la necesidad a veces de variar de metro para expresar con más energía; para precipitar o retener la voz, para dar, por decirlo así, al canto las entonaciones conformes al efecto que se intente producir.

En la Lírica es donde el ritmo campea con más soltura, porque entonces puede propiamente decirse que el poeta canta. Causa por lo mismo extrañe-

za que teniendo los españoles sentido músico y hablando la lengua meridional más sonora y variada en inflecciones silábicas, no hayan conseguido con él efectos maravillosos. (1). Herrera es el único que en esta parte se muestra hábil artista. El lenguaje de Coleridge en la balada "Ancient Mariner" es impetuoso y rápido como la tempestad que impele al bajel, y cuando la calma se acerca, se muestra solemne y majestuoso. Hasta las faltas de medida en la versificación parecen calculadas; y sus versos son como una música en la cual las reglas de la composición se han violado, pero para hablar con más eficacia al corazón, al sentido y la fantasía. Las Brujas de Macbeth cantan palabras misteriosas cuyos extraños y discordes sonidos auguran maleficio. En el "Feu du ciel", Hugo pinta igualmente por medio del ritmo y los sonidos, la silenciosa majestad del Desierto, y el ruido, confusión y lamentos del incendio de Sodoma y Gomorra.

(1) Los afijos simples y dobles, los esdrújulos, las terminaciones agudas, la variedad de metros no sujetos como los *alejandrinos* a cesura fija, y el libre uso y combinación de la rima en las estrofas, dan a la lengua castellana una ventaja sobre la italiana y francesa para los efectos rítmicos.

SOBRE EL ARTE DE LA POESIA (1)

SIEMPRE he creído que en materias controvertibles, importa más un hecho que muchas páginas de buenas teorías y esto me ha retraído hasta aquí de... Pero después me he convencido que en países donde los principios del gusto, en materia de bellas artes, no son comunes, y no existe una opinión pública que sea capaz de formar juicio racional sobre los partos de la imaginación, es conveniente y necesario que los autores hagan marchar de frente la teoría y la práctica, la doctrina y los ejemplos, para no dar cabe a los pedantes y tapar la boca a los resabidos, los cuales en los

(1) Parece que el autor se propuso alguna vez escribir una *introducción* detenida a sus obras poéticas, y hecho en algunas hojas sueltas, los siguientes apuntes, a manera de índice de los puntos que intentaba tratar en esa introducción. Después consideró que sería mejor hacer una exposición de su doctrina literaria, aplicada a la poesía, bajo la forma de un opúsculo suelto. De esta intención nacieron, probablemente, los presentes apuntes que reproducimos en el mismo orden en que les encontramos en el borrador autógrafo. — (G.).

desahogos de su impotencia se creen autorizados, por el silencio de los autores, a desacreditar las obras del ingenio.

Además, bien puede permitírseme a mí teorizar sobre una materia en la cual he dado pruebas de que soy capaz de producir algo, ya que otros, sin más títulos que el de su fatua vanidad, se creen autorizados para hacerlo con todo el magisterio de los primeros genios del arte.

No pretendo hacer prosélitos; doy mis opiniones por lo que son, y nada más, como resultado de mis lecturas y reflexiones sobre un arte que ha inmortalizado a los primeros ingenios con que puede vanagloriarse la humanidad, que he cultivado por inclinación, y al cual, si me fuere dado, consagraría todas mis fuerzas.

*
* *

Me he resuelto a publicar aparte este opúsculo, porque al lado de mis versos tendría visos de comentario o apología, y porque estoy convencido, sobre todo, que lo que importa en nuestro país es arrancar de cuajo la preocupación, limpiar de maciega el campo, señalar a la juventud el camino para que marche a recoger los lauros que la posteridad le reserva, y para que no se crea que aspiro a conquistar por caminos tortuosos una fama que ya no me es dado conseguir.

*
* *

Como entre nosotros no pasan por sabios los que no acuñan su doctrina con opiniones ajenas, los que se atienen a los consejos de su entendimiento, los que no quieren suicidar su razón, ni atenerse en materias controvertibles a autoridad alguna, los que no reconocen jurisdicción, ni poderío ante el cual humillarse, los que han preferido siempre "armas a corazas", se ven obligados, y yo entre ellos, a robustecer sus ideas y autorizarlas con la opinión de los más esclarecidos literatos que reconoce nuestro siglo como tales. Así procederé.

*
* *

...La renovación de la literatura, estriba principalmente en la perspectiva de los objetos y de las ideas. El aspecto de una montaña, varía según el punto de donde se la observa, y la humanidad con el curso de las edades cambia de posición al contemplar el universo y examinar los sucesos y las cosas.

*
* *

La poesía es lo más íntimo que abriga el corazón humano, lo más extraordinario y sublime que puede concebir la inteligencia.

*
* *

La poesía filosófica debe ser cosmopolita, colocarse en el centro del universo, patria común del género humano, e interpretar esas instintivas creencias que forman el patrimonio común de la humanidad...

*
* *

La poesía nacional es la expresión animada, el vivo reflejo de los hechos heroicos, de las costumbres, del espíritu, de lo que constituye la vida moral, misteriosa, interior y exterior de un pueblo.

*
* *

La poesía romántica vive de recuerdos y esperanzas: es lo pasado y el porvenir. Lo presente no le

interesa sino en cuanto se encadena con las dos regiones del mundo que habita.

*
* *

La poesía moderna es melancólica y reflexiva.

La poesía religiosa o mística, comunicación, como dice León, del aliento celestial y divino, es un himno que en las alas etéreas de la fe, como el más puro incienso de la tierra se eleva hasta el trono del Hacedor.

*
* *

...De ahí resulta que se ha dado el nombre de poesía a las formas, y se ha llegado a clasificar lo más íntimo, lo más bello y sublime que hay en la inteligencia, como la materia inorgánica por su forma o apariencia externa y se han inventado para distinguir lo que se ha llamado géneros de poesía, multitud de nombres bárbaros que nada dicen a la razón, como: odas, letrillas, romances, églogas, idilios y sonetos.

El soneto, forma mezquina y trivial de poesía, ha estado y está en voga entre los versificadores españoles, y no hay casi poeta, tanto de los del siglo de oro como de los modernos, titulados restauradores de la poesía, que no haya soneteado hasta

más no poder, llenando volúmenes de letrillas, anacreónticas, églogas, malgastando su ingenio en trivialidades que empalagan al fin, y no dejan rastro alguno en el corazón ni el entendimiento.

*
* *

Los que se han arrogado el título de *clásicos*, ni lo son, ni pueden serlo en el mero hecho de confesarse ellos mismos imitadores; pues los griegos se denominan clásicos, justamente, porque no imitaron y fueron originales en sus obras.

*
* *

Yo, por mi parte confieso, que nada entiendo de esas clasificaciones, con que han obstruido los pedantes la espaciosa y florida senda del arte. ¿No es ridículo que los señores preceptistas, que jamás han producido nada, digan al poeta: —Irás por aquí y no por allí; escribirás sonetos, églogas, anacreónticas, elegías; no mezclarás lo que nosotros llamamos géneros, so pena de lesa poesía? ¿No irrita ver que pretendan dictar reglas de gusto al ingenio y trazarle el camino que haya de seguir?

Tómanse ellos licencias semejantes, y no quieren que el poeta, es decir, el creador, el verbo, campee libre por las esferas del mundo que debe animar con

el fecundo soplo de su pensamiento. ¡Descabellada pretensión!

Por mi parte yo no reconozco más que dos formas: forma lírica, y forma dramática...

*
* *

La comedia de carácter y costumbres es irrealizable entre nosotros; cuando más la satírica y de circunstancias. Con medias tintas sólo, no se puede pintar un cuadro.

*
* *

Uno de los más manifiestos síntomas de progreso en la civilización, es el refinamiento de las costumbres, o esa tendencia del público a pulir, acendrar, idealizar los afectos, a darles un origen más puro, a separarles del aliage impuro de los afectos carnales.

Platón, astro que culminaba en el cenit de la civilización griega, filósofo y poeta a la vez, Platón, digo, aunque pagano, concibió el amor como la emanación más pura del alma, como un arrobamiento celestial que se deleita en la contemplación de la imagen querida, y de aquí el dicho vulgar de "amor platónico".

El idealismo del arte consiste en buscar el tipo

de la belleza, en esas concepciones abstractas que concibe el alma y son la imagen sublime de lo más bello, perfecto, heroico, divinal, o el conjunto maravilloso de todas las perfecciones imaginarias y posibles.

*
* *

Sabido es que las concepciones del hombre primitivo son espontáneas; que la humanidad en su cuna, es inspirada y no reflexiva; de ahí resulta que toda la poesía primitiva, sea parto del entusiasmo, de la fe, y por consiguiente eminentemente lírica. Las pasiones entonces son un verdadero canto.

*
* *

Un rasgo de pincel en un cuadro, invisible para el vulgo, hechiza al conocedor y da barruntos del ingenio que lo produjo. Dos cosas hay que buscar en todo cuadro. La idea representada por el dibujo y la forma que la envuelve y la sirve de vestimenta, la cual se encarga de determinar los tintes o más bien el claro oscuro.

Ese colorido, a mi ver, es el que armoniza las figuras o partes que componen el cuadro, las hace un todo animado, y da completo ser a la primitiva concepción del artista.

Lo mismo sucede en poesía: primero es el pensamiento, después la expresión o forma, que comprenden el estilo y el colorido. Es buena, es primera en su género, la poesía que satisface las dos condiciones del arte; condición intrínseca y extrínseca; idea y forma; dibujo y tintas armoniosas; y entiéndase que considero indispensable la rima al efecto armonioso.

No hay a mi ver poesía completa sin ritmo; y no de sonidos sólo, sino de afectos, de situación, de sentido. El es lo que en la pintura los colores, lo que en la música la armonía...

La que se ha denominado descriptiva no es ni puede ser un género especial de poesía; porque la descripción pura y simple de la naturaleza o de la realidad no es por sí nada, sino en cuanto tiene relación con la inteligencia humana, con el hombre...

¿La creación por sí sola qué es? — Nada. Pero el hombre la contempla; su pensamiento la abarca y entonces es la obra maravillosa del increado, de Dios : es algo hecho con un fin.

PROYECTO Y PROSPECTO DE UNA COLECCION DE CANCIONES NACIONALES (1)

TIEMPO hace que el autor de las Canciones cuya publicación emprendemos, concibió el proyecto de escribir unas melodías argentinas, en las cuales, por medio del canto y la poesía, intentaba popularizar algunos sucesos gloriosos de nuestra historia y algunos incidentes importantes de nuestra vida social. Pero como para que su obra fuese realmente nacional y correspondiese al título, era menester que existiesen tonadas indígenas, a cuya medida y carácter se hermanase el ritmo de sus versos, entró a indagar primero el carácter de las muchas que con general aplauso *entre nosotros se cantan*, y halló que todas ellas eran extranjeras, adoptadas o mal hechas copias de arias y *romances* franceses o italianos, y no el sencillo fruto de nuestro sentido

(1) Este prospecto no se dió a luz, y el proyecto concebido por el poeta y el artista, abortó como todo pensamiento bello o generoso, allá por los años de 1836. — (G.).

músico, o de nuestra aptitud para expresar en armoniosas cadencias, las emociones del alma y los íntimos afectos del corazón.

Hubo entonces de renunciar a su intento, siendo necesario crear a un tiempo la poesía y la música. Mas, posteriormente, habiendo escrito por encargo particular algunas canciones, cuyo sentido fué con singular maestría interpretado por el señor Esnaola, cree que no es quizá de todo punto irrealizable su antiguo pensamiento, y ambos de acuerdo se proponen publicar una serie de canciones con el título de "Melodías argentinas".

Los principales objetos que en mira tienen, son suplir la falta de obras originales de este género, aumentar nuestro fondo artístico y nuestro títulos literarios, explotar una mina cuya riqueza en lo porvenir podrá ser opima y estimular con el ejemplo el cultivo de las bellas letras.

No se crea por lo dicho que nosotros pretendamos dar a nuestra empresa toda la extensión de que sería susceptible; queremos sólo señalar la ruta, sembrar algunas semillas, y dejar que el tiempo y el ingenio las fecunden.

No tocaremos la cuerda heroica ni invocaremos gloriosos recuerdos de la Patria, porque nos está vedado por ahora hablar dignamente al entusiasmo nacional; pero en la viva e inagotable fuente de la poesía, en el corazón, buscaremos inspiraciones, colores en nuestro suelo, y en nuestra vida social asuntos interesantes.

Por lo demás, no dudamos que el público porteño, tan afecto a la música y tan sensible a los hechizos de la armonía, acoja gustoso este escaso pero sincero homenaje de nuestros cortos talentos.

LA CANCION

El origen de las canciones remonta a los tiempos primitivos de todas las sociedades. Luego que estas empiezan a gozar de cierto grado de bienestar, su imaginación poética toma vuelo, y la poesía y la música, hermanas gemelas, nacen como espontáneamente para endulzar y suavizar con sus encantos las penas de la vida y solemnizar los grandes actos tanto internos como externos de la existencia de las naciones. El poeta canta, es decir, poetiza un afecto suyo, una idea moral, un sentimiento público; el músico expresa en armónicos sonidos el pensamiento del poeta y la voz humana viene a darle animación y energía con sus sonoros acentos. La canción aparece. Su efecto es maravilloso entonces; todos los corazones se suspenden si canta amor o melancolía; todos se alegran, si regocijo; todos hierven y palpitan de entusiasmo, si canta himnos a la libertad o celebra las altas virtudes y las heroicas hazañas de los hijos de la Patria.

No es por consiguiente la canción una obra frívola; ella ríe, ella llora, ella inflama el corazón del guerrero; ella, invocando gloriosos recuerdos, sa-

be hablar con eficacia al patriotismo nacional; el amor también, pasión siempre activa y multiforme, le suministra inspiración abundante, y decirse puede que no hay fibra alguna en el corazón humano de la cual ella no arranque ya un suspiro de dolor, ya un acento de gozo, ya una tierna o apacible melodía.

Se origina de aquí, sin duda, el general interés con que se miran las canciones populares de casi todos los pueblos y la importancia histórica, que adquieren, por cuanto son la expresión más ingenua de su índole, de su modo de vivir y sentir, y no sólo dan indicios de su carácter predominante en cada siglo, sino también, en cierto modo, de su cultura moral y del grado de aspereza o refinamiento de sus costumbres.

Los romances del Cid, que Hugo denomina Ilíada castellana, los moriscos y la muchedumbre recopilada en los Cancioneros y Romanceros, cantábanse primitivamente a la vihuela y asegurarse puede sin temor de ser desmentido, que ellos forman el más bello, rico y singular ornamento de la poesía lírica española; pues, ni la imitación los desluce, ni el pedantismo clásico con postizas galas los afea; ellos brillan como preciosos diamantes recién sacados de la mina, cuyos quilates más a la distancia se precian; y la prueba de esto, es que en Francia y Alemania, donde tiempo hace se procura regenerar el Arte bebiendo en la fuentes primitivas, la poesía castellana anterior al décimo-

sexto siglo o a la importación *del italianismo* por Boscán y Garcilaso y la posterior que de su fuente nació, se estudia con ahinco; mientras ni histórico ni poético interés despiertan en naturales ni extranjeros, los muchos tomos de Sonetos, Odas y Anacreónticas, vaciadas en el molde clásico, o imitadas, que no se cansa la ridícula vanidad de los preceptos de recomendar por modelos.

Beranger en Francia ha extendido el señorío de la Canción, y héchola obrar como poder activo en la esfera de la política y del movimiento social. Sus versos medidos al compás de tonadas populares, se cantaban de cabo a cabo de la Francia, y más de una vez al postillón y labriego en las aldeas y caminos, y en medio del Océano al marinero, hemos oído entonar sus canciones dictadas por el patriotismo. Cuando los siglos hayan pasado sobre la Francia, las futuras generaciones verán en los versos de Beranger cuántos afanes, luchas y sacrificios, costaron a la libertad sus triunfos, y agregarán reconocidas, a su inmortal corona, algunos ramos de los laureles de *Julio*.

El principal título de la gloria de Moore se vinculó en sus *melodías Irlandesas;* las de Burns son populares en Escocia, y Goethe y Schiller en Alemania no han desdeñado el renombre de Cancioneros.

Los Brasileros tienen sus *modinhas*, los Peruanos sus *yaravíes*, tiernos y melancólicos cantos, que nadie puede oír sin escozor o enternecimien-

to; y en suma, no existe pueblo alguno culto, que no se deleite en cantar sus glorias e infortunios, y en expresar por medio de la poesía y la música las fugaces emociones de su existencia.

Lejos, pues, de servir únicamente a un mero pasatiempo, el objeto inmediato de las canciones es conmover profundamente, haciendo revivir las glorias de la Patria, alimentando el entusiasmo por la Libertad, y encendiendo las almas en el noble fuego de las altas y heroicas virtudes; y deben además considerarse como documentos históricos que al vivo nos pintan, lo que la historia a menudo desdeña, es decir, la vida interior de las naciones, y al mismo tiempo nos dan brillantes rasgos de su imaginación poética.

Vista la importancia que en sí tienen las canciones, y que la otorgan los pueblos cultos, debemos, nosotros aplicarnos a enriquecer con esta delicada joya de la poesía nuestra literatura naciente, acostumbrarnos a ver en ellas algo más que una linda bagatela hecha para entretenimiento de casquivanos, a trabajarla y pulirla con igual esmero que las obras más elevadas del Arte; y persuadirnos, por fin, que nada frívolo y trivial es dado producir a la imaginación del verdadero poeta.

No se aquilata el mérito de una obra cualquiera artística por su forma o extensión, o por pertenecer a tal o cual género; sino por la sustancia que contiene, la pulidez de labor y el designio artístico que envuelve; así es que la canción no por

corta desmerece. Los caprichos de Goya, las viñetas de Deveria y Retesch, las melodías de Moore, una cabeza modelada en barro, durante algunas horas de arresto por el escultor francés David, son obras sobresalientes en su género, porque al través de sus pequeñas formas, se trasluce el genio que les dió vida.

Dos cosas hay que examinar en toda creación artística: una es la idea, la otra la forma que reviste aquel germen primitivo; la primera más es parto del ingenio; la segunda del arte; una y otra se complementan y ambas deben coexistir originales y perfectas en la obra del verdadero poeta.

Destinada a acompañarse con la música, la canción debe en un todo armonizar con ella, como entre sí las notas fundamentales de un acorde simultáneo; debe ser musical, si es dado expresarse así, y contener todas las perfecciones de forma que demanda la poesía lírica; es decir, cadencia forzada, rima fecunda, estrofas regulares, número y melodía en los versos. Si acabada forma le es esencial, carencia de ideas originales no tolera, pues debiendo suministrar en pocas líneas inspiración abundante al músico, emociones, al que la escucha, exige por lo mismo, nutrido fondo, pensamientos incisivos que penetren hasta el alma, tristes o halagüeñas ideas, que muevan el corazón y hagan fantasear el ánimo al unísono del canto.

Si el verso nada dice, la música se reducirá a vanos sonidos; si al contrario aquél tiene sustancia,

y la melodía es insípida, ni cautivar el oído ni conmover podrá la canción; no habrá en ella designio artístico manifiesto y no merece por consiguiente mencionarse.

Gentes hay, y muchas entre nosotros reputadas, que afectan menospreciar la poesía. Sin entrometernos a calificar el origen de tan extraña aberración, nosotros les diremos solamente, que no así la miran los primeros ingenios y los talentos más singulares que son de otras naciones vanagloria; antes bien en ella reconocen el rico fruto de una de las más fecundas y brillantes facultades del espíritu humano, la tributan el debido homenaje, y la colocan en el rango de las fuerzas activas que no sólo glorifican a los pueblos, sino también los ilustran, y grandes y generosas ideas les inspiran.

LITERATURA MASHORQUERA

(FRAGMENTOS)

I

PERDÓN, lectores míos, si al bosquejaros el movimiento intelectual en el Plata, olvidé hablaros de la literatura mashorquera, y de los ilustres escritores que la propagan. Confieso haberos defraudado del conocimiento de una gran cosa, de un hecho fenomenal, inaudito, sin ejemplo en la historia de las cosas humanas. Perdón, vosotros esclarecidos literatos de la mashorca, sonoras trompetas de la Dictadura, infatigables apologistas del héroe del Desierto. Perdón mil veces por haberos olvidado; nadie mejor que vosotros es acreedor a lauro y alabanzas; nadie conquistó con más nobleza, talento y dignidad la corona del triunfo en la lid de las inteligencias. Como sé que he sido injusto con vosotros, que os debo una página y que os pertenece el primer puesto en la literatura del

Plata; voy a hacer lo posible porque os sentéis en él como dictadores. Perdona, sobre todo tú, venerable Fadladin, aventurero mayor y Néstor de la literatura mashorquera; no te amohines ni te me enojes, no me frunzas ese ceño rojizo y flameante como la puerta de un horno encendido. Voy a pagarte mi deuda con creces, voy a dar el cetro literario a tu ingenio, tu erudición y tus años. Tuviste razón para llamar figurado al movimiento intelectual de los salvajes unitarios echándolo de menos en él. Yo te prometo que en las letras del Plata, mal que pese a los salvajes unitarios, has de hacer gran figura, tanta figura como el caballero de la *Triste figura*. ¿Quién mejor que tú lo merece? ¿Qué pluma en el Plata corre parejas con la tuya? ¿Cuál te aventaja en moralidad, profundidad y originalidad de pensamiento? ¿Quién se te acerca en agudeza, nervio y brillantez de estilo? ¿Qué pluma como la tuya se empapa en todas las tintas, refleja todos los colores, como la del pavo real, vuela como el águila, se arrastra como el reptil, grazna como el cuervo, chilla como el grillo, aulla como el lobo, canta como el ruiseñor y charla literatura y política en todas las lenguas del mundo? ¿Cuál es la que sostiene sobre sus hercúleos hombros todo el peso de la prensa y de la literatura mashorquera?...

II

...¿QUIÉN merece ser encomiado mejor que tú, ni querido Fadladin? Veinte años hace que semejante a Montalván escribes de todos y "para todos". Veinte años hace que te burlas de los argentinos y de mi país, y que tú el primero de los B... llamas a boca llena brutos a los mismos que encomiáis por la prensa y te pagan tus adulaciones. En esos veinte años, cien veces te han echado al rostro tu venalidad, tus necedades y bajezas, y tú has seguido impeturbable escribiendo de todo y "para todos". Gracias a tu perseverancia y cinismo te has levantado a Rey de la inteligencia, a oráculo de la literatura en el Plata. Nada ha podido apagar el ardor de tu alma y debe ser inagotable cuando te salta en llamaradas al rostro. Por esto yo te proclamo tal a nombre de todos los B..., el más digno, y elogio tu pluma venal y quiero que en el movimiento intelectual del Plata hagas la primer figura, tanta figura, lo repito, como el caballero de la Triste Figura.

Estando Buenos Aires sentada a orillas del grande estuario del Plata, era natural que allí se sintiese un movimiento intelectual paralelo al que sostienen los proscriptos argentinos fuera de Buenos Aires, porque en Buenos Aires hay inteligencias como en cualquiera región del mundo. Esto era indudable, al menos en otro tiempo. Pero ha sucedido,

que así como Rosas ha hecho una federación y una dictadura a su modo, se ha formado también en ese Buenos Aires una literatura de Rosas, y las inteligencias deben seguir el impulso que Rosas quiera darles y moverse en la órbita que les trace.

Ese movimiento tiene dos modos de ser, uno latente, impalpable, invisible, como el calórico y la electricidad, otro tangible, apreciable como las evoluciones de un planeta. Es claro que yo no puedo hablar del primero... el segundo quedará caracterizado por el movimiento intelectual de Buenos Aires.

Pues bien, la fuerza engendradora de ese movimiento en Buenos Aires, procede de una sola inteligencia, y esa inteligencia es la de Rosas, porque así como es dueño de la hacienda, honra y vida de todos los argentinos, es dueño de todas las inteligencias y ninguna piensa y se mueve sin su beneplácito, o más bien Rosas resume y representa todas, porque Rosas es el gran Pan, el gran Todo de los panteístas.

Para comprender mejor el fenómeno, figuraos que Buenos Aires es un órgano de viento, que allí no hay más que un organista y ese organista es Rosas. Figuraos en seguida que al organista Rosas se le antoja tocar unas cuantas teclas para que resuenen otros tantos tubos del órgano, y que todos los demás permanecen mudos, eternamente mudos, como si estuvieran herméticamente tapados. Figuráos que Rosas toca las teclas B, C, etc., y chi-

llan en la sala el tubo T..., etc., y tendrás por resultado la literatura parlamentaria de la Mashorca. Figuraos que pulsa la tecla G, y la tecla A, que son las que toca diariamente, y oiréis resonar con voz atronadora a los dos tubos maestros, Gaceta Mercantil y Archivo Americano y tendréis la literatura periodística de la Mashorca...

ADVERTENCIA A LA CAUTIVA (1)

EL principal designio del autor de la Cautiva, ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto; y para no reducir su obra a una mera descripción, ha colocado, en las vastas soledades de la Pampa, dos seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y el infortunio. El suceso que poetiza, si no cierto, al menos entra en lo posible; y como no es del poeta contar menuda y circunstanciadamente a guisa de cronista o novelador, ha escogido sólo, para formar su cuadro, aquellos lances que pudieran suministrar más colores locales al pincel de la poesía; o más bien, ha esparcido en torno de las dos figuras que lo componen, algunos de los más peculiares ornatos de la naturaleza que las rodea. El Desierto es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía

(1) Esta advertencia se halla al frente de las "Rimas". — (G.)

para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional.

Nada le compete anticipar sobre el fondo de su obra; pero hará notar que por una parte predomina en la Cautiva la energía de la pasión manifestándose por actos; y por otra el interno afán de su propia actividad, que poco a poco consume, y al cabo aniquila de un golpe, como el rayo, su débil existencia.

La marcha y término de todas las pasiones intensas, se realicen o no, es idéntica. Si satisfechas, la eficacia de la fruición las gasta, como el roce los muelles de una máquina; si burladas se evaporan en votos impotentes o matan; porque el estado verdaderamente apasionado es estado febril y anormal, en el cual no puede nuestra frágil naturaleza permanecer mucho tiempo, y que debe necesariamente hacer crisis.

De intento usa a menudo de locuciones vulgares y nombra las cosas por su nombre, porque piensa que la poesía consiste principalmente en las ideas, y porque no siempre, como aquéllas, no logran los circunloquios poner de bulto el objeto ante los ojos. Si esto choca a algunos acostumbrados a la altisonancia de voces y al pomposo follaje de la poesía para sólo los sentidos, suya será la culpa, puesto que buscan, no lo que cabe en las miras del autor, sino lo que más con su gusto se aviene. Por desgracia esa poesía ficticia, hecha toda de hojarasca brillante, que se fatiga por huir el cuerpo al

sentido recto, y anda siempre como a caza de rodeos y voces campanudas para decir nimiedades, tiene muchos partidarios; y ella sin duda ha dado margen a que vulgarmente se crea que la poesía exagera y miente. La poesía ni miente ni exagera. Sólo los oradores gerundios y los poetas sin alma toman el oropel y el rimbombo de las palabras por elocuencia y poesía. El poeta, es cierto, no copia sino a veces la realidad tal cual aparece comúnmente a nuestra vista; porque ella se muestra llena de imperfecciones y máculas, y aquesto sería obrar contra el principio fundamental del arte que es representar lo Bello; empero él toma lo natural, lo real, como el alfarero la arcilla, como el escultor el mármol, como el pintor los colores; y con los instrumentos de su arte, lo embellece y artiza conforme a la traza de su ingenio; a imagen y semejanza de las arquetipas concepciones de su inteligencia. La naturaleza y el hombre le ofrecen colores primitivos que él mezcla y combina en su paleta; figuras bosquejadas, que él coloca en relieve, retoca y caracteriza; arranques instintivos, altas y generosas ideas, que él convierte en simulacros excelsos de inteligencia y libertad, estampando en ellos la más brillante y elevada forma que pueda concebir el humano pensamiento. Ella es como la materia que transforman sus manos y anima su inspiración. El verdadero poeta idealiza. Idealizar es sustituir a la tosca e imperfecta realidad de la naturaleza, el vivo

trasunto de la acabada y sublime realidad que nuestro espíritu alcanza.

La belleza física y moral, así concebida, tanto en las ideas y afectos del hombre como en sus actos, tanto en Dios como en sus magníficas obras; he aquí la inagotable fuente de la poesía, el principio y meta del Arte, y la alta esfera en que se mueven sus maravillosas creaciones.

Hay otra poesía que no se encumbra tanto como la que primero mencionamos; que más humilde y pedestre viste sencillez prosaica, copia lo vulgar porque no ve lo poético, y cifra todo su gusto en llevar por únicas galas el verso y la rima. Una y otra se paran y embelesan en la contemplación de la corteza; no buscan el fondo de la poesía porque lo desconocen, y jamás, por lo mismo, ni sugieren una idea ni mueven, ni arrebatan. Ambas careciendo de meollo o sustancia, son insípidas como fruto sin sazón. El público dirá si estas Rimas tienen parentesco inmediato con alguna de ellas.

La forma, es decir, la elección del metro, la exposición y estructura de la "Cautiva", son exclusivamente del autor; quien no reconociendo forma alguna normal en cuyo molde deban necesariamente vaciarse las concepciones artísticas, ha debido escoger la que mejor cuadrase a la realización de su pensamiento.

Si el que imita a otro no es poeta, *menos será* el que, antes de darlo a luz, mutila su concepto para poderlo embutir en un patrón dado, pues esta

operación mecánica prueba carencia de facultad generatriz. La forma artística está como asida al pensamiento, nace con él, lo encarna y le da propia y característca expresión. Por no haber alcanzado este principio, los preceptistas han clasificado la poesía, es decir, lo más íntimo que produce la inteligencia, como el mineralogista los cristales, por su figura y apariencia externa; y han inventado porción de nombres que nada significan, como letrillas, églogas, idilios, etc., y aplicádolo a cada uno de los género especiales en que la subdividieron. Para ellos y su secta la poesía se reduce a imitaciones y modelos, y toda la labor del poeta debe ceñirse a componer algo que amoldándose a algún ejemplar conocido sea digno de entrar en sus arbitrarias clasificaciones, so pena de cerrarle si contraviene, todas las puertas y resquicios de su Parnaso. Así fué como, preocupados con su doctrina, la mayor parte de los poetas españoles se empeñaron únicamente en llenar tomos de idilios, églogas, sonetos, canciones y anacreónticas; y malgastaron su ingenio en lindas trivialidades que empalagan, y no dejan rastro alguno en el corazón o el entendimiento.

En cuanto al metro octosílabo en que va escrito este tomo, sólo dirá: que un día se apasionó de él, a pesar del descrédito a que lo habían reducido los copleros, por parecerle uno de los más hermosos y flexibles de nuestro idioma; y quiso hacerle recobrar el lustre de que gozaba en los más floridos tiempos de la poesía castellana, aplicándolo a la

expresión de ideas elevadas y de profundos afectos. Habrá conseguido su objeto si el lector al recorrer sus Rimas no echa de ver que está leyendo octosílabos.

El metro, o mejor, el ritmo, es la música por medio de la cual, la poesía cautiva los sentimientos y obra con más eficacia en el alma. Ora vago y pausado, remeda el reposo o las cavilaciones de la melancolía. Ya sonoro y veloz, la tormenta de los afectos; con una disonancia hiere, con una armonía hechiza; y hace como dice F. Schlegel, fluctuar el ánimo entre el recuerdo y la esperanza pareando o alternando sus rimas. El diestro tañedor modula con él en todos los tonos del sentimiento, y se eleva al sublime concierto del entusiasmo y de la pasión.

No hay, pues, sin ritmo, poesía completa. Instrumento del arte debe en manos del poeta, armonizar con la inspiración, y ajustar sus compases al vario movimiento de los afectos. De aquí nace la necesidad de cambiar a veces de metro, para retener o acelerar la voz, y dar, por decirlo así, al canto, las entonaciones conformes al efecto que se intenta producir.

El "Himno al dolor" y los "Versos al corazón" son de la época de los *Consuelos*, melodías de la misma lira. Aun cuando parezcan desahogos del sentir individual, las ideas que contienen pertenecen a la humanidad; puesto que el corazón del hombre fué formado de la misma sustancia y animado por el mismo soplo.

DEDICATORIA DE ELVIRA (1)

QUERIDO Fonseca: le envío a *Elvira* con todos sus defectos y deformidades, como ha salido de mi imaginación. Había pensado suprimir, el sueño de Lisardo por parecerme muy defectuosa la ejecución y algo en oposición con la severidad de nuestras preocupaciones; y también la dedicatoria, porque en ella hablo mucho de mí; pero he resuelto dejarlos, contando con la indulgencia de los que saben en el estado en que me hallo, y porque no me curo de elogios ni de críticas, escribiendo sólo para desahogar mi pecho y adormecer un tanto mi dolor con la dulce melodía de las Musas. No debe usted extrañar la debilidad de esta obra, porque ha

(1) El poema titulado *Elvira* o *La Novia del Plata,* apareció anónimo en Septiembre de 1832. Entre los papeles del poeta no hemos hallado la "dedicatoria" en que "hablaba mucho de él", según su propio testimonio en las líneas que van a leerse. Las publicamos porque contienen algunos datos biográficos y dan testimonio del estado físico y moral en que se encontraba Echeverría al dar a luz su primer ensayo poético. — (G.).

sido concebida en una época aciaga para mí. El pesar y la dolencia han cortado las alas a mi imaginación, y amortiguado el fuego divino de mi espíritu. Me lisonjeo que en mejores circunstancias, los amores de Lisardo y Elvira, hubieran sido cantados más dignamente. Con el tiempo podría haberlos mejorado; pero yo ya nada debo aguardar del tiempo, más que una muerte prematura e ingloriosa. El prestigio ideal de mi imaginación se ha desvanecido, y como el pintor de la Iglesia de los Jesuitas de Hoffman, arrastro una vida de impotencia y de despecho, cuando el fuego de Prometeo devora mis entrañas.

Excuso hablarle de las novedades introducidas en mi poema, y de que no se hallará modelo ninguno en la poesía castellana, siendo su origen la poesía del siglo, la poesía romántica Inglesa, Francesa y Alemana, porque usted está tan al corriente como yo. Todos mis esfuerzos siempre han tendido a salir de las vías trilladas por nuestros poetas; no sé si lo habré conseguido en este ensayo, o si sólo habré concebido un monstruo.

Su afmo. amigo.

Junio 28 de 1832.

PROYECTO O PROSPECTO DE UNA OBRA PERIODICA

Risa y llanto: he aquí la vida:
Mas a la risa me acojo,
Porque como el Diablo, hendida
Tengo la pata y soy cojo:
Uno, dos, tres
Cojo es.
¿Cómo va el mundo? Al revés.

EL epígrafe que antecede te señala, carísimo lector, el blanco de nuestra péñola y te da humos para que puedas rastrear sin tropiezo nuestra calaña aunque no la forma que revestimos, lo que nada hace al caso, pues las formas, según algunos filósofos, no siendo más que accidentes de la materia, lo que importa es fijar la consideración en la índole, carácter y genio de los individuos para poder con certidumbre aplicarles el proverbio: de tal padre, tal hijo. Nuestra calaña, pues, rompiendo toda duda, es una especie de mezcla de hombre y diablo; pero que tiene más de diablo que de hombre,

cosa a la verdad extraña, pues sabes que en la era actual, andando día y noche con linterna empuñada, es tan raro como en tiempo de Diógenes, topar con un hombre, y quizá, ni aun armado del sistema cranológico de Gall, podría uno después de largos y penosos tocamientos de cráneos, clamar con Arquímides: reperi, reperi: ¡Rara cosa, que siendo la especie tan numerosa y topándose los enjambres de hijos de Adán sobre la haz de la tierra, sea menester hacer en el siglo XIX lo que hacía Diógenes ha dos mil años para poder encontrar un hombre! Un hombre, digo, no un bípedo. Pero la rareza del caso la explica esta palabra del Eclesiastes: Quid est quod fuit? Ipsum quod futurum est. ¿Quid est quod factum est? Ipsum quod faciendum est. Lo que es fué, y lo que fué será. Múdanse las personas, no las escenas. Giran las esferas en su órbita; así la humanidad se mueve en torno de un círculo inflexible. ¿Pero, por qué afligirnos esta verdad, que humilla nuestra presunción? Caminemos por nuestra senda obedeciendo a la mano oculta que nos impele y demos al traste con la perfectibilidad, quimera de monomaníacos. Nosotros también queremos marchar y no mirar como algunos genios adustos y melancólicos, de soslayo o con sobrecejo impaciente, las cosas del mundo, sino riendo, porque ya hemos llorado bastante, y nuestras lágrimas se han agotado, y nuestro corazón se ha empedernido a fuerza de sentir.

Tate, tate, diréisnos, carísimos lectores, prome-

téis risa y habláis de llanto. Esperad, esperad, no seáis tan exigentes; nuestra tarea es larga y hay tiempo para todo; apenas si estamos en el prospecto y todo prospecto debe ser serio en lo que promete y bien sabéis que toda promesa, juramento o cosa que se le parezca debe hacerse con solemnidad y decoro, no sólo para que pueda alucinar sino para que se ceben en él los incautos y desapercibidos que están aún en el be, a, ba de los misterios del corazón humano.

La multitud de gaceteros que alumbran el horizonte político de nuestra patria os prometió grandes cosas, y ¿qué os ha dado? Nada, siempre estáis en tinieblas. Vuestros espíritus andan como los gérmenes de la creación en el caos, corriendo, rodando cual torbellinos que impele el soplo tremendo de las revoluciones.

Nosotros no os engañaremos porque somos semidiablos, y los diablos se preciaron siempre de concienzudos. Además, la ociosidad nos abruma, el tedio nos clava sin cesar su aguijón, y una voz tremenda, turbando nuestro sueño, nos dijo: ¡alerta, alerta! y un resplandor sobrenatural alumbró nuestros ojos que andaban descaminados por la lóbrega senda de las mundanas pasiones. ¡Feliz el que reconoce, aunque tarde, sus errores! Obrar en la órbita de sus facultades, he aquí el destino del hombre; insensato el que lo desconoce. Fecúndanse con el calor de la reflexión las semillas de los actos humanos, el pensamiento brota y da vida a la pala-

bra cuya fuerza omnipotente rompe, desquicia, anonada; crea maravillas o suena como el tronido en los páramos desiertos. (1).

Vamos, pues, a hablar; pero nuestras palabras saldrán, si pueden, como la encendida lava de los volcanes, cuyas cenizas fecundizarán la tierra que asolaron.

Ellas serán destructoras, no creatrices. Doquiera halle corrupción aplicará cauterio roedor; do quier vicio, estigmato oprobioso; doquier hipocresía, mentira, fanatismo, barbarie, adulación, injusticia, lanzará anatemas. Vamos a reír; pero será inocente nuestra risa porque nuestros cabellos blanquean ya aunque no de vejez; risa parecida a la del que sufriendo tortura, muestra en el semblante las convulsiones de la ira, del dolor y del despecho.

Vamos a hablar; pero no para dogmatizar, para propagar teorías exóticas de política o para sostener con el lenguaje de las pasiones, polémica ninguna de principios que considero que no sólo son al presente intempestivas y estériles sino también peligrosas, porque proclamar principios y mañana violarlos por contemporizar con la sinrazón, la fuerza o las viles pasiones de un miserable, es sacar a la vergüenza, escarnecer las más santas doctrinas, la religión del género humano pensador, los triunfos gloriosos de la razón y de la civilización; es

(1) Entendemos con Schlegel por palabra, la manifestación del pensamiento, sea de viva voz o por medio de la escritura.

en fin desmoralizar más y más un pueblo cuya depravación mira ya con irónica sonrisa las acciones más nobles y señala con el dedo del asombro la virtud que no vacila en su fe cercada de bayonetas, ni se deja aterrar por el feroz rugido de los demagogos. . . . . .

. . . . . .

APENDICE

(*FRAGMENTO DE UN ESTUDIO*) (1)

. . . AMIGO *mío, el señor Echeverría es un poeta, un poeta, Buenos Aires no ve eso hace mucho tiempo; ¡quién sabe si lo ha visto antes!... Debo al autor de* Los Consuelos, *uno de los mejores días que tengo hace cinco años.*

(DR. D. FLORENCIO VARELA — Carta particular, 1834).

NO *tengo la satisfacción de conocer a Echeverría; pero le amo sin conocerle desde que leí sus* Consuelos.

(D. JUAN CRUZ VARELA — Correspondencia privada, 1828.)

---

(1) *Estos renglones fueron escritos en Chile poco después del fallecimiento de Echeverría; puesto en orden su Santa Fe en 1858, y publicados por la primera vez en el tomo* XVII *de la "Revista de Buenos Aires", correspondiente al año* 1868. — (G.)

DON *Esteban Echeverría era capaz de hacer algo mejor que bellos versos; era un poeta en acción; jamás prostituyó ni su honor ni su musa.*

(*D.* FELIX FRIAS — En la Legislatura de Buenos Aires del año 1858).

. . . SEPAN *nuestros hijos al menos, que sin ser unitarios ni federales, ni haber tenido vida política en nuestro país, hemos sufrido una proscripción política, y hecho en ella cuanto nos ha sido posible por merecer de la patria.*

(Dogma socialista de la Asociación de Mayo).

...DESGRACIAS *hay en este mundo para las cuales, más o menos temprano, baja la recompensa desde las regiones morales en donde se respiran las auras de la buena fama. Pero, por muy perfectos que sean los individuos que se creen autorizados para dolerse de la adversidad, no llegan en vida a gozar del bien de la esperanza porque desconfían de la hora de la reparación que consideran remota o imposible. Heridos de un aguijón tanto más punzante cuanto más oculto lo llevan en el alma, tiñen sus huellas con un color sombrío y dan a sus palabras el tono de la lamentación revestida con el carácter peculiar de sus inclinaciones. Los unos maldicen impíos de Dios y de la naturaleza y se transforman en todos los tipos de la desgracia para tener ocasión de inspirar la blasfemia al labio de los*

héroes de su fantasía; los otros lloran en elegías. simpáticas a los corazones mansos y enfermizos. En los unos predomina la índole altanera del águila; en los otros la naturaleza resignada de los cisnes de otras edades cuyo último aliento se exhalaba en himnos. La vanidad, la ambición, el orgullo ahondan las heridas por donde derraman el dolor los primeros; las justas aspiraciones burladas, la pasión sin fortuna, la ingratitud inmerecida, son los manantiales perennes de la pena de los segundos.

Cuando estos seres que abundan por lo común en la familia de los poetas y de los artistas, se han levantado lo bastante para hacerse visible y adquirir privilegio de interesar el egoísmo de la sociedad con sus dolores individuales, entonces por medio del reclamo de ese mismo interés nos lleva la curiosidad a sondear las entrañas que tan noblemente padecen, y a buscar la causa de la herida que produce el sufrimiento.

La sociedad moderna tiene la virtud de no imponer un estéril divorcio entre la tela y la mano que la pintó entre el pensador y el libro, entre el poeta y sus cantares. Habituada a las memorias, confesiones, confidencias y autobiografías, a los retratos que el daguerreotipo y el arte del litógrafo vulgarizan, es propensa a buscar por entre las páginas que lee, arrancándole risa o llanto, la fisonomía del mágico que así dispone de los resortes de la sensibilidad. La crítica misma obedece a esta inclinación social, y bien se guardaría de engolfarse en el

examen serio de una obra intelectual, sin tomar como brújula los tiempos, el origen, los antecedentes que constituyen y determinan la personalidad del autor.

Pero no siempre se llega por ese sendero a la verdad. ¡Cuántas veces no se equivocan tanto el público como los más agudos anatomistas del carácter humano! De todos los actores que militan bajo la bandera de la fantasía en el teatro del mundo y en el drama de la vida, pocos hay que más disfrazados aparezcan que aquéllos a quienes la musa de las ficciones inspira. Es necesario haber entrado con frecuencia al laberinto del alma, haber tenido el arrojo de descender al fondo de sus misterios, para poder descubrir la verdadera fisonomía que llora, por ejemplo, bajo el antifaz que sonríe, y que finge serenidad mientras la turbación le descompone todas las facciones. Las rosas son a veces la cobija de las adelfas. El estudio atento y cuotidiano de las ridiculeces y vicios humanos entristece, enferma de melancolía al médico mismo que se vale de la reprensión festiva para curarlos. La historia de las letras, la antigua como la moderna, nos suministran abundantes ejemplos de esas aparentes contradicciones, porque en el carácter como en el estilo la antítesis tiene su lugar y su razón de existir. No hablamos aquí, por cierto, de esos ingenios plagiarios que toman el color del último libro que han hojeado, como el camaleón le toma de los diferentes objetos sobre que se arrastra. Hablamos de

aquellos verdaderamente originales, espontáneos, que a semejanza del armiño conservan firmes la pureza de su natural vestidura, sea cual fuese el campo enjuto o cenagoso por donde les lleva el impulso de la inspiración...

La generalidad del pueblo español no siendo capaz de medir con una sola mirada toda la altura de uno de sus más robustos ingenios, confúndele con los truhanes y con los bufones, y se imagina que la vida grave, meditativa y atormentada del traductor de Epicteto y comentador de los anales de Tácito, pasó toda entera entre las flores groseras cuyo fuerte olor trasciende en alguna de sus producciones livianas, solaces de la musa y desahogos de profundas desazones. El poeta francés más dotado de vis cómica, *el que después de siglos mantiene aún el privilegio de excitar la bulliciosa alegría de los espectadores de sus dramas, tuvo durante toda su existencia devorada el alma por una negra y honda melancolía. Con frecuencia, la mansedumbre externa e inofensiva del escritor, no es una espontaneidad de su naturaleza, sino fruto de la reflexión y de la fuerza de una voluntad bien disciplinada. El divino Racine, por valernos de una observación ajena, como tantos otros escritores tiernos, apacibles y afectuosos, tuvo siempre preparado y a la mano algún acerado epigrama, a imitación de la abeja que esgrime el aguijón al tiempo que destila miel...*

. . . . . .

La interesante figura que tenemos delante no trae sobre su franca fisonomía ningún velo hipócrita. Preséntase, ella tal cual es, sin intención siquiera de disfrazar con poéticos afeites el tinte sombrío que la melancolía difunde sobre su entristecido semblante. Si el retrato que nos proponemos hacer no resultase exacto, si no lográsemos copiar con verdad la ingenua naturaleza que se nos presenta al desnudo, culpa sería del artista y no del original. La distancia que separa a uno del otro ya no sólo se mide por el ancho y la elevación de las cordilleras, por la amplitud de los océanos. El mar de la eternidad se ha puesto de por medio, y aquella noble imagen no puede contemplarse por sus amigos sino por entre la neblina de los recuerdos y al través del sudario.

Pero no todo perece con la muerte en esos seres que dejan en pos suyo la posteridad de la inteligencia y la herencia de sus pensamientos útiles o bellos. En el silencio de sus tumbas no se engendra el olvido, ni se ahogan los ecos de sus nombres. El de don Esteban Echeverría resonará entre nosotros mientras haya en el suelo argentino respeto por la virtud y amor por las obras del ingenio y del talento.

Talento laboriosamente cultivado, ingenio agudo secundado por una imaginación poderosa, he ahí las dotes intelectuales que gobernadas por el sentimiento de la verdad, constituían la persona inteligente y pensante de don Esteban Echeverría.

Los sentimientos y los afectos se habían abierto en él desde temprano bajo la influencia de un generoso y ardiente astro de amor que desde el corazón regía todo el sistema de sus inclinaciones. Su vida era completamente interior. Sus pensamientos nacían, tomaban cuerpo y forma definitiva, en el casto aislamiento de su alma, y si se estampaban en el papel era a la luz de su conciencia, así como las obras de la naturaleza se fijan en el invento de Daguerre por la acción de los rayos del cielo.

En la última hora de las tardes, el espíritu de Echeverría se replegaba en sí mismo como se cierran esas flores que anuncian la proximidad de la noche en el reloj de Flora. En la soledad del campo o en el bullicio de las grandes ciudades, él abandonaba en esos momentos la compañía de sus amigos y todo comercio social, para abstraerse en un detenido soliloquio y entrar en el examen de los fenómenos morales de su ser que la actividad del día no le habían permitido traer a juicio. En este ascetismo de la religión de la conciencia, llegaba a tocar, en la vacilación de sus dudas, con la ansiada verdad, que era para él la tierra-madre en donde cobraba nuevas fuerzas para los combates del espíritu. Era entonces también que enriquecía su paleta con los colores atesorados, al principio sin orden ni discernimiento, y puestos después a prueba en el crisol de la reflexión y del arte, del arte creado por él más bien que aprendido de sus maestros.

Este sabio régimen es el que ha formado en to-

das las edades las inteligencias robustas y sanas; el que ha dado continuidad armoniosa a las existencias dignas de respeto y de recuerdo, preservándolas de las ridículas contradicciones en que incurren los hombres que piensan y escriben en las plazas y caminos públicos y tienen pavor de detener su actividad de ardilla y de hacer silencio para no escuchar, en una meditación sosegada, las revelaciones de una conciencia sin leyes.

Debe Echeverría a ese régimen, las altas prendas que le distinguen, ya se estudie al hombre, ya se analice al escritor. Ya cante una estrella o una flor, o exprese un sentimiento, en aquellos versos que sólo él supo hacer, — mezcla de armonía y de aire, de perfumes, de esta vida y de fragancias de otro mundo — se ve que brilla ante el inspirado como una ráfaga de luz que no le permite extraviarse, ya ande tímido o audaz, en su vuelo por los espacios ideales en donde se engolfan los poetas. Esa ráfaga luminosa brota de la estrella del arte que los antiguos colocaban en la frente creadora de las musas.

Cada página de los libros poéticos de Echeverría da testimonio del esmero con que subordinaba su inspiración a las condiciones externas de lo bello encontradas por él en las vigilias del estudio... Para presentar un ejemplo que esté al alcance de todos y que por lo tanto no puede ponerse en duda, abramos el tomo de las Rimas *y examinemos rápidamente el primer canto de la "Cautiva". Es im-*

posible leerle sin prorrumpir con admiración: ¡Qué maestría! Ese canto es una verdadera tela de gran maestro, un cuadro cuyo grandor y magnificencia van a la par con el objeto que lo inspira. Es la del Desierto, *una pintura que no obra únicamente sobre los sentidos sino que habla al alma, la esclaviza y la comunica las profundas impresiones que la inmensidad, la monotonía de la vasta planicie, los peligros de la soledad, el silencio solemne, deben causar forzosamente en el ánimo de quien en realidad se coloca en medio de las escenas de que es teatro frecuente aquel mar de verdura que se extiende en el vacío corazón de nuestro territorio. Y esos efectos se producen con una discreta economía de líneas y de colores. No hay allí ni detalles, ni minuciosidades, ni accidentes aislados que distraigan la atención con mengua del todo y de la unidad de la obra. Tampoco hace consistir el autor el colorido local en que abunda, en la árida y prolija nomenclatura de los seres peculiares a aquella naturaleza primitiva; los que de entre estos se presentan en el cuadro, aparecen por sí mismos, se mueven como actores, forman parte integrante del cuadro, completándole como sus accidentes necesarios.*

Si brama el Tigre es para que se alcance a comprender cuán mortales pueden ser las voces del desierto; y si el yajá hiende las nubes, es para que con la altura de su vuelo se compare la inmensidad del llano, rival, en la tierra, de los espacios del aire.

El Desierto *inconmensurable, se extiende a los*

pies de los Andes, triste, solitario, taciturno, semejante al mar en sus escasos momentos de calma. En vano se afana la vista por encontrarle límites; fatígase la mirada en este propósito como se fatigaría un ave buscando en donde fijar su vuelo imprudente en la superficie del océano. Sembrada está de arcanos y de maravillas aquella inmensidad en donde todo habla de Dios, en donde la filosofía enmudece para dejar que hablen elocuentes al alma, la humilde yerba, las auras mansas impregnadas de aromas, y las ráfagas armoniosas del viento.

La última luz de la tarde ilumina esta grandiosa escena aumentando su melancólica solemnidad. El "manto claroscuro" del crepúsculo envuelve en un mismo tono armonioso todos los objetos, y obra en la vista, como el silencio en el oído, una impresión verdaderamente siniestra. Algún espectáculo horrible muy pronto debe aparecerse en aquella escena présaga; el ánimo está lleno de presentimientos fatales y como a espera de la narración de una catástrofe. Efectivamente, a manera de una tempestad ruidosa y repentina se levantan del seno remoto de los pajonales los alaridos del salvaje y el estruendo de las pisadas de los potros en que cabalga. El aire se puebla con cantos de venganza y de muerte. Las picas de los jinetes desnudos y desmelenados relucen sangrientas en el fondo del horizonte escasamente claro; y muy luego el ruido se amortigua y cae en un pavoroso silencio, al mismo tiempo que la última partícula de luz crepuscular

se desvanece en tinieblas bajo el velo nebuloso de la noche

Las diez y ocho estrofas de este canto son otras tantas perlas, y de las de más bello oriente, entre las muchas que adornan la cabeza de la musa argentina. El metro, la versificación, los epítetos, las palabras todas empleadas por el poeta, son sencillas y casi familiares. Esas estrofas maestras no necesitan ni de oropel ni de ruido. Puede decirse de ellas, parodiando a Virgilio, que bástales mostrarse para convencer de que son divinas y reinas en los dominios poéticos de nuestro Parnaso .

El canto del Desierto *pertenece a esas creaciones que vivirán eternamente y serán por siempre hermosas como lo son la naturaleza y la verdad. La poesía de la* pampa *está toda entera elaborada y comprendida en esos pocos versos, así como la poesía de una noche estrellada y* serena *se encierra con todas sus armonías en la oda de León a don Loarte*. . . . . .

. . . . . .

Don Esteban Echeverría llegó a tiempo oportuno para tomar lugar en la literatura del Río de la Plata, a su regreso de Europa a mediados del año 1830. *Habituada Buenos Aires desde los primeros días de la revolución a escuchar la voz de sus vates en las solemnidades y acontecimientos patrios, debía notar un grave vacío en el silencio impuesto a las liras por el régimen de un gobierno que ya entonces mostraba hasta dónde había de llegar en*

los extravíos de sus tendencias despóticas. Rodríguez, Luca, Lafinur, desde muchos años atrás no existían. Los últimos cantos de estos cisnes se habían escuchado entre el rumor de la toma de Lima y el incienso fúnebre de las exequias de Belgrano. López se encontraba en aquella edad de la vida en que poco se escribe porque se relée mucho lo aprendido. El Canto a la victoria de Ituzaingo *podía considerarse como el último eco de la lira porteña, porque el* Día de Mayo, *pequeño volumen de cinco preciosas composiciones de don Florencio Varela, aunque dado a luz en* 1830, *no tuvo circulación en Buenos Aires por aprensiones contra el autor, prescripto en la otra orilla del río.*

Los partidarios mismos de la política que triunfó en la guerra civil de 1829, *se ruborizaron de la decadencia a que había llegado un ramo de las bellas letras antes tan cultivado y querido. Fué hasta cierto punto un hallazgo para algunos de aquéllos, la primera composición que apareció del joven Echeverría a fines de* 1830, *saludando la patria y complaciéndose en pronunciar de nuevo este nombre sacrosanto. Era realmente una buena fortuna la presencia inesperada de un rival de la musa incansable de los Varela, quienes en versos dignos de memoria, habían celebrado las instituciones, las reformas, las ideas de civilización y el decoro individual y social resucitadas y sostenidas por las administraciones que desde* 1821 *hasta la paz con el imperio del Brasil, habían regido al país.*

No cayó, sin embargo Echeverría, en esta red que le tendió el espíritu de partido. Eran ya entonces sus ideas en política las mismas que veremos más adelante; su doctrina social estaba ya formada y a ella subordinaba su conducta. A pesar de que la materia era tentadora para una imaginación que había ideado el poema de La cautiva *y a pesar de la instancia con que se le apremió, no quiso prestarse a cantar la Expedición al desierto hecha con tanto aparato por don Juan Manuel Rosas en* 1833. *No quiso ni indirectamente tomar parte en aquella parada militar, alarde hipócrita de un aspirante al poder absoluto, ni emplear su inspiración y su talento en alabar a un hombre visiblemente condenado en lo futuro a la execración del país.*

La atmósfera pesada de aquella época agobió el espíritu de Echeverría; los sueños se desvanecieron, las esperanzas fueron burladas. El campo en que se había propuesto combatir y vencer le estaba vedado. La prensa era meramente oficial.

Las garantías protectoras de la emisión libre del pensamiento sólo existían para aquéllos que ajustaban sus ideas al patrón de los intereses gubernativos. Su larga preparación en las ciencias políticas le era completamente infructuosa, y ya que no podía entregarse a la actividad del hombre de Estado ni a la carrera de publicista, se encerró dentro de sí mismo y dejó que brotase de su alma el raudal de dolorosa armonía que corre por las páginas de sus poemas y de sus obras líricas. A muchos sor-

prenderá saber que Echeverría escribió versos porque toda otra actividad mental le fué imposible por mucho tiempo. Esta es, sin embargo, una verdad que se descubre rastreando a fondo los accidentes de su vida, que se revela en sus escritos en prosa, y que a más tiene por testimonio la declaración de él mismo. "Sólo la deplorable situación de nuestro país, escribía a un amigo un año antes de morir, ha podido compelerme a malgastar en rimas estériles la substancia del cráneo." Envidiable esterilidad que le ha granjeado tanta fama y tanta honra.

Como hemos dicho poco antes, llegó Echeverría a Buenos Aires en época adecuada para llamar exclusivamente sobre sí la atención de los amigos de la poesía. Aquéllos que pudieron haber sido sus colegas o sus rivales, habían abandonado la escena patria forzados por su seguridad personal a buscar la hospitalidad extranjera. La generación que se educaba no había aún madurado por el estudio, y era a más tan tímida como correspondía a una situación social en la que no encontraban expansión ni eco los sentimientos generosos ni las ideas independientes que dan alimento a los trabajos del espíritu.

Esta situación era verdaderamente propicia para la doctrina y la escuela de que Echeverría era representante y a cuyo apostolado aspiraba. Habíale cabido vivir en Francia, durante los días en que preparándose aquella nación a reanudar el hilo de los principios revolucionarios, cortados por el imperio

y la Restauración, removía las creencias y la filosofía, daba carácter práctico y más social a las ciencias físicas-matemáticas, entraba en el campo abandonado de la erudición, escudriñaba los oscuros arcanos de la edad media y daba por base del arte y de la literatura otros preceptos que los enseñados hasta entonces. La lucha de los modernos contra los antiguos había reaparecido bajo jefes más audaces que Huet y que Perrault en el siglo de Luis el grande. Los románticos llevaban lo mejor de la pelea acaudillados por el genio exhuberante e innovador de Víctor Hugo, quien militaba con la doctrina en los prefacios de sus libros, y con el ejemplo también, produciendo obras verdaderamente seductoras por la extrañeza del fondo, por lo caudaloso de la inspiración y por la novedad de la forma, del estilo y hasta del lenguaje.

Los jóvenes de mejor ingenio y de razón más sólida, cedieron a aquel torrente, a aquel despotismo de la victoria alcanzada por la moda e impuesta por la opinión, y sin poderlo evitar cayeron en las extravagancias del maestro, reservándose para más tarde el derecho de colocarse en el término medio entre los extremos absolutos. Algo de pueril y de contradictorio en los términos había en realidad en aquella famosa querella literaria, en la que, como en toda cuestión, sólo una parte de la verdad estaba a favor de cada uno de los contendores. Pretendían sacudir unas reglas para someterse a otras reglas; emanciparse de griegos y romanos para unirse

al yugo de la Inglaterra y de la España románticas. Creyéndose poseedores del secreto para comprender mejor que nadie la naturaleza, iban a buscar exclusivamente el color y la luz de sus cuadros a las ardientes latitudes del Mediodía; y proclamándose únicos en la ciencia del corazón y de las pasiones, suscitaban a un Ruiz Díaz por rival del Cid de Corneille, y a una Lucrecia de la familia de los Borgia para derribar de su pedestal de mármol a la Fedra del segundo Eurípides.

Hemos hecho notar de pasada el estado de transición política en que se encontraba la Francia cuando fué campo de aquella justa entre el espíritu conservador y el espíritu neoliterario. El anhelo por mayor amplitud de libertad se extendía a todos los elementos sociales, y la aversión a las trabas se manifestaba desde la región de los derechos políticos a la de la mera literatura. La censura rígida establecida por la disciplina aconsejada a los Pisones, vestida a la francesa por Despréaux, era tan insoportable al poeta como la censura de la idea política lo era al publicista. En odio a toda tiranía encerraron los preceptos con cien llaves a imitación del autor del "Arte nuevo de hacer comedias" y confundiendo en una misma paleta todos los tintes, levantando el calor natural hasta la temperatura de la fiebre, tomando, por lejos y fondos ruinas de castillos feudales, y cubriendo todo el lienzo con una nube opaca de bariosa melancolía, llegaron a imaginarse que se levantaban al nivel de Dante y

de Shakespeare, sin considerar que si estos genios son inmortales es justamente por grandes y especiales y que es locura el colocarse en sus huellas aún a inmensa distancia.

Hablamos así de la literatura francesa romántica en su totalidad y en la masa, y nos referimos más a los malos discípulos y a los secuaces sin ingenio que a los verdaderos maestros y jefes de esa ruidosa escuela. El oro puro brillará por siempre entre la mala liga de las creaciones de estos últimos; pero tarde o temprano caerán en el más profundo olvido esos raudales de palabras huecas, esos relumbrones sin verdadera luz, esa ignorancia del idioma y de cuanto debe saber el poeta, que se nota en los versos de los innumerables improvisadores producidos por aquella enfermedad literaria con que nos contagió la Francia a cuantos estamos propensos a seguirla de cerca en sus extravíos y en sus aciertos.

Echeverría tenía una alta idea de la influencia social y del poder civilizador de la poesía. Su reacción contra el clasicismo no era para él tanto una cuestión de estética o de gusto literario, cuanto una cuestión de progreso. El sabía que todas las ideas se tocan, que todos los principios sobre que se basa un orden social, tienen semejanza de familia y armonías más o menos íntimas. Y como las pragmáticas del parnaso clásico se enseñaban y se seguían como credo de la vieja ortodoxia colonial, creía deber de hombre nuevo, de demócrata y de patriota, establecer un completo y apasionado divor-

cio entre la doctrina que por tantos años había dominado en los pueblos de origen romano, y la moderna, por llamarla así, que se presentaba trayendo audaz el combate y vestida con armaduras que deslumbraban. Pero en la sangre que hervía de juventud y bajo el pintoresco arreo de la edad caballeresca traía el audaz adalid algo que en realidad era una gran promesa, un excelente ejemplo y una conquista más para la libertad que se compone de muchos elementos.

Traía a la arena, en primer lugar, la lucha, que en la región de las ideas siempre es fructuosa; en segundo lugar, levantaba una protesta contra el principio autoritativo, *contra esa sumisión perezosa a que se humillan de buena voluntad los espíritus teocráticos y autocráticos, porque para ellos la verdad está únicamente en la palabra del maestro, en la idea que persiste porfiada a pesar del impulso de los tiempos, en el prestigio, en fin, de lo antiguo, y* venerando, *por lo tanto, para esos factores del letargo y del retroceso de las sociedades.*

En una palabra, la doctrina romántica apasionaba a nuestro poeta, como la moderna doctrina económica apasionaba, en la víspera de la revolución, a nuestros prohombres de aquellos tiempos. Era un ariete para demoler el edificio vetusto, la Bastilla colonial dentro de la cual se asfixiaba la juventud. Tratar de independencia, de libre examen, de libertades, de respeto por la personalidad y el individuo, en cualquier terreno, es dar pasos hacia adelante; y

como sólo en una materia teórica y al aparecer apartada de lo política, podía tener lugar entonces en Buenos Aires la expresión del pensamiento y la difusión de la luz, aprovechó Echeverría esa ocasión para arar un poco el campo en que sembró más tarde las ideas de la "Asociación de Mayo".

Echeverría pagó tributo a su época. Incurrió en algunos errores y afeó con lunares, entonces a la moda, la faz siempre bella y noble de sus inspiraciones poéticas. Apartándose, con razón, de las imágenes paganas cayó en la mitología falsa y poco risueña de la edad media, exótica en sí misma, y mucho más extravagante transplantada a este nuevo mundo que carece de tradiciones seculares. El genio de las tinieblas, Lucifer, ataviado con cetro y tiara, presidiendo fiestas sabáticas, los espíritus foletos, las almas errantes constituyen parte del mundo invisible, la región de los pavores místicos, en el sistema del autor de Elvira, *a usanza de los poetas artistas de la escuela de Goethe y de V. Hugo.*

Hay siempre que considerar dos cosas en los productos del arte; la manera externa de manifestación que puede llamarse la forma y el estilo, y la creación en sí misma compuesta de la idea, del sentimiento, de la pasión. La una pertenece al gusto, *la otra exclusivamente a las dotes intelectuales y afectivas del ser racional. La primera anda siempre movida por la corriente de los tiempos y se amolda al estado social que es transitorio. La segunda es constante, y para que sea eternamente verdadera y bella*

es menester que sea también expresión del corazón y de la naturaleza racional del hombre que no mudan esencialmente sino que cuando más se modifican. Si en una obra de arte no existe más que la manera, *que es como el atavío del gusto del día o de la escuela en boga, esa obra caducará como la moda de que fué cortesana. Pero no cabrá esa suerte a las producciones del artista que al crear y sentir, recibe la inspiración del alma y oye el idioma de la verdad al interrogar a la naturaleza para que le revele su belleza eterna .*

JUAN MARIA GUTIERREZ.

INDICE

	Página
Grandes escritores Argentinos	5
Páginas Literarias	I
Esteban Echeverría en los salones porteños de la primera época de Rosas, por Arturo Capdevila. (Prólogo).	9
Peregrinaje de Gualpo	39
Cartas a un amigo	58
Mefistófeles	109
Apología del matambre	128
La leyenda de Don Juan	136
Fondo y forma en las obras de imaginación	139
Esencia de la poesía	150
Clasicismo y Romanticismo	159
Reflexiones sobre el Arte	172
Estilo, lenguaje, ritmo, método expositivo	180
Sobre el Arte de la Poesía	186
Proyecto y prospecto de una colección de Canciones Nacionales	195
Literatura masborquera	203
Advertencia a la Cautiva	208
Dedicatoria de Elvira	214
Proyecto o prospecto de una obra periódica	216
Apéndice — *Fragmento de un estudio, por Juan María Gutiérrez*	221

IMPRENTA MERCATALI
AVENIDA ACOYTE 271
— BUENOS AIRES —

las por un fervor cívico casi religioso. En sus páginas se refleja la auténtica tradición nacional. Consiste ésta en un magnífico ensueño de libertad y democracia. Sobrevive a despecho de las peores vicisitudes, de las tormentas y de las borrascas históricas, del caos, de la tiranía, para alumbrar, como un sol, la constitución de la nueva nacionalidad. Conviene que el pueblo se bañe con la lumbre de ese sol. Es acicate para grandes empresas constructivas. Los ideales democráticos que nuestros mejores escritores sostuvieron hasta el sacrificio, deben perdurar y ampliarse, extendiéndolos a todas las esferas, tanto a la política, como a la cultural, a la social y a la económica. Hay en nuestro pasado intenso y dramático la levadura con que se elaboran las grandes cosas, generosas simientes de libertad y de progreso, arrebatados afanes por convertir a América en el hogar cálido, cordial, de una nueva humanidad que supere las contradicciones y las fealdades en que se debate el viejo continente. Difundirlos es suministrar desinteresadamente al pueblo un sano deleite intelectual y estético; nutre al cerebro y edifica al corazón.

Tal es el espíritu que preside la nueva empresa cultural que acometemos y cuyo sello distintivo consistirá en ofrecer, en un todo orgánico, las producciones de nuestros mejores escritores. Cien volúmenes cuando menos, contendrán todo lo que merece conocerse de la literatura nacional. Los iremos dando con toda regularidad, a cortos intervalos. Esperamos llenar cumplidamente el vasto programa trazado. El concurso editorial del "Ateneo", huelga decirlo, constituye, en tal sentido, la más eficaz garantía.

LA DIRECCIÓN.

PAGINAS LITERARIAS

UNA ESTETICA ROMANTICA

por

ESTEBAN ECHEVERRIA

El presente volumen de nuestra colección contiene un conjunto de trabajos literarios escritos en prosa por Esteban Echeverría y algunos artículos en los cuales el ilustre poeta expone su estética romántica.

El mayor encanto de la mayoría de estas páginas tal vez consista en que Echeverría nos conduce a la intimidad de su noble espíritu. Apenas velado a veces por la ficción literaria el tema es su propia persona. Y por fragmentario que sea, todo trabajo que vuelque la experiencia de un gran hombre encierra inapreciable valor. Amigo de sumergirse en sí y de meditar hondamente en la soledad, la vida interior, rica y pujante, de Echeverría palpita en sus escritos, los cuales señalaron, entre un raudal

de ideas y emociones que suscitan, rumbo a la política, a la sociología y al arte de su patria. Tenemos para nosotros que Echeverría careció de tiempo, en su corta existencia, — con ser su labor de tan altos quilates, — de dar la medida de su real capacidad. Es uno de aquellos casos en los cuales el autor vale más todavía que su obra. Y por eso resulta tan atrayente cuanto escribe de sí.

Mentalidad bien nutrida, amiga de elevarse a la zona de las ideas generales, algunos trabajos de los insertos — el Mefistófeles, *por ejemplo, — señalan en Echeverría plausible interés por las ideas filosóficas. Sus concepciones de estética literaria figuran en los capítulos que componen la segunda parte de este volumen. Su eminente editor advierte que se trata, más que de una exposición metódica, de una serie de apuntes, a pesar de lo cual traducen con claridad y elegancia las teorías de Echeverría. En estos dominios el cantor del Desierto fué también, como en otras direcciones del pensamiento y del arte argentinos, el Precursor. El mérito de Echeverría radica en la forma en que expone e ilustra sus ideas. Si se las despoja de toda tendencia de escuela, buena parte de sus reflexiones y de sus juicios conservan el valor originario. En esta época en que ciertos cultivadores del arte se entregan a un como delirio individualista conviene recordar que un pensador de la primera mitad del siglo pasado, en pleno furor individualista, se adelantó a sus contemporáneos preconizando un arte*

social y la necesidad de impregnar la poesía en las ideas que dan fisonomía y color a una época. La finura de observación, la agudeza de juicio y el seguro sentido crítico de Echeverría resplandecen en este bello trabajo.

Y no decimos más. Capdevila en el prólogo y Juan María Gutiérrez en el apéndice evocan acabadamente al preclaro poeta, al hombre cautivador, al patriota clarividente.

Los materiales de este tomo están tomados de las Obras Completas *de Echeverría, compiladas por Juan María Gutiérrez, que vieron la luz en 1874. A Gutiérrez pertenecen todas las notas que en él figuran.*

ALBERTO PALCOS.

PROLOGO

ESTEBAN ECHEVERRIA

EN LOS SALONES PORTEÑOS DE LA PRIMERA EPOCA DE ROSAS

I

Brilla sin fuerza el sol de julio en Buenos Aires. Es exactamente el 8 de julio de 1830. Se acaban de desayunar los señores — el señor y la señora — y Luisa, alegría y bendición de la casa, se está prendiendo el último alfiler. Es probable que esta niña "de quince primaveras", de quien debemos hablar, se asemeje algo a Florencia Dupasquier, la romancesca novia de Daniel Bello. No lo sabemos bien. Es en todo caso una porteña elegante y vivaracha. Cuatro o cinco renglones de Echeverría, en el fárrago de inconexos apuntes íntimos, es cuanto, con respecto a Luisa, hubimos de hallar. Guiados, pues, por la intuición mucho más que por algún concreto dato, debemos hablar de ella,

no como quien sabe algo sino como quien adivina. Y lo haremos, porque fuera de esta Luisa casi irreal nadie hay que sepa cosa alguna del corazón de Echeverría, cifra de toda una época. Inútilmente se leerá en sus biógrafos: allí no hay nada; inútilmente sus versos: allí tampoco. Nosotros, gracias a los cuatro o cinco renglones confidenciales que dijimos, hasta hoy no debidamente valorados, sabremos algo de la amorosa intimidad del vate romántico. Es uno de los objetivos de este trabajo.

Es la hora de leer "La Gaceta", en rueda familiar, al rededor del brasero; "La Gaceta Mercantil", que dedica ese día su número a los patrióticos regocijos de las fiestas julias. Con las buenas nuevas de Córdoba, el aire de la ciudad está propenso a los entusiasmos del civismo: hasta vuelve a creerse en el retorno a los tiempos de Rivadavia. Mas, prescindiendo de luchas banderizas, bien que se recuerdan ahora las rudas jornadas de ayer. Aun viven muchos de sus héroes. Cada férreo señor tiene algo que contar de los años de la revolución o de la guerra. Y de veras: mejor es recordar que hacerse cálculos optimistas, contemplando el escenario circundante, entre un rojo fastasma: Rosas y un espectro bañado en sangre: Dorrego. La tempestad amaga dentro y fuera. Imposible que no se mezcle la desolación a la ufanía de las evocaciones. cuando se dice: Mañana, 9 de julio...

Cierto. Mañana 9 de julio de 1830. Hay que celebrar este gran día. "La Gaceta" cubre una plana con la transcripción del Acta de 1816. ¡Qué nadie recuerde otros nombres que los muy sagrados de las batallas y de las asambleas de la libertad!

En la rueda familiar, mientras se toma el mate, Luisa lee "La Gaceta". De pronto exclama con júbilo:

—¿Saben que hay versos? Empiezan así:

¡Oh patria, patria, nombre sacrosanto!

El señor pregunta de quién son. Luisa responde que no traen firma y que los precede esta nota explicativa: "La siguiente composición métrica, cuyo mérito literario nos ha decidido a publicarla, es obra de uno de los jóvenes recientemente llegados de Europa." Los tres repiten: ¿De uno de los jóvenes, recientemente llegados de Europa? Y de su interrogación se exhala, así como de las líneas del diario, ese inconfundible vaho de las aldeas. Pues no. Esta vez no caen. Luisa relee la noticia: "Es la obra de uno de los jóvenes recientemente llegados de Europa."

La madre arguye que debe haber error. Los jóvenes argentinos recientemente llegados de Europa — ¡quién no lo sabe! — son los cirujanos Fonseca y Portela, que no hacen versos. El uno atiende a su clientela en la calle Suipacha; el otro, en la calle de las Piedras. Sólo que haya llegado otro joven más... aunque sería tan raro...

Y el vaho aldeano, hecho de inefables simplezas, los envuelve de nuevo a los tres.

Ello es que al cabo lee Luisa los versos y aún se detiene en a llamada que reza como sigue: "Esta composición fué escrita a la vista de las costas del Río de la Plata." Luisa ha releído finalmente el epígrafe que la inspiró; una exclamación de lord Byron, que dice así: "Aun existe más allá del Atlántico una tierra libre y orgullosa." Luisa se ha quedado soñando un instante: En la borda de un bergantín, un hombre hace versos. Se lo figura hermoso, varonil, arrogante. Ha sucedido esto mismo doquiera se leyó "La Gaceta." El epígrafe de Byron y la mención del arribo del buque — las acotaciones, en suma — han determinado el triunfo de las estrofas. Y hallando la gente muy pulcras, muy finas y muy poéticas estas circunstancias, piensa bien de los versos con traslaticia ilusión.

En esto llaman a la puerta. Resuena el golpe, en el aire sin un solo ruido.

Luego se oye que tocan las manos en el zaguán. Ladra a los fondos el perro, dando la enhorabuena a la visita... Sí. Es doña Ana; miseá *Ana, la matrona, muy de rebozo con ancho ribete de seda, y peinetón, que volviendo de su cotidiana misa, hace lo menos tres cumplidas estaciones antes de reintegrarse a su casa. Ya está adentro. Viene muy dichosa, con la "Gaceta Mercantil" doblada en el devocionario. Se sienta. Le brindan un mate con*

bizcochos dulces, y apenas ha sorbido la bombilla, doña Ana pregunta:

—Qué, ¿no han leído los versos de "La Gaceta"?

Claro que sí, y los hallan hermosos. Pero, ¿de quién son? ¿Qué otro joven argentino ha llegado de Europa, no tratándose de Fonseca o de...?

Doña Ana cobra una inmensa importancia al ir a contestar. Se ofende y se enfurruña con esto que sólo se mencione a los cirujanos. ¿Qué de quién son los versos? Pues de Esteban Echeverría, el hijo de su gran amiga doña María Espinosa, que Dios tenga en su gloria. Viene de Francia, adonde ha estado cinco años estudiando ciencias y letras. Va a cumplir, en septiembre, veinticinco años. Le aguarda con seguridad un porvenir extraordinario. ¡Y quién le hubiera dicho a don José Domingo, el honrado vasco, que su hijo había de llegar a tales cumbres, cuando hace años dieran tanto que hablar los extravíos de este preciso Esteban! carpetero, libertino y cantor de cielitos (¡cielito, cielo y más cielo!) en el barrio de Alto. Menos mal que mucho se morigeró al último como dependiente de aduana de Sebastián Lezica y hermanos.

Doña Ana ha dicho cuanto quería decir. Están muy ricos los bizcochos, pero se va.

Esa tarde, en la Recova y en la Alameda las amigas de Luisa no comentan otra cosa que los versos del día. Van y vienen las niñas del brazo. Vienen y van los galanes en fila. Otros se están muy firmes

en las esquinas. De pronto, doña Ana, que toca en el hombro a Luisa:

—Luisita... Esteban Echeverría; míralo.

Luisa se vueve. En ese propio instante un joven alto, delgado, de regulares facciones, de ovalado rostro, se coloca el monóculo de engarce de oro y dirige su atención justamente a ella. Doña Ana y don Esteban se saludan. Se vuelca hasta la rodilla el hondo sombrero del bardo, en rendido ademán. Las amigas miran a la vez, seducidas. Esteban Echeverría las ha cautivado a todas, con su monóculo, con su capa, con su gran sombrero, con sus guedejas negras, con su fisonomía un poco triste, con su aire soñador...

II

Esteban Echeverría habita un amplio aposento, con ventana frente al río, en la Alameda, que es a la sazón la avenida mundana de Buenos Aires; a fin de cuentas, doscientas varas de carretera desde el Fuerte hasta la calle de Cangallo; avenida que apenas justifica su nombre, a la sombra de una línea de ombúes, alternados con bancos de ladrillo... Entre los tumultuosos sentimientos del regreso, el viajero no consigue recobrarse a sí mismo, y menos consigue, después de cinco años que le dieron otras aficiones y otros gustos, recobrar a su ciudad. Sin embargo, la Buenos Aires que encuentra es

aproximadamente la que dejó. Cuando se iba, una carreta de elevadas ruedas lo condujo por la barranca del río abajo, hasta una lancha que se mecía río adentro, y esta lancha lo llevó cabeceando al navío, anclado en lo ancho de la rada. De vuelta, su navío echó el ancla en lo ancho de la rada, donde lo abordó una lancha en que todos transbordaron, y esta lancha los descargó a dos cuadras de la costa, en la forzosa carreta que los sacó, Dios sabe cómo, a tierra firme por la barranca arriba. ¡Desembarco gaucho, si los hay!... No, no ha cambiado Buenos Aires. Acaso únicamente hay más gente y más ruido que antes en la Alameda y ha crecido, en domingos y fiestas, el número de buhoneros que ponen tienda portátil de cachivaches y abalorios. No es tampoco difícil que haya más plebe y que circulen, formando mayores grupos, los marineros de habla extranjera. Si no es en esto, Buenos Aires no ha cambiado...

Tras el buen desayuno, la mañana se dedica, igual que antes, a la actividad callejera de los negocios y de los quehaceres. Hay mucha gente en las aceras y muchos carros en las calles, y aumentan sin duda los almacenes. Ved, pues, a Echeverría, un instante, creyéndose en Europa. No fué sino un instante: que pronto lo trajo a la realidad un son de cencerro. Era el carromato del aguador que rodaba a tiro de bueyes, chirriando y rechinando hasta el sollozo y el lloro, con el boyero sobre el yugo, las piernas al aire... ¡Oh! y las igle-

sias ¿no son las mismas que eran? Ciegos y cojos, invaden los atrios con el sombrero a la búsqueda del real. Como hace un lustro, la ciudad está plagada de limosneros. Recórrenla a caballo y a pie horribles mendigos de poncho verde y greñas sucias; y por si no bastara, se mezclan a la pedigüeña turba, frailes mendicantes de larga alforja al hombro, gangoseando de puerta en puerta: "Por el amor de Dios..."

No, no ha cambiado Buenos Aires. Como era en 1825 es en 1830. Según se acerca a hora de almorzar, échanse a la calle los vendedores de golosinas y ricos bocados. Van de chaqueta y chiripá, con anchos calzoncillos de flecos, delantal y chancletas. Y uno grita, estentóreo: ¡Tortas y buñuelos! Y otro se desgañita: ¡Fritos, fritos, bañados en miel de caña! Y éste se entromete pregonando: ¡Grasa, grasa, pa el alivio de tu casa! Y aquél otro, el pastelero, no deja su cantinela: ¡Ya se acaba, ya se acaba! ¿Quién te llama, pastelito?; en tanto que el mazamorrero, un negro de dientes blanquísimos, enseñando como de muestra sus blanquísimos dientes, va ofreciendo de zaguán en zaguán: ¡Mazamorra! ¡Mazamorra! Y como el el invierno es de los dulces, y pues que los vecinos son amables y obsequiosos, negras van y negras vienen por toda la ciudad con dulceras de regalo de casa a casa. . .

No. No ha cambiado Buenos Aires. El almuerzo se anuncia en la antigua forma sacramental:

«A comer que son las 2; ya ha sonado la campanita de San Juan». Y con esto, se cierran todas las puertas de calle, a tiempo que las buenas esclavas entran a todos los comedores con sus respectivas fuentes de carbonada... Y en concluida la mesa, a la ociosa siesta... Sólo bastante después, ya al ir a declinar el sol, la gente sale a su Recova y a su Alameda de siempre a ver y a que la vean. Pero al toque del «Angelus» el mundo se detiene suspenso. Se quitan los hombres el sombrero y bajan los ojos; las mujeres se santiguan y oran. Y aquí empiezan los repiques de la Catedral, de San Francisco, de Santo Domingo, de la Merced, del Salvador, de las Monjas... y resuena el cielo entero, una hora, dos horas, sin que nadie acierte a oírse, hasta que entra negra la noche; si es que aun entonces no bailan rezagadas notas... Luego se cena frugalmente, a menos que haya huésped a quien honrar, en cuyo caso, la niña de la casa, juzgándose discretísima, brinda el vino de la fiesta en esta inocente — ¡sí! — pero espantosa sextina:

Sobre mi mano está el vino:
sobre el vino está el licor.
Con mucho gusto y honor
le sirvo a usted, caballero.
Yo lo quisiera probar;
pero pruebe usted, primero....

Echeverría siente con secreta angustia el alma lugareña. Le duele y le humilla tanto atraso, im-

posible de no advertir. Si nuestro vate ha traído de Francia la afición al té, ha de comprarlo en las farmacias, cuando lo encuentra... Y de veras que el boticario se lo venderá diciéndole: «Cartucho de té de a medio, que es buen remedio». La barbarie rodea a la ciudad, y acá y allá le hace hondas brechas. De noche, ciñe y deprime a la semidormida Buenos Aires, el ruido salvaje, seco, ronco y siempre igual, del candombe de los negros. Las lavanderas, frente a la Alameda, lavan la ropa sin jabón, a puro golpe de garrote. Y no bien su merced se aleja del centro, ya denuncia incultura, atado al cerco de caña, el gallo de riña, cubierto de cicatrices como un coronel de la Independencia. Y olvidemos que en Barracas, burlando leyes y ordenanzas, sobreviven las corridas de toros. Y ahora, añádase que Echeverría, sobre no saber sonreír — que nunca lo supo — vino de Europa cargado de graves ideas. Estoy seguro así de que le movería a profundas reflexiones «socialistas», y no por cierto a una simple regocijada observación, el juego de lotería que tan graciosamente se jugaba; a cuyo respecto, siempre es bueno recordar con José Antonio Wilde aquélla con seña y contraseña, cuyos extractos rezaban, v. gr., como sigue:

> *Seña: Virgen del Carmen, dame suerte..*
> *Contraseña: Alma de mi abuela.*
> *Premio 100 reales.*

No, no ha cambiado Buenos Aires, y Echeverría no sabe sonreír.

III

Es una suerte que haya llegado la primavera. El poeta se alberga aún en la ya supuesta casa de la Alameda. El río se hincha a veinte varas de sus cristales. Ya sabemos que ésta es la avenida de los elegantes, el boato de la ciudad, la avenida de los Campos Elíseos... de aquella aldea. Cumple, además, saber que de no haber obscurecido la guerra el espíritu de justicia, esa avenida costanera llevaría el nombre de Vértiz, ya que fué el gran virrey quien la ideara.

Al llegar la tarde, el poeta contempla con melancólicos ojos la ancha vía, adonde acuden — es frase suya — «los enamorados y los que la vanidad del lujo atrae». Sufre, se esconde, se retrae. Ha comenzado a sufrir del corazón. Dolores insoportables — dice — y palpitaciones irregulares se lo desgarran. El más leve ruido, la menor emoción, le hacen latir fuertemente el pecho y las arterias: de este modo se queja. Se agrega a este mal verdadero, el mal del siglo, la tristeza romántica, de la que Echeverría vino enfermo, o, por lo menos, imbuido. Exclusiva distracción de su tristeza son los versos. De ahí que los llame sus consuelos. De ahí que el volumen que los contenga en 1834

lleve por título igualmente «Los consuelos». Bien lo dirá: «Divirtieron mi dolor y fueron el único alivio en días de amargura». Envuelto en su capa, el gorro griego sobre las cejas, dicta sus versos, llorando a una amada muerta: vaga Dulcinea de la que ni siquiera sabemos si vivió...

En vano busco la mujer hermosa,
imán de mi alma que llenó mis días
de tiernas ansias, deliciosos sueños
de amor y dichas.
La busco en vano, que doliente siempre
voz ominosa de la negra tumba
burla mi anhelo y me responde triste:
Aquí se oculta.

¡Quién sabe! Una inspiración a la deriva — y no le conocemos otra a Echeverría — no llega nunca adonde quiere sino adonde puede. Lo cierto es solamente que se siente solo y que suele decirse foráneo. Sus antiguos condiscípulos ruedan tierras. Otros infatuados de presunción y de ciencia, no son amigos deseables. La vida se le va sin objeto. Le falta el arrimo de una familia, el refugio de un amor. Cuando cae la tarde, Echeverría, que ha traído de la Europa romántica el culto del crepúsculo, se recoge en sus penas y no es más que «el poeta enfermo» de estos problemáticos sáficos:

El sol fulgente de mis bellos días
se ha obscurecido en su primera aurora,
y el cáliz de oro de mi frágil vida
se ha roto lleno.

Demos, no obstante, por muy probable que también él debió sentir la dulce belleza de la primavera a la orilla del Plata. La primavera es un maravilloso regalo en Buenos Aires. Echeverría debe saber que es el tiempo de las cabalgatas por la calle Larga de Barracas hasta la finca del almirante Brown, o por la calle Florida hasta el Retiro, donde, si es domingo, se oye de a caballo la música del cuartel de los negros... ¿Cómo?... ¿Del cuartel de los negros? Rosas los trae ensoberbecidos: cuidado. Del cuartel del batallón de defensores de Buenos Aires, querrá decir usted...

Da gusto andar por la ciudad, que huele a flores... Da gusto ver en los jardines fronteros, solados de mármoles blancos y negros, a las lindas niñas, regando sus diamelas, sus rosas, sus claveles; si es que no lo hacen muy andaluzas en la ventana de rejas que da a la calle. ¡Y de noche! De noche se sacan las sillas a la acera y se toca la guitarra y se entonan vidalitas. Pero no salgamos del centro, porque fuera de su radio cunde un detestable olor a fritura. En las esquinas de las afueras el ancho brasero y la humeante sartén se roban respectivamente la acera y la atmósfera. ¡Qué importa finalmente! De vuelta, ya muy de noche, del lado de adentro de una reja, puede oírse de pronto, confidencial, son de guitarra que llora y fresca voz de novia que canta.

Sí. Triunfó la primavera, y hasta se abrasa y agosta ahora, 8 de diciembre, a los soles del inminente verano. Es el día de la Inmaculada Concepción, fecha que inicia en Buenos Aires la estación de los baños. Hay algo de misterio antiguo en la cosa. Conforme se pone el sol, van llegando al río las familias, por la bajada de los mercedarios, seguidas de la servidumbre. El sol se oculta detrás de la ciudad. Bulle en la ribera, abigarrada multitud femenina. Obscurece... Cuando ya obscureció lo necesario, las porteñas se visten de bañador y entran con desconfiado pie al agua. El agua está fresca y sin brillo. En el aire dulce y pálido se desdibujan los contornos de las bañistas. Ésta canta. Aquélla lanza un grito. La otra arroja un agua loca con las manos alegres. Huye el tiempo. Se dijera que huye en el viento del río. Ahora reina completa obscuridad. Ahora las últimas risas se pierden, sueltas, laxas, en el triste rumor de las anochecidas olas... Como no hay luna, las esclavas, en la ribera, encendieron cien farolillos a vela de cebo. Ya se visten a su amortiguada luz las porteñas. Ya salen alborozadas en grupos. Ya suben la cuesta de los mercedarios. Ya vuelven a sus casas. Ya ríen a la noche, la cabellera a la espalda, las canciones al viento...

¿Y Echeverría? Echeverría quizá no lo advierte. Sufre, a la vez, males del cuerpo y del alma. Vamos a ver, sin embargo, qué hace ahora. Porque doña Ana, su vieja amiga, le ha venido a

convidar a una tertulia, ignoramos si en casa de Escalada o de Riglos, de Alvear o de Oromí, de Barquín o de Soler, de Sarratea o de Rondeau; aunque sabemos que a tertulia de mucha calidad. Echeverría escucha indiferente, rehusa al principio y al cabo acepta. Irá. Pero no irá ciertamente como actor. Después de todo, ya no le place el baile; sólo ama la música y, señaladamente, le agrada el canto, el canto íntimo; lo que él llama «esa música del corazón»... En fin, la verdad de su vida es que sufre mucho.

Salva quede la sinceridad del vate. Admitamos que le roía el hastío, incluso un «hastío completo de versos y de pluma». Aceptemos su anheloso clamor: «¡Ven a mis votos, silenciosa muerte!» Admitamos su confidencia sombría: «Nada debo aguardar del tiempo, más que una muerte prematura y sin gloria». Creamos también, pues lo dice, que «conversa cien veces al día con la muerte»; aunque su filiación romántica vuelve insistente la sospecha de una exagerada actitud. Será lo que sea. Ello es que el día de la fiesta, apenas cerrada la noche, nuestro bardo, muy elegante y en el fondo bastante feliz, se dirigió a reunirse con la buena de misia Ana; dobló por la derecha hacia la plaza, atravesó el gran arco de la Recova, y a poco más que anduvo se halló en el barrio aristocrático de Santo Domingo, delante de la puerta de su introductora. Ya salía doña Ana al zaguán. Se dieron las buenas noches y siguieron juntos.

IV

Conocemos el salón familiar de la Buenos Aires de Echeverría: libros de recuerdos y cuadros de la época nos lo han conservado intacto. Se puede leer con mucho provecho obras como la de don Octavio C. Batolla, sobre la sociedad de antaño, o como la de José Antonio Wilde, sobre lo que fué la ciudad de sus tiempos. Mas, de seguro, Alcides d'Orbigny, el joven sabio francés que arribara a nuestra máxima aldea hacia 1828, es el más exquisito de los testigos. Él ha dejado en su grandiosa obra, «Voyage à l'Amérique Méridionale», preciosas referencias, hijas del entusiasmo y de la admiración. Frecuentísima debió ser en sus labios esta exclamación de su rendimiento: «¡Qué bien sientan la franqueza y la cordialidad, con maneras graciosas y elegantes!»

Esto mismo se tuvo que decir Echeverría, muy probablemente, a poco de haber llegado, del brazo de doña Ana, a la tertulia del convite. Ved. La casona del baile es inmensa y un si es o no es conventual. Desbordan los jóvenes en el ancho zaguán. Se instalan en los sillones y sofáes las señoras. Al lado de la dueña de casa hay un sitio reservado: el de doña Ana. Pero ya llega con su caballero. Viéndolo, niñas y mozos se cuchichean: Esteban Echeverría. . ., Esteban Echeverría. . . Doña Ana quiere saber de Luisa. Le responden que

no ha llegado aún. Y todos, en ocasión de este diálogo, «hacen las mejores ausencias» de la niña, encareciendo sus prendas.

Y bien: éste es el salón, más largo que ancho, de los solares argentinos; éste es el salón donde reinaba, según la frase de d'Orbigny, «la conversación siempre viva y animada, gracias a la natural alegría de las porteñas y a la excesiva movilidad de su imaginación». Este es el salón del piano y del arpa, de la araña de plata bruñida y de los candelabros resplandecientes; el salón de los muros blanqueados y de los espejos venecianos; el de las butacas de amarillo brocado, y del sahumador, y del florero. Aquí es donde la confesión de amor se hace temblorosamente y de rodillas. Este es, acaso, aquel mismo salón de 1813, donde se cantó por la primera vez «a la faz de la tierra»: «Oíd, mortales, el grito sagrado»...

Suena el piano: un piano de Francia. Se toca una sonata de Adam. En eso, Luisa que entra. Con la primavera, está bellísima, con su falda sembrada de flores, con su bata de anchas mangas, con su diamela prendida sobre el corazón, con su peinetón de un rojizo brillo, con su abanico muy gentil.

Los caballeros se adelantan a saludarla.

—Luisa — dice «miseá» Ana, — el hijo de mi amiga: don Esteban Echeverría...

—¡Oh! ¿Es usted?

Y se ruboriza, mientras el vate cree muy justo

llevarse la mano al pecho. Está suspenso. ¡Qué candor! ¡Qué dulzura! ¡Qué gracia!. . .

Va a empezar una contradanza. Un contertulio ofrece el brazo a Luisa; sólo que ella, con los ojos bajos, miente como un ángel esta excusa:

—La tengo comprometida.

Echeverría la mira con agradecimiento del alma; y se dispone a su lado entre los «contradanzantes». Rompe el piano, y ya bailan, y ya se inclinan ceremoniosos, y ya se toman de la mano. Y giran, y vuelven, y se inclinan de nuevo, girando y sonriendo. . .

Cuando la contradanza se deshace, fórmanse los grupos de la conversación. Entre baile y baile hay siempre un lapso de diálogo. Llega más gente: entre otros, un señor de levitón muy largo y esclavina, bota granadera con borlas, y bastón con puño de oro. Es el médico Gafarot, a quien luego rodean los joviales viejos del ansiado tresillo. Otro personaje: la nariz insolente y rubicunda, la frente alta. Es don Pedro de Angelis. Echeverría y de Angelis se saludan con reserva, quedándose entrambos muy sobre sí. Ha nacido en ellos, al instante, una instintiva enemistad.

Ahora, un valse. Y Echeverría envuelve a Luisa con su brazo. Y la conduce (transcribo un apunte íntimo del poeta) «ligera y fragante como una sílfide aérea, impregnada del ámbar de las flores». Transcribo más: «Era como si un ángel le llevara sobre sus alas etéreas a la región inefable del amor

y de la gloria». Así se comenzaba a querer en mil ochocientos treinta y tantos...

Es fácil adivinarlo. Echeverría quiere de su amiga un recuerdo de esa noche. ¿Un recuerdo? Y Luisa, bajando los ojos, se desprende ruborosa la diamela del pecho, y llena de gracia, se la da. Echeverría la eleva a sus labios.

Muy de noche, cuando la Alameda está profundamente sola, y únicamente se oye el jadeo de las olas del Plata, Echeverría mira la inmensidad del río que baña la luna. Murmura: «Sí. Yo he visto un ángel. Yo sostuve en mis brazos su cuerpo gentil y aéreo». Siente henchido de versos el corazón. Quisiera cantarlos a la luna, a la noche, a los desconocidos astros del destino... Requiere la guitarra. La pulsa dulcemente. Mas no da con los versos de su alma... (La noche, de febrero. La luna, de oro. El río, inmensidad sin nombre. Y el recuerdo de Luisa...)

Buen amor, quizá, que a los años, cuando el recuerdo se ha vuelto nostalgia, le devuelve, siquiera sea en candorosos versos, la visión de aquella hora fugaz:

Dióme un día una bella porteña
que en mi senda pusiera el destino,
una flor, cuyo aroma divino,
llena el alma de dulce embriaguez.
Me la dió con sonrisa halagüeña,
matizada de puros sonrojos.
Y bajaba hechicera los ojos,
incapaces de engaño y doblez.

¿Incapaces de engaño y doblez? En 1837, «El Cancionero argentino» recogía esta versión:

Desde entonces, doquiera que miro,
allí está la diamela preciosa,
y con ella la imagen graciosa
de la bella que a mí me engañó.

¿De la bella que a tí te engañó? En el volumen de «Las rimas», que ve la luz en ese mismo año, leemos bien al contrario:

Desde entonces, doquiera que miro,
allí está la diamela olorosa,
y a su lado una imagen hermosa
cuya frente respira candor.

Y vaya uno a saber hoy cuál de las dos versiones se cantaba en Buenos Aires con música de Esnaola. . .

V

¡Versos y amores en 1837! Todo esto debe acabar bruscamente. La situación de las Provincias Unidas es gravísima. Hay otro fantasma sangriento en el escenario argentino: Facundo Quiroga, alevosamente asesinado. A su tremendo conjuro, va a llover sangre, del norte al sur. ¡Lóbrego nubarrón, el que se echa sobre los horizontes! «La civilización ya está boleada». Caudillos analfabetos asumen la soberanía institucional. Los diarios

trasudan injurias. Desde 1833 el árbitro es Rosas. Se le preparan o se le consuman memorables burlas a la inteligencia y al saber. Ha llegado, fúnebre, el invierno de 1837. La sumisión de baja que era, se vuelve abyecta. La juventud se apresta a la sumisión o al desbande. . . Pero entonces mismo cobra un valor providencial la presencia de Esteban Echeverría, que, desde su llegada, no hiciera sino aumentar su justo predicamento. Fué Gutiérrez quizá, quien lo introdujo en el círculo de los que habían de constituir la Asociación de Mayo: ni federales ni unitarios,sino gente nueva, hombres cultos, falange universitaria que «hojea libros y viste frac»; generación de espíritus inquietos, fatigados de tanta sangre derramada; ávidos de alcanzar los verdaderos bienes de la vida; anhelantes, sedientos de respirar ese aire de las libres ideas, ellos que se sofocan bajo el poncho colorado de Rosas. Y ahora cumple decir que los federales les quieren mal, a causa de que conjugan bien los verbos y no se tratan de vos *a la manera restauradora, sino de* tú, *como los próceres del 25 de Mayo: que así un pronombre bien empleado y un verbo conjugado como es debido, han llegado a ser en las Provincias Unidas, especies sospechosas al orden público.*

Luego encuentra Echeverría entre estos jóvenes, almas ansiosas de aprender. Entre otras virtudes, profesan la de admirar y confesarlo. No creen que admirar humille; saben que admirar exalta. (Ul-

tima generación que supo esto en la Argentina.) Echeverría, de esta suerte, los adoctrina y los instruye. Les da la hora exacta del mundo. Y lo mismo los induce a la dilucidación de los grandes problemas sociales y los deslumbra con las ideas o los sueños de Saint-Simon, de Considerant o de Fourier, que les revela, demoníaca, sublime, la inspiración de Byron (a quien siempre llama el Lord) o dolorosa, remota, la poesía de Ossián. Y un día en que el maestro descubre que estos jóvenes aman a la democracia sin saber por qué, si es que no se disponen a odiarla y execrarla, les da la clave de la democracia en la idea del progreso, y les interpreta con su auxilio la propia historia de la revolución argentina. «Pocos sospechan — les dice — que el progreso es la ley del desarrollo y el fin necesario de toda sociedad libre, y que Mayo fué la primera y grandiosa manifestación de que la sociedad argentina quería entrar en las vías del progreso.» De este modo los torna neófitos de esa formidable religión del siglo XIX.

No. No es tiempo de amores y urge hacer algo más con esta juventud de Buenos Aires que hablar de ensueños del arte o de utopías sociales. Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi son los elegidos de Echeverría. Ellos reciben la misión de convocar a los mejores, a los pocos, a los únicos, a una reunión secreta. Si no hay en todo Buenos Aires más que tres hombres que amen la libertad, que acudan esos; si sólo hay dos, que acudan esos

dos; si sólo hay uno, que ese acuda. Se trata de jurar fidelidad al espíritu de la revolución de Mayo. Se trata de salvar el 25 de Mayo... Treinta y cinco valientes muchachos asistieron en la noche del 23 de junio de 1837 a un vasto y misterioso salón, adonde fueron entrando de uno en uno. Allí escucharon, soberano, el verbo de Echeverría. Allí le vieron sacerdotal. Allí le contemplaron vibrante en sus treinta y dos años, severos y enjutos, mostando, explicando, enseñando el cómo y el por qué de los días que se consumaban. Allí habló por sus labios un numen de la historia. Allí, a la hora de la muerte, fué hecha la mayor y más viviente de las promesas. Allí, cuando no había nada, lo menos que se dijo fué: todo. Se dijo y se exigió. Allí transcurrió también la otra noche excelsa: la del 8 de julio de aquel mismo año, en que los treinta y cinco iniciados de la libertad recibieron su hierofante «un credo, una bandera y un programa» y juraron entre lágrimas una fraternidad indisoluble. Debió ser noche grande. Gutiérrez la llama, hablando en nombre de todos, «la noche más bella de nuestra vida». ¡Y cómo no lo sería! ¡Y cómo no lo sería, si el más hermoso de los gestos fué siempre aquél en que se desafía a los déspotas! ¡ quién duda de que sin esta peripecia apolínea el teatro de la historia no sería más que un tinglado de verdugos, y la tiranía algo así como una merecida desgracia, o como un dolor que se acepta en nombre de lo fatal! En-

tretanto, convertir una desgracia en un drama es adquirir una conciencia heroica y trascendental del destino. ¡Largo y tranquilo día el de los autócratas, cuando no se toma sino a natural desgracia su advenimiento! Luego se les tendrá por providenciales. Sacad conclusiones. En muchas comarcas de América, bajos y viles tiranuelos han alcanzado glorificación en la historia. En la Argentina, en cambio, jamás, ni una calle, ni una plaza, llevarán el nombre de Rosas, bien que se reconozca en su administración, honradez; en su gobierno, labor; en sus conflictos con Francia e Inglaterra, una gallarda insolencia mezclada de genuino pundonor. Nada de esto, sin embargo, es ni será rescate de Rosas. Rosas está acusado de un crimen contra Prometeo; porque Prometeo era aquel pueblo de Mayo que libertara a un continente. Bajo la fuerza de este sentimiento, Echeverría y los suyos le dieron a la tiranía de Rosas el profundo sentido de un drama, en que ha sido comprometido hasta lo más hondo de la conciencia argentina. No se tarda mucho en declarar, ante de una desgracia, que acaso fué necesaria. Ante un drama, muy al contrario, nos domina la idea de la injusticia. La inteligencia entonces entra como protagonista y su tragedia es sagrada. La tiranía no será la desgracia de una recua; será el drama de un pueblo. Y por esta peripecia apolínea, que cumpliera Echeverría, Rosas es entregado sin remisión a la jurisdicción de los dioses; quie-

ro decir de lo absoluto: Rosas y todos los Rosas. La Argentina, así, juzgó de una vez su historia de ayer y la de hoy, lo mismo que la del año 5000. Tal es la inmensa gloria de Echeverría.

Sí. Pero la mazorca se vigoriza y la Asociación de Echeverría se disuelve. Se escribe el "Dogma socialista"; pero los derechos del hombre son raídos. Se da con todos los símbolos de la revolución de Mayo, pero su bandera es arriada y sólo flota al aire la divisa punzó. ¿Qué más? Huyen Echeverría y los suyos, Rosas triunfa: la patria es de él... Esta es, en efecto, la apariencia más concreta, y sin embargo no es así. Rosas se queda con el cuerpo yerto de la nación. Son Echeverría y los suyos quienes se llevan su espíritu. De este modo es hacedera algún día la reorganización liberal en el Plata. Cosa averiguada es que nació de aquella noche del 23 de junio de 1837 el alba de nuestra organización. Gloria también de Echeverría.

Lástima, solamente, que esto se llegue a saber demasiado tarde. Por de pronto, he aquí a Echeverría diciendo adiós a Buenos Aires. Ha resuelto alejarse a los campos y presiente la necesidad de emigrar. A los ojos de Rosas no es ya más que un salvaje unitario. Está vencido. Si algo comprende claro en su postrera contemplación de la ciudad, es que fué completamente vano cuanto hizo. Si trajo ambiciones, luego las abandonó; si adquirió cul-

tura, pronto vió que le dañaba. Si alcanzó fama ¿qué ganó sino riesgos? Rosas pregunta acaso al gaucho del desierto: Decime, ¿conocés vos a Esteban Echeverría? *Y el gaucho le contesta:* ¡Y cómo no! *A lo que piensa Rosas:* ¡Cuidado con ese salvaje! *Sin duda: en la Buenos Aires que halló triunfará De Angelis, el mercenario; él, hombre ilustre, no hace falta. Duele saberlo de una manera definitiva y no es precisamente un consuelo decirse: «¡Qué importa! La vida se devora a sí misma....» Aunque no sea un consuelo, esto es, en verdad, lo único que Echeverría se dice una y otra vez en su postrimera contemplación de la ciudad que ama, mientras cae la tarde. Es la hora suya; la hora en que él baja a su alma; la que él suele llamar «la hora de los tristes corazones». Flota en el crepúsculo la sugestión amorosa. Imposible que no venga a su recuerdo la imagen de Luisa; sobre todo, la imagen primaveral de Luisa, en su jardín, regando sus flores, o colocando varillas en alguna planta de clavel. Sus manos huelen un poco a todas las flores y también a hojas de cedrón y de albahaca. Se le abulta la falda blanca sobre tres o cuatro enaguas, duras de almidón, y se le alza el seno entre profusión de encajes. ¡Así era! Y nadie diga nada de la tonta delicia de los inocentes diálogos, que comenzaban, verbigracia:*

—¿Qué flores son éstas, señorita Luisa?

—Clavelinas, don Esteban. ¿Quiere un ramito?

Diálogos inocentes que se desvanecían poco a poco en el silencioso ensueño de la felicidad nupcial. Un día — se lo prometían íntimamente — habría de llenarse Buenos Aires de la consabida esquela de participación, redactada por cierto, así: «Si la aprobación de las personas sensatas puede contribuir a la felicidad del santo sacramento del matrimonio de Luisa X. y de Esteban Echeverría, ellos solicitan a usted la suya.»

¡Así era! Después, apenas, un poco de recuerdo; recuerdo que duele, porque echa sombra de fracaso; sombra del mayor fracaso de la vida, que es el fracaso de amor

La última vez que se vieron fué triste, de veras. Ella lo saludó diciéndole:

—¿Cómo está usted, don Esteban?

El, mudo, extático, no supo qué responderle. Hablóle de plantas, de flores, de bordados, y después de un rato de silencio, se retiró. No había nada entre los dos, como no fuera el eco de algunos versos.

No ha contado más Echeverría. Pero adivinamos otro adiós, el verdadero íntimo adiós a sus amores. Adivinamos que justamente en su última tarde porteña, llegando cerca de la Merced, Echeverría recuerda de improviso que es la hora de las devociones de Luisa. Sí. Precisamente, apenas vuelve la esquina, ve a Luisa cruzar el atrio del templo. La sigue un negrito de su servidumbre que

lleva una alfombrilla bajo el brazo. Echeverría se detiene. Duda. Se decide. Entra en pos.

La iglesia está vacía. Ni un escaño. Ni una silla. Una vacía inmensidad, como era el mundo cuando solamente el espíritu de Dios flotaba sobre la nada. Luisa en ese momento se arrodilla al fondo del templo sobre la alfombra que le ha tendido el negrito. La luz de una vidriera arroja al suelo, junto a ella, es espectro de una gloria marchita. El más leve ruido resuena, enorme, llenando el ámbito de un eco sin fin. Echeverría, de pie, no lejos, la contempla. En su mirada hay toda la tristeza de este pensamiento de un apunte suyo: «No importa. Ella me hiza ver en sueños la sombra de la felicidad. Eso basta.» Lo piensa y casi lo murmura. Mas luego siente la inquietud del intruso, y sale. En la calle se dice de nuevo: «Me hizo ver en sueños la sombra de la felicidad. Eso basta.» Y tornando a decirse que no sirvió de nada en su patria, vuelve, como siempre, universal su amargura: «¡Qué más da! La vida se devora a sí misma...»

Pero, a fe que debió haber un amigo a su lado que le respondiera:

—Y bien, ¿qué? Te tocó vivir, entre todos los destinos de tu medio y de tu hora, el más digno de un grande hombre de América. Mucho hiciste en bien de la libertad, y con aquella belleza del que se juega la vida... El amor, ciertamente, apenas si te mostró la sombra de la felicidad. ¡Qué

quieres! Cuando la suerte acuerda el supremo destino que te fué concedido, suele quitar algunas cosas... ¡Que no todo ha de caber en el arca del hombre!...

ARTURO CAPDEVILA.

PEREGRINAJE DE GUALPO (1)

CANTO 1º

El miraba con tedio todos los placeres que enervan el alma y gastan los resortes de la sensibilidad y la energía.

NO celebro con trompa sonora los estragos de Marte furibundo ni las hazañas de algún héroe que haya en las alas fragosas de la guerra derramado su nombre por los ámbitos del mundo, y cual fatal meteoro llenado de pavor al universo. Canto sólo las aventuras de un hombre obscuro, y si las sacras Musas me infunden su estro divino, quiero que a mi voz el nombre de un hijo del Nuevo Mundo aparezca con brillo en las remotas regiones del Occidente y del Septentrión.

---

(1) Plan en prosa de un poema que el autor comenzó a poner en verso. Parece escrito en el viaje del autor a Europa, entre el Río de la Plata y el Brasil, estando a lo que se lee en el final de esta composición. En este caso su fecha correspondería a los meses de Octubre y Diciembre de 1825.—(G.)

Vosotras, divinidades sacras de la América, salid de la obscuridad en que estáis sepultadas, y venid a inspirar a un hijo de vuestro suelo; venid para que el mundo vea que también tenéis un Parnaso y genios predilectos. Y vos ¡oh sol! ¡padre de América, fuego creador del universo! animad mi canto con vuestros rayos vivificantes, y prestad a mis versos la lumbre pura y creatriz de tu faz resplandeciente para que absorban la atención de los hombres y de las edades.

En las márgenes risueñas que baña con curso arrebatado el Plata caudaloso, vivía un joven cuyos días se pasaban en el silencio, retirado del mundo y rodeado sólo de algunos amigos, al parecer sin aspiraciones y entregado únicamente a la reflexión; su vida era algo misteriosa y los primeros años de su juventud habían sido turbulentos; mas todo esto era un secreto para los que lo rodeaban, porque él había echado como un velo sobre sus primeros años, y en sus conversaciones jamás manifestaba algo que tuviese relación ni a su vida disipada, ni a los verdaderos sentimientos que fermentaban en su corazón: Gualpo era su nombre.

Su prosapia era desconocida, o sus ascendientes no le habían legado un nombre bastante ilustre ni opulencia para que pudiese ser mirado con respeto por los otros, ni conservado en su memoria; pero no era tan oscuro que se confundiese con los de la multitud. Su conducta, su aislamiento y su vida algo misteriosa no dejaban de excitar la curiosidad,

y el dedo público buscaba su descendencia en la cuna de los Incas, no sólo por su nombre sino también por algunas tradiciones vagas que corrían de boca en boca. Sus compañeros de infancia y de estudios lo frecuentaban, y notando su aspecto meditabundo suponían que se agitaban en su mente grandes pensamientos: aunque él no lo dejaba ver en sus discursos, observábase que en medio de las reuniones más alegres y más brillantes, cuando su fisonomía respiraba alegría y contento, de repente su faz se cubría con el velo de la tristeza que vagaba en su frente ocupada al parecer de algún grave pensamiento. Entonces pensativo se alejaba de sus compañeros en actitud triste y buscaba en la soledad y en el silencio el reposo de su mente; entonces por muchos días se esquivaba a sus amigos y aun huía de la sociedad de los hombres mirando con indiferencia cuantos halagos y atractivos presenta el mundo y sus afecciones. Mas esta indiferencia no nacía de un cinismo o de un orgullo despreciable, sino de que amando la meditación buscaba la soledad y el aislamiento para poder dar más libre curso a sus pensamientos lejos del ruido tumultuoso del mundo y del contacto de los objetos que podrían despertar sus pasiones adormecidas.

A fuerza de encerrarse en sí mismo, de atar por decirlo así, sus pasiones violentas a la razón, a fuerza de ofuscar su sensibilidad viva y simpatizante, había conseguido dominarlas y levantar como un

muro diamantino entre su corazón y todos los objetos que pudiesen exaltarlo o conmoverlo. Esto lo hacía porque joven aun había experimentado los desengaños del mundo, y visto lo deleznables y efímeras que son las ilusiones y los placeres. Flotando de extravío en extravío, de emoción en emoción, no había visto más que desengaños y su corazón burlado que se prestó antes con furor a todas las emociones, ahora las esquiva como un veneno enervante y destructor de su reposo y aún de su energía. Pero su sensibilidad aun no estaba ofuscada y extinguida, que aun fermentaban en su corazón los gérmenes divinos de grandes pensamientos, y su ánimo era como un volcán de pasiones y de actividad prodigiosa que había sido comprimido por los contratiempos del mundo, los desengaños y las desgracias, y que no necesitaba sino una conmoción violenta para estallar. Su juventud había sido licenciosa y agitada por mil tormentas, mas él había echado un velo sobre lo pasado como para ofuscar su conciencia, y como para expiar con aspiraciones más elevadas y más nobles sus descarríos. Entre tanto un fuego interno lo consumía y en la lucha constante entre sus pasiones terrestres y sublimes, su mente era la tempestad, la sociedad de los hombres le era monótona e insípida y se alejaba cuanto podía de ella para sumergirse horro en su elemento. Sus amigos a veces le reprochaban su inacción y que pasase su juventud en el silencio y la obscuridad, cuando podía emplearla con ventaja

en bien de su patria o de sus semejantes. Pero él respondía a esto con palabras concisas y misteriosas sin querer nunca explicarse sobre sus intenciones; y ya cansado de sufrir y anhelar abandona sus lares. A bordo, a bordo, dice, y abandona a las ondas su suerte y sus esperanzas. Con la aurora flotan las velas de su navío que surca orgulloso por los senos argentados del Plata llevando al peregrino. El júbilo vaga por el semblante de Gualpo y parece que al pisar sobre el húmedo elemento encuentra lo que anhelaba. Envuelto en su ancho manto y sentado en la proa del navío, ora su vista espacía por el inmenso cielo, ora cubre su faz y da curso a sus pensamientos. Su aire silencioso y pensativo llama la atención de los marinos que lo miran con cierto respeto y como a un ser misterioso y sobrenatural. Entretanto el navío avanza más y más, ayudado por un pampero favorable y él cuando ya ve que la faz de su tierra natal se confunde con las nubes, dirige el adiós postrero a su Patria.

"Adiós, amada Patria, ya me alejo de tu suelo encantador y hospitalario; ya encamino mis pasos más allá del Océano; lleno de esperanzas y ansiando calmar la agitación de mi mente y mis pesares, voy a buscar en el espectáculo del universo, alimento a mi fantasía. Adiós; ya mi barca se entrega a merced de los vientos y mi fortuna y mi vida son el juguete de las ondas voraces. Bastante luché ya

con los elementos de mi infausto destino, y ahora nueva lucha emprendo, pero no tan terrible.

Mi mente ansiaba salir del círculo estrecho que la rodeaba y elevarse si era posible a las regiones etéreas: temprano bebí en la copa del desengaño y deseché los frívolos placeres para elevar mi espíritu a menos vacilantes ambiciones; ya me parece que respiro el aire del universo."

*
* *

Recostado sobre el corvo pavés del navío, Gualpo, contempla al parecer con ojo indiferente las riberas de su tierra natal, que cual monte coposo aparece en el horizonte cubierto de celajes y de arreboles de grana. La ve poco a poco desaparecer a su vista y ninguna emoción aparente manifiesta en su semblante. El cielo estaba sereno y transparente: el Plata en calma reflejaba sus argentadas ondas y sólo interrumpía su serenidad la aguda proa del navío que separaba las ondas en cercos espumosos ayudado de una brisa bonancible. Gualpo contemplaba este espectáculo con júbilo y se deleitaba en ver el aspecto de la naturaleza tan apacible y sereno. El astro del día hundía ya su frente radiosa en el horizonte y el carro de la noche se avanzaba presuroso a cubrir de duelo el universo. El eco monótono de las olas y el grito doliente del marino en sus maniobras, formaban una melodía tosca y expresi-

va que encantaban por su novedad los oídos de Gualpo. Súbitamente un ruido sordo se oye a lo lejos y este crece progresivamente como el trueno o como la tempestad y despierta la atención de Gualpo, que embebido en sus cavilaciones, escucha atentamente y observa que este ruido no es sino el grito de alarma y la conflagración de la guerra que ha estallado en su patria contra el usurpador del Brasil. El Rey de Portugal siempre había mirado con ojos de concupiscencia la perla del Oriente y se la había disputado en mil circunstancias a la corona de España.

En tiempo de nuestras guerras civiles, cuando nosotros poco diestros en la libertad nos disputábamos la supremacía de plantificarla en nuestro suelo, la anarquía consumidora devoraba a las bellas comarcas del Oriente, y entonces el pérfido monarca del Portugal se amparó como pacificador de este suelo libre, lo redujo a la opresión y lo hizo gemir bajo el cetro cuando ya había gustado con delicia los encantadores bienes de la libertad. Sus hijos expatriados y prófugos buscaron un asilo en el seno de sus hermanos argentinos y fueron a llorar entre hombres libres la esclavitud de su Patria; así la usurpación y la perfidia triunfaron en un momento fatal y destruyeron la libertad de un pueblo que por muchos años gimió bajo la opresión. Pero al fin el día debía llegar en que el heroico pueblo de Buenos Aires después de haber pretendido del monarca del Brasil por las vías pacíficas la libertad

del Oriente debía prestarle su brazo para que humillase el orgullo de un monarca y recobrase sus fuerzas. Treinta y tres bravos orientales a insinuación del argentino, pisan el suelo patrio con el ánimo decidido de destruir a los usurpadores o perecer en la lucha. El grito de libertad que pronunciaron, se derramó luego por todas las comarcas del Oriente, y miles de bravos vinieron a la voz de sus hermanos y juraron lavar con sangre el borrón de su ignominia; guerra, guerra sonaba por todas partes, y las comarcas del Brasil repiten: guerra, y los esclavos de su suelo animados por el salario y el pillaje, se avanzan a la lid, y los hijos del Oriente ardiendo en el fuego sacro de la libertad se avanzan también. Los argentinos unen sus legiones a las legiones de Oriente — los argentinos que supieran humillar en mil batallas al León de España y perseguirlo hasta sus antros más recónditos. — Los argentinos que dieron el primer grito de libertad al Nuevo Mundo y quebrantaron en un momento las cadenas rojas que por dos centurias lo habían oprimido. Pronto el esfuerzo de su brazo romperá también las del Oriente y hará temblar en su trono y vacilar al Imperio del usurpador del Brasil. Gualpo con este pensamiento se llena de regocijo y confiado en el brazo poderoso de sus compatriotas no teme por la suerte del Oriente y ve acercarse la aurora de su libertad y tal vez la del Brasil.

El ruido se pierde sordo en el espacio y se confunde con el eco monótono de las ondas. El navío

vuela en alas del frío Septentrión dejando apenas una ligera traza de su pasaje sobre el líquido y fugaz elemento. El cerúleo resplandor de las ondas y su aroma vivificante anuncia ya a Gualpo que se halla en medio del piélago insondable y habla así con el Océano: ¡Salud, salud, salud Océano inmortal, elemento asombroso. Gigante de la creación que encierras entre tus brazos al universo, yo te saludo lleno de júbilo y de admiración! Bastante ansié el momento feliz de espaciarme en tu seno inmenso, de contemplarte faz a faz y de ver sin terror la agitación y el movimiento incesante de tu voluble seno. Bastante ansié, allá en mis días de pesar, venir a confundir mis quebrantos, y a olvidar mis penas en medio de tu tumulto. No temas, no, que tu aspecto terrible e imponente me abata como al vulgo de los hombres, mi espíritu ama siempre lo grande y lo sublime. Que aun cuando no puedo mirarte sin asombro, más por tu grandeza e inmensidad que por pavor — ese hervor constante de tu seno, es la imagen viva de mi pensamiento — y por eso es que siempre busqué el espectáculo variado e imponente de la naturaleza removiendo sus ingentes y poderosas fuerzas. ¿Quién no olvidaría al mirarte todos sus males y sus recuerdos y aún todo lo terrestre y mundano? Ya no alcanzan a mí los tiros del Mundo — los aguijones del dolor — las convulsiones del hombre luchando contra el destino — que todo lo olvida y lo confunde el contemplarte. ¡Oh! Océano, mi pensamiento altivo

se agranda como tú y vaga encantado en lo infinito y cree penetrar ya tus secretos misteriosos e insondables.

Así hablaba Gualpo al Océano, y absorbido en sus pensamientos, los días se pasaban y su bajel flotaba por los mares pacíficos del ardiente Brasil. En su semblante manifestaba más júbilo, y ya no se veía aquel ceño pálido e indiferente que alejaba a los otros de su trato. Parecía que había renacido a la esperanza y al contento; y en efecto, desde que Gualpo se hallaba en medio del Océano, su espíritu estaba más sereno y su corazón sentía menos los aguijones del dolor; todos sus tristes recuerdos eran como un sueño, vagos y sombríos. Su gusto favorito era contemplar en la noche a la naturaleza y dar, respirando los ambientes aromáticos del mar, un libre curso a sus pensamientos. Ora lo atraía y lo absorbía el disco argentado de Diana, que sereno y libre se eleva del horizonte bermejo e inunda con su lumbre inmensa el universo, reflejando su rubia y amarillenta faz en el espejo del Océano. Ora las nubes que cubren súbitamente su semblante radioso y derraman las tinieblas y la noche sobre el faro del navegante perturbando el regocijo del mundo. Ora el eco monótono del navío que con una armonía salvaje lucha con las olas y se desliza rápidamente por un piélago de fósforo luciente, formando cercos inmensos y espumosos de fuego. Ora millares de lumbres que brillan vagando sobre la faz móvil y obscura del Océano semejantes a

otros tantos ojos de este gigante del universo. Gualpo no podía contemplar el mar y sus diversos espectáculos sin un sentimiento secreto de orgullo. Soy hombre se decía, y me hallo en medio del Océano. Soy un átomo en lo infinito y huello bajo mi planta el elemento más fiero e indomable: al pensarlo mi espíritu toma un vuelo sublime y mis pensamientos se dilatan como la inmensidad. En el estrecho recinto de mis lares me hallaba abatido y como encadenado, mas ahora he recobrado mi libertad, mi vigor; el universo es mi habitación, la bóveda celeste el techo que me abriga, y mis amigos y mis compañeros los elementos.

Sacudido, ora por el infortunio, ora por el desengaño, Gualpo se había cansado temprano de las cosas del mundo y aún de la esperanza; había visto agotarse en sus manos todas las flores de su juventud; los placeres, las ilusiones y aún los goces más puros e inocentes, pues con ellos había siempre libado un veneno mortífero; así la guirnalda lozana de su aurora se había deshecho hoja por hoja, y él había caído en la noche terrible de la desesperación sin guía y sin un faro consolador que dirigiese al camino de la razón, en la edad en que para los otros hombres la vida está adornada de placeres e ilusiones. Sin embargo, un pequeño lampo de esperanza aun lo sustentaba, un sentimiento vago, confuso e indefinible, le advertía que aún la tierra no estaba desierta para él y que el mundo encerraba algo que pudiese proçurarle algunas sa-

tisfacciones, y que aun le era posible no vivir entre los hombres como un fantasma o como una sombra errante y espantosa de la tumba. Esta esperanza lo hizo ir a buscar más allá de sus lares, entre el espectáculo tumultuoso del mundo y entre las ruinas de los tiempos pasados, un alimento a su fantasía y un bálsamo consolador para las llagas de su corazón. Y en efecto, Gualpo, en medio del mar había conseguido, si no cicatrizarlas, al menos encontrar un alivio y echar el velo del olvido sobre su origen y sobre el triste tiempo pasado. Sin embargo, por momentos solía sorprender una lágrima sobre sus mejillas causada por algún recuerdo, que como chispa eléctrica pasaba por su espíritu en medio de la soledad y el silencio. Aún cuando el pensamiento esté absorbido en las cavilaciones por los objetos más sublimes, los recuerdos asaltan al hombre, a su pesar, y vienen como sombras vagas a reflejarse en el espejo maravilloso y mágico de la imaginación. Entonces no podemos menos que echar una ojeada súbita sobre el cuadro de lo pasado, y se representan a la fantasía los descarríos de la juventud con los colores del prisma, vivos y revistiendo mil formas. Esto le sucedía a Gualpo; un sentimiento confuso y vago de arrepentimiento lo asaltaba en medio de sus meditaciones; sentía su tiempo perdido en disipaciones inútiles con que había bebido el veneno del desengaño. Su juventud cansada y marchita; sus días amargados tal vez para siempre; sus ilusiones desvanecidas, y en fin, to-

do lo que puede embellecer la vida, y hacer apreciable la existencia era sin atractivo y pálido y sin encanto para él. Sentía verse entre los hombres como un ser heterogéneo, no participando de ninguna de sus distracciones y mirando con ojo indiferente y al parecer helado lo que encanta a los demás. El sentía que para vivir feliz sobre la tierra es preciso obrar como los demás, dejarse llevar del torbellino del mundo y plegar su corazón y sus sentimientos a las leyes de la opinión y de la sociedad. Es preciso despojarse de esa inflexibilidad y rudeza de sentimiento distintivo de las almas grandes y doblarse como la cera según las circunstancias y los intereses. Pero él olvidaba luego todo esto y como un precito se abandonaba al torrente de su destino, viendo que era imposible retrogradar, y dejaba que sus recuerdos, como un mástil que flota entre las olas, viniesen a angustiarlo por momentos. La naturaleza comenzaba a brillar en todo su esplendor — y el cielo algo transparente de la zona tórrida se revelaba con todos sus encantos a la vista de Gualpo: la mar estaba serena y su faz semejaba a un llano inmenso de cristal: — aquí y allí algunos peces mostraban sus argentadas alas y se deslizaban con movimiento suave y placentero sobre el líquido transparente: más allá los enormes cetáceos formaban círculos espumosos y levantaban con su soplido torbellinos de agua que caían como lluvia formando una armonía desapacible. Algunos pájaros, ora se mecían sobre el bajel —

ora se fijaban en los mástiles y con trisca y algazara parecían celebrar la belleza de la naturaleza. El horizonte estaba claro y la vista se perdía en su inmensidad; la brisa lamía las ondas suavemente como si temiese perturbar su reposo levantando apenas los cabellos del Océano. Súbitamente un negro celaje se levanta en los confines del horizonte y se avanza con majestad por el espacio como presagio funesto de la tempestad. El cielo se cubre de un velo tenebroso y las ondas forman a lo lejos un murmullo sordo semejante a algún temblor de tierra o al trueno en las remotas concavidades de la bóveda celeste. El Aquilón sañudo las bate con sus alas y poco a poco se agitan y se encrespan como las guedejas o las crines de un fogoso bridón excitado por el látigo abrumante o por el agudo acicate. El fluído eléctrico se desprende de los blancos de las nubes que se chocan tumultuosamente en el firmamento y brilla formando serpientes de fuego y aturdiendo con su estallido. La naturaleza toda está en convulsiones y guerra: las ondas empujadas más y más por los vientos forman ya montañas que se elevan al cielo, levantando en sus hombros inmensos al pino endeble que se desploma de allí y cae en las profundidades del abismo, y se levanta de nuevo después de haber desaparecido. Como un bridón salvaje que siente por la primera vez sobre sus lomos el peso, se encorva y sacude sus crines y se eleva en los aires como para arrojar al insensato que quiere dominarlo, así la onda fiera

sacude sus hombros potentes, agita sus crines y arroja espumas como para sumergir la nave débil que ha querido con osadía hollarla.

*
* *

El bajel de Gualpo luchando por muchos días contra la tempestad se halló a pique de zozobrar. La onda amarga circulaba ya abundante en su seno y el esfuerzo del marinero no bastaba para agotarla. Cansados de luchar contra un elemento que cada vez se hacía más formidable y amenazaba sepultarlo por momentos en el seno del abismo, se decidieron a arribar a la tierra del Brasil. Gualpo pone el pie en este hermoso suelo y no se cansa de admirar los portentos que la mano fecunda de la naturaleza ha derramado en él. Primero encanta su vista el espectáculo de una cadena de montañas elevadas que circundan la ribera como valladar del Océano. En ella se elevan mil árboles de frutas diversas. Ora el banano descuelga sus anchas y verdosas hojas; ora la palma su empinado cuerpo de cuya cabeza penden como una cabellera sus ramas frondosas; ora la piña embalsamada y deliciosa, y otros millares de frutos que dan el sustento al hombre. Aquí el naranjo coposo tachonado de bolas de oro, allí el plátano frondoso de cuyos senos penden sus frutos aromáticos y sabrosos. Admira la naturaleza siempre viva, siempre fecunda

e inagotable — ese verano perpetuo — ese cielo libre de las angustias de hielo consumidor.

Allí no hay que admirar los monumentos vanos que en otros climas la mano del hombre se agrada en levantar para ostentar su orgullo — los únicos que se hallan son los que la piedad religiosa de los conquistadores ha querido erigir para elevar sus votos al remunerador. — Todo lo que hay es obra de la naturaleza, y grande, maravilloso y eterno como ella. Gualpo se complace en visitar esos bosques solitarios cubiertos de eterna verdura, y gira sus pasos errantes al abrigo de los rayos ardientes del sol bajo los espesos doseles que coronan las copas frondosas de los árboles, formados por plantas diversas, que se entretejen con un arte natural y maravilloso. Allí apenas el céfiro mueve los ambientes aromáticos de las flores — y en medio de este recinto religioso la imaginación cae en suaves y muelles cavilaciones. — Alrededor se deslizan con dulce murmullo mil arroyuelos transparentes que levantando y arrastrando las guijas forman una melodía apacible; pero también en medio de esta calma y de este sopor de la naturaleza ruge algunas veces la tempestad. El cielo se oscurece, los vientos se desatan y los espacios arden en fuego eléctrico; se cubren de relámpagos y arrojan mil rayos sobre la tierra. Mas cae la lluvia a torrentes, inunda los collados — brilla el iris sus mágicos colores en señal de la paz de los elementos, y la naturaleza vuelve a su acostumbrado reposo. — Pero Gualpo ve con

dolor al lado de esta naturaleza tan hermosa y tan fecunda al hombre degradado hasta confundirse con los brutos salvajes. Parece que la mano omnipotente ha querido, en recompensa de un clima tan feliz, negarle al hombre aquella energía necesaria para conocer su dignidad y elevarse a ser libre. Parece que el patrimonio que al hombre se reserva en las zonas ardientes del Ecuador es la esclavitud y la ignominia. El Brasil gime bajo el azote de un déspota y mientras que los otros pueblos de la América han sacudido sus cadenas, él las arrastra con vergüenza y baldón del nuevo mundo. Mientras que en el resto de la América los tronos se han derrocado y los monarcas perdido su omnipotencia e infalibilidad, en el Brasil domina orgulloso un cetro semejante a los que abruman al viejo mundo, y aparece como una mancha en medio de las águilas republicanas, esta ave muelle y afeminada. Recordaos, brasileros, ya pasó el tiempo aciago en que los monarcas de la Europa después de haber devastado el Nuevo Mundo lo oprimieron inclementes bajo sus cetros. Ya se acabó el tiempo en que la voluntad de un rey sentado en los confines del hemisferio austral, dictaba órdenes a los habitantes de otro hemisferio. La prepotencia del León de España sobre la América cedió ya al golpe vigoroso del brazo argentino, y todo el continente oprimido entre sus garras, escuchando la voz que se levantó en las márgenes del Plata, fué libre. Recordaos, e imitando a vuestros hermanos del sur, derrocad ese trono,

vestigio obscuro y degradante del viejo mundo y baldón del nuevo. Recordaos, y sabiendo ser libres mostrad al mundo que en América ya no hay ni puede haber más tronos y que la Europa ya perdió su preponderancia magistral sobre la tierra de Colón.

Otro espectáculo más descollante llena de angustia el corazón de Gualpo. Ve aquí los miserables descendientes del Africa sirviendo de pábulo a la concupiscencia de los hombres. Ve aquí las víctimas desgraciadas del egoísmo y de la ambición del oro de los europeos. La humanidad ajada y una gran parte de nuestros semejantes tratada como bestias de carga. ¡Africa miserable, cuándo dejarás de ser la presa ignominiosa de la ignorancia y la estupidez! Parece que sobre tus habitantes ha caído la maldición del infierno y que cual precito debéis sufrir todos los grados de ignominia. ¡Y tú, Europa, has sido tú, por ventura, encargada de cumplir la maldición de esta raza precita! ¿No bastan ya a tu insaciable codicia los millares de víctimas sacrificadas? Las guerras atroces encendidas en los centros del Africa a tu insinuación; los clamores de los padres a quienes arrancan con violencia de su seno los tiernos frutos de sus entrañas; los gritos penetrantes de la humanidad doliente; las víctimas sangrientas inmoladas en Haití a causa de vuestros furores; no os bastan digo, o ¿aun queréis sacrificar nuevas víctimas y ver el mundo y el Africa envuelta en nuevas calamidades y miseria?

Gualpo vuelve su vista de un espectáculo tan triste y de un suelo tan hermoso; pero que despierta sentimientos tan dolorosos; de un suelo donde respira la esclavitud y la ignominia, y se entrega de nuevo con regocijo a las inquietas ondas.

ADICIONES A LAS PAGINAS Y LINEAS INDICADAS A CONTINUACION

Pág. 45, línea 9:

Es el estallido del cañón guerrero que se desprende contra el usurpador. Es la primera chispa de la conflagración en que debe arder su patria.

Pág. 50, línea 3:

El amor a su patria vivía en su corazón, siempre entero y en todo su vigor.

Pág. 52, línea 22:

En la espalda de la onda la nave sube al cielo, se desploma al abismo, y luego se alza de nuevo airosa, ostentando sus alas blancas como las de la paloma volando con la rapidez del viento.

CARTAS A UN AMIGO

1

Las almas de fuego no sienten como las almas vulgares.

QUERIDO amigo: después de tu partida, un suceso infausto ha venido a interrumpir la tranquilidad de mi corazón. En el seno de mis ilusiones y al abrigo del cariño maternal yo me reposaba sin imaginarme, ni aún en sueños, que la desgracia avara del bien podía venir a arrebatarme de ese mundo de glorias engendrado por mi imaginación, para transportarme a otro lleno de imágenes sombrías y de realidades terribles. La previsión maternal me evitaba mil inquietudes y zozobras y mi ser en una armonía perfecta gozaba de aquel bien inefable que no tiene nombre en la tierra y que en la lengua de los ángeles se llama felicidad. Mi madre también era feliz al ver el esmero que yo ponía en agradarla, al paso que lisonjeado con la idea de que llegaría el día en que pudiese recompen-

sar de algún modo sus bondades y cariños, proporcionándole una vejez cómoda y tranquila, yo me afanaba en enriquecer mi inteligencia correspondiendo a sus deseos para poder entrar a desempeñar con suceso en la sociedad los deberes de hombre. Pero temo, amigo, que mis esperanzas sean ilusorias; una melancolía profunda se ha amparado de su espíritu; ha renunciado a todo alimento y va perdiendo poco a poco sus fuerzas. Un presentimiento fatal le dice, como en secreto, que se acerca el término de su carrera y la hace desesperar de su salud. En vano trato yo de disuadirla para que aleje de su imaginación esas lúgubres ideas y se libre a su jovialidad ordinaria; en vano, amigo; una especie de vértigo embarga sus sentidos y no presenta a su espíritu enervado sino imágenes de muerte. Parece que una mano oculta la arrastra hacia el sepulcro. ¡Qué desdichado seré si pierdo a esta buena madre! ¿Quién será mi mentor y mi guía en el camino del mundo? Tiemblo al pensarlo solamente. Sin experiencia en la edad de las pasiones, devorado de mil deseos, ¿quién será mi consejero? ¿Quién me ayudará a retener estos impulsos violentos del corazón y me hará oír la voz de la razón en medio de la tormenta de las pasiones? ¿Quién me emulará en mis estudios y me enseñará el camino por donde se llega a la ilustración? ¿Quién será, en fin, mi verdadero amigo?

Una idea me atormenta: creo haber sido la causa involuntaria de la melancolía que la consume.

Los halagos seductores de una mujer me arrastraron a algunos excesos; la ignorancia y la indiscreción propagaron y exageraron estos extravíos de mi inexperiencia; ella los supo y desde entonces data su enfermedad; calla por no afligirme, sin duda, pero yo he creído leer en su semblante mi acusación y mi martirio.

2

Junio 30 *de* 182...

Mis infaustos temores se van realizando. Ya no hay medicina para su mal. Cuando articula algunas palabras, el cansancio y la fatiga las ahogan entre sus labios. Paso los días y las noches al lado de su cama prodigándola mis inútiles cuidados, y no me canso de contemplar aquella fisonomía antes tan dulce y expresiva, ahora pálida y desfigurada con el lívido velo del dolor. Sin embargo, sus ojos conservan toda su expresión y son aún el espejo de aquel corazón tan sensible, tan puro y tan humano. Anoche lo pasé en vela a su lado, y por la mañana me retiré a descansar; pero al poco rato me hizo llamar. ¡Ah, qué escena tan desolante! Arrojéme sobre su cuerpo casi yerto, lo regué con mis lágrimas, imprimí mil y mil besos sobre su frío rostro y pareció animarse como con un éter vivificante al respirar mi aliento; recogió todas

sus fuerzas y articuló estas palabras: "Hijo, yo me muero: la Providencia me llama a su seno... Ya mi hora va a sonar; tú quedas solo en el mundo... No te olvides de mis lecciones... Eres joven; no te dejes arrastrar por tus pasiones... El hombre debe abrigar aspiraciones elevadas. La Patria espera de sus hijos: ella es la única madre que te queda: A..." y la palabra expiró en su garganta y la expresión de su fisonomía y de sus ojos me dijeron el resto con voz callada y elocuente. Mi dolor llegó a su colmo, me arrancaron de entre sus brazos y mi mente está aún tan turbada que me falta el tino para escribirte.

¡Qué preliminares tan espantosos los que preceden al pasaje de la vida a la muerte! Como si la distancia del ser al no ser fuese inmensa; como si un muro de diamante se interpusiese entre el sepulcro y la vida, se mueven mil resortes para evitar el golpe fatal; pero él cae como la cuchilla justiciera burlándose de nuestra previsión y poder nos muestra en un instante que la vida y la muerte son dos puntos que se tocan o dos accidentes pequeños en la vida general del universo.

3

Julio 28 de 182...

EL verdadero motivo de mi silencio lo habrás, sin duda, adivinado. Llegó al fin el fatal momento

y con él el cúmulo de mis aflicciones que ya me faltan fuerzas para soportar. La vigilia y el dolor me obligaron a hacer cama; no he podido verla más ni decirle el último adiós. Me ocultaron la catástrofe por algunos días; pero el semblante de los que me rodeaban hablaba elocuentemente a mi corazón. ¡Qué momentos tan crueles! Levantéme de cama; busqué a mi madre y no la encontré; estaba en el sepulcro. La eternidad la separaba de mí. Mis sentidos cayeron en estupor, la fuerza del sentimiento heló las lágrimas en mis ojos, y mi corazón quedó como deshecho. He permanecido por algunos días en una especie de pasmo o suspensión de que conservo una idea muy confusa; estuve, según me dicen, a punto de enloquecer. He salido por fin de ese letargo, pero para sentir más el horror de mi situación. Ven, amigo, y sabrás apreciarla, la pluma cae de mi mano. Perdí a mi padre cuando no podía aún aprecir su pérdida y en un mes he perdido lo que más adoraba y lo que hacía la felicidad de mi vida. ¿Qué es la vida, amigo, y la felicidad para el hombre? Vanos sueños, sombras fantásticas que se disipan en un momento.

4

Agosto 1º

ELLA expiró; pero su imagen está grabada aquí en mi corazón y en todas mis potencias con carac-

teres indelebles. Ella me consuela en mis sueños y me acompaña en todas partes. El hábito de verla y hablarla me lleva muchas veces a su cuarto; allí está la silla, el sofá, la mesa, la cama; pero todo desierto y silencioso.... Salgo de allí como un frenético y corro por las calles hasta llegar a su sepulcro; me hinco sobre la fría losa que lo cubre; lloro, ruego, la llamo y una voz apagada me responde del seno de la tierra: "Está en el cielo". Sí, amigo, está en el cielo, pero yo no estoy con ella y estoy solo en el universo.

5

Agosto 28.

TU me aconsejas un viaje a la capital donde los pasatiempos y la sociedad podrán proporcionarme alguna distracción y contribuir a aliviar mi dolor. Te engañas, amigo, si has creído que el ruido del mundo y el trato de los hombres puedan ser un bálsamo para mi corazón. Además no está entre los felices el consuelo del desdichado. No hay amigos para el dolor, porque el que sufre lleva escrito en su frente este emblema que todos miran con horror. Nada yo puedo hacer para halagar las pasiones del hombre feliz. La prosperidad es el único cebo de los amigos; ellos vienen cuando podemos entregarnos con júbilo insensato a los placeres

y mezclarnos en sus reuniones tumultuosas, destilando con boca risueña pláticas insípidas y licenciosas. Pero cuando la tristeza oscurece nuestros semblantes y las lágrimas humedecen nuestras mejillas, huyen aterrados. Este triste desengaño lo he adquirido desde la muerte de mi madre; pocos días de tribulación han bastado para alejar a mis amigos de casa; mi dolor los fastidia y me llaman débil porque sé sentir. Tú solo me has quedado en esta tormenta. Estoy rodeado de ingratos y debo salir de este lugar que sólo me inspira ideas desolantes: y ¿adónde iré?

6

Septiembre 20.

HE resuelto bajar a la Capital, donde me llama un litigio de intereses que dejó pendiente mi madre; mi salud está muy quebrantada y pienso antes pasar algunos días en una estancia poco distante de... De allí te escribiré cuantas veces haya proporción. Vengo de regar con mis lágrimas, quizá por la última vez, la tumba de mi madre: mil dolorosas memorias vinieron a asaltarme en aquel religioso deber; allí se me presentaron como fantasmas colosales los deslices de mi juventud y me increparon con voces penetrantes mis errores. En vano tú tratas de disuadirme: yo abrevié los días de

mi desventurada madre; mis desaciertos le ocasionaron aquella melancolía profunda que la consumió; yo robé al mundo aquella vida tan preciosa empleada toda en socorrer al desvalido y en aliviar la humanidad doliente.

¡Y aún vivo, y aun la tierra me sustenta!... ¿Por qué no se abre bajo mi planta y me sepulta de una vez en sus entrañas? Así al menos los ayes de mi dolor no importunarían al mundo; el eco sordo de la conciencia y el murmullo de la detracción no herirían más mis oídos; ni esos hombres intolerantes y débiles que no consideran la edad, la inexperiencia, los lazos que la sociedad corrompida tiende a la indiscreta juventud, me fastidiarían con sus insípidas reflecciones, ni con el amargo cuadro de mis desaciertos. ¿Y somos por acaso árbitros de nuestras acciones, cuando las pasiones hierven en el corazón; cuando luchamos débiles contra las tentaciones que nos rodean para revelarnos en la opinión de los demás; para hacer ver que somos fuertes y cautivar la admiración y los aplausos? ¿No son la presunción y el orgullo las *primeras lecciones que nos da la sociedad*, y por consiguiente los primeros móviles del corazón humano?

La vida es un sueño que agitan mil imágenes terribles.

Mil imágenes terribles agitan el sueño de la vida.

7

Octubre 1º

LA herida de mi corazón sangra a cada paso y no hay bálsamo en la tierra que pueda curarla. Busco a mi madre y no la encuentro, y una voz interior me dice: tú abreviaste sus días... perdóname, sombra querida; no fué mi voluntad criminal; yo soy inocente y te venero, y te adoro aún más que mi vida.

8

Octubre 20.

TU sabes cómo yo me recreaba con la vista de alguna escena imponente de la naturaleza; cómo gustaba entregarme al curso de mis pensamientos en medio de las llanuras desiertas de nuestros campos o en el abrigo de esos montes donde apenas penetra la luz; cómo mi imaginación se eleva en la soledad a las más altas contemplaciones ansiando penetrar los arcanos del universo. Tú me has visto más de una vez desaparecer súbitamente de las placenteras reuniones, abandonar mis lecturas favoritas, para ir a esparcir mi ánimo en el retiro silencioso y entregarme libre a la meditación. ¡Qué

instantes tan felices aquéllos! Entonces mi corazón estaba tranquilo; ningún contratiempo había venido aún a turbar la armonía de mis facultades, y exento de cuidados podía divagar a mi antojo por las regiones fantásticas de mi imaginación. Ahora obligado a arrastrar la pesada cadena del infortunio, me muevo lentamente; estoy atado a la argolla de los pesares, punzado a cada paso por el aguijón del dolor, devorado interiormente por una actividad que me consume; y sin poder desatarme de las prisiones que me abaten, siento un gran vacío en mi corazón que nada creo es capaz de llenar. ¿Dónde está la que me dió el ser; la amiga de mi juventud; la mujer venerable cuyo influjo divino relevaba mi espíritu abatido descubriándole un mundo nuevo de ideas y pensamientos sublimes? Ninguna de mis facultades quedaba inactiva en su presencia y siguiendo mi inteligencia progresivamente sus inspiraciones, se elevaba sin sentirlo hasta la excelsitud de mi razón abrazando en su vuelo sublime la inmensidad de la creación. Ella penetraba todos mis pensamientos porque mi alma y la suya eran como dos hermanas.

9

Noviembre 2.

MI anterior fué escrita en camino y hoy hace dos días que estoy en la estancia de... Pienso permane-

cer aquí algún tiempo por ver si consigo restablecer mi salud. El paraje es desierto y solitario y conviene al estado de mi corazón; un mar de verdura nos rodea y nuestro rancho se pierde en este océano inmenso cuyo horizonte es sin límites. Aquí no se ven como en las regiones que tú has visitado, ni montañas de nieve sempiterna, ni carámbanos gigantescos, ni cataratas espumosas desplomándose con ruido espantoso entre las rocas y los abismos. La naturaleza no presenta variedad ni contraste; pero es admirable y asombrosa por su grandeza y majestad. Un cielo sereno y transparente, enjambres de animales de diversas especies, paciendo, retozando, bramando en estos inmensos campos, es lo que llama la vista y despierta y releva la imaginación. He notado en mi tránsito que las gentes son sencillas y hospitalarias; siempre me han dado alojamiento en lo interior de sus reducidas chozas como si no fuese un desconocido. Mis huéspedes me han hecho el mismo acogimiento y me han cobrado en dos días una afección y cariño que no he podido adquirir con un trato largo y continuo en las ciudades. Se empeñan en que los acompañe algunos meses. No saben mi desgracia, pero han notado que estoy melancólico y que busco la soledad. ¡Buena gente! ignoran que la tristeza ha echado raíces profundas en mi corazón.

10

Diciembre 12.

TODO entregado a la meditación paso momentos deliciosos en estas soledades. Mi imaginación se anima y sale del letargo sombrío y ominoso que la abruma, al contemplar los encantos del espectáculo maravilloso que la rodea. De todo me olvido, de mi dolor, de mi aislamiento, del mundo y aún a veces de mí mismo. Al romper el día hago ensillar mi bruto fogoso, monto y salgo con algunos peones a recorrer el campo y los rodeos de ganado; luego me separo de ellos y voy a visitar algunos ranchos vecinos y en todos encuentro la satisfacción y el regocijo que huyen de mí. Huyo yo también de estas moradas de felicidad y perseguido por mis lúgubres ideas, suelto la rienda a mi caballo, para aturdir mi mente y me alejo más y más hasta perderme en medio del desierto. Persigo al sagaz avestruz, corro en pos del ligero venado y luego bajo fatigado a reposarme en el verde prado. ¡Qué gusto! ¡verse transportado de aquí allí como por las alas del viento; volar de un sitio a otro y esparcir la vista a la vez por horizontes diversos y luego venir a reposarse alrededor de una multitud de insectos que hormiguean y chillan, de una multitud de aves que vuelan o reposan también, y de enjambres de cuadrúpedos que rumian tranquilamente la

yerba! ¡Observar el orden y la armonía de la naturaleza y elevarse hasta la meditación de sus leyes inmortales, y descubrir allá, en el corazón del universo, la mano omnipotente que lo rige! ¡Qué vuelo tan sublime toma entonces la fantasía, cómo se llena de gozo a medida que penetra y mira faz a faz los maravillosos arcanos de la creación. Su elemento es infinito, el cielo, los espacios imaginarios, el universo todo, lo abarca y lo sujeta a su atracción. ¿Quién no queda absorto al contemplar en la callada noche el disco melancólico y plateado de la luna, acompañado de esa multitud de faros rutilantes que pueblan el firmamento? ¿Quién, al respirar el aroma vivificante de las flores en medio de esta soledad y de este silencio que no interrumpen sino el balido de la oveja, el relincho del caballo y el chillido de los insectos, queda frío espectador y no siente en su corazón emociones peregrinas? ¡Y luego tanta luciérnaga ambulante, el murmullo del arroyo y esos fuegos fatuos que se levantan, se acercan, se alejan y desaparecen dando pábulo a la fantasía y aterrorizando al vulgo! Son las doce de la noche y es la hora que yo voy como Ossián a interrogar mis recuerdos al resplandor de la luna, a escuchar las melodías aéreas y a hablar con mi corazón.

11

Diciembre.

AYER, retirándome a mi choza con el crepúsculo vespertino encontré a una joven campesina arreando a caballo, un pequeño hato de ovejas que se había alejado un poco del redil, en busca de alimento. Su rostro hermoso, aunque algo tostado por el ardor del sol, su aire pensativo y melancólico, me interesaron. Acerquéme a ella cortesmente y la dije: parece que usted no se apura mucho por concluir su tarea; las ovejas se han apercibido sin duda de su negligencia y caminan con pasos perezosos. ¿Quiere usted que le ayude? Ya la noche se acerca y hay alguna distancia de aquí a su rancho. Muy bien, señor, me contestó, y heme aquí pastor de Arcadia guardando ganados con mi bella Galatea; ella por un lado y yo por otro picamos los caballos y dimos un repunte a las ovejas que se habían desparramado un poco, y seguimos al tranco sus lentos pasos, dando de cuando en cuando un grito o un silbido para hacerles notar nuestra vigilancia. Caminábamos así y punzado por la curiosidad le dije: usted me parece triste y pensativa. ¿Qué cuidado le aflige? Ninguno, señor, me contestó. ¿Cómo ninguno? la repliqué su fisonomía de usted indica que tiene alguna pena secreta y yo me inte-

reso en saberlo. No, señor, no tengo pena ninguna, y las lágrimas le brotaron en los ojos.

En esto la luna aparecía como un globo de fuego en el claro horizonte y bañaba con sus rayos plateados la inmensa llanura que semejaba a un océano movido por la brisa suave del occidente. El cielo estaba claro y centellaban aquí, allí, en el firmamento con luz incierta varios grupos de estrellas, mientras que el aire embalsamado con el aroma de las yerbas halagaba dulcemente los sentidos y despertaba en el corazón mil emociones tiernas y apacibles. Paráronse las ovejas a poca distancia del rancho y oí una voz de mujer desde la puerta repetir altamente: ¡María! ¡María! ¿Quién la llama a usted?, la dije. Mi madre, me contestó; no tiene más compañía que yo y se aflige cuando está sola; mi padre y mi hermano están en la frontera.

Llegamos en esto al rancho y la madre de María me recibió con agasajo sencillo pero algo embarazada y sorprendida; mas luego se recobró cuando le conté el encuentro fortuito de su hija. En su modo de expresarse y maneras, manifestaba la señora que no había tenido siempre el rústico roce de los campesinos. Hablamos de cosas indiferentes y le hice notar el interés que me había inspirado el rostro y ademán melancólico de María. Entonces ella me contestó poco más o menos en estos términos: La tristeza de mi hija es muy fundada; mi hijo hace como un mes partió con un escuadrón de milicias que salió a escarmentar los bárbaros de la fronte-

ra, que como usted debe saber, han entrado a nuestros campos matando, robando y desolando todo cuanto encuentran. El futuro esposo de mi hija ha ido en seguida de él y hemos quedado solas con un peón de mala cabeza que hace dos días que no parece por aquí. Aun no hemos tenido noticias de ellos y nuestro cuidado se aumenta porque supimos ayer que el escuadrón fronterizo se ha batido con los indios. ¡Quién sabe cuál habrá sido su suerte! Yo que estoy habituada a los contratiempos y los trabajos, no me afecto tanto como María que empieza a vivir y se ha hallado burlada en sus primeros amores. Pero su hija de usted debe consolarse, le contesté, pues su amante ha ido a llenar uno de los primeros deberes del patriota y se cubre de gloria cuando corre a prestar su brazo para defender su tierra posponiendo los intereses de su corazón a los de la patria.

Este elogio de su querido animó a María que enajenada dijo: Mire usted si tendrá sentimientos elevados Alberto; estábamos en vísperas de casarnos, cuando llegó a sus manos una proclama del gobierno a los habitantes de la campaña anunciándoles la próxima incursión de los indios y diciéndoles que se preparasen para defender sus fortunas y familias. Ese mismo día escogió sus mejores caballos, preparó su equipaje y me dijo: la Patria, tu vida y la de mi familia peligran, los indios están próximos; estos son deberes sagrados para un hombre de honor, yo no puedo desconocerlos. Cuando

haya servido a mi Patria vendré a consagrarte mi mano y mi corazón. Ya tu hermano me precedió, voy a seguirlo: adiós, volveré glorioso y enamorado. Dióme un abrazo y se fué.

La noche estaba avanzada, mi caballo algo cansado de las carreras del día, mi rancho algo distante, y resolví, cediendo a las repetidas instancias que me hicieron, pasar la noche allí. Cenamos los tres cordialmente un buen asado de cordero; retirámonos a dormir y al romper el día dije adiós a mis dos amables huéspedes, después de haberles prometido que pronto les daría noticias ciertas de los ausentes. Quedaron algo consoladas con mi promesa, monté a caballo y me retiré lentamente pensando sobre las vicisitudes de la suerte y sobre la fragilidad de las cosas humanas.

12

LA idea de los padecimientos de los otros debe derramar el bálsamo de la conformidad en los corazones afligidos, pues que ella nos prueba claramente que la humanidad nació para sufrir. Yo siento menos mis dolores cuando pienso que otros son más infelices que yo y soportan con más paciencia sus calamidades.

He sabido que la señora de que hablé en mi última carta, pertenece a una familia distinguida de... que poseía una fortuna pingüe en la campaña, y

que la guerra civil la dejó del día a la noche casi en la indigencia. Después de esta catástrofe reunió todo lo que pudo de los despojos de su riqueza y reducida por la necesidad se retiró con su marido y sus dos hijos al paraje donde yo la vi ayer. Su esposo murió al poco tiempo y sin más apoyo que su hijo y María vive soterrada en el campo, olvidada del mundo, y conforme con su destino.

13

HOY me retiraba al tranco del caballo a mi rancho acompañado de un peón. El viento adormido apenas respiraba. El sol flameaba como una hoguera inmensa en el firmamento y el blanco desierto semejaba a un mar de luz resplandeciente. Toda la naturaleza parecía envuelta en un letargo profundo ocasionado por el ardor febeo. Caminábamos y de repente una nube opaca nos interceptó los rayos del sol y nos cubrió con su sombra; miré hacia el cielo y vi con admiración como un cono opaco cuya base tocaba en la tierra y cuyo vértice se elevaba hacia las nubes que reflejando los rayos de la luz, parecía coronado de una aureola resplandeciente, y ondeaba y hervía como torbellino en el espacio. Pregunté al peón qué era aquello, y me contestó: es un hormiguero de hormigas voladoras que ha reventado: cuando el tiempo está sereno, el viento no sopla y hace mucho calor, re-

vientan con frecuencia. ¿Qué usted nunca ha visto eso? No, le respondí; es una cosa bastante rara y dudo que sea lo que tú dices. Llegamos a casa y la relación de muchas personas confirmó mi fe en este fenómeno maravilloso, que yo había tomado por un meteoro.

14

HOY, cansado de galopar y sediento, detuve la rienda a mi caballo en la orilla de una laguna poblada de espadaña y juncos. El sol flameando en el mediodía, abrasaba la tierra, y los húmedos vapores que se elevaban de la laguna formando una nube de humo sobre su superficie tranquila, reflejaban los rayos luminosos, transformándolos en mil iris resplandecientes que deslumbraban la vista. Sofocado de fatiga y de sed acerquéme a tomar un poco de agua; pero vi con sorpresa multitud de peces flotando como muertos sobre la faz cenagosa de la laguna. Un olor corrompido hirió mi olfato, y ya no fué posible refrigerar mi cuerpo inflamado, ni humedecer mi seca garganta. Hacía como un mes que no llovía, las aguas estancadas se habían evaporado poco a poco, con los rayos ardientes del sol, y todos los habitantes que contenía habían perecido. Varios nidos de chajaes y cuervos, como columnas de paja, flotaban aún sobre aquella agua cenagosa y sus infelices dueños había ido a buscar

paraje más adecuado a su naturaleza y más halagüeño, dejando abandonados en ellos a la inclemencia y orfandad, los tiernos frutos de sus malogrados amores. Aproximéme a caballo a uno de aquellos nidos y lo vi cubierto de polluelos de cuervo, que al mirarme piaban y saltaban como si creyesen que yo les traía algún alimento. Tomé uno en mi mano; comencé a halagarlo y vi con horror que vomitó de su cuerpo un sapo, una víbora y un huevo de perdiz. Soltélo al punto con asco y me retiré precipitado de aquel lodazal inmundo de la muerte. Así, amigo, todo parece que conspira en la naturaleza a la destrucción. Los elementos inertes y etéreos están en guerra continua con la naturaleza animada. Esta sostiene la lucha, y sucumbe o triunfa momentáneamente. Todos los seres procuran mutuamente su destrucción. Los animales de una misma especie se devoran entre sí, y aun algunos se alimentan con el propio fruto de sus entrañas, para obedecer al instinto imperioso de la conservación. El hombre destruye cuanto está a su alcance y aún a sí mismo sin necesidad, y el tiempo o la muerte, gigante voraz e insaciable sentado sobre las ruinas y los despojos de lo pasado, aniquila y anonada a la vez cuanto nace en el universo. Pero existe derramado en la creación un poder inagotable de vida, que de la escoria de todos estos elementos desorganizadores engendra nuevos seres, purificando en el crisol del tiempo el espíritu creador que lo anima.

15

Enero 23.

SI, amigo, voy a partir; quiero experimentar los efectos de la vida activa que tú me alabas; sé que la inacción me es nociva; pero te engañas si has creído que mi existencia está al presente inactiva. El águila se goza en su área sublime; el león en su guarida solitaria; sólo al hombre no le es dado encontrar reposo en ninguna parte; su vida es un peregrinaje continuo y fatigoso hasta el día en que la eternidad se abre a sus ojos. Cada máquina tiene su resorte principal que rige todos sus movimientos; pero la humana tiene infinitos que ponen en ejercicio constante sus facultades. Siento separarme de estas buenas gentes y de lugares que han endulzado con su atractivo las penas de mi corazón; pero mi salud ya está restablecida y algunos negocios de interés me llaman a la Capital; mañana pienso ponerme en camino.

16

Febrero 1º

HEME por fin en el término de mi viaje fatigado del choque de mis pensamientos y envuelto siempre en mis tétricas ideas. En vano la naturaleza se me

ha presentado revestida de todas las bellezas que la decoran; mi mente la cubría toda con su fúnebre velo, y las más halagüeñas imágenes, aun cuando despertaban instantáneamente mi admiración, perdían luego su atractivo en el curso de mis reflexiones. ¡Qué triste posición es, amigo, la del que se halla aún joven burlado en sus más halagüeñas esperanzas, destituido de sus más lisonjeras ilusiones, sumergido en la nada de la vida y rodando en el torbellino del mundo. El torrente lo arrastra más y más, y sin poder resistir a su ímpetu arrebatado, se ve al fin envuelto en el precipicio, si alguna mano amiga, si alguna tabla benéfica, no viene a sostenerlo en su naufragio.

17

Febrero 4.

LA casa que habito está situada en uno de los sitios más hermosos de esta ciudad. Las ventanas de mi aposento miran a la alameda, y el Plata extiende ante mis ojos sus ondas turbulentas y majestuosas. Hoy al toque de diana me levanté, abrí una de las ventanas y me senté a respirar el aura fresca y aromática del Oriente. ¡Qué espectáculo! El cielo estaba sereno; el sol rielaba el horizonte diáfano con sus cárdenos rayos; las aguas del padre de los ríos se hallaban en una perfecta calma; to-

do era silencioso, y sólo se oía el suave choque de las olas que besaban las peñas en cadencia y armonía. Un dulce sueño de ilusiones se amparó de mi imaginación, no me sentía a mí mismo; mas de repente hirió mis oídos un sordísono murmullo; desperté; tendí la vista y vi que era el ruido que hacían los habitantes esparcidos por la alameda. El astro del día flameaba ya en el firmamento y se miraba con placer en el espejo inmenso del Plata. Las pasiones de los hombres al ver la luz se habían despertado; yo salí como ellos de mi letargo, y mi ilusión se fué.

18

Febrero, 10.

ASISTO al paseo público diariamente sin salir de casa. Llega la tarde, me siento en mi ventana, y veo pasar a los curiosos, a los afligidos, a los enamorados o a los que la vanidad del lujo trae a la Alameda. De toda esta multitud de gentes que se reunen por diversos motivos en un mismo sitio, los vanos me parecen los menos disculpables. El curioso viene por satisfacer un instinto casi natural; el afligido porque se imagina que la diversidad de objetos, el ruido que hacen los que van y vienen, podrá aliviar el peso de su corazón, y el enamorado por buscar el alimento exquisito de la

pasión que lo domina, pero el vano es arrastrado por una inclinación baja y pueril, por el innoble deseo de saciar su mezquina ambición con las miradas, las críticas o los elogios de los tontos a quienes su ostentación deslumbra. A las mujeres se les puede tolerar esta pequeña extravagancia anexa a la debilidad de su sexo, porque en cambio poseen la gracia, la belleza y ese deslumbrante atractivo, gloria y tormento de nuestros corazones. Pero a los hombres, no, porque el hombre nació para más alto fin, para pensamientos más nobles y elevados. Hay otra clase de seres, mofa o irrisión de la especie humana que frecuentan mucho los paseos públicos y en general todas las reuniones donde pueden introducirse; estos son los pisaverdes o paquetes como aquí les llaman. Su ocupación es mirarse y remirarse, tocarse y retocarse; caminar a compás como en la danza, andar siempre a la moda y hacer centro del mundo su cerebro microscópico. A esta alameda asisten algunos; pero excuso hablarte de ellos porque Buffon, creo, trata largamente de esta clase, en el capítulo micos. Me acuerdo que ayer vi uno de estos entes perseguir con sus miradas y ademanes una señorita bella e interesante por su exterior modesto, quien visiblemente se fastidiaba de sus atenciones. ¡Pobres hombres!

19

Febrero 16.

SON las doce de la noche y todo está silencioso en derredor de mí, todo duerme; todo parece en calma. Cuando los otros reposan, yo estoy agitado; cuando duermen, velo. Las horas destinadas al olvido de todos los cuidados son las que escojo para meditar en silencio. Este silencio, esta soledad, son los amigos, los compañeros a quienes yo comunico mis cuitas. Ahora estoy al parecer solo; pero no es así. Mil entes de formas diversas, ya bellos, ya monstruosos vagan alrededor de mí. Mil voces mágicas y aéreas mezclándose al sordísono murmullo del viento y de las olas del Plata que se deslizan suavemente sobre la arena, halagan mis sentidos con una melodía dulce y apacible; un éxtasis divino me embarga al escucharlas; mis sentidos se adormecen, me reconcentro en mí mismo y luego se despiertan en mi fantasía mil cavilaciones sublimes. Los recuerdos se levantan gigantescos en mi memoria y lo pasado y lo futuro se despliega revestido de diversos colores ante el mágico espejo de mi imaginación. Me detengo a mi arbitrio a examinar y analizar cada objeto que se me presenta, porque soy a la vez espectador y actor; y luego cuando me fastidio, como los niños, de aquella fantasmagoría, apago la lumbre de la linterna mágica y to-

do es oscuridad y las tinieblas se suceden a las dulces ilusiones de lo pasado y lo porvenir. Así es el hombre: llevado por las alas de la imaginación remonta más y más por las regiones fantásticas de lo infinito y cada paso que da en esa esfera de quimeras e ilusiones, engendra un caos para su espíritu y una congoja para su corazón. Pero, amigo, oigo música; los sones melodiosos de una guitarra y una voz melíflua. Escucho. Adiós.

20

Febrero 17.

Mi anterior la interrumpieron los dulces ecos de una vihuela y la tierna y quejumbrosa voz de un enamorado que había escogido el silencio de la noche para venir a cantar los quebrantos de su corazón al pie mismo de la ventana donde dormía tranquilamente la causadora de ellos. ¡Qué cruel debe ser el martirio del que ama sin ser correspondido! A medida que su pasión acrece, a medida que su imaginación se engolfa en la ilusión encantadora de la posesión del objeto amado, cada desdén es un puñal agudo que se clava en su corazón, o una sierpe que roe envenenando sus entrañas; cada desengaño una nube opaca que se levanta a oscurecer el astro de su esperanza. Es de compadecer el que se halle en semejante situación. ¡Ah, mujeres, cuán

fatales son vuestros atractivos! Una mirada dulce de vuestros hermosos ojos, llena de delicias y angustias nuestros corazones y pone en tormenta deshecha nuestras pasiones tranquilas; y cuando una mirada tierna puede arrancarnos del pecho el aguijón doliente y calmar nuestra agitación, no la dais y os deleitáis en clavar más profundamente la envenenada vira y en ver consumirse en sus propios fuegos al infeliz que no fué de hielo a vuestros incentivos.

Los versos siguientes, según recuerdo, son los que cantaba el amante mal correspondido; pero esos tristes ecos los llevó el viento. Ninguna voz consoladora le dijo siguiera: "te he oído, pero tus esperanzas son vanas."

Al bien que idolatro busco
Desvelado noche y día
Y tras su imagen me lleva
La esperanza fementida;
Prometiéndome halagüeña,
Felicidades y dichas.
Angel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

Sobre el universo en calma
Reina la noche sombría,
Y las estrellas flamantes
En el firmamento brillan:
Todo reposa en la tierra,
Sólo vela el alma mía.
Angel tutelar, etc,

Como el ciervo enamorado,
Tras la corza se fatiga,
Que de sus halagos huye
Desapiadada y esquiva,
Así yo corro afanoso
En pos del bien de mi vida.
Angel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

El contento me robaste
Con tu encantadora vista,
Y sin quererlo te hiciste
De un inocente homicida.
Vuélvele la paz al menos
Con tu halagüeña sonrisa.
Angel, etc. (1).

21

Febrero 24.

Mis relaciones en este pueblo son aún muy escasas; la mayor parte de mis antiguos condiscípulos se han desparramado; he encontrado algunos, pero todos tan infatuados de presunción y de saber, que no me han quedado ganas de volverlos a ver. Tú sabes que no tengo pariente ninguno cercano; así

(1) Rimas, vol. III, pág. 183 de las obras completas. Publicada por la primera vez en el número 1º del *Recopilador* (1836), con las iniciales E. E***. — (G.).

es que paso una vida abstraída y solitaria en medio del bullicio de los hombres. Además, he sido tan desgraciado en mis primeras amistades, que no apetezco adquirir otras por no chasquearme de nuevo. Una señora muy respetable, antigua amiga de mi madre y que me profesa un cariño sincero, se ha empeñado en llevarme a algunas casas y en hacerme asistir a algunas tertulias; pero yo lo he rehusado siempre, dando por excusa el estado enfermizo de mi salud y mi poco gusto por esa clase de pasatiempos. Ella ha insistido tanto que al fin ha sido necesario ceder, y la he prometido acompañarla a una tertulia que tiene lugar una vez por semana en casa de una amiga suya. Allí iré más bien como espectador que como actor. ¿Qué placer podré yo encontrar en sitios donde reinan el regocijo y la alegría? Los corazones tristes y enfermos no se abren fácilmente al contento. El que sufre entre los felices, es un ser heterogéneo y sin atractivo. Además lo que halaga generalmente a los otros es indiferente para mí. Ya se me acabó aquella pasión por el baile y las reuniones tumultuosas que me lisonjeaba en otros tiempos. El único de mis gustos favoritos que me ha quedado, es el de la música y el canto; siempre hallo delicia en escuchar los sones armoniosos de un instrumento o los ecos melancólicos y tiernos del corazón. El infortunio ha levantado una barrera inmensa entre el mío y las distracciones mundanas. Ya me empalagan esos manjares insustanciales e insípidos que busca la

juventud anhelante. Mi ánimo necesita ahora otros alicientes para conmoverse; siento que algo me falta; pero no acierto a adivinar lo qué es. La sed me devora, pero no sé adónde ir a apagarla. Una fiebre continua me agita y saca por momentos de quicio mi razón. Mi estado es el de un volcán que no necesita sino un débil impulso para lanzar las materias inflamadas que fermentan en su seno.

22

Febrero 28.

Mi corazón es un torrente inflamado que en vano quiero comprimir, él hierve, se agita, rebosa y rompe con el ímpetu ciego de un torbellino; mi fantasía le presta sus alas y ambos me transportan fuera de mí con vuelo impetuoso y sublime. ¿Qué es, amigo, la razón cuando las pasiones son tan activas y fogosas? Si una idea se despierta en mi mente, mi imaginación se ampara de ella. La vuelve y la revuelve *dándole mil formas y revistiéndola de* apariencias monstruosas o inefables y luego se pierde con estas imágenes fantásticas en las regiones del infinito. Si un sentimiento se despierta en mi corazón, corro en pos de él con la velocidad del rayo, lo abrazo, lo comprimo en mi seno y lo reduzco al fin en mis insensatos transportes a cenizas y a nada, como el meteoro inflamado los obje-

tos que toca. Todos mis sentimientos e ilusiones son como relámpagos fugaces que ofuscan un instante con su vivo resplandor y desaparecen dejando sumergido al infeliz peregrino en lúgubre y espantable noche; así la felicidad huye de mí velozmente porque todo me sacia y empalaga o más bien porque nada es capaz de llenar este vacío inmenso de mi corazón.

Estoy asombrado de mí mismo; quisiera ver por momentos aletargadas todas mis facultades o estar sumergido en un profundo sueño. Mi cerebro es un caos donde se agita un mundo de elementos heterogéneos. Mis pasiones son infinitas y las cosas de la tierra de un día, de una hora, de un instante, son humo ante el viento embravecido o átomos en la inmensidad. Mi primer cuidado al llegar aquí fué el de obtener noticias ciertas sobre el hermano y el novio de María; un amigo empleado en la secretaría de guerra me prometió dármelas pronto, y aun hacer empeño para que se diese de baja a estos dos jóvenes, único apoyo de una familia indigente y desgraciada. Determiné aguardar el resultado de estas promesas antes de escribir a la madre de María, deseando comunicarle algo que aminorase la cruel ansiedad en que las dejé. Pero, amigo, mis esperanzas han sido burladas por una catástrofe terrible que ha venido a consumar los infortunios de esa familia, y a llenar de llanto y duelo otras muchas de nuestra campaña. El escuadrón de milicianos donde estaban incorporados el

hermano y el novio de María, ha sido destruido completamente por un enjambre de indios que los sorprendió al amanecer. Apenas escaparon ocho soldados que han venido derramando con la voz de indios y de derrota el terror y el espanto por todos los ámbitos de la provincia. El hermano y el novio de María murieron en la refriega peleando valerosamente. María ha perdido la razón, y su infeliz madre llora sobre el cadáver del único apoyo de su vejez y sobre el infortunio de su única compañera en medio del desierto. La he enviado un socorro de dinero, ya que no me es dado dar ningún consuelo a esas desgraciadas.

¡Cuántas calamidades en un solo instante! ¡Cuántas esperanzas desvanecidas! ¡Cuántos inocentes desdichados! ¿Dónde está, amigo, la mano de la Providencia? ¿Por qué abandona así sus criaturas a los tiros crueles de la fortuna? ¿No puede derramar torrentes de bien por todas partes? ¿Por qué deja, pues, al mal enseñorearse del mundo y pasear su hoz inhumana en medio de los hombres? ¿Necesita por ventura su cólera, para aplacarse, tantas víctimas, y tantas víctimas inocentes? ¿Por qué no abate al criminal, al perjuro, al homicida y no deja que la virtud viva contenta para ensalzar su nombre? ¿Por qué sufre que gima la inocencia y levante inútilmente sus yertas palmas al cielo? ¿Le cuesta tanto llenar el universo con la inmensidad de sus bondades? ¿Para cuándo las guarda? La tierra es la morada del hombre; en ella deben nacer

y fructificar las dichas y las esperanzas que alimenten su vida.

24

Enero 5.

ANOCHE, querido amigo, anoche yo dormía; un fantasma vino y llenó todas mis facultades; un velo fúnebre cubría su semblante tétrico y descarnado. Sus cóncavos ojos despedían mil flechas que traspasaban mi corazón. El pavor heló toda mi sangre; su vista me devoraba; levantó al fin su ronca voz y me dijo; tú duermes, insensato, tranquilamente, pero llegará la hora en que te sea demandada cuenta de ese reposo; llegará el día en que cada uno de los pesares que ocasionaste a tu madre, cada lágrima de las que la hiciste derramar, entrará con el peso de una montaña en el plato de la culpa. La balanza se moverá entonces y el plato de la redención subirá al cielo y el plato del pecado se hundirá en el abismo. ¡Infeliz del gusano que duda que llegará el día en que los justos sean remunerados según sus obras y los impíos según sûs iniquidades! Estas voces me aterraban, desperté y levantéme dando gritos como un furioso. Parecíame que el fantasma me seguía repitiendo a mis oídos: "¡matricida", "matricida!" Huye de mi vista, horroso fantasma, exclamaba yo con descompasadas voces,

yo soy inocente; yo idolatro a mi madre y con ella se fué mi felicidad. ¿No basta que saboree a cada instante la copa del dolor sin que tú vengas a colmar mi desesperación? Pero no, yo iré y me postraré ante el trono excelso del Altísimo; le diré mi inocencia, mi juventud, las pasiones que cegaban mi espíritu, llamaré pos testigo a mi madre y el irrevocable fallo de su justicia pronunciará mi salvación. ¡La muerte... la muerte...! Abrí entonces maquinalmente la ventana; el viento fresco del río penetró en mi aposento; toquéme el pulso y estaba febril... Mi agitación se calmó un tanto y poco a poco mi sangre tomó su curso ordinario, mi fantasía se despejó y vi que todo era un sueño. Así los pálidos destellos de la conciencia ofuscan la razón y nos hacen ver mil terríficos fantasmas. Cuando algún espectáculo imponente de la naturaleza viene a conmoverme y a dar pábulo con emociones terribles y violentas a mi fantasía, me reconcentro en mí mismo, y me entrego involuntariamente a mis cavilaciones sombrías. Ninguna idea riente se despierta en mi espíritu. Mi pensamiento es mi mayor enemigo; él me sigue por todas partes como un fantasma sombrío, que sale al paso a todos los contentos de mi corazón y los devora. Esta tendencia de mi imaginación a analizar y desear todos los objetos y ver el fondo de las cosas, me pierde y me hace infeliz. Un velo mágico y misterioso encubre la naturaleza moral. Desdichado del que ose levantarlo, porque se revelará a sus ojos atónitos el es-

queleto horrible y las formas monstruosas y descarnadas de la realidad. El hombre no nació para conocer la verdad porque ella repugna a su naturaleza. ¿No es infinitamente más feliz el gaucho errante y vagabundo que no piensa más que en satisfacer sus necesidades físicas del momento, que no se cura de lo pasado ni de lo futuro, que el hombre estudioso, que pasa lucubrando las horas destinadas al reposo? — Aquél vive por vivir, muere por morir, ignora todo, o más bien sabe todo pues que sabe ser feliz, y pasa su vida sano, robusto y satisfecho, mientras éste, obcecado de dudas, de pesares y de dolencias, arrastra una vida fatigosa y sin prestigios, buscando el fantasma de la verdad y alejándose del camino de la felicidad hasta que lo sorprende en sus sueños la muerte, y devora todas sus esperanzas. Por esto dijo un sabio; el árbol de la ciencia no produce el fruto de la vida. Sólo recoge el que siembra en terreno feraz.

¡Cuánto siento, amigo, haber venido a encerrarme en esta estrecha prisión; yo no puedo respirar entre los muros de las ciudades. Mi sangre no circula casi, aquí no hay alimento para mi fantasía, el horizonte de mi vista es muy limitado y me voy consumiendo a mí mismo poco a poco. A veces me imagino estar en medio de los llanos desiertos de nuestros campos y respirar libre su aire vivificante; me levanto, salgo de casa y camino velozmente por la primera calle que se me presenta con la vista inclinada al suelo; pero el ruido de

los paseantes, los encontrones que me dan, disipan bien pronto mi ilusión y me retiro fatigado y con el corazón oprimido. Así es que he tomado el partido de no salir a pasear sino al claro de la luna y cuando el sueño retiene a los habitantes en sus moradas. Nunca olvidaré esos placenteros días que he pasado en la campaña. Allí yo podía entregarme libremente a los caprichos de mi fantasía; la naturaleza con toda su pompa y majestad se ostentaba a mis ojos, podía contemplar el oriente y el ocaso del sol en el lejano y diáfano horizonte, e ir a contar a la luna silenciosa y a las estrellas, la angustia de mi corazón.

27

Enero 30.

AYER con la aurora dejé mi habitación, alquilé un bote y salí con dos marineros a pasearme por el gran río. El viento soplaba fresco del sur, el tiempo estaba sereno, amainamos la velilla y nos alejamos como volando de la costa. Virábamos aquí y allí y la aguda quilla de nuestro bote se deslizaba haciendo un murmullo apacible como por una superficie de cristal resplandeciente. Visitamos algunas embarcaciones extranjeras de la rada exterior, que como tú sabes, dista de 4 a 5 leguas de la costa y dirigimos nuestra proa a tierra. El viento soplaba

con vigor; las olas crecían y se encrespaban y el cielo cubierto de nubes eclipsaba los rayos del Sol. Un murmullo sordísono resonaba a los lejos y las marinas aves, nuncias de la tempestad, se mecían con vuelo oblícuo en las nubes o arrastraban sus alas por las concavidades y las crestas espumosas de la onda. Yo empuñé el timón; los marineros apuraban el remo; pero el choque de las olas y del viento inutilizaba mis esfuerzos. Nuestras fuerzas se agotaban en lucha tan desigual; el río levantaba más y más sus olas encrespadas, los relámpagos flameaban y el trueno retumbaba horrísonamente entre las nubes. El débil pino que nos sostenía, subía en la cresta de la onda hasta las nubes y luego descendía entre dos montañas móviles de agua que nos cubrían el horizonte, desplomándose al punto con murmullo horrísono en el cauce espumoso de las aguas. El instinto de la vida sustentaba nuestro ánimo y hacía redoblar nuestros esfuerzos. La costa estaba a nuestra vista, pero un mar irritado nos separaba de ella. Dominados por la idea del peligro, nuestras almas se hicieron insensibles al aspecto iracundo y terrífico de la naturaleza. Nuestras fuerzas se agotaron y los remos y el timón fueron presa de las olas. Pero la esperanza nos sustentaba en medio a los conflictos de la muerte. Un bote cargado de hombres zozobró a nuestra vista; los infelices flotaron un instante sobre las aguas; pero fueron luego envueltos en sus tumultuosos remolinos. Nosotros fuimos más felices; un torrente de

lluvia se desplomó del cielo; sopló el viento del oriente y empujado por él y por las olas, nuestro bote encalló de repente sobre la arena. La ribera estaba cubierta de gente; empapados de agua y quebrantados de fatiga, llegamos a ella después de haber caminado un largo trecho con el agua a la cintura. A mí me llevaron, no sé cómo, a casa, y ahora que te escribo, ya me encuentro restablecido y contento de un accidente que me ha hecho ver de cerca la muerte y un espectáculo maravilloso y sublime. El relámpago flamígero; el trueno horrisonante; ese hervir impetuoso de las olas; esas montañas de agua que se levantan bramando y se desploman en el abismo; el silbido del viento embravecido; esos escuadrones espesos de nubes que marchan majestuosamente chocándose con violencia y despidiendo de repente un rayo luminoso que abrasa el firmamento y nos deslumbra; esa agitación, en fin, de los elementos, han producido en mí emociones indecibles y levantado mi espíritu a una esfera sublime. Allí ningún pesar, ningún recuerdo triste vino a atribularme, y embebida toda mi imaginación en el sublime espectáculo que la rodeaba, se olvidaba del mundo y de los hombres.

28

Febrero 1º

ACABO de recibir mis libros; he separado algunos poetas y los demás pienso regalarlos a la biblioteca pública. Como sé que tú tienes una excelente colección por eso no te los ofrezco. Tú extrañarás, sin duda mi despego por lo que hizo en otro tiempo la delicia de mis días; pero te diré que ya he perdido el gusto por la lectura. Mi imaginación concibe, abarca, crea, con más rapidez que la que un filósofo emplea para escribir una frase; y mi corazón engendra más sentimientos y pasiones.

Además, encuentro que, en general, los escritores de esas ciencias son unos pedagogos insoportables; quieren tratar a los hombres como a niños y le dicen con tono magistral y un compás en la mano: este camino has de seguir para ser feliz; este sentimiento has de tener para no dejarte ofuscar por las pasiones y errar la senda; este pensamiento ha de ser el ídolo de tu mente si quieres ser siempre virtuoso y feliz; y cada uno aferrado a su infalible sistema divide en categorías al corazón humano y le señala la senda del bien y de la virtud. ¿Y a cuál, entre tanto, atenerse para no errar? A ninguno, porque todos nos han dado los desvaríos de su imaginación por reglas infalibles de moral y de filosofía. ¿Y a qué

sirve tanto fárrago de doctrinas? A llenar de dudas el ánimo, a desmoralizar al hombre y poner muchas veces a la razón en guerra abierta con los sentimientos espontáneos del corazón. Estoy convencido que el más simple campesino sabe más sobre moral que el más sabio filósofo; es verdad que él no explica ni analiza sus sentimientos; pero es feliz ignorando cómo siente y cómo piensa. A fuerza de reglas y preceptos pierden su fuerza los sentimientos más naturales, se ofusca la imaginación, y se engendran mil facticios que pervierten al corazón.

A mí me agrada el conversar con un autor que me haga confidente de sus pensamientos, porque su sociedad me instruye, despertando en mi espíritu alguna nueva serie de reflexiones; pero el que me habla en tono enfático y magistral provoca mi enojo y menosprecio. Las reglas y los preceptos violentan las inclinaciones naturales y convierten, a menudo, los sentimientos más pacíficos en pasiones frenéticas y fatales.

Un gran poeta es para mí el genio por excelencia, porque él me comunica sus sentimientos más sublimes o delicados, revestidos con el mágico colorido de la imaginación, habla a mi corazón y a mi fantasía; me deleita y me instruye haciéndome ver los extravíos y las consecuencias funestas de las pasiones exaltadas; al mismo tiempo que engrandece el círculo de mis ideas y hace fecundar en mi corazón los sentimientos elevados y generosos. Estas observaciones te explicarán mi predilección por

los libros de poesía y mi resolución de deshacerme de los de moral, filosofía, etc. Además el principio que me ha dirigido en mis lecturas ha sido siempre el de saber lo que pensó en tal época este o aquel filósofo sobre los problemas vitales de la humanidad; y como mi curiosidad se halla ya satisfecha, sus escritos me son inútiles, pues estoy convencido que la única y mejor norma para obrar bien es el corazón, cuando este no está corrompido. Pero se me dirá: ¿cómo atajar el mal de las inclinaciones viciadas? Entonces, yo responderé: nada pueden las declamaciones de la filosofía cuando el germen de la virtud está corrompido; así como la medicina es imponente cuando la gangrena ha destruido el principio vital de un órgano o de un miembro.

29

Febrero 3. 10 *de la noche.*

LA acción física es el único refugio de los corazones enfermos; ella aturde, ofusca las imágenes tristes que la imaginación engendra en sus cavilaciones sombrías. A veces acosado por mis negros pensamientos salgo y corro por las calles más desiertas como quien vuela en pos del objeto de su amor o de alguna visión encantadora, hasta que la fatiga abate mi cuerpo y amortigua la energía de mis facultades. Entonces siento aliviado el peso de

mi corazón; pero luego un rato de reposo regenera mis fuerzas y vuelve más violento el pesar a atrilarme con sus tétricas imágenes. ¿Cómo llenar este vacío inmenso que ha dejado la pérdida del único objeto querido, que alimentaba todas mis esperanzas? ¿Cómo reemplazar la inefable ilusión de los primeros años de la vida y sacar de las entrañas la amarga hiel de la congoja y del infortunio? ¿Cómo borrar de la memoria el recuerdo de una madre que nos dió el ser, sufriendo angustias mortales; que nos alimentó de su seno y nos prodigó hasta la muerte el inagotable tesoro de su cariño? ¿Cómo recordar los tiernos y generosos sacrificios del maternal sin sentir al mismo tiempo que su pérdida es irreparable? Tú sabes cuán caro costó a mi madre el cariño de su hijo... Esta idea sola me estremece; llena de dolor y acibara mi vida.

Cuando mi fantasía vigilante vaga de pensamiento en pensamiento, y algunos sueños consoladores despiertan en mi memoria los rientes devaneos de mi primera juventud; cuando la esperanza grata me sonríe y me muestra en lo porvenir, revestidos de colorido mágico, algunos rayos de consuelo, de gloria y de felicidad; aquella idea fatal me sorprende en medio de tan halagüeñas imágenes, me oprime la garganta como un espectro odioso; me hunde en un abismo desierto y tenebroso, y me dice al oído: tú estás solo en el universo. ¿De qué te sirve la vida? Entonces extiendo mis brazos desolados por los ámbitos de la tierra; busco ansioso

con la vista por todas partes; llamo en vano a mi madre con gritos descompasados y con todo el amor de mi corazón, y nadie me responde en la soledad, ninguna voz amiga viene a consolarme en mi desolación. ¿Qué es la muerte? ¿De qué me sirve la vida? ¿De qué mi juventud, mis esperanzas y el porvenir, si estoy sólo en el universo? ¡Idea horrible! ¡Idea más infausta para mí que la de la muerte! El eterno reposo; el fin de todas las angustias del corazón; tal vez la nada. ¿Y qué importa que sea la nada si se acaba de sufrir? Eternidad, nada, abismos horrorosos del sepulcro para la imaginación del hombre feliz, vosotros no me espantáis. ¿Qué importa que la tumba esté desierta? el desierto del mundo es mucho más frío y tremebundo. Vivir entre los hombres como un fantasma nocturno de que todos huyen; respirar el mismo aire y no simpatizar con ellos; sentir, pensar, sufrir solo; ocultar sus sentimientos en el fondo del corazón por no encontrar un solo ser que simpatice con ellos; hallarse rodeado de aduladores serviles o de estúpidos y orgullosos favoritos de la fortuna; vivir en fin en medio de los placeres y no poder participar de ellos; esto sí que es morar en desierto. La vida, dijo un gran poeta, no es más que el sueño de una sombra. La alimentan esperanzas engañosas, ilusiones fugaces, y cuando estos atractivos que la embellecían, se disipan sacando a luz su realidad desnuda ¿qué es la vida sino una sombra? ¿Por qué pues, perseguir con

tanto afán una imagen aérea y voluble? ¿Por qué poner tanto precio en una cosa que pierde su valor? Cuando el corazón se halla lleno de pesares, cuando los encantos del mundo se han desvanecido y nada encuentra el infeliz sobre la tierra que pueda contribuir para aligerar el peso de una existencia desolada fatigosa ¿qué es la vida? Nada, el reposo de la tumba es infinitamente más precioso, pues es eterno.

P. S. — Son las doce de la noche. He sufrido en dos horas tormentos infernales. Una especie de vértigo se amparó de mis sentidos y ofuscó mi razón. La idea de la muerte se enseñoreó de todas mis potencias; en vano yo forcejeaba por desasirme de ella; con mano poderosa, ella me apremiaba, me arrastraba hasta el borde de la tumba y señalándome su abismo me decía: pusilánime, aquí está tu reposo, un golpe solo y serás feliz.

Tomé mis pistolas, apliquémelas al cerebro; y ya iba... cuando una voz exclamó como bajando del cielo: "detente"... Las armas mortíferas cayeron de mi mano y mi cuerpo desmayado dió con ellas sobre la tierra. Entonces, amigo, la eternidad se desplegó ante los ojos de mi fantasía... El cielo... y allí, allí legiones infinitas de espíritus celestes y de justos entonaban en coro el hosanna eterno en alabanza de las glorias de Jehová, con voces que resonaban aún en los ámbitos más recónditos del universo y con armonías que hacían retemblar y saltar de júbilo a las esferas. Allí estaba mi madre; miróme con sonrisa dulce y cariñosa y

me dijo: la vida terrestre es un peregrinaje penoso y corto para la virtud; pero la vida celeste es la eterna recompensa de sus trabajos y tribulaciones. El don precioso de la existencia no te fué otorgado para que dispusieses de él a tu antojo, sino para que lo empleases en obras grandes y generosas hasta que llegue el día en que te sea pedida cuenta. Vive, hijo, como has vivido y hallarás algún día la felicidad si no en la tierra, en la morada de los justos; conserva puro tu corazón como hasta aquí, y algún día recibirás el galardón destinado a la virtud.

30

Febrero 8.

TE dije en una de mis anteriores que estaba comprometido a acompañar a una tertulia de baile a doña Ana, antigua amiga de mi madre. Acabo de entrar a mi cuarto, de vuelta, después de haber pasado dos horas, las más deliciosas de mi vida. Yo no sé cómo mi triste corazón ha podido tan fácilmente abrirse a las impresiones halagüeñas; aun no puedo explicármelo. ¡Tal vez el poder de la hermosura! ¡Tal es la magia encantadora de una alma angélica y sensible! ¡Oh inconstancia del corazón humano, que yo he pasado en un instante, del abismo de la congoja al cielo de la gloria y de las

delicias! ¿Y cómo no, amigo? He encontrado en la tertulia de... a la mujer más amable y más hermosa que existe sobre la tierra. Sí; la ilusión no me engaña; es imposible hallar reunidos en un mismo ser, más gracia con más sencillez, más discreción con más juventud, más candor con más inteligencia y talento; más amabilidad, en fin, con más ternura y sensibilidad, y yo he conversado con ella y me he embriagado de placer al mirarla y he sostenido en mis manos su cuerpo gentil y aéreo.

Eran las nueve: la concurrencia era muy numerosa y lucida y yo miraba, espectador indiferente, dirigirse sobre mí, como foráneo, las miradas curiosas de las bellas que componían aquella brillante reunión. Cuchicheaban en secreto de cuando en cuando y me parecía que se decían al oído ¿quién será este hombre tan frío y taciturno? Levantéme del rincón donde estaba apoltronado y me dirigí al sofá, donde doña Ana conversaba con la dueña de casa. Entré en conversación con ellas, mientras los jóvenes y señoras disfrutaban enajenados del dulce placer de la danza, cuyos compases seguía el piano con su armonía sonora. Usted ha venido en mal día, díjome la amable señora, nuestra tertulia está hoy algo triste; falta el alma de nuestra reunión; la señorita Luisa C... ¿Qué, no vendrá Luisita, exclamó en voz alta un concurrente? Se hace desear mucho; y al nombre de Luisita todo el concurso se puso en expectación. La contradanza se deshizo y se formaron en el recinto de la sala va-

rios grupos a conversar. —"Usted extrañará sin duda, continuó la señora, el interés que manifiestan mis amigas por Luisita, pero es preciso que usted sepa para que no se sorprenda, que esa señorita es el ornamento más lucido de esta sociedad por su carácter amable y bondadoso, y por su talento, gracias y jovialidad. Nuestros tertulianos no pueden pasarse sin ella y yo menos, pues cuando no viene me parece que falta algo en casa o que los humores no están dispuestos a la jovialidad. Desearía, le contesté, conocer una señorita tan cordialmente encarecida, pues creo que el aprecio general es el mejor garante del mérito de las personas y de la bondad de las cosas. En esto se presentó en la puerta de la sala la señorita Luisa. Toda la reunión se puso en movimiento; los corrillos se disolvieron, varios jóvenes se adelantaron a saludarla. Ella correspondió graciosamente y corrió al sofá donde yo estaba a abrazar a mi amiga, dueña de casa. Querida, por qué te has tardado tanto; te has hecho desear mucho esta noche, nuestros concurrentes estaban inquietos por tí y aun este caballero, nuevo en nuestra sociedad, ha participado del interés que todos han manifestado, pues que te creíamos enferma. — Varios incidentes me han impedido el poder venir antes y debo regocijarme de ello, pues que esta circunstancia me presta la ocasión de conocer más el sincero cariño que me profesan mis amigas y las buenas ausencias que hacen de mí. En cuando a este señor, no puedo li-

sonjearme de que mi ausencia le haya inquietado en algún modo, pero sí creo que el interés que han manifestado mis amigas haya obrado en su espíritu de un modo favorable a mi persona. — Señora, le contesté, yo he deseado, como todos, la presencia de usted, y ahora le digo sinceramente que hubiera sentido sobre manera haber perdido la ocasión de conocer a una persona tan dignamente encarecida. En esto entraron varias señoras; la conversación general se interrumpió y yo quedé hablando a mis anchas con Luisa. ¡Qué candor! ¡qué amabilidad! De sus labios encarnados fluían las palabras más dulces que la miel, más hechiceras que las del amor. La pureza de su corazón resplandecía en sus negros ojos y a medida que la escuchaba una especie de fluido magnético, saliendo de toda su persona se derramaba suavemente por todos mis sentidos y potencias y los encadenaba.

En ese momento se trató de bailar una contradanza. Varios jóvenes se apresuraron a convidarla, pero ya estaba comprometida conmigo. Salimos, rompió el piano. ¡Oh! ¡cómo se llevaba la vista de todos, qué agilidad, que gracia tan natural! Me parecía que todos me miraban con envidia porque sustentaba en mis brazos aquel talle tan airoso y elegante, aquel cuerpo tan gentil y aéreo. Jamás he sido tan bailarín ni nunca los juegos de Terpsícore me han embelesado tanto. Cesó la contradanza, continuó el baile y fué necesario ceder por prudencia mi compañera a la impaciencia de los jóvenes

que se la disputaban. Llegó mi turno al fin y salimos a bailar un vals. ¡Oh, qué delicia! Aun me parece que la sostengo en mis brazos, ligera y fragante como una Sílfide aérea impregnada del ámbar de las flores. Rompe el piano el compás y nosotros partimos como el viento, rodamos por aquí y allí por el ámbito de la sala, como los plumas en el espacio. Todo pasaba como torbellino alrededor de nosotros y aparecía confusamente. Todas las potencias de Luisa estaban en el baile y yo todo en ella. La vista de los circunstantes seguía embebida en nuestros rápidos movimientos y nosotros volábamos casi sin hollar la tierra. En aquel instante, *amigo, me parecía que un ángel me llevaba sobre* sus alas etéreas a la región inefable del amor y de la gloria. La ilusión se fué pero su dulce imagen me llena aún de delicia.

31

Febrero 10.

¡QUÉ poderoso, amigo, es el influjo de la imaginación sobre la felicidad! Ella agranda prodigiosamente las tristes imágenes que rodean al desdichado y llena a veces de ilusiones deliciosas al corazón enfermo; ella nos hunde en el abismo de la desdicha o nos sube a la cumbre de la gloria; ella

nos roba y da la copa de los deleites; ella, al fin, decide de nuestro destino.

No a todos se les ha dado con la misma medida este don funesto y divino, y no sé si será más feliz que los otros el hombre dotado de una fantasía viva y fecunda; sólo sé que he sufrido en el curso de mi vida tormentos horribles y saboreado delicias inefables. Los desengaños y los contrastes me han hecho más cauto sobre las falaces ilusiones de la imaginación; pero en vano invoco a veces la razón; ella me deslumbra, me encanta con su atractivo y me lleva en sus alas etéreas más allá de los límites de la realidad a la región fantástica de las quimeras.

32

Febrero 12.

SON las siete de la tarde. El cielo está sereno y transparente; el Plata en calma, refleja al cerúleo firmamento y ambos parecen dos amigos que se miran regocijados. Los vientos duermen y mi corazón participa de este halagüeño reposo de la naturaleza. Mil rientes imágenes vagan en derredor de mi mente y una de ellas más pura que un ángel me sonríe cariñosa y me muestra en lo porvenir un mundo de glorias y deleites inefables. ¿Qué mudanza tan repentina es ésta? No puedo explicárme-

la. ¿Serán, amigo, ilusiones fugaces como todas las que han alimentado hasta aquí mi vida? Qué importa: el náufrago que lucha fatigado con las aguas debe asirse de la primer tabla que se le presente aunque luego las olas turbulentas y encrespadas lo envuelvan de nuevo en sus tumultuosos remolinos.

33

ELLA ocupa todas mis potencias, me sigue por todas partes, la veo en todos los lugares, me sonríe en mis sueños y es el ángel tutelar de mi vida.

MEFISTOFELES

DRAMA JOCO-SERIO, SATÍRICO-POLÍTICO

He bien, Messieurs les cagots,
Je crois que vous êtes des sots.

(ANONIME).

LA VISIÓN

LA noche estaba oscura, fría y ventosa; yo me encerré como de costumbre, temprano en mi cuarto, y me puse apoltronado en mi marquesa a cavilar, cavilar. Las cavilaciones son el origen fecundo de todos los prodigios que desde Adán y Eva han escandalizado la tierra, puesto grima al cielo, y regocijado al infierno. Ellas han engendrado todos esos monstruos gigantescos que vagando por el mundo dan, ora al traste con los imperios y repúblicas, ora les suben a los cuernos de la luna para de allí caer a plomo y que se estrellen y desmenucen contra las rocas de su propia nulidad. Y cuando el meollo los concibe saturado de una cierta dosis de

fiebre ambiciosa, estúpida, fanática, guerrera, satírica, maquiavélica, de entonces, ¡pobre mundo, mísera humanidad! La tierra toda forma una batahola de gemidos y lamentos que atruenan aún a la materia inerte e insensible y asordan al cielo. Pues, como iba diciendo, yo me fuí a cavilar después de haberme sorbido dos enormes jícaras, que no eran tazas, de café. A poco rato las extremidades se me helaron como si hubiera tocado nieve, mi cerebro se inflamó y comenzó a irradiar, como un horno, calórico latente, de tal modo que llevé muchas veces la mano a la cabeza creyendo que mis cabellos ardían y que en mi cuerpo se efectuaba ese raro fenómeno denominado combustión espontánea, aunque nunca entró en él ni una gota de espíritu volátil. Luego que me hube bien asegurado por el tacto, que no ardía, porque confieso ingenuamente que soy algo inclinado al escepticismo, sobre todo desde que leí a Descartes; me arrellané en mi asiento para ver si era yo mismo el que estaba sentado, a causa que mi ser material se había disuelto con las centellas de mi fuego espiritual, cual si animado de la gracia estuviese absorto en una intuición beatífica, y me envolví todo de nuevo en la capa oscura de mi propia existencia.

Entonces empezaron a pulular en mi mente las formas más estrambóticas y grotescas que hayan entrado en cráneo humano, a pasar como los espectros de Ricardo III al través de la linterna mágica de mi fantasía. Pasaban, repasaban, y yo miraba

aquellos informes engendros, embaido, sin poder distinguirlos porque rodaban tan confusamente como esas mangas de hormigas alígeras que brotan a menudo en los días serenos del verano en nuestros campos; de suerte que estuve tentado muchas veces a confundirlos con los átomos, los monadas, los torbellinos que fueron en los cráneos de Epícuro, Leibnitz y Descartes, *non plus ultra* de los caviladores, los gérmenes de la creación. Pero felizmente mi linterna no era como la del mono de la fábula, sin luz.

Apliqué un microscopio o el disector de infinitamente pequeños o corpúsculos, y como por encanto, aquel caos empezó a ordenarse, aquellos torbellinos a calmarse, aquellos átomos a tomar forma, cuerpo y vida ante los ojos de mi fantasía. ¡Cuál fué mi sorpresa al ver que aquellos entes, antes informes y atomíticos, eran bípedos, eran mis semejantes! Me faltan palabras para decírtelo, lector mío. Sólo te confieso, como buen cristiano, que en aquel acto tuve el deseo impío de ser nigromante o endemoniado, que son sinónimos, para poder penetrar el origen de aquella transformación tan peregrina y estuve tentado de dar al traste con mi análisis por librarme del sonrojo de haber confundido a animales con hombres. Pero la curiosidad, demonio irritable, casquivano, me clavó sus aguijones y a pesar mío continué a ojear con la fantasía armada de un telescopio de Herschel aquel mundo de hijos de Adán y Eva. ¡Cielos, qué veo!

Tras..., y dí con silla, linterna mágica y telescopio en el suelo, haciéndome un chichón enorme en el cerebelo. Se evaporó mi visión fantástica y después de haber vuelto de un síncope que me duró dos horas, me encontré sentado en la cama con sinapismos de mostaza en los pies, y más triste que una primavera sin flor ni vegetación.

Pero me preguntarás, curioso lector, qué es lo vi para tanto aspaviento. Vi... vi... eran, eran... Te lo diré, si me acuerdo, en el capítulo siguiente.

CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO 1º

SIN duda los demonios son la canalla más soez y maldita que engendró la soberbia, y seguramente alguno de ellos fué el que infundió a mi espíritu la visión o enigma que acabas de leer caro lector, que ya no quiero llamar curioso, pues he visto prácticamente que la curiosidad es el vicio más funesto que produjo el pecado original desde Eva hasta el 31 de Agosto del año de Cristo de 1833; así es que os lo quiero descifrar por quitaros la tentación de querer averiguar pensamientos ajenos y cosas ocultas y misteriosas. Mejor es vivir engañado que con la verdad a cuestas, porque pesa mucho para nuestros débiles hombros. ¿Qué ganamos con saber lo que ignorábamos, o con ver palpablemente lo que aparecía a nuestros ojos cubierto con el velo confuso de la ignorancia o revestido con los colores

vagos y brillantes de la fantasía? Un desengaño, la pérdida de una ilusión. Las ilusiones son las flores de la vida; cuando aquéllas se van, ésta se marchita y desfallece. Ellas son como el aura vital que reanima la planta agostada por la aridez del invierno.

¿Conocéis, vecinos, por acaso, alguno de esos hombres que el mundo llama sabios? Pues ésos, aguijoneados por la curiosidad, perdieron el reposo del alma, encanecieron jóvenes, se privaron de las delicias de la vida, y siempre hambrientos y nunca satisfechos, caminaron por la senda de la vida buscando verdades y sembrando desengaños, y al fin de la ruta fatigosa hallaron un páramo infecundo donde no había agua para refrigerar su garganta, ni yerbas para reclinar su frente bañada de sudor y agobiada por el peso molesto de las cavilaciones, ni una voz que le respondiese en toda la naturaleza. Ved al contrario a ese campesino que no se cura de nada, que no busca ni anhela nada más que satisfacer sus necesidades instantáneas, como vive largo tiempo contento y satisfecho. Pues bien, tomad ejemplo, caro lector, y si alguna vez me sucediera cortar el hilo de la narración o estampar algún concepto oscuro y enigmático, no os dejéis seducir por el demonio de la curiosidad, deseando que él os haga conocer la esencia o nata de la materia de mi análisis, porque os sucederá algún fracaso o mal de que no podréis curaros, como yo.

infeliz, que llevaré mientras viva, por castigo, un chichón tumescente en el cerebelo.

Pero, dejando aparte digresiones y entrando en materia te diré que (gracias al telescopio con que Herschel vió tres planetas más y leyó como en un libro en el firmamento) yo vi que aquellos entes vermiculares y atomísticos eran mis semejantes, es decir, imágenes de Dios, no cuadrúpedos como quiere Rousseau, sino bípedos bimanos y con cráneo protuberante. Además vi que hablaban, disputaban y gritaban y escribían como si estuviesen reunidos en asamblea nacional o en conventículo revolucionario, donde generalmente se discute la política, ciencia lata y profunda, pero que pueden fácilmente sondear los *topos*, explicar los mudos y comentar los manitullidos, sobre todo en las repúblicas. Armaron tal barahunda aquellos hombres, que en el corto espacio de dos minutos que me duró la visión casi me dejaron sordo a fuerza de gritos, pero no tanto que mi tímpano no pudiese rastrear los tiples y bajos y contraltos de sus modulaciones vocales.

Poco a poco fuí teniendo conciencia de aquellas voces discordantes de seres racionales, y al cabo averigüé que eran no sólo de seres racionales sino también de hombres que yo conocía más o menos, pues todos habían nacido de la misma madre que yo, y eran mis compatriotas. He aquí, lector mío, la explicación del enigma. Lo que pasó después tú lo sabes mejor que yo, pues a cada rato mi chichón

me da testimonio auténtico de aquel terrible fracaso. He aquí el resultado de mi análisis microscópico provocado por la curiosidad, que para vos será tal vez muy trivial, pero para mí de una importancia grande, pues me ha producido, en buena suma, un chichón, un síncope de dos horas, la fiebre, sinapismos de mostaza, pediluvios, ventosas, refrigerantes, y otras muchas más cosas que te revelaré, si sois benévolo, cuando pueda.

SUEÑO

EMPEÑÁNDOSE han Locke y sus sectarios en probar que las sensaciones son el origen de todas nuestras ideas, y los sentidos el vehículo por el cual la humana inteligencia adquiere conocimiento tanto del visible como del invisible mundo. Berkeley y los idealistas no sólo han negado la existencia de la materia, sino también se han devanado los sesos para hacernos creer que el mundo físico no es más que una pura ilusión o fantasmagoría, y subiendo de punto en la extravagancia, han afirmado que todas nuestras ideas adquiridas o por adquirir son recuerdos de vida preexistente que el alma trae consigo a ésta perecedera.

Sin entrometerme a examinar el fundamento de estas doctrinas, quisiera yo de paso preguntar a los idealistas, si cuando voy caminando por la calle distraído, tropiezo contra un poste y me magullo

una pierna, ¿debo creer que existen postes? Y a los sensualistas, si la mental lucidez de un sonámbulo, el éxtasis de un Budhista, los raptos místicos de Santa Teresa, y sobre todo, mis sueños, tienen algo que ver con la materia ni los sentidos. Cosas hay inexplicables, y el origen primitivo de todas nuestras ideas es una de ellas. Díganlo los innumerables sistemas filosóficos abortados y reproducidos por el delirio humano. ¿Dónde está la verdad? En ninguno; las contradicciones sólo son ciertas.

¿Pero qué tiene que hacer todo esto con un sueño? me dirás, lector. Mucho, te responderé, y muy mucho, porque, habiéndome puesto a reflexionar sobre el origen del sueño que voy a contarte, ocurrieron las antecedentes dudas y no quiere mi conciencia cargar sola con ellas, siendo más púdica que la de una beata, ni menos de rondón entrar en materia por evitar la tacha de descortés o que me saluden con algún maldito interrogante al principio o fin de la lectura de este capítulo.

Gentes hay temibles como los mosquitos y pulgas en verano; que cuando uno menos piensa, le susurran al oído y le clavan el aguijón, haciéndole cortar, o cuando menos anudar el hilo de la trama que laboriosamente se está urdiendo; gente caprichosa y descontentadiza como doncella vaporosa, cuya forma característica es la de un interrogante. Por fas o por nefas siempre le han de salir a uno al paso como perro gruñidor, con el sonsonete,

¿qué? ¿cómo? ¿a qué viene eso? ¿qué quiere decir esotro? Y ¡guay! si les dais las espaldas, porque os darán un tarascón y se quedarán todavía regañando. ¡Arduo trabajo, por cierto, satisfacer a tales criaturas, y mayor embarazo topar uno con semejantes pantallas cuando anda buscando a tientas el rastro de la verdad entre el fango de las opiniones humanas!

Dios infunde sueños, dice Schiller en sus Bandidos. Acusador y juez del malvado es su propia conciencia, voz fatídica que despierto, durmiendo, a todas horas, le echa en rostro su iniquidad. El tribunal de Dios es la conciencia del hombre, y el varón justo obrando con arreglo a las inspiraciones de su conciencia, cumple con los mandatos de Dios.

Yo dormitaba, como acostumbro, puestas en cruz las manos sobre mi pecho, y oyendo el rechineo de mis dientes. Un peso enorme oprimía a mi corazón y mi espíritu estaba engolfado en un piélago de oscuridad espantosa. Esforzábame yo en vano por echar de mí aquel peso que era una congoja, y ella se asía con más fuerza de mi corazón y lo roía sañuda. Procuraba yo separar los ojos de mi espíritu de aquellas tinieblas, y doquier los volvía se me ponían delante. Mis ideas y pensamientos, todos, iban a parar al caos, y mis afectos y pasiones a dar pábulo a la insaciable voracidad de mi congoja. Los tres astros que tiene siempre a la vista el hombre en su peregrinación, el pasado,

el presente y el porvenir, se hallaban para mí envueltos en la silenciosa lobreguez de una profunda noche, y yo estaba en medio de ella como Lucifer caído, batallando con el remordimiento y la desesperación en las profundas oscuridades del abismo. Quería llorar, y la soberbia secaba el manantial de mis lágrimas; quería hablar y el vacío se tragaba lo que articulaba mi lengua. Quería levantarme y una mano de plomo me abrumaba. Mis dientes crujían y mis miembros batallaban con horribles convulsiones. Entonces yo oí, como San Juan, una voz que me dejó pasmado y heló hasta los tuétanos, y esta voz decía: ¡Oh! Fausto, Fausto, ¿qué has hecho de tu juventud? ¿Qué de tu ingenio y lozanía? ¿Por qué dejas enmohecer en inacción los resortes de tu alma? ¿Cuándo cesará el delirio de tus pasiones insensatas? El deleite como áspid adormece y mata. Tú naciste para obrar; brote, pues, omnipotente esa actividad que te roe y te consume. ¡Despierta Fausto, despierta! Deleites hay que no has gozado y maravillas que no conoces. ¡Despierta Fausto, despierta! Y levantando pujante el enorme peso que me oprimía, me incorporé y salté de mi cama atónito y sudando como si después de larga lucha hubiere vencido y derribado al enemigo, al gigante espíritu que me acosaba.

EL DIA

VINO el día y me encontró aún cavilando en las vivas imágenes que el sueño había profundamente grabado en mi espíritu, y de las profundidades de mi conciencia, saliendo una voz, repetía: ¡Despierta, despierta! Como la ambición, la sensualidad y la avaricia, así los raptos de la fantasía y del corazón producen embriaguez y adormecimiento, en cuya sabrosa dulcedumbre cebada el alma no oye ni las sugestiones de la conciencia, ni el imperioso grito de la razón.

Salí de casa cabizbajo y pensativo; por todas partes rebullía la turba. A uno la ambición, a otro el interés, a éste la sensualidad, a aquél las vanidades, a todos, en fin, los aguijoneaba alguna pasión. Hervía en las calles la *actividad humana. He* aquí la vida, me dije; todo en ella es acción y movimiento; yo sólo estoy inactivo, pues voy, vengo, pienso y me consumo en distinta esfera de los demás, sin que mis actos tengan influjo sobre los demás hombres y se rocen con ellos. ¡Despierta, Fausto, despierta!

LA NOCHE

LA luna llena subía lentamente; su faz plateada brillaba en el fondo azulado del firmamento como

el blanco rostro de uan virgen velada, y sus rubios cabellos caían sobre a tierra y la inundaban de esplendor y hermosura. Todo estaba en ésta en silencio. Dormían los hombres y sus pasiones; enfrenaba el volcán su impetuosa soberbia para cobrar con el reposo nuevo brío. Mas yo velaba solo con mi fantasía y mis pensamientos andaban como los espíritus de la noche solitarios e inquietos por el espacio. De pie en mi ventana yo cavilaba. ¡Quién tuviera alas para volar al través del éter hasta aquella esfera de inagotable luz y poder sentarse sobre aquellas cimas resplandecientes, sumergir sus ojos en los abismos del espacio y abrazar de una mirada la vasta extensión del universo! Sonó el cabildo las dos, aullaron los perros y me acordé de la tierra, del lodo, de...

Como esta noche son todas mis noches. Banco de tormento ¡maldición! sentéme en mi escritorio: los perros seguían aullando; mi cerebro ardía y mis oídos susurraban como una colmena de avispas. Hallé abierto ante mí el Fausto de Goethe y me puse a leerle, a la luz de una vela cuyo largo y negro moco semejaba a una picota, para distraer mi espíritu de ideas tenebrosas. Sofocábame el calor y abrí la puerta de mi cuarto. Leía; llenóse a poco andar mi cabeza de diablos, brujas, hechiceros, y toda la diabólica caterva de la *ronde du sabbat*, y quizá, el diablo que no duerme, me puso la pluma en la mano y me inspiró el antojo de poner en castellano el prólogo de dicha obra, que te lo copio,

caro lector, para que venga a pelo aunque no a cabo, a este cuento cuya armazón singular podría calificarse de montruosa. Pero, ¿qué son las formas? Nada más que accidentes, cosas variables y perecederas. Lo esencial es lo esencial.

PRÓLOGO

. . . . . .

. . . . . .

IBA yo aquí de mi traducción, cuando olfatée un olorcillo parecido al de azufre quemado. ¡Cosa rara sentir un olor de materia en un acto tan espiritual! Lo que me hizo pensar que yo no era poeta, pues habían podido miserables efluvios de un mineral, perturbar mi arrobamiento poético. Arrojé la pluma y ya iba a hacer san juan de mi traducción, acercándola a la luz, cuando me tiraron bruscamente del brazo con un: *stop*. Di la cara, irritado a imperativo tan absoluto, y vi (no te espeluznes lector) un injerto de bruja y diablo, un retoño carcomido de hombre, es decir, un *enano* que clavados sus ojos de chispa en los míos, y con sonrisa diabólica me miraba de hito en hito. Levantéme en un tris, lo tomé en zaga y estampé, sin más palabras, a tan descomedido huésped, un puntapié en el trasero.

Aquel maldito engendro, metiendo la cabeza entre las piernas y haciéndose un ovillo, empezó a rodar por mi cuarto, tropezando, volteando y per-

niqueteando sillas, mesas y dejándome en tinieblas, estupefacto. Monstruo maldito, ¿quién eres? exclamaba yo a oscuras, y me respondía con risotadas. ¿Dónde estás? He de hacerte alheña a patadas. Y nuevas carcajadas, y de nuevo se alumbra el cuarto y veo ante mí un hombre como de seis pies, enjunto de cuerpo y rostro, barba prominente, nariz aguileña, ojos cóncavos chisperos, pluma de gallo en el sombrero, boca formidable, que sonreía malignamente, y antes que yo resollare me dice:

¿Con qué usted, señor poeta, ha caído en la tentación de traducir a "Faust"? No sabe que eso de traducir es obra de ganapanes. Déjese de esas bicocas de poetas mendicantes y de manosear a Faut y Mefistófeles: haga de caletre, si puede, o váyase por ese mundo a emplear mejor su tiempo catequizando doncellas, magnetizando viudas, birlando empleos y metiendo su espátula en la olla gorda de la política. Déjese de miserias y entre a explorar el campo fecundo de las realidades.

—Muy bueno es lo que dices, pero, ¿quién eres tú que te arrogas la facultad de venir a ser mi mentor?

—Yo soy, y te lo digo porque interesa que me conozcas, yo soy incubo de nacimiento e hijo menor del espíritu negativo.

—En ese caso tú eres engendro de ese perverso demonio llamado Mefistófeles que engatusó al doctor Faust y has creído, sin duda, que porque soy su tocayo puedes hacer otro tanto conmigo. Pero te en-

gañas porque yo no soy alquimista, ni busco la piedra filosofal, ni deseo tener trato con espíritus para que me revelen los misterios del universo; y, además, Goethe me ha dicho ya que no hay que esperar de gente de tu calaña. Puedes retirarte; no soy el que buscas.

—Tú no me conoces: yo no he venido a engatusarte, sólo quiero hacerte un gran servicio y que tú, en recompensa, me hagas otro pequeño. Me da pena ver que gastas tus fuerzas intelectuales y corporales en sueños fantásticos, cuando el grito lastimero de tu patria las demanda. Sólo un hijo ingrato puede desconocer la voz de su madre. Tú no lo eres, y guardas un silencio culpable. Mi ocupación en la tierra es perseguir los malvados y quitarles la máscara hipócrita que les cubre. Ellos inundan el suelo de tu patria y lo devoran, y tú no lo ves. Quiero desvendar tus ojos y ayudarte a analizar el fétido esqueleto de sus torpezas, de su crápula, de su ignorancia y estupidez; quiero que guiado por mí aprendas la práctica fecunda del mundo que te rodea, y dando al través con tu melancolía dejes ese mundo fantástico de tu imaginación, en que vives, triste, oscuro, y siempre agobiado de congojas y de dolencias. Ya ves que procuro tu bien.

Para ser un demonio, tus intenciones son muy buenas; pero yo quiero paz y tranquilidad... (1).

---

(1) Aquí está interrumpido el manuscrito a menos de media página y en blanco el resto de ella.

MELANCOLIA

LA melancolía es sabrosa, dijo el escéptico Montaigne, y yo puedo asegurar que ella vierte a veces en el ánimo una especie de indefinible deleitación que con dificultad concebirán los que no hayan experimentado sus efectos. Si viniese a pelo, tal vez haría una larga y curiosa disertación sobre la materia; pero ya he divagado bastante y sólo diré dos palabras que me sirvan de escalón para pasar adelante.

Hombres hay para todo, o más bien son tan diversos los gustos e inclinaciones como las fisonomías. Sea cual fuese el origen de estas anomalías, dependan de cierto estado particular del organismo o de las caprichosas divagaciones del espíritu, lo cierto es que hay muy pocos hombres en la tierra cuya imaginación se deleite en contemplar sus propios partos, en abstraerse, en andar vagando a tontas y a locas. A estos tales, como no siguen la huella de los demás ni tienen en mira, al parecer, objetos palpables, visibles o materiales, les suelen suceder bravos chascos, porque la turbamulta que no los divisa bien, los confunde a veces con sombras o fantasmas y los mira de soslayo espantada o se sonríe, y pasa como si notase en su exterior algo grotesco y risible. Otras veces, andando desatentada en pos de lo que llama fortuna, dicha, felicidad, deleite, esta misma turbamulta, tropieza con ellos,

se hace un chichón, y entonces recapacita y ve que también son de carne y hueso aunque de distinta calaña y genealogía.

A estos tales hombres les suceden cosas raras, porque andando casi siempre distraídos, fácilmente se desvían y topan con algunas de las muchas maravillas que tiene encubiertas la naturaleza. Y estos tales hombres son poseídos del demonio de la melancolía.

Salí, pues, de casa melancólico, y siguiendo maquinalmente el impulso de mis músculos locomotores, vine a dar, sin saber cómo, a la Alameda con mi bulto, y halléme, cuando el Cabildo anunciaba las siete (hora menguada para el sol y los melancólicos, y creciente para doncellas y mozalbetes), sentado en un poyo de ella con la faz hita hacia el gran río y las espaldas a la turba de paseantes que con su charla y crujir de pies hacían un ruído algo desapacible, el cual ahogaba casi el murmullo de las olas que mansamente fluían sobre las verdosas peñas. Distraíanse, sin embargo, poco aquel ruido, porque siempre he tenido la facilidad de poder abstraerme aún en medio del mayor bullicio, y la maldita manía de conversar con mi imaginación; y en aquella sazón estaba hilando monólogos en mis adentros. Así era que mientras el numeroso concurso iba y venía, charlaba, se rebullía, sin ton ni son, en la Alameda, estaba yo allí como si no estuviese y me entretenía en observar con mi lente, porque soy miope, el majestuoso y sereno movi-

miento de las olas del Plata, cuya faz cerulea y reluciente semejaba a otro cielo, y los aéreos palacios que formaban en el firmamento blancas y arreboladas nubes y el aspecto melancólico de la tierra que parecía pesarosa de la ida del sol, el cuál, como para consolarla, la enviaba con el crepúsculo el último pero no sempiterno adiós.

En estas y otras cosas me divertía cuando sentí como una mano sobre mi hombro: di vuelta súbito, clavé mi lente algo enfadado y vi en el ángulo diagonalmente opuesto del poyo que ocupaba, una especie de hombre calvo, moreno, ñato, enjuto de rostro, ojos de gato, chisperos, que, mirándome de soslayo me mostraba al mismo tiempo las oleadas de paseantes y se sonreía malignamente, como si de ellos hiciese mofa o quisiese hacerme notar alguna rareza o deformidad suya. Tal visión no dejó de sorprenderme aún cuando mi circunspección siempre alerta, acostumbra no dejarse imponer así no más. Pero, al fin, el más bien parado seso se conmueve cuando súbitamente lo asalta alguna fea e inesperada sensación; y así me aconteció a mí, pues, irreflexivamente eché mi catalejo sobre los chorros de concurrentes masculinos y femeninos que pausadamente se escurrían susurrando de cabo a rabo de la Alameda y hacia los cuales, fijo siempre, llevaba mi vista el fatídico, seco y largo dedo de aquel feo y misterioso personaje.

¡Oh Dios! ¡Cuántas maravillas en tu creación! exclamé. Mujeres y hombres, todos aquellos vivien-

tes, en fin, convirtiéronse para mí en cuerpos diáfanos, cuyo cerebro y entrañas veía patentemente la sobrenatural lucidez de mi lente. Y, como según los sensualistas las ideas no son más que imágenes objetivas o especies sensibles, yo pude leer los pensamientos de aquella turba de seres racionales y analizar sus más recónditos afectos y pasiones. Asco y horror dióme su primer aspecto y volví a otro lado el rayo visual de mi lente, exclamando: ¡Oh Dios! ¡Cuántas miserias en tu creación! Nada vi entonces sino tristeza y oscuridad. Habíase escabullido aquel hombre o demonio instigador y alejéme velozmente de aquel sitio placentero para los otros, y para mí melancólico.

APOLOGIA DEL MATAMBRE

CUADRO DE COSTUMBRES ARGENTINAS

I

UN extranjero que ignorando absolutamente el *castellano oyese* por primera vez pronunciar, con el énfasis que inspira el hambre, a un gaucho que va ayuno y de camino, la palabra *matambre*, diría para sí muy satisfecho de haber acertado: este será el nombre de alguna persona ilustre, o cuando menos el de algún rico hacendado. Otro que presumiese saberlo, pero no atinase con la exacta significación que unidos tienen los bocablos *mata* y *hambre*, al oírlos salir rotundos de un gaznate hambriento, creería sin duda que tan sonoro y expresivo nombre era de algún ladrón o asesino famoso. Pero nosotros, acostumbrados desde niños a verlo andar de boca en boca, a chuparlo cuando de teta, a saborearlo cuando más grandes, a desmenuzarlo y tragarlo cuando adultos, sabemos quién

es, cuáles son sus nutritivas virtudes y el brillante papel que en nuestras mesas representa.

No es por cierto el matambre ni asesino ni ladrón, lejos de eso, jamás que yo sepa, a nadie ha hecho el más mínimo daño: su nombradía es grande; pero no tan ruidosa como la de aquéllos que haciendo gemir la humanidad se extiende con el estrépito de las armas, o se propaga por medio de la prensa o de las mil bocas de la opinión. Nada de eso; son los estómagos anchos y fuertes el teatro de sus proezas, y cada diente sincero apologista de su blandura y generoso carácter. Incapaz por temperamento y genio de más ardua y grave tarea, ocioso por otra parte y aburrido, quiero ser el órgano de modestas apologías, y así como otros escriben las vidas de los varones ilustres, trasmitir si es posible a la más remota posteridad, los histórico-verídicos encomios que sin cesar hace cada quijada masticando, cada diente crujiendo, cada paladar saboreando, el jugoso e ilustrísimo matambre.

Varón es él como el que más; y si bien su fama no es de aquéllas que al oro y al poder prodiga la rastrera adulación, sino recatada y silenciosa como la que al mérito y la virtud tributa a veces la justicia; no por eso a mi entender debe dejarse arrinconada en la región epigástrica de las innumerables criaturas a quienes da gusto y robustece, puede decirse, con la *sangre de sus propias venas.* Además, porteño en todo, ante todo y por todo, quisiera ver

conocidas y mentadas nuestras cosas allende los mares, y que no nos vengan los de *extrangis* echando en cara nuestro poco gusto en el arte culinario, y ensalzando a vista y paciencia nuestra los indigestos y empalagosos manjares que brinda sin cesar la gastronomía a su estragado apetito: y esta ráfaga también de espíritu nacional, me mueve a ocurrir a la comadrona intelectual, a la prensa, para que me ayude a parir si es posible sin el auxilio del *forceps*, este más que discurso apologético.

Griten en buen hora cuanto quieran los taciturnos ingleses, *roats-beef, plum puding;* chillen los italianos, *maccaroni*, y váyanse quedando tan delgados con una I o la aguja de una torre gótica. Voceen los franceses *omelette souflée, omelette au sucre*, omelette au diable; digan los españoles con sorna, *chorizos, olla podrida*, y más podrida y rancia que su ilustración secular. Griten en buena hora todos juntos, que nosotros apretándonos los flancos soltaremos zumbando el palabrón *matambre*, y taparemos de cabo a cabo su descomedida boca.

Antonio Pérez decía: "sólo los grandes estómagos digieren veneno" y yo digo: sólo los grandes estómagos digieren matambre. No es esto dar a entender que todos los porteños los tengan tales; sino que sólo el matambre alimenta y cría los estómagos robustos, que en las entendederas de Pérez eran los corazones magnánimos.

Con matambre se nutren los pechos varoniles

avezados a batallar y vencer, y con matambre los vientres que los engendraron; con matambre se alimentan los que en su infancia, de un salto escalaron los Andes, y allá en sus nevadas cumbres entre el ruido de los torrentes y el rugido de las tempesades, con hierro ensagrentado escribieron: *independencia, libertad;* y matambre comen los que a la edad de veinte y cinco años llevan todavía babador, se mueven con andaderas y gritan balbucientes: papá... papá. Pero a juventudes tardías, largas y robustas vejeces, dice otro apotegma que puede servir de cola al de Pérez.

Siguiendo, pues, en mi propósito, entraré a averiguar quién es este tan ponderado señor y por qué sendas viene a parar a los estómagos de los carnívoros porteños.

El matambre nace pegado a ambos costillares del ganado vacuno y al cuero que le sirve de vestimenta; así es, que hembras, machos y aún capones tienen sus sendos matambres, cuyas calidades comibles varían según la edad y el sexo del animal; macho por consiguiente es todo matambre, cualquiera que sea su origen, y en los costados del toro, vaca o novillo, adquiere jugo y robustez. Las recónditas transformaciones nutritivas y digestivas que experimenta el matambre, hasta llegar a su pleno crecimiento y sazón, no están a mi alcance: naturaleza en esto como en todo lo demás de su jurisdicción, obra por sí, tan misteriosa y cumplida-

mente que sólo nos es dado tributarle silenciosas alabanzas.

Sábese sólo que la dureza del matambre de toro rechaza al más bien engastado y fornido diente, mientras que el de un joven novillo y sobre todo el de vaca, se deja mascar y comer por dientecitos de poca monta y aún por encías octogenarias.

Parecer común es, que a todas las cosas humanas por más bellas que sean, se le puede aplicar pero, por la misma razón que la perspectiva de un valle o de una montaña varía según la distancia o el lugar de donde se mira y la potencia visual del que la observa. El más hermoso rostro mujeril suele tener una mancha que amortigua la eficacia de sus hechizos; la más casta resbala, la más virtuosa cojea: Adán y Eva, las dos criaturas más perfectas que vió jamás la tierra, como que fueron la primera obra en su género del artífice supremo, pecaron; Lilí por flaqueza y vanidad, el otro porque fué de carne y no de piedra a los incentivos de la hermosura. Pues de la misma mismísima enfermedad de todo lo que entra en la esfera de nuestro poder, adolece también el matambre. Debe haberlos, y los hay, buenos y malos, grandes y chicos, flacos y gordos, duros y blandos; pero queda al arbitrio de cada cual escoger el que mejor pete a su paladar, estómago o dentadura, dejando siempre a salvo el buen nombre de la especie matambruna, pues no es de recta ley que paguen justos por pecadores, ni que por una que otra indiges-

tión que hayan causado los gordos, uno que otro sinsabor debido a los flacos, uno que otro aflojamiento de dientes ocasionado por los duros, se lance anatema sobre todos ellos.

Cocida o asada tiene toda carne vacuna, un dejo particular o *sui generis* debido según los químicos a cierta materia roja poco conocida y a la cual han dado el raro nombre de *osmazomo* (olor de caldo). Esta substancia pues, que nosotros los profanos llamamos jugo exquisito, sabor delicado, es la misma que con delicias paladeamos cuando cae por fortuna en nuestros dientes un pedazo de tierno y gordiflaco matambre; digo gordiflaco porque considero esencial este requisito para que sea más apetitoso; y no estará de más referir una anecdotilla, cuyo recuerdo saboreo yo con tanto gusto como una tajada de matambre que choree.

Era yo niño mimado, y una hermosa mañana de primavera, llevóme mi madre acompañada de varias amigas suyas, a un paseo de campo. Hízose el tránsito a pie, porque entonces eran tan raros los coches como hoy el metálico; y yo, como era natural, corrí, salté, brinqué con otros que iban de mi edad, hasta más no poder. Llegamos a la quinta: la mesa tendida para almorzar nos esperaba. A poco rato cubriéronla de manjares y en medio de todos ellos descollaba un hermosísimo matambre.

Repuntaron los muchachos que andaban desbandados y despacháronlos a almorzar a la pieza

inmediata, mientras yo, en un rincón del comedor, haciéndome el zorrocloco, devoraba con los ojos aquel prodigioso parto vacuno. "Vete niño con los otros"' me dijo mi madre, y yo agachando la cabeza sonreía y me acercaba: "vete, te digo" repitió, y una hermosa mujer, un ángel, contestó: "no, no, déjelo usted almorzar aquí", y al lado suyo me plantó de pie en una silla. Allí estaba yo en mis glorias: el primero que destrizaron fué el matambre; dieron a cada cual su parte, y mi linda protectora con hechicera amabilidad me preguntó: "¿quieres, Pepito, gordo o flaco?" "Yo quiero, contesté en voz alta: gordo, flaco y pegado", y gordo, flaco y pegado repitió con gran ruido y risotadas toda la femenina concurrencia, y dióme un beso tan fuerte y cariñoso aquella preciosa criatura, que sus labios me hicieron un moretón en la mejilla y dejaron rastros indelebles en mi memoria.

Ahora bien, considerando que este discurso es ya demasiado largo y pudiera dar hartazgo de matambre a los estómagos delicados, y considerando también que como tal, debe acabar con su correspondiente peroración o golpe maestro oratorio, para que con razón palmeen los indigestos lectores, ingenuamente confieso que no es poco el aprieto en que me ha puesto la maldita humorada de hacer apologías de gente que no puede favorecerme con su patrocinio. Agotado se ha mi caudal encomiástico y mi paciencia y me siento abrumado por

el enorme peso que inconsideradamente eché sobre mis débiles hombros.

Sin embargo, allá va, y obre Dios que todo lo puede, porque sería reventar de otro modo. Diré sólo en descargo mío, que como no hablo ex-cátedra, ni ex-tribuna, sino que escribo sentado en mi poltrona, saldré como pueda del paso, dejando que los retóricos apliquen a mansalva a este mi discurso, su infalible fallo literario.

Incubando estaba mi cerebro, una hermosa peroración y ya iba a escribirla, cuando el interrogante "¿qué haces?" de un amigo que entró de repente, cortó el revesino a mi pluma. "¿Qué haces?" repitió. — Escribo una apología. — "¿De quién?" — del matambre — "¿De qué matambre hombre?" — De uno que comerás si te quedas, dentro de una hora — "¿Has perdido la chaveta?" — No, no, la he recobrado, y en adelante sólo escribiré de cosas tales, contestando a los impertinentes con: fué humorada, humorada, humorada. Por tal puedes tomar, lector, este largo artículo; si te place por peroración el fin; y todo ello, si te desplace por nada.

Entre tanto te aconsejo, que si cuando lo estuvieses leyendo, alguno te preguntase: ¿qué lee usted?, le respondas como Hamlet o Polonio: *"words, words, words"*, palabras, palabras, pues son ellas la moneda común y de ley con que llenamos los bolsillos de nuestra avara inteligencia.

LA LEYENDA DE DON JUAN

TIRSO y después Zamora fueron los poetas españoles que primero dramatizaron la leyenda de *Don Juan*. En una y otra pieza se notan chistes y agudeza de ingenio, lances de efecto, pero nada profundo. Nada revela en ellas la comprensión filosófica del carácter de Don Juan. Superficiales esbozos o producciones embrionarias de un arte plástico, o de forma, como casi todas las de la literatura española, no se descubre en esas mismas piezas, ni acción psicológica, ni pensamiento filosófico, ni afectos íntimos, sino la manifestación orgánica y animal de la pasión.

Moliére y Corneille, imitadores de Tirso y Zamora, tampoco comprendieron el carácter de Don Juan. Si recuerdo bien, la pieza de Corneille sirvió de libreto a la profunda partitura de Mozart, que interpretó con sagacidad admirable Hoffman en uno de sus cuentos fantásticos titulado Don Juan.

Byron ha escrito el D. Juan de fama universal,

Balzac su novela "El elíxir de larga vida", y Dumas un drama titulado D. Juan de Marana.

Después de los anteriores, Espronceda publica el "Estudiante de Salamanca", un D. Juan transformado en D. Félix de Montemar, y Zorrilla "la Tornera" en sus "cantos del Trovador". Confesamos que si hubiéramos nacidos españoles, o no hubiéramos soñado en tocar tal asunto o a hacerlo, habríamos procurado regalar a nuestra patria un Don Juan digno de hombrearse con el mejor del mundo. Pero contentarse con desmembrar y mutilar las colosales figuras de los Don Juanes traspirenaicos e insulares, reducir a mezquinas miniaturas sus vastas proporciones, es cosa que da lástima. Ya se ve; a juzgar por sus escritos, los regeneradores del arte en España no han salido aún de la filosofía del Padre Altieri, y en materia de creencias del catecismo del P. Astete. ¿Cómo podrían comprender de un modo vasto y sintético la grande idea personificada en Don Juan? Todas las grandes revoluciones de la filosofía y el arte en los tres últimos siglos en Europa y en lo corrido del actual, pasaron inapercibidos para los pensadores y poetas hispanos. En el siglo XVI imitan a los poetas italianos, menos al Dante. En el XVII, su siglo de oro, copian siempre a los mismos italianos, a los griegos y latinos. En el siglo XVIII y principios de éste, siguen la escuela francesa, salvo Quintana, que se levanta independiente y español. Actualmente los regeneradores se arrastran siem-

pre como satélites en torno de los grandes planetas de Galia y de Albión.

Martínez de la Rosa en Francia, y en presencia de una grande renovación del arte, traduce a Horacio y rehabilita la crítica rastrera, pedante de la *escuela, en difusas* y acompasadas anotaciones. Ochoa compila y traduce y adquiere fama de poeta y literato. Vega desmocha y mutila como otro Procusto y viste con basquiña española las obras del teatro francés, y en esa obra de ganapán adquiere fama de poeta y de literato. ¡Qué sentimientos profundos, qué noción alta y fecunda del arte podrían tener semejantes cabezas!

FONDO Y FORMA EN LAS OBRAS IMAGINACION (1)

EL fondo es el alma; la forma, el organismo de la poesía; aquél comprende los pensamientos, ésta, la armazón o estructura orgánica, el método expositivo de las ideas, el estilo, la elocuencia y el ritmo. En toda obra verdaderamente artística el fondo y la forma se identifican y completan, y de su íntima unión brota el ser, la vida y hermosura que admiramos en los partos de ingenio. El estatuario como el poeta concibe una idea, y para hacerla palpable a los sentidos, el uno le da traza en bronce o mármol, el otro la representa con las formas de la

---

(1) Los siguientes fragmentos están tomados directamente de los primeros borradores del autor, especie de bosquejos de ensayo, en los cuales, con la velocidad de un pensamiento caudaloso, se derramaban las ideas para ajustarse más tarde a lecho trazado con mayor detenimiento y estudio.

Estos ensayos, no son la exposición únicamente de una nueva estética, ni tampoco las lecciones especiales de un preceptista dentro de la limitada esfera del arte; son, en realidad, el desarrollo de uno de los medios con que el autor se pro-

palabra; la forma nace con el pensamiento y es su expresión animada.

Resulta de aquí, pues, que cada concepción poética tiene en sí su propia y adecuada forma; cada artista original sus ideas y modo de expresarlas; cada pueblo o civilización su poesía, y por consiguiente sus formas poéticas características. Las formas de la poesía indostánica son colosales, monstruosas como sus ídolos y pagodas; las de la poesía árabe aéreas y maravillosas como los arcos y columnas de sus mezquitas; las de la griega, regulares y sencillas como sus templos; las de la moderna, pintorescas, multiformes y confusas como las catedrales góticas; pero profundamente simbólicas.

---

ponía producir un sacudimiento y una transformación en el pueblo aletargado por la tiranía. Y como para semejante obra necesitaba colaboradores y la fuerza de una opinión activa, que no podía buscar ni hallar sino en la juventud, se propuso poner en manos de ésta los instrumentos con que se remueven los escombros de un edificio derruido para edificar otro nuevo. Y así como trató de iniciarla en los resortes del organismo de la libertad política con el "Dogma de Mayo", intentó igualmente desasirla de los lazos que entumecían su inspiración y la inhabilitaban para aplicar el sentimiento y la fantasía, como fuerzas sociales, al renacimiento de las ideas de Mayo que encontró casi extinguidas en la patria a su vuelta de Europa.

Como todos saben, y lo prueban sus trabajos, Echeverría acompañó el ejemplo a la doctrina, en la parte que le fué dado realizar de su pensamiento reaccionario. No era, por fortuna, bastante entendida la política gubernativa de aquel tiempo, para comprender que el libre ejercicio del pensamiento,

La esencia de la humana naturaleza, dice W. Shelegel, es sin duda simple; pero un examen más profundo nos revela que no hay en el universo fuerza alguna primitiva que en sí no abrigue virtud suficiente para dividirse y obrar en opuestas direcciones; y así como en el mundo físico se notan a cada paso consonancias y disonancias, contraste y armonía, ¿por qué no se reproduciría también este fenómeno en el mundo moral, o en el alma del hombre? Quizá esta idea nos daría la verdadera solución del problema que buscamos; quizá ella nos revelaría la causa por qué la poesía y las bellas artes han seguido entre los antiguos y los modernos tan distinto camino.

---

en cualesquiera de sus numerosas esferas, conduce a sublevarle contra todo género de sumisiones, y que emanciparse en literatura es un ejercicio saludable del espíritu que le habilita para sacudir todo yugo que pugne con los consejos de la razón. Así pudieron nacer y cundir entre los lectores jóvenes, los "Consuelos" y las "Rimas", producciones que encarnaban bajo sus formas inocentes, las intenciones profundas del reformador. Ellas ahuyentaban el sensualismo de los corazones; daban a la pasión del amor direcciones serias y profundas; abrían a la imaginación los horizontes patrios, hermoseados con galas propias; enseñaban a quejarse y dolerse de una situación con que sólo las almas muertas a la esperanza podían avenirse. Aquellos libros de versos armoniosos contenían en la personalidad de un individuo la sensibilidad atormentada y herida de un pueblo entero, y fueron por lo tanto eminentemente sociales.

El autor no vociferó, naturalmente, su secreto; pero en los estudios que hoy publicamos por primera vez, así como

Desde que el sabio dijo: no hay nada nuevo bajo el sol, lo que es fué y lo que fué será. Unas son facultades morales de la humanidad; pero el clima, la religión, las leyes, las costumbres, modificando, excitando su energía, deben necesariamente dar impulso distinto a la imaginación poética de los pueblos y formas singulares a su arte, pues sujetos están a todos los sucesos y accidentes, tanto externos como internos que su vida o su historia constituyen. La misma ley de desarrollo moral que en los pueblos, obsérvase en los individuos, y hasta en las plantas y animales, varía la forma externa conforme a la eficacia de las influencias locales.

Unas son las ideas morales del hombre; unas sus pasiones; uno su destino; su rango el mismo en

---

en las notas y advertencias lacónicas con que ilustró sus mencionadas producciones, nos dejó la clave con que pudiéramos penetrar fácilmente en los disimulos de su nobilísima y profunda intención. En ellos se ve cuán grande y vasta era para él la misión del arte, y cuán en armonía debe encontrarse el verdadero con las condiciones nuevas de los tiempos presentes. El pone a la mente en el rumbo de aquellas literaturas originales y viriles, hermanas del pensamiento que nos ha legado la fórmula del mejor gobierno en "las instituciones libres", y el hábito de ejercitar el juicio con independencia y equidad en la apreciación filosófica de los hechos históricos. Así se adelantaba, preparándose tal vez, a los progresos que sin disputa ha hecho nuestra razón en el período que nos separa de aquellos lamentables días sombríos, en que su corazón se consolaba quejándose con la arrogancia desesperada de Prometeo, como él mismo lo ha dicho en versos inmortales. — (G.).

la cadena de los seres del universo; pero el clima, la religión, las leyes, las costumbre, reprimiendo, exaltando, modificando la energía de sus facultades, deben dar a la imaginación poética de los pueblos dirección distinta; y de aquí nace que el espíritu inmortal de la poesía entre las diversas naciones, aparece revestido de formas peculiares, y que estas se alteran y varían en cada siglo con las ideas, leyes y costumbres.

El mundo físico y el moral existen, es decir, la naturaleza y la humanidad; nada puede quitar ni poner el hombre a lo que existe; pero su inteligencia observa, examina, compara, y se forma ideas erróneas o ciertas; estas ideas son su tesoro, su ciencia; son hoy el resultado de su modo de ser y de sentir, un día pasa, un siglo y vuelve a observar y ya no ve del mismo modo; mil influencias opuestas, tanto externas como internas, los sucesos de su vida que constituyen la historia, han contribuido a modificar sus opiniones; la perspectiva de los objetos ha cambiado a sus ojos. No piensa ya ahora como pensaba hace un siglo acerca de Dios, el alma, la moral, la política, la filosofía; y al paso que lo que existe está perenne, su modo de verlo, sentirlo y juzgarlo todo, cambia, y esas ideas, sentimientos y sucesos afectan diversa fisonomía, aparecen bajo diferente *forma* en la sucesión de los tiempos.

La poesía sigue la marcha de los demás elementos de la civilización, y nutriéndose, como princi-

palmente *se nutre*, de principios filosóficos, de ideas morales y religiosas, debe ceder al impulso que le dan las doctrinas dominantes en la época, sobre aquellos tres puntos centrales del mundo de la humana inteligencia.

La filosofía sensualista del XVIII° siglo, reconociendo la necesidad de una religión, y confesando la excelencia de la era cristiana, tendía sin embargo a la impiedad y al ateísmo; la espiritualista del XIX° ensalza y glorifica al cristianismo.

A la poesía de aquella era convenían bien formas imitadas, puesto que no hallando en el hombre y el universo sino materia; ni entusiasmo, ni pasión, ni fe, nada íntimo ni sublime podía expresar; agotada estaba para ella la viva fuente de la inspiración; así que sólo tuvo un poeta.

A la nuestra llena de entusiasmo y vigor que crece y espera, que ceba su espíritu en el manantial de la vida, ninguna forma antigua le cuadra, y henchida de savia y sustancia como la vegetación de los trópicos, debe brotar y crecer vigorosa y multiforme, manifestando en la variedad, contraste y armonía de su externa apariencia, todo el vigor y fecundidad que en sí entraña.

Byron al leer algunas páginas de Walterio Scott exclamaba: ¡Sublime, maravilloso! ¡pero todo se ha dicho ya! Y en efecto, el ingenio ha sondado todos los abismos; ha interrogado a la providencia, al universo; ha desentrañado del corazón las pasiones vivas, sacando a luz sus llagas y miserias y

pintando la intestina lucha de la conciencia; y siempre activo e insaciable camina sin cesar en busca de nuevas maravillas.

¿Qué hallaba el Lord en las novelas del escocés que tanto le hechizaba? La forma, es decir, el estilo, el lenguaje, la estructura, la exposición esencialmente dramática y animada de sus ideas, la poesía y la erudición exhumando y animando el polvo cadavérico de hombres y siglos que fueron.

Nosotros también al leer a Byron hemos exclamado desalentados muchas veces: ¡Sublime! ¡extraordinario! ¡pero todo se ha dicho ya! Son las formas poéticas las que varían principalmente en cada siglo, en el espíritu de cada pueblo y en las renovaciones y faces del arte, y el espíritu esencial que la fecunda y anima, pasa inalterable de generación en generación, siguiendo en su marcha todas las vicisitudes, retrocesos y adelantos del saber humano y de la civilización.

Pero la diferencia entre el arte antiguo y el moderno no sólo estriba en las formas sino en el fondo. El primero bebió sus inspiraciones en la cultura moral de los griegos y adoptó las formas que le convenían; el segundo las animó con el espíritu de su creencia y de su civilización. El uno vacía cada género de poesía en un molde peculiar; el otro no reconoce forma típica ninguna absoluta; en aquél los géneros no se mezclan, en éste la imaginación libre campea, sin ceñirse a la ilimitada esfera de las clasificaciones; en suma, en el arte antiguo la

elegía se lamenta, la oda canta heróicas virtudes, el idilio: pastores, la anacreóntica: vino, rosas y amores; la epopeya ensalza el heroísmo y solemniza la historia; la tragedia representa la lucha del hombre con el destino, en una acción funesta.

La forma de toda obra de arte, comprende la armazón o estructura orgánica, el método expositivo, el estilo o la fisonomía del pensamiento, el lenguaje o el colorido, el ritmo o la consonancia silábica y onomatopéyica de los sonidos, y el fondo, son los pensamientos o la idea generatriz que bajo esa forma se trasluce y da a ella completo y característico ser. Así es que puede decirse que el fondo es el alma, y la forma el cuerpo u organismo de las creaciones artísticas. Una obra sin fondo es un esqueleto sin alma, hojarasca brillante, sombra chinesca para los ojos; una obra toda fondo, es hermosura descarnada y sin atavío que en vez de hechizar espanta. Así es que la forma y el fondo deben identificarse y completarse en toda obra verdaderamente artística. El estatuario, como el poeta, conciben una idea; pera esa idea está en germen en su cerebro mientras no la representan al sentido; el uno revistiéndola de mármol, el otro con las formas de la palabra. Todo pensamiento, pues, tiene su propia y adecuada forma; cada artista original una idea y expresión característica; y cada siglo una poesía, y cada pueblo o civilización sus formas artísticas. Y debe ser así, porque la civilización de cada pueblo, sigue una marcha, si bien progresista,

sujeta a mil influencias opuestas, tanto físicas como morales, y a todos los accidentes y sucesos tanto internos como exteriores, que constituyen su vida y su historia. En los individuos se observa la misma ley de desarrollo moral que en los pueblos, y hasta en los seres orgánicos de un mismo género varían las formas externas, según los lugares y latitudes y modo de vivir y cultura. Vienen después las revoluciones milenarias como las invasiones de los bárbaros y el cristianismo, la conquista de América, la aparición de los hombres fásticos como Alejandro, César y Napoleón, los cuales, trastornando el orden regular de las sociedades las impelen y regeneran y depositan alguna nueva verdad moral, filosófica o política en el fondo común de la inmensa inteligencia.

Son las formas pues las que varían; toda la cuestión sobre la excelencia del arte antiguo y el moderno estriba en la forma. La forma clásica es restricta y limitada; cada género se forma, se vacía en molde dispuesto en particular. La elegía llora, la oda canta heroicidades, el idilio pastores. El romanticismo, no reconoce forma ninguna absoluta; todas son buenas con tal que representen viva y característicamente la concepción del artista. En la lírica canta y dramatiza; es heroico, elegíaco, satírico, filosófico, fantástico a la vez; en el drama ríe y llora, se arrastra y se sublima, idealiza y copia la realidad en las profundidades de la conciencia; toca todas las cuerdas del corazón y saca de ellas

mil disonancias y armonías maravillosas; da cuerpo y salientes sobrenaturales; es lírico, épico, cómico y trágico a un tiempo, y multiforme, en fin, como un Proteo. Representa todo lo terrestre y lo divino, la vida y la muerte, todos los misterios del destino humano, los accidentes de la vida en sus inmensos cuadros. Si quiere y le conviene adopta la forma griega o francesa, se ajusta a las proporciones de Calderón o Shakespeare; pero no de propósito, porque a nadie imita sino cuando el natural desarrollo de sus creaciones lo requiere; escribe en fin Otello, Fausto, Atalía. En la poesía épica ni obra según los códigos de Aristóteles, Bateux o Vida, ni sigue a Homero, ni a Virgilio, sino traza en el frontis de sus gigantescas creaciones: Divina comedia, Paraíso perdido, Messiada, Childe-Harold.

Así pues el Romanticismo fiel al principio inconcuso de que la forma es el organismo de la poesía, deja al ingenio obrar con libertad en la esfera del mundo que ha de animar con *su fiat*. Ni le corta las alas, ni lo mutila, ni le pone mordaza, y se guarda muy bien de decirle; esto harás y no aquello, pues lo considera legislador y soberano y reconoce su absoluta independencia; sólo le pide obras *poéticas* para admirarlas, obras escritas con la pluma de bronce de la inspiración Romántica y Cristiana.

Atendiendo sin embargo a la esencia misma de la inspiración poética, se pueden determinar tres formas distintas en la expresión del verbo. Forma

lírica, forma épica, y forma dramática. En la primera el poeta canta; con la segunda narra; con la tercera pone en acción los personajes históricos o fantásticos con que forma sus cuadros. En la primera las emociones del alma se exhalan en cantos, cuya entonación varía según la mayor o menor intensidad de los afectos; en la segunda la narración poética más o menos extensa, reemplaza al canto; en la tercera la acción, la narración y el canto se reunen y combinan para representar en un cuadro la vida con todos los accidentes, peripecias y contrastes. Bajo estas tres formas distintas en sí, pero idénticas en naturaleza, aparece en las diversas épocas de la historia de cada pueblo y en cada latitud el verbo eterno de la poesía...

ESENCIA DE LA POESIA

DESDE que la bondad de Dios creador y la inmortalidad del alma dejaron de ser un vago presentimiento de la humana conciencia, o una noción confusa inspirada por el genio de Platón; desde que las leyes morales tuvieron por base la revelación divina y echaron honda raíz en las entrañas de la humanidad, las fuerzas intelectuales tomaron distinto rumbo, ensancharon el poder del hombre y cambió a sus ojos la perspectiva del universo. Todo fué grave y severo para él, ningún pensamiento frívolo concibe; ningún acto indiferente pudo ejecutar — sus acciones tuvieron por pauta la justicia, sus reflexiones por blanco la verdad, y su vida toda fué consagrada al ejercicio de imperiosos deberes. Pero flaco de espíritu y de cuerpo, henchido de pasiones, en vez de lo justo obró lo inicuo, y en lugar de oír la imperiosa voz de su conciencia siguió el instinto e impulso de los animales apetitos. En vez de encontrar la verdad vagó sin tino por las tortuosas sendas del error. Así marchó el

hombre por el camino de la vida y toda su existencia no fué más que el batallar perpetuo de sus deberes y apetitos, de su inteligencia y sus extravíos. La ciencia pretendió encaminarlo, pero su antorcha fué a menudo falaz. Por certidumbre dióle muchas veces quimeras que lo alucinaron y ensorberbecieron, inspiróle el deseo de penetrar la esencia oculta de las cosas y descifrar el enigma de su existencia y de la creación sin el auxilio de la revelación. Entonces rodeáronlo las tinieblas; perdió su razón el punto de apoyo y se abismó en el caos de la incertidumbre.

Dudó de todo — del alma, de Dios, de la justicia y el deber, de sí mismo y del universo — y los sistemas nacieron y las opiniones humanas se chocaron y agitaron como las olas del mar cuando la tempestad rompe el equilibrio que en balanza las sostiene.

¿Dios creó al Universo e infundió al hombre, imagen suya, espíritu inmortal? ¿Su providencia lo sustenta y vive por leyes invariables o no? ¿El mal es simplemente la negación del bien o ley forzosa de la criatura? ¿La moral es ley divina y por consiguiente invariable, (innata o revelada) o ley humana y variable según los climas y siglos? ¿La justicia tiene por base el interés o los preceptos morales? ¿Es libre el hombre y responsable de sus actos, o no?...

La poesía debió seguir el rumbo y las excitaciones del espíritu humano...

Hemos llegado al punto de arranque de la civilización moderna; el tiempo nos muestra la primer página de otra historia; pisamos en los umbrales de un nuevo mundo compuesto de tres naciones cuya religión, leyes y costumbres son diferentes.

Echemos una mirada sobre él.

Roma decrépita, está gangrenada por los vicios y abrumada bajo el peso de su propia grandeza; pero su renombre la escuda y deja atónitos los pueblos al oír el nombre de la ciudad eterna. El mal interno que la roe extiende y dilata entretanto su veneno por sus enervados miembros; ella ríe, y se deleita, y ebria de regocijo mira desde las gradas del circo palpitar en las garras de las fieras miembros humanos, mientras sus dioses de oro y mármol nada dicen a su corazón depravado. Harta de sangre y apeteciendo emociones nuevas, se convierte en concubina de los tiranos, prostituye sus hijares a la torpe lascivia y a los más inmundos y bestiales apetitos y sumida en el ciénago de las torpezas, tiene coraje aún para deificar a los mismos que la ultrajan y envilecen.

Aletargada vive así Roma, y de repente oye gritos y una voz de los cielos que le dice: ¡Oh Roma, Roma obcecada, escucha las palabras del Salvador, del hijo de Dios vivo!

No matarás, no fornicarás, vuestros dioses son vanos, mentirosos; amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; no hay más que un solo Dios. Es la voz de los profetas que predican el cristianis-

mo. Roma ciega escarneció sus palabras, y lavó sus manos en la sangre los mártires y adornada con nuevos atavíos corrió frenética del circo al teatro, de los banquetes a los inmundos lupanares o a servir de pasto a las fieras y de escabelo a los más imbéciles tiranos.

Entonces un ruido grande como el del océano tormentoso, resonó en la redondez de la tierra. De oriente y occidente, del septentrión al mediodía, levantáronse voces desconocidas y viéronse caminar velozmente enjambres sobre enjambres de hombres nunca vistos, los cuales se movían por fuerza irresistible, se impelían los unos a los otros como las oleadas que impelen los huracanes. Suevos, vándalos, germanos, godos, tártaros, habíanse, por concierto misterioso, emplazado al Capitolio, y se prepararon a repartirse los despojos del imperio romano.

Roma al tronar de sus gigantescos alaridos salió de su letargo y se preparó a la lucha y aunque por el prestigio de su nombre tuvo a raya algún tiempo al torrente azotador, su hora había llegado, y las plagas de Dios debían vengar los ultrajes que su ambición había inferido al universo. Lenta fué su agonía para ser más ruidosa y espectable. Vencida cayó al fin cuando ya el cristianismo vestía la púrpura en Constantinopla y la Tiara se ostentaba en el Capitolio.

Consumóse la regeneración del Mundo, y el cuerpo de la sociedad antigua sintió correr en sus ve-

nas la sangre pura y ardiente de las naciones bárbaras, animado por el espíritu del cristianismo.

Los vencedores adoptaron la ley de los vencidos; pero en cambio les dieron costumbres más puras, el respeto a las mujeres y la energía de la independencia individual que habían heredado de su vida semi-salvaje. El cristianismo fué poco a poco domando la ferocidad natural de los bárbaros, extirpando los vicios y supersticiones que fomentaba el paganismo en las entradas de la sociedad romana y amalgamando la sangre, el genio, el espíritu y las costumbres de los conquistadores y conquistados y reuniendo por medio del vínculo indisoluble de una nueva religión esencialmente fraternal, para compaginar la sociedad moderna, aquellas tan diversas como enemigas razas. La humanidad entonces rejuvenecida, echó una mirada, vió ante sí un nuevo y maravilloso porvenir y llena de entusiasmo y fe emprendió una marcha progresiva al través del espacio y los siglos.

Roma vencida, dominó por su literatura, sus leyes, su lengua, que atesoraban las tradiciones de la antigua sabiduría, y las dió en herencia a las naciones que se repartieron los despojos de su imperio; y éstas, cuando salieron de las tinieblas de la infancia, se encaminaron con su luz en busca de nuevas teorías.

Roma, fué, pues, el eslabón que ligó al mundo antiguo con el mundo moderno. La providencia quiso sin duda, que dos fuerzas, una física y otra mo-

ral, se armasen para la destrucción simultánea de su gigantesco poderío. Sin la aparición del cristianismo antes de la invasión de los pueblos del norte, quizá la lengua latina desaparece, la tradición se borra y la humanidad hubiera quedado otra vez envuelta en la noche primitiva.

Durante la Edad Media, época tenebrosa en la cual, como en el caos, luchan los complejos y heterogeneos elementos de la civilización moderna, la ciencia solitaria cavilaba en los claustros, mientras la fuerza heroica daba rienda en los campos a su feroz energía. Sólo la religión reprimía sus ímpetus y daba a su pujanza una dirección más noble, moral y justa. Ante la cruz o el sacerdote doblaban la rodilla aquellos turbulentos y altivos varones, que cifraban la ley en el arrebato de sus pasiones, y el derecho de su espada. El feudalismo, resultado necesario de la conquista, convirtió la esclavitud personal antigua en servidumbre y vasallaje. El siervo de terrazgo, el feudatario, prestaban su brazo al señor para la guerra, que era entonces la condición forzosa de la sociedad, a causa de la coexistencia de tantos poderes y soberanías de origen homogéneo, pero opuestos entre sí en intereses y ambiciones.

La flaqueza era oprimida, la inocencia ultrajada, porque era tiempo de lucha y turbulencias y la justicia no era cimiento, ni la ley vínculo de la sociedad. Pero el hombre llevaba ya estampado en su conciencia el sello de una realidad esencialmente

moral, equitativa y justa, y las fuerzas de su inteligencia fecundizadas por el espiritualismo cristiano, debían necesariamente manifestar una índole particular, revestir su forma propia, y desenvolver en tiempo toda su enérgica naturaleza.

Los afectos y pasiones tomaron un carácter más ideal y sublime uniéndose al heroísmo grosero de los conquistadores del Norte, produjeron la institución de la caballería, cuyos sagrados votos encaminaban a reprimir los desafueros del espíritu militar, o de la violencia, a convertir el amor en una especie de culto, y divinizar a la mujer, a esa frágil criatura, cuyas perfecciones simbolizan la belleza y candor, que la imaginación se deleita en reconocer en *los ángeles.*

Como en la infancia del hombre, antes que las otras facultades, brotó lozana la imaginación, y el arte empezó a sembrar sus creaciones en el seno de la sociedad moderna. Los arcos diagonales, las pilastras en haz de espigas, y las bóvedas aéreas de los templos góticos, simbolizaron el pensamiento que libre de las ataduras terrestres, ambicionando lo infinito, se levanta el cielo; y la gaya ciencia al paso que celebraba las proezas de los caballeros, traducía en versos armoniosos las leyendas, consejas y fábulas populares, daba cuerpo a los entes de la nueva mitología y transformaba la caballería, el amor y los más generosos y sublimes afectos en Musas del nuevo Parnaso.

Los trovadores ejercían, además, una especie de

magistratura moral; y así como el papa era, en aquellos tiempos de tinieblas, el brazo visible de la justicia de Dios, la voz de los trovadores, era la justicia del pueblo que clamaba en favor de la inocencia y estigmatizaba a reyes, barones, eclesiásticos y papas, cuya orgullosa prepotencia ambicionaba dominar todas las jerarquías y cimentar su omnipotencia con el sudor de los humildes.

Los idiomas vulgares formados de la mezcla del latín con los dialectos septentrionales bárbaros, fueron la lengua natural de esa poesía guerrera, heroica, vagabunda, que no desdeñaban cultivar los reyes, y cuyos acentos resonaban al pie de los castillos, en los consistorios o justas poéticas, en los campos, y bajo las bóvedas sombrías de los castillos góticos, y hasta en las tiendas de los cruzados en la Palestina. Distinta de la antigua, en origen, esencia y formas, esta poesía, floreció en Francia, en Alemania, Italia y España, reflejando los rasgos característicos y nacionales de la fisonomía de cada pueblo, y el espíritu caballeresco y cristiano que animaba entonces a la sociedad europea.

Después que hubo cantado el amor y el honor, ensalzado al heroísmo, satirizado a los poderosos, esta poesía aventurera, joven, entusiasta, se fué en pos de las enseñas cruzadas a exhalar su fuego contra los infieles, y de allí volvió revestida de pompa y majestad, reflejando los colores de la aurora, exhalando incienso y aromas, adornada de nuevas y vistosas galas, embebida de las ficciones maravi-

llosas de oriente, para arrojar sus últimos cantos por boca de Ausias Marck, morir con la lengua Provenzal, y como el fénix renacer más enérgica, grandiosa y sublime.

El cristianismo dió nuevas creencias, nuevas leyes, nuevas costumbres y ejercicio distinto a la vida, al mundo civilizado de los romanos y a la Europa moderna, y por esta causa, más tarde, un arte y un saber enteramente separados y distintos del arte y saber antiguos; porque el arte y la ciencia deben necesariamente resultar del modo de vivir y pensar y ligarse de ambos.

Rayó el décimo tercio siglo y apareció Dante. La poesía moderna o cristiana tuvo su Homero y acabó le emanciparse de la antigua.

El espacio y el tiempo eran suyos; su vuelo infatigable como el de los Serafines; ella debía recorrer el mundo de la inteligencia y fijar sus proféticas miradas en el porvenir del género humano.

Brillante fué la aurora de la poesía moderna, pero antes de llegar al cenit desapareció con la lengua provenzal o lemosina, exhalando en las melancólicas trovas de Ausias Marck sus últimos y más penetrantes acentos.

La divina comedia en nada se parece a las obras del arte antiguo. Estilo, exposición, forma, estructura orgánica, no se amoldan a ninguno de los tipos anteriores.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

CLASICISMO Y ROMANTICISMO

FUERON los críticos alemanes los que primero dieron el nombre de romántica a la literatura indígena de las naciones europeas, cuyo idioma vulgar, formado del latín y dialectos septentrionales, se llamó *romance*. Pero la palabra romántica no dice sólo a la lengua, sino al espíritu de esa literatura, por cuanto fué la expresión natural o el espontáneo resultado de las creencias, costumbres, pasiones y modo de ser y cultura de las naciones que la produjeron sin reconocerse deudora de la antigua. Por eso es que con fundamento la aplicaron también a la literatura posterior que fiel a las primitivas tradiciones europeas, envanecida de su origen y religión, enriquecida con la herencia de sus mayores y la ilustración adquirida por el trabajo de los siglos, floreció lozana y pomposa en Italia, España, Francia, Inglaterra y Alemania, y opuso a la antigüedad una serie de obras y de ingenios tan ilustres y grandes como los de Grecia y Roma.

La civilización antigua y la moderna, o el ge-

nio clásico y el romántico, dividiéronse, pues, el mundo de la literatura y del arte. Aquél trazó en el frontis de sus sencillos y elegantes monumentos: Paganismo; éste en la fachada de sus templos majestuosos: Cristianismo. El uno ostenta aún las formas regulares y armónicas de su sencilla y uniforme civilización; la otra los símbolos confusos, terribles, enigmáticos de su civilización compleja y turbulenta. El uno los partos de imaginación tranquila y risueña, satisfecha de sí porque nada espera; el otro, los de imaginación sombría como su destino, que insaciable y no satisfecha, busca siempre perfecciones ideales y aspira a ver realizadas las esperanzas que su creencia le infunde.

El uno divinizó las fuerzas de la naturaleza y la vida terrestre y pobló el universo de dioses, sujetos a las pasiones y flaquezas terrestres; el otro se elevó a la concepción abstracta, sublime de un solo Dios; el uno sensual, absorto en la contemplación de la materia, se deleita en la armónica simetría de las formas y en la sencillez de sus obras, el otro ambicionando lo infinito, busca en las profundidades de la conciencia el enigma de la vida y del universo.

El uno encontró el tipo primitivo y original de sus creaciones en Homero y la mitología, el otro en la Biblia y las leyendas cristianas.

El uno puso en contraste la voluntad del hombre, el libre albedrío, luchando contra un *hado* irrevocable, inexorable, y en esa fuente bebió las terri-

bles peripecias de sus tragedias; el otro no reconoció más fatalismo que el de las pasiones, y la muerte, más Destino que la Providencia, más lucha que la del alma y del cuerpo, o el espíritu y la carne, moviendo los resortes del corazón y la inteligencia y representando todos los misterios, accidentes, convulsiones y paroxismos de la vida en sus terribles dramas...

Mientras la musa romántica pobló el aire de silfos, el fuego de salamandras, el agua de ondinas, la tierra de gnomos y el cielo y el espacio de jerarquías, de entes incorpóreos, de genios, espíritus, ángeles, anillos invisibles que ligan la tierra al cielo, o el hombre a Dios; la musa clásica dió forma corpórea visible y carnal a las fuerzas de la naturaleza y materializó hasta los afectos más íntimos, y conforme al materialismo de su esencia pobló con ellos el mundo fabuloso de su mitología.

En fin, el genio clásico se goza en la contemplación de la materia y de lo presente; el romántico reflexivo y melancólico, se mece entre la memoria de lo pasado y los presentimientos del porvenir; va melancólico en busca, como el peregrino, de una tierra desconocida, de su país natal, del cual según su creencia fué proscripto y a él peregrinando por la tierra llegará un día.

El romanticismo, pues, es la poesía moderna que fiel a las leyes esenciales del arte no imita, ni copia, sino que busca sus tipos y colores, sus pensamientos y formas en sí mismo, en su religión, en el

mundo que lo rodea y produce con ello obras bellas, originales. En este sentido todos los poetas verdaderamente románticos son originales y se confunden con los clásicos antiguos, pues recibieron este nombre por cuanto se consideraron como modelos de perfección, o tipos originales dignos de ser imitados. El pedantismo de los preceptistas afirmó después que no hay nada bueno que esperar fuera de la imitación de los antiguos y echó anatema contra toda la poesía romántica moderna, sin advertir que condenaba lo mismo que defendía, pues reprobando el romanticismo, reprobaba la originalidad clásica y por consiguiente, el principio vital de todo arte.

El pedantismo de las reglas logró formar sectas en Francia y dictar sus fallos desde los sillones de la Academia, y después de haber *roué vif Pierre Corneille, baillonné Jean Racine,* se encarnó en Boileau, escritor agudo y correcto a quien debe mucho la lengua francesa; pero mal poeta y peor crítico, y han sido necesarios dos siglos y una larga y encarnizada lucha, para dar por tierra con ese ídolo, que esterilizó los mejores ingenios franceses, *et qui n'a noblement rehabilité John Milton qu'en vertu du code épique du P. Le Bossu.* Madama de Staël que importó el romanticismo de Alemania, fué la primera que lo atacó cara a cara; y el famoso Víctor Hugo le dió el último golpe cuando en el prefacio del Cromwell dijo: la reforma literaria es-

tá consumada en Francia y aniquilado totalmente el clasicismo.

Pero las doctrinas clásicas de Boileau que se derramaron por toda Europa, merced al brillo y fama de la literatura francesa en tiempo de Luis décimo cuarto, en ninguna parte de ella consiguieron aclimatarse. En Inglaterra donde el romanticismo era indígena, mal podía medrar a la sombra de Shakespeare, y el Catón de Adisson fué su mejor fruto. Wieland lo adoptó en Alemania; pero Lessing como crítico y poeta proclamó la independencia de la Nueva Germania, e hizo pasar el Rhin a las doctrinas clásicas. Alfieri en Italia se sujetó a sus leyes y a pesar de eso fué gran poeta. Con la dinastía borbónica entraron en España, y Luzán se encargó de propagarlas, pero sólo a fines del siglo pasado los titulados reformadores de la poesía castellana, desconociendo la riqueza y la originalidad de su literatura, las siguieron fielmente en sus obras. Lástima da ver a Quintana, ingenio independiente y robusto, amoldando la colosal figura de don Pelayo, a las mezquinas proporciones del teatro francés, cuando por otra parte, en sus poesías habla con tanta energía al espíritu nacional y se muestra tan español. Pero es manifiesto que aquel suelo repele al clasicismo como a planta exótica, pues no han conseguido popularidad sus obras, y el romanticismo así como el liberalismo han invadido los Pirineos, y ambos pretenden regenerar la España y volverla:

Su cetro de oro y su blasón divino.

El espíritu del siglo lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar la independencia, no sólo política sino filosófica y literaria; a vincular su gloria, no sólo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y espontáneo ejercicio de sus facultades morales y de consiguiente, en la originalidad de sus artistas.

Nosotros tenemos derechos para ambicionar lo mismo y nos hallamos en la mejor condición para hacerlo. Nuestra cultura empieza: hemos sentido sólo de rechazo el influjo del clasicismo; quizá algunos lo profesan, pero sin séquito, porque no puede existir opinión pública racional sobre materia de gusto en donde la literatura está en embrión y no es ella una potencia social. Sin embargo, debemos antes de poner mano a la obra, saber a qué atenernos en materia de doctrinas literarias y profesar aquéllas que sean más conformes a nuestra condición y estén a la altura de la ilustración del siglo y nos trillen el camino de una literatura fecunda y original, pues, en suma, como dice Hugo, el Romanticismo no es más que el Liberalismo en literatura...

En suma, la poesía griega, o clásica, es original porque fué la expresión espontánea del ingenio de sus poetas y presentó en sus distintas épocas el desenvolvimiento de la civilización griega, pero fundada en costumbres, moral y religión que no son nuestras; y sobre todo en fábulas mitológicas que

consideramos quiméricas y debemos, como dice Shelegel, considerarlas como juegos brillantes de la imaginación, que entretienen y regocijan; mientras que la poesía romántica que está arraigada a lo más íntimo de nuestro corazón y de nuestra conciencia que se liga a nuestros recuerdos y esperanzas, debe necesariamente, excitar nuestro entusiasmo y hablar con irresistible y eficaz elocuencia a todos nuestros afectos y pasiones.

Los poetas modernos que se han arrogado el título de clásicos, porque, según dicen, siguen los preceptos de Aristóteles, Horacio y Boileau y embuten en sus obras centones griegos, latinos y franceses, no han advertido que en el mero hecho de declararse imitadores dejan de ser clásicos, porque esta voz indica lo acabado y perfecto y por consiguiente lo inimitable.

Creo, sin embargo, que imitando se puede, hasta cierto punto, salvar la originalidad; pero jamás se igualará al modelo, como lo demuestran ensayos de ingenios eminentes. Pero este género de emulación no consiste, como en los bastardos clásicos, en la adopción mecánica de las formas, ni en la traducción servil de los pensamientos, ni en el uso trivial de los nombres, que nada dicen, de la mitología pagana, que a fuerza de repetidos empalagan, sino en embeberse en todo el espíritu de la antigüedad, en transportarse por medio de la erudición y del profundo conocimiento de la lengua y costumbres antiguas al seno de la civilización griega o

romana, respirar el aire de aquellos remotos siglos y vivir en ellos, en la Agora como un griego o en el Foro como un romano y poetizar entonces como un Píndaro o un Sofocles. Pero la empresa sobrepuja al ingenio humano y es de todo punto irrealizable. Racine, Goethe, Alfieri, la han acometido con éxito en la tragedia; y en este siglo Chenier ha imitado a Teocrito, pero sin dejar de ser poeta cristiano.

Toda obra de imitación es de suyo estéril y más que todas, la de los clásicos bastardos y la que recomiendan los preceptistas modernos, pues tiende al suicidio del talento y a sujetar al despotismo de reglas arbitrarias y a la autoridad de los nombres el ingenio soberano del poeta. Como creador es llamado a no recibirlas sino a dictarlas, pues es incontestable que el ingenio para no esterilizar sus fuerzas debe obrar según las leyes de su propia naturaleza o de su organización.

La cuestión del Romanticismo no ya, pues, entre la excelencia de la forma griega o de la forma moderna, entre Sófocles o Shakespeare, entre Aristóteles, que redujo a teoría el arte griego, y el romanticismo, sino entre los pedantes, que se han arrogado el título de legisladores del Parnaso, fundándose en la autoridad infalible del Estagirita y de Horacio, y el arte moderno; es decir, entre Boileau, Bateux, Bossu, Dacier, La Harpe, Vida, y el Dante, Shakespeare, Calderón, Goethe, Milton, Byron... Los griegos han alcanzado la suprema per-

fección y son los modelos que es preciso imitar, so pena de no escribir nada bueno. Pero ¿el reflejo reemplazará la luz? ¿El satélite que gira sin cesar en la misma esfera podrá compararse al astro central y generador? Virgilio con toda su poesía no es más que la Luna de Homero.

¿La imitación igualará al modelo? Y dado que lo iguale, ¿tendrá la copia el mérito del original? No. Luego es mejor producir que imitar. Bueno, pero, observadas las reglas — ¿qué reglas? — Las de Aristóteles que nosotros profesamos. Probado está ya que el arte moderno, distinto del antiguo, no las reconoce porque tiene las suyas que no son otras que las eternas de la naturaleza, fuente viva o inagotable de la poesía.

Vosotros y vuestros sectarios, habéis observado las reglas, habéis imitado los modelos, y ¿qué habéis hecho? Veamos. Ni la musa antigua, ni la moderna adoptan vuestras obras. Ambas las consideran espurias y bastardas. ¿Queréis, acaso, que os imiten? Ah! *imiter des imitation! Grâce!* Ahora bien, llegados a este punto, ¿qué hacer? Abrevarse en la viva e inagotable fuente de toda poesía — la verdad y la naturaleza.

La Mitología es el asunto principal de la tragedía griega: el coro representa la parte ideal, y el libre albedrío del hombre, luchando contra el destino inexorable, divinidad misteriosa e inaccesible a cuya ley irrevocable obedecían aún los mismos dioses.

Los clásicos franceses no han tomado de la tragedia antigua sino lo peor, y vanagloriándose de imitar a los griegos, que consideraban tipos del arte, escudaban su sistema con la infalible autoridad de Aristóteles para darle más importancia y autoridad. Pero en el fondo su sistema es distinto, puesto que desecharon, considerándolo sin duda como accesorio, lo que constituye la esencia de la tragedia. La excelencia, pues, del teatro francés, no puede ser absoluta ni servir de regla universal, pues, ni como pretenden, se apoya en los sublimes modelos griegos, ni tiene por sí el asentimiento de tres grandes naciones, ni puede ofrecer a la admiración de los hombres, mayor número de obras extraordinarias, ni genios tan colosales como los de Calderón, Lope de Vega, Shakespeare, Goethe y Schiller. Verdad es esta, reconocida hoy por los mismos franceses, quienes a par de los extraños, confiesan ser debida la inferioridad de su teatro, a las mezquinas y arbitrarias leyes con que el pedantismo ignorante, cortó el vuelo de sus dos grandes ingenios, Corneille y Racine, y sofocó posteriormente el desarrollo de teatro. — *Qu'aurait-ils donc fait, ces admirables hommes, si on les eut laissé faire?* exclama Víctor Hugo. *Que de beautés pour tant nous coutent les gens de gout depuis Scudery jusqu'a La Harpe! On composerait une bien belle œuvre de tout ce qui leur souffle aride á seché dans son génie...*

La mitología es la base o el asunto; Homero la

fuente; el coro, personaje ideal y moral, el centro o eje de la acción; los resortes, el libre albedrío, el hombre luchando con el Hado inexorable, divinidad espantable, terrible, misteriosa e inaccesible, a cuyos irrevocables fallos obedecían aún los mismos dioses, como queda dicho.

Esos trágicos, cuando han tratado asuntos mitológicos y la ruda e ingenua sencillez de las costumbres antiguas, adulteraron la historia, poniendo en boca de personajes heroicos, griegos y romanos, pasiones y los afectos caballerescos y hasta la galantería de los tiempos de Luis XVI. . .

La poesía Romántica no es el fruto sencillo y espontáneo del corazón, o la expresión armoniosa de los caprichos de la fantasía, sino la voz íntima de la conciencia, la sustancia viva de las pasiones, el profético mirar de la fantasía, el espíritu meditabundo de la filosofía, penetrando y animando con la magia de la imaginación los misterios del hombre, de la creación y la providencia; es un maravilloso instrumento, cuyas cuerdas sólo tañe la mano del genio que reune la inspiración a la reflexión, y cuyas sublimes e inagotables armonías expresan lo humano y lo divino.

En cuanto a las unidades de tiempo y lugar en el drama, el arte moderno piensa que todo lo humano, sea histórico o fingido, debe realizarse en tiempo dado, en tal lugar, y que por consiguiente, las condiciones necesarias de su existencia son el espacio y el tiempo. Penetrado de esta idea, el poeta

romántico finge un suceso dramático o lo forma de la historia, concibe en su cerebro la traza ideal de su fábrica, la arregla y coloca según la perspectiva escénica, y después la echa a luz, completa, como Minerva de la frente de Júpiter. No procede como los clásicos que ajustan a una forma dada los partos que ni aun concibió su cerebro, resueltos como Procusto, a recortar y desmembrar lo que pasa de la medida. Ni mutila la historia ni descoyunta por ajustar su obra a reglas absurdas y arbitrarias; sólo las deja desarrollarse y extenderse según las leyes de su naturaleza y organización. Si el suceso que dramatiza pasó en tres, ocho o veinte y cuatro horas, santo y bueno, habrá observado la receta clásica; si en diez o veinte, aquende o allende, no corrige a la Providencia que así dispuso sucediese, y cuando más, si le conviene, lo circunscribe y concentra para dar realce y cuerpo a las partes de que se compone y representarlas a los ojos con más viveza y colorido, con más realce, naturalidad y grandeza. Así el arte moderno crea a Wallestein, Otello y Fígaro.

No pone, como Moratín, al frente de sus prosaicas miniaturas: "La escena es una sala de la tía Mónica. La acción empieza a las cinco de la tarde y acaba a las diez de la noche."

La única regla legítima que adopta y reconoce el Romanticismo, no como precepto aristotélico, sino como ley esencial del arte, porque el ojo como la inteligencia, no puede abarcar a un tiempo dos pers-

pectivas, es la unidad de acción o interés, pues considera que toda obra concebida por la reflexión y ejecutada por el talento, debe necesariamente desenvolverse conforme a las leyes de proporción y simetría y orden, inherentes a los actos de la inteligencia y las cuales, aún cuando no quiera, debe observar el *genio*.

En toda obra verdaderamente artística, pues, la curiosidad encontrará alimento, el interés será sostenido, y todas las partes accesorias, todas las acciones secundarias, gravitarán en torno de la acción central y generadora que se ha propuesto dramatizar el poeta, la cual es el alma y la vida de su concepción primitiva.

REFLEXIONES SOBRE EL ARTE

La sociedad es un hecho estampado en las eternas páginas de los siglos, y la condición visible que impuso a la humanidad la Providencia, para el libre ejercicio y completo desarrollo de sus facultades, al darle por patrimonio el universo. En la esfera social, pues, se mueve el hombre, y es el teatro donde su poder se dilata, su inteligencia se nutre y sucesivamente aparecen los partos de su incansable actividad.

Los primeros pasos del hombre en el mundo social son como los del niño mal seguros e inciertos: la materia lo absorbe; dominando los apetitos, su tosco sentido sólo confusamente percibe las maravillas de la creación, mientras su alma dormita incubando los gérmenes de su futuro engrandecimiento. Pero marcha el hombre y se robustece; adquieren sazón sus potencias con el ejercicio, y poco a poco va realizando las leyes de su ser. En vano la fuerza, la superstición, el error y otras mil calamidades quieren poner a raya y sofocar el ins-

tintivo impulso que lo lleva: ceja el hombre un momento, mas se recobra luego, lucha, arrolla los obstáculos, triunfa y sigue adelante.

Así obrando incesantemente la humanidad progresa y convierte en hechos *visibles* todas las ideas que la contemplación del externo mundo le inspira, todas las nociones que al abrir en su infancia los ojos de la razón vió como grabadas en el fondo de su conciencia.

Su activa inteligencia aplicándose con ahinco al conocimiento de los fenómenos, propiedades y leyes de la naturaleza inorgánica y animal, da ser a las ciencias matemáticas y naturales; su imperiosa voluntad modificando las cosas que le estorban, las artiza de modo que puedan contribuir a su provecho y crear los prodigios de la industria.

La contemplación del universo lo lleva a reconocer una causa, un artífice supremo, un Dios; y de ahí la religión, cuya simbólica forma es el culto.

La noción de lo justo, confusa e incierta en la noche de las sociedades primitivas, pasa del hombre a las leyes; estrecha el vínculo, y acrisolándose y tomando sólido asiento en los espíritus, llega a ser con el tiempo el incontrastable cimiento del Estado, salvaguardia del orden y de todos los derechos.

Y la noción de lo bello purificada y fecundada por el entusiasmo y la reflexión produce al fin las maravillas del Arte.

Es, pues, el Arte el resultado, la visible manifestación de una necesidad especial de la humana in-

teligencia y tiene, como las obras que acabo de enumerar, raíz profunda en ella.

La historia de todos los pueblos le consagra su página más brillante, y atestigua que donde quiera que han existido sociedades que alcanzaron cierto grado de cultura, hubo también espíritus creadores y pueblos capaces de sentir y venerar las obras del Arte. El Egipto ostenta aún sus gigantescas pirámides, toscos simulacros de la infancia del arte. La Grecia debe mayor lustre a algunos de sus poetas y escultores que a la sabiduría de sus filósofos y legisladores. Roma cansada de batallar y vencer, adorna sus trofeos con las galas del arte griego y pretendiendo ser émula no es sino imitadora.

Los incas y mejicanos mismos, pueblos semisalvajes, cultivan las artes; y hasta los pampas y demás tribus nómades tienen sus cantos guerreros con que celebran las hazañas heroicas, perpetúan su memoria, y se infunden espíritu en los combates.

Poderosa sin duda, debe ser esa facultad del espíritu humano para concebir la idea de lo bello y representarla al sentido, pues que, como dice Shlegel, a los pueblos que llamamos bárbaros y salvajes la ha otorgado también el cielo.

Pero no tiene el arte por blanco exclusivo, como las ciencias y la industria, lo útil; como la religión interpretar la fe que nos liga al Creador; como el Estado hacer reinar la justicia. Es del arte discernir, tanto en el interno como en el externo mundo, tanto en lo físico como en lo moral; tan-

to en la criatura como en sus actos; tanto en lo finito, como en lo infinito, lo más bello, heroico y sublime, lo más noble y generoso, y aplicarse a representarlo en forma visible con animados colores haciendo uso de los instrumentos adecuados. Es del arte glorificar la justicia, dar pábulo a los elevados y generosos afectos, hacer el apoteosis de las virtudes heroicas, fecundar con el soplo de la inspiración, los sentimientos morales; los principios políticos, las verdades filosóficas, y poniendo en contraste el dualismo del hombre, la perpetua lucha del espíritu y la carne, de los apetitos sensuales y los deseos infinitos, hacer resaltar su dignidad moral y su grandeza.

Divina por cierto es la misión del arte; y si bien no aparece a primera vista tan palpable su objeto y tan manifiesta su importancia a las sociedades poco ilustradas o embebidas aún en el arduo empeño de mejorar su condición civil y política, su bienestar e interés; él sin embargo, a par de los elementos de la civilización, ejerce secretamente una poderosa influencia, y va recobrándola con el progreso de la cultura y el tiempo.

Comprende el Arte, la música, las artes del dibujo y plásticas, o las conocidas con el nombre de bellas artes o artes libres. Yo me ceñiré sólo a hablar de la primera de todas ellas, según Schlegel, de la poesía, y procuraré determinar su objeto, su carácter y formas en nuestro siglo, y me aventuraré a señalar el camino que, a mi ver debe seguir,

a hacer algunas conjeturas sobre su porvenir en nuestro país.

En nuestra alma, como sabéis, hay dos partes, dice Fray Luis de León. Una divina, que mira al cielo, y apetece, cuanto de suyo es (si no la estorban y oscurecen) lo que es razón y justicia inmortal de su naturaleza, y muy hábil para estar sin cuidarse en la contemplación y en el amor de las cosas eternas. Otra de menos quilates, que mira a la tierra y que se comunica con el cuerpo con quien tiene deuda y amistad; sujeta a las pasiones y mudanzas de él, que la turban y alteran con diversas olas de afectos; que teme, que se acongoja, que codicia, que llora, que se engríe y ufana, y que, finalmente, por el parentesco que con la carne tiene no puede hacer sin su compañía estas obras. Estas dos partes son como hermanas nacidas de un vientre en una naturaleza misma, y son de ordinario entre sí contrarias y riñen y se hacen guerra. Y siendo la ley, que esta segunda se gobierne siempre por la primera, a veces, como rebelde y furiosa, toma las riendas ella del gobierno, y hace fuerza a la mejor; lo cual le es vicioso, así como le es natural el deleite, y el alegrarse y el sentir en sí los demás afectos que la mayor parte le ordenare. Y son propiamente la una como el cielo, y la otra como la tierra, y como un Jacob y un Esaú, concebidos juntos en un vientre y que entre sí pelean.

Estas palabras encierran la fuente de la poesía

moderna o cristiana y le dan traza y forma distinta de la antigua o pagana.

El amor cristiano, es decir, tal cual nuestra religión y costumbres lo han engendrado, no es la idolatría exclusiva de la belleza; no Cupido el ligero y ciego rapaz, disparando flechas ígneas de su inagotable carcaj; es la misteriosa unión de dos almas, la armonía de dos afectos, el inefable concierto de dos voluntades, consagrando, glorificando con su música los indecibles arrobamientos del deleite. Si despreciado, es la rabia, los celos, el frenesí, el despecho, la melancolía, el infierno; si correspondido, la gloria íntima y la angélica deleitación anegando el alma, el sentido, la carne.

Claro está que un amor semejante debe transfigurarse y tomar infinitos y diversos caracteres en el corazón humano, y de ahí nace que esta pasión es la más fecunda, variada e inagotable fuente de poesía.

El amor pagano era puramente sensual; se fijaba sólo en la forma; no nacía del corazón; iba sí, a él, en una flecha encendida que el travieso niño le asestaba y derramaba en la sangre volcanes cuyo incendio sólo apagaba las olas del Leucate. El cristiano tiene raíz en lo más íntimo del humano ser; se identifica con todas las potencias, es físico y moral a la vez; apetito y deseo, esencia y forma; pasión humana en suma, divina en cuanto aspira a deleites inmortales, terrestre, en cuanto carnal y perecedera, y como tal manifestando la doble na-

turaleza del hombre . . . . . .

. . . . . .

Si el arte abarca y domina la esfera toda del pensamiento; si además se pule y perfecciona con el progreso de las luces, si en su fuente bebe los tesoros con que anima y fecunda sus inspiraciones; si las ideas que adquiriendo va la humanidad en su incesante labor son los elementos que emplea para compaginar sus creaciones, claro está que él debe ser el vivo reflejo de la civilización, revestir en las diversas épocas de su desarrollo forma distinta y aparecer con caracteres especiales en cada sociedad, en cada pueblo, en las diferentes edades que constituyen la vida de la humanidad; y así como cada nación tiene su religión, sus ciencias, sus costumbres, su civilización, en fin, debe tener su arte.

Tres grandes civilizaciones, cuyos elementos son distintos reconoce la historia: civilización asiática, civilización griega, romana, antigua; civilización europea o moderna.

La primera, foco primitivo de luz, sola y aislada, desenvolvió espontáneamente la energía de sus fuerzas y permanece siglos ha estacionaria, habiendo en distintas épocas reflejado su luz sobre las otras dos: la segunda recorrió la esfera del progreso, y subió al apogeo de su esplendor, y cayó y se abrumó con el imperio de Oriente. Formóse la última, de la mezcla heterogénea en su origen entre los pueblos del Norte y las naciones depositarias de

los preciosos restos de la antigüedad y el cristianismo.

Los griegos han sido y serán siempre nuestros modelos en las artes y ciencias, mientras que los romanos forman el punto de tránsito entre la antigüedad y los tiempos modernos.

En los primeros siglos de la edad media, estos tres elementos luchan y poco a poco se combinan, sembrando en la sociedad europea, las semillas de la civilización moderna, y abriéndo hondo y nuevo camino al arte...

ESTILO, LENGUAJE, RITMO, METODO EXPOSITIVO

EL estilo es la fisonomía del pensamiento, a cuyos contornos y rasgos dan realce y colorido el lenguaje, los períodos y las imágenes; así es que las obras del ingenio reflejan siempre formas de estilo originales y características. Los escritores mediocres no tienen estilo propio porque carecen de fondo; y ora imitan el de éste o aquel autor que consideran clásico, ora hacen pepitoria de estilos; pero sus obras correctas y castizas a veces, ni salen del linaje común, ni hieren, ni arrebatan.

Cada pensamiento, pues, cada asunto, requiere expresión conforme, y de aquí nace la diversidad de estilos, cuya clasificación menuda podrá verse en los retóricos.

El estilo de Bossuet es grandioso como sus pensamientos; el de Cervantes, en su Quijote, festivo, agudo y verboso como la andariega y lujuriante fantasía de su héroe.

Quevedo es el escritor español más rico en for-

mas de estilo, (salvo los conceptos y agudezas que de puro acicalados se pierden de vista) salpicado de chistes y travesuras, ora lleno de nervio y robustez, ora sentencioso y florido, casi siempre original y a menudo elocuente.

Imitar estilos es como hablar sin pensar; y zurcir frases para componer centones. (1).

Hombres hay que expresan lo alto y bajo del mismo modo, y otros que con solimán y oropel procuran encubrir la vulgaridad o la tenue e invisible trama de sus conceptos; unos y otros, privados de gèrmen productivo, creen que el estilo consiste en las palabras, o en la mecánica combinación de los períodos y frases. (2).

En las lenguas no aplicadas aún a todo género de conocimientos, difícil es alcanzar formas de estilo convenientes para expresar nuevas ideas, pues con tosco e imperfecto instrumento, por hábil que sea el artista, mal puede modelar las concepciones de su inteligencia. Dante, Boccacio, Petrarca, en Italia, Shakespeare en Inglaterra, no sólo fueron grandes porque crearon la poesía de sus respecti-

(1) El estilo es inimitable, puesto que nace como asido a la forma del pensamiento, la cual caracteriza y completa.

(2) El estilo de la prosa y el de la poesía son distintos. El prosista colora a veces sus cuadros con los tintes de la poesía; pero este arte completo y excelente en sí, en nada se liga con aquélla y vive de su propio fondo.

Gentes hay que dan el nombre de poeta al versificador, como si el arte más sublime pudiese confundirse con la labor del mecánico.

vas naciones, sino también porque extendieron el señorío del idioma que hablaban, y le dieron un empuje maravilloso.

Mina rica es la lengua española en cuanto a la expresión de rasgos espontáneos de la imaginación y a la pintura de los objetos materiales, y estoy seguro, sin haber leído ninguna, que las novelas caballerescas españolas de la Edad Media, se aventajan a las de las otras naciones europeas en brillo y pompa de colorido. Pero es inculta en punto a filosofía, y materias concernientes a la reflexión y a los afectos íntimos, y esto se explica por la carencia de fecundos y originales autores en aquellos ramos del saber humano.

Antes del décimo sexto siglo el escolasticismo, el misticismo y la poesía nacional que representa las costumbres y la existencia individual de los pueblos, preocuparon y absorbieron casi exclusivamente a los ingenios españoles, y en el siglo de oro de la hispana literatura lo fué más por la copia de escritores que ensancharon y enriquecieron aquel primitivo espíritu de la civilización y fijaron en sus escritos la habla culta y pulida, trivial entonces, por el desarrollo y abundancia de nuevas ideas y conocimientos; mientras que los siglos igualmente denominados de oro, de Pericles, Augusto y Luis XIV, el saber y la lengua de frente marcharon y extendieron maravillosamente su jurisdicción.

La España, sin embargo, puede vanagloriarse de

haber producido entonces, y antes que otras naciones sus émulas, a Granada, Lope, Luis de León, Herrera, Rioja, y de ofrecer a la admiración del mundo en el décimo séptimo siglo los nombres de Quevedo y Calderón; a pesar que desde aquella época, cercada y embestida constantemente por las olas de la civilización europea, permanece estacionaria, desdeñando indiferente u orgullosa sus tesoros, y sin que aparezca en su seno ningún escritor de genio regenerando su lengua y su cultura intelectual.

La América, que nada debe a la España en punto a verdadera ilustración, debe apresurarse a aplicar la hermosa lengua que le dió en herencia al cultivo de todo linaje de conocimientos; a trabajarla y enriquecerla con su propio fondo, pero sin adulterar con postizas y exóticas formas su índole y esencia, ni despojarla de los atavíos que le son característicos.

Es el lenguaje como las tintas con que da colorido y relieve el pintor a las figuras. Las ideas hieren, los objetos se clavan en la fantasía si el poeta por medio de la propiedad de las voces no los dibuja solamente sino los pinta con viveza y energía, de modo que aparezcan como materiales, visibles y palpables al sentido, aun cuando sean incorpóreos.

Si el lenguaje pinta al vivo las cosas, la armazón orgánica traba y anuda entre sí con simetría y orden las partes de un todo, y forma de ellas

un cuerpo organizado, una obra maestra de arte, y la exposición coloca en perspectiva las ideas y los objetos, los agrupa, combina o separa según el efecto que intenta producir.

Distínguese principalmente por el ritmo el estilo poético del prosaico.

El ritmo es la música por medio de la cual la poesía cautiva los sentidos y habla con más eficacia al alma. Ya vago y pausado él remeda el reposo y las cavilaciones de la melancolía; ya sonoro, precipitado y veloz, la tormenta de los afectos.

El diestro tañedor con él modula en todos los tonos del sentimiento y se eleva al sublime concierto del entusiasmo y de la pasión; con una disonancia hiere, con una armonía hechiza, y por medio de la consonancia silábica y onomatopéyica de los sonidos, da voz a la naturaleza inanimada, y hace fluctuar el alma entre el recuerdo y la esperanza pareando y alternando sus *rimas*.

Sin ritmo, pues, no hay poesía completa. Instrumento del arte, debe en manos del poeta armonizar con la inspiración, y ajustar sus compases a la variada ondulación de los afectos; de aquí la necesidad a veces de variar de metro para expresar con más energía; para precipitar o retener la voz, para dar, por decirlo así, al canto las entonaciones conformes al efecto que se intente producir.

En la Lírica es donde el ritmo campea con más soltura, porque entonces puede propiamente decirse que el poeta canta. Causa por lo mismo extrañe-

za que teniendo los españoles sentido músico y hablando la lengua meridional más sonora y variada en inflecciones silábicas, no hayan conseguido con él efectos maravillosos. (1). Herrera es el único que en esta parte se muestra hábil artista. El lenguaje de Coleridge en la balada "Ancient Mariner" es impetuoso y rápido como la tempestad que impele al bajel, y cuando la calma se acerca, se muestra solemne y majestuoso. Hasta las faltas de medida en la versificación parecen calculadas; y sus versos son como una música en la cual las reglas de la composición se han violado, pero para hablar con más eficacia al corazón, al sentido y la fantasía. Las Brujas de Macbeth cantan palabras misteriosas cuyos extraños y discordes sonidos auguran maleficio. En el "Feu du ciel", Hugo pinta igualmente por medio del ritmo y los sonidos, la silenciosa majestad del Desierto, y el ruido, confusión y lamentos del incendio de Sodoma y Gomorra.

(1) Los afijos simples y dobles, los esdrújulos, las terminaciones agudas, la variedad de metros no sujetos como los *alejandrinos* a cesura fija, y el libre uso y combinación de la rima en las estrofas, dan a la lengua castellana una ventaja sobre la italiana y francesa para los efectos rítmicos.

SOBRE EL ARTE DE LA POESIA (1)

SIEMPRE he creído que en materias controvertibles, importa más un hecho que muchas páginas de buenas teorías y esto me ha retraído hasta aquí de... Pero después me he convencido que en países donde los principios del gusto, en materia de bellas artes, no son comunes, y no existe una opinión pública que sea capaz de formar juicio racional sobre los partos de la imaginación, es conveniente y necesario que los autores hagan marchar de frente la teoría y la práctica, la doctrina y los ejemplos, para no dar cabe a los pedantes y tapar la boca a los resabidos, los cuales en los

(1) Parece que el autor se propuso alguna vez escribir una *introducción* detenida a sus obras poéticas, y hecho en algunas hojas sueltas, los siguientes apuntes, a manera de índice de los puntos que intentaba tratar en esa introducción. Después consideró que sería mejor hacer una exposición de su doctrina literaria, aplicada a la poesía, bajo la forma de un opúsculo suelto. De esta intención nacieron, probablemente, los presentes apuntes que reproducimos en el mismo orden en que les encontramos en el borrador autógrafo. — (G.).

desahogos de su impotencia se creen autorizados, por el silencio de los autores, a desacreditar las obras del ingenio.

Además, bien puede permitírseme a mí teorizar sobre una materia en la cual he dado pruebas de que soy capaz de producir algo, ya que otros, sin más títulos que el de su fatua vanidad, se creen autorizados para hacerlo con todo el magisterio de los primeros genios del arte.

No pretendo hacer prosélitos; doy mis opiniones por lo que son, y nada más, como resultado de mis lecturas y reflexiones sobre un arte que ha inmortalizado a los primeros ingenios con que puede vanagloriarse la humanidad, que he cultivado por inclinación, y al cual, si me fuere dado, consagraría todas mis fuerzas.

*
* *

Me he resuelto a publicar aparte este opúsculo, porque al lado de mis versos tendría visos de comentario o apología, y porque estoy convencido, sobre todo, que lo que importa en nuestro país es arrancar de cuajo la preocupación, limpiar de maciega el campo, señalar a la juventud el camino para que marche a recoger los lauros que la posteridad le reserva, y para que no se crea que aspiro a conquistar por caminos tortuosos una fama que ya no me es dado conseguir.

*
* *

Como entre nosotros no pasan por sabios los que no acuñan su doctrina con opiniones ajenas, los que se atienen a los consejos de su entendimiento, los que no quieren suicidar su razón, ni atenerse en materias controvertibles a autoridad alguna, los que no reconocen jurisdicción, ni poderío ante el cual humillarse, los que han preferido siempre "armas a corazas", se ven obligados, y yo entre ellos, a robustecer sus ideas y autorizarlas con la opinión de los más esclarecidos literatos que reconoce nuestro siglo como tales. Así procederé.

*
* *

...La renovación de la literatura, estriba principalmente en la perspectiva de los objetos y de las ideas. El aspecto de una montaña, varía según el punto de donde se la observa, y la humanidad con el curso de las edades cambia de posición al contemplar el universo y examinar los sucesos y las cosas.

*
* *

La poesía es lo más íntimo que abriga el corazón humano, lo más extraordinario y sublime que puede concebir la inteligencia.

*
* *

La poesía filosófica debe ser cosmopolita, colocarse en el centro del universo, patria común del género humano, e interpretar esas instintivas creencias que forman el patrimonio común de la humanidad...

*
* *

La poesía nacional es la expresión animada, el vivo reflejo de los hechos heroicos, de las costumbres, del espíritu, de lo que constituye la vida moral, misteriosa, interior y exterior de un pueblo.

*
* *

La poesía romántica vive de recuerdos y esperanzas: es lo pasado y el porvenir. Lo presente no le

interesa sino en cuanto se encadena con las dos regiones del mundo que habita.

*
* *

La poesía moderna es melancólica y reflexiva.

La poesía religiosa o mística, comunicación, como dice León, del aliento celestial y divino, es un himno que en las alas etéreas de la fe, como el más puro incienso de la tierra se eleva hasta el trono del Hacedor.

*
* *

...De ahí resulta que se ha dado el nombre de poesía a las formas, y se ha llegado a clasificar lo más íntimo, lo más bello y sublime que hay en la inteligencia, como la materia inorgánica por su forma o apariencia externa y se han inventado para distinguir lo que se ha llamado géneros de poesía, multitud de nombres bárbaros que nada dicen a la razón, como: odas, letrillas, romances, églogas, idilios y sonetos.

El soneto, forma mezquina y trivial de poesía, ha estado y está en voga entre los versificadores españoles, y no hay casi poeta, tanto de los del siglo de oro como de los modernos, titulados restauradores de la poesía, que no haya soneteado hasta

más no poder, llenando volúmenes de letrillas, anacreónticas, églogas, malgastando su ingenio en trivialidades que empalagan al fin, y no dejan rastro alguno en el corazón ni el entendimiento.

*
* *

Los que se han arrogado el título de *clásicos*, ni lo son, ni pueden serlo en el mero hecho de confesarse ellos mismos imitadores; pues los griegos se denominan clásicos, justamente, porque no imitaron y fueron originales en sus obras.

*
* *

Yo, por mi parte confieso, que nada entiendo de esas clasificaciones, con que han obstruido los pedantes la espaciosa y florida senda del arte. ¿No es ridículo que los señores preceptistas, que jamás han producido nada, digan al poeta: —Irás por aquí y no por allí; escribirás sonetos, églogas, anacreónticas, elegías; no mezclarás lo que nosotros llamamos géneros, so pena de lesa poesía? ¿No irrita ver que pretendan dictar reglas de gusto al ingenio y trazarle el camino que haya de seguir?

Tómanse ellos licencias semejantes, y no quieren que el poeta, es decir, el creador, el verbo, campee libre por las esferas del mundo que debe animar con

el fecundo soplo de su pensamiento. ¡Descabellada pretensión!

Por mi parte yo no reconozco más que dos formas: forma lírica, y forma dramática...

*
* *

La comedia de carácter y costumbres es irrealizable entre nosotros; cuando más la satírica y de circunstancias. Con medias tintas sólo, no se puede pintar un cuadro.

*
* *

Uno de los más manifiestos síntomas de progreso en la civilización, es el refinamiento de las costumbres, o esa tendencia del público a pulir, acendrar, idealizar los afectos, a darles un origen más puro, a separarles del aliage impuro de los afectos carnales.

Platón, astro que culminaba en el cenit de la civilización griega, filósofo y poeta a la vez, Platón, digo, aunque pagano, concibió el amor como la emanación más pura del alma, como un arrobamiento celestial que se deleita en la contemplación de la imagen querida, y de aquí el dicho vulgar de "amor platónico".

El idealismo del arte consiste en buscar el tipo

de la belleza, en esas concepciones abstractas que concibe el alma y son la imagen sublime de lo más bello, perfecto, heroico, divinal, o el conjunto maravilloso de todas las perfecciones imaginarias y posibles.

*
* *

Sabido es que las concepciones del hombre primitivo son espontáneas; que la humanidad en su cuna, es inspirada y no reflexiva; de ahí resulta que toda la poesía primitiva, sea parto del entusiasmo, de la fe, y por consiguiente eminentemente lírica. Las pasiones entonces son un verdadero canto.

*
* *

Un rasgo de pincel en un cuadro, invisible para el vulgo, hechiza al conocedor y da barruntos del ingenio que lo produjo. Dos cosas hay que buscar en todo cuadro. La idea representada por el dibujo y la forma que la envuelve y la sirve de vestimenta, la cual se encarga de determinar los tintes o más bien el claro oscuro.

Ese colorido, a mi ver, es el que armoniza las figuras o partes que componen el cuadro, las hace un todo animado, y da completo ser a la primitiva concepción del artista.

Lo mismo sucede en poesía: primero es el pensamiento, después la expresión o forma, que comprenden el estilo y el colorido. Es buena, es primera en su género, la poesía que satisface las dos condiciones del arte; condición intrínseca y extrínseca; idea y forma; dibujo y tintas armoniosas; y entiéndase que considero indispensable la rima al efecto armonioso.

No hay a mi ver poesía completa sin ritmo; y no de sonidos sólo, sino de afectos, de situación, de sentido. El es lo que en la pintura los colores, lo que en la música la armonía...

La que se ha denominado descriptiva no es ni puede ser un género especial de poesía; porque la descripción pura y simple de la naturaleza o de la realidad no es por sí nada, sino en cuanto tiene relación con la inteligencia humana, con el hombre...

¿La creación por sí sola qué es? — Nada. Pero el hombre la contempla; su pensamiento la abarca y entonces es la obra maravillosa del increado, de Dios : es algo hecho con un fin.

PROYECTO Y PROSPECTO DE UNA COLECCION DE CANCIONES NACIONALES (1)

TIEMPO hace que el autor de las Canciones cuya publicación emprendemos, concibió el proyecto de escribir unas melodías argentinas, en las cuales, por medio del canto y la poesía, intentaba popularizar algunos sucesos gloriosos de nuestra historia y algunos incidentes importantes de nuestra vida social. Pero como para que su obra fuese realmente nacional y correspondiese al título, era menester que existiesen tonadas indígenas, a cuya medida y carácter se hermanase el ritmo de sus versos, entró a indagar primero el carácter de las muchas que con general aplauso *entre nosotros se cantan*, y halló que todas ellas eran extranjeras, adoptadas o mal hechas copias de arias y *romances* franceses o italianos, y no el sencillo fruto de nuestro sentido

(1) Este prospecto no se dió a luz, y el proyecto concebido por el poeta y el artista, abortó como todo pensamiento bello o generoso, allá por los años de 1836. — (G.).

músico, o de nuestra aptitud para expresar en armoniosas cadencias, las emociones del alma y los íntimos afectos del corazón.

Hubo entonces de renunciar a su intento, siendo necesario crear a un tiempo la poesía y la música. Mas, posteriormente, habiendo escrito por encargo particular algunas canciones, cuyo sentido fué con singular maestría interpretado por el señor Esnaola, cree que no es quizá de todo punto irrealizable su antiguo pensamiento, y ambos de acuerdo se proponen publicar una serie de canciones con el título de "Melodías argentinas".

Los principales objetos que en mira tienen, son suplir la falta de obras originales de este género, aumentar nuestro fondo artístico y nuestro títulos literarios, explotar una mina cuya riqueza en lo porvenir podrá ser opima y estimular con el ejemplo el cultivo de las bellas letras.

No se crea por lo dicho que nosotros pretendamos dar a nuestra empresa toda la extensión de que sería susceptible; queremos sólo señalar la ruta, sembrar algunas semillas, y dejar que el tiempo y el ingenio las fecunden.

No tocaremos la cuerda heroica ni invocaremos gloriosos recuerdos de la Patria, porque nos está vedado por ahora hablar dignamente al entusiasmo nacional; pero en la viva e inagotable fuente de la poesía, en el corazón, buscaremos inspiraciones, colores en nuestro suelo, y en nuestra vida social asuntos interesantes.

Por lo demás, no dudamos que el público porteño, tan afecto a la música y tan sensible a los hechizos de la armonía, acoja gustoso este escaso pero sincero homenaje de nuestros cortos talentos.

LA CANCION

El origen de las canciones remonta a los tiempos primitivos de todas las sociedades. Luego que estas empiezan a gozar de cierto grado de bienestar, su imaginación poética toma vuelo, y la poesía y la música, hermanas gemelas, nacen como espontáneamente para endulzar y suavizar con sus encantos las penas de la vida y solemnizar los grandes actos tanto internos como externos de la existencia de las naciones. El poeta canta, es decir, poetiza un afecto suyo, una idea moral, un sentimiento público; el músico expresa en armónicos sonidos el pensamiento del poeta y la voz humana viene a darle animación y energía con sus sonoros acentos. La canción aparece. Su efecto es maravilloso entonces; todos los corazones se suspenden si canta amor o melancolía; todos se alegran, si regocijo; todos hierven y palpitan de entusiasmo, si canta himnos a la libertad o celebra las altas virtudes y las heroicas hazañas de los hijos de la Patria.

No es por consiguiente la canción una obra frívola; ella ríe, ella llora, ella inflama el corazón del guerrero; ella, invocando gloriosos recuerdos, sa-

be hablar con eficacia al patriotismo nacional; el amor también, pasión siempre activa y multiforme, le suministra inspiración abundante, y decirse puede que no hay fibra alguna en el corazón humano de la cual ella no arranque ya un suspiro de dolor, ya un acento de gozo, ya una tierna o apacible melodía.

Se origina de aquí, sin duda, el general interés con que se miran las canciones populares de casi todos los pueblos y la importancia histórica, que adquieren, por cuanto son la expresión más ingenua de su índole, de su modo de vivir y sentir, y no sólo dan indicios de su carácter predominante en cada siglo, sino también, en cierto modo, de su cultura moral y del grado de aspereza o refinamiento de sus costumbres.

Los romances del Cid, que Hugo denomina Ilíada castellana, los moriscos y la muchedumbre recopilada en los Cancioneros y Romanceros, cantábanse primitivamente a la vihuela y asegurarse puede sin temor de ser desmentido, que ellos forman el más bello, rico y singular ornamento de la poesía lírica española; pues, ni la imitación los desluce, ni el pedantismo clásico con postizas galas los afea; ellos brillan como preciosos diamantes recién sacados de la mina, cuyos quilates más a la distancia se precian; y la prueba de esto, es que en Francia y Alemania, donde tiempo hace se procura regenerar el Arte bebiendo en la fuentes primitivas, la poesía castellana anterior al décimo-

sexto siglo o a la importación *del italianismo* por Boscán y Garcilaso y la posterior que de su fuente nació, se estudia con ahinco; mientras ni histórico ni poético interés despiertan en naturales ni extranjeros, los muchos tomos de Sonetos, Odas y Anacreónticas, vaciadas en el molde clásico, o imitadas, que no se cansa la ridícula vanidad de los preceptos de recomendar por modelos.

Beranger en Francia ha extendido el señorío de la Canción, y héchola obrar como poder activo en la esfera de la política y del movimiento social. Sus versos medidos al compás de tonadas populares, se cantaban de cabo a cabo de la Francia, y más de una vez al postillón y labriego en las aldeas y caminos, y en medio del Océano al marinero, hemos oído entonar sus canciones dictadas por el patriotismo. Cuando los siglos hayan pasado sobre la Francia, las futuras generaciones verán en los versos de Beranger cuántos afanes, luchas y sacrificios, costaron a la libertad sus triunfos, y agregarán reconocidas, a su inmortal corona, algunos ramos de los laureles de *Julio*.

El principal título de la gloria de Moore se vinculó en sus *melodías Irlandesas;* las de Burns son populares en Escocia, y Goethe y Schiller en Alemania no han desdeñado el renombre de Cancioneros.

Los Brasileros tienen sus *modinhas*, los Peruanos sus *yaravíes*, tiernos y melancólicos cantos, que nadie puede oír sin escozor o enternecimien-

to; y en suma, no existe pueblo alguno culto, que no se deleite en cantar sus glorias e infortunios, y en expresar por medio de la poesía y la música las fugaces emociones de su existencia.

Lejos, pues, de servir únicamente a un mero pasatiempo, el objeto inmediato de las canciones es conmover profundamente, haciendo revivir las glorias de la Patria, alimentando el entusiasmo por la Libertad, y encendiendo las almas en el noble fuego de las altas y heroicas virtudes; y deben además considerarse como documentos históricos que al vivo nos pintan, lo que la historia a menudo desdeña, es decir, la vida interior de las naciones, y al mismo tiempo nos dan brillantes rasgos de su imaginación poética.

Vista la importancia que en sí tienen las canciones, y que la otorgan los pueblos cultos, debemos, nosotros aplicarnos a enriquecer con esta delicada joya de la poesía nuestra literatura naciente, acostumbrarnos a ver en ellas algo más que una linda bagatela hecha para entretenimiento de casquivanos, a trabajarla y pulirla con igual esmero que las obras más elevadas del Arte; y persuadirnos, por fin, que nada frívolo y trivial es dado producir a la imaginación del verdadero poeta.

No se aquilata el mérito de una obra cualquiera artística por su forma o extensión, o por pertenecer a tal o cual género; sino por la sustancia que contiene, la pulidez de labor y el designio artístico que envuelve; así es que la canción no por

corta desmerece. Los caprichos de Goya, las viñetas de Deveria y Retesch, las melodías de Moore, una cabeza modelada en barro, durante algunas horas de arresto por el escultor francés David, son obras sobresalientes en su género, porque al través de sus pequeñas formas, se trasluce el genio que les dió vida.

Dos cosas hay que examinar en toda creación artística: una es la idea, la otra la forma que reviste aquel germen primitivo; la primera más es parto del ingenio; la segunda del arte; una y otra se complementan y ambas deben coexistir originales y perfectas en la obra del verdadero poeta.

Destinada a acompañarse con la música, la canción debe en un todo armonizar con ella, como entre sí las notas fundamentales de un acorde simultáneo; debe ser musical, si es dado expresarse así, y contener todas las perfecciones de forma que demanda la poesía lírica; es decir, cadencia forzada, rima fecunda, estrofas regulares, número y melodía en los versos. Si acabada forma le es esencial, carencia de ideas originales no tolera, pues debiendo suministrar en pocas líneas inspiración abundante al músico, emociones, al que la escucha, exige por lo mismo, nutrido fondo, pensamientos incisivos que penetren hasta el alma, tristes o halagüeñas ideas, que muevan el corazón y hagan fantasear el ánimo al unísono del canto.

Si el verso nada dice, la música se reducirá a vanos sonidos; si al contrario aquél tiene sustancia,

y la melodía es insípida, ni cautivar el oído ni conmover podrá la canción; no habrá en ella designio artístico manifiesto y no merece por consiguiente mencionarse.

Gentes hay, y muchas entre nosotros reputadas, que afectan menospreciar la poesía. Sin entrometernos a calificar el origen de tan extraña aberración, nosotros les diremos solamente, que no así la miran los primeros ingenios y los talentos más singulares que son de otras naciones vanagloria; antes bien en ella reconocen el rico fruto de una de las más fecundas y brillantes facultades del espíritu humano, la tributan el debido homenaje, y la colocan en el rango de las fuerzas activas que no sólo glorifican a los pueblos, sino también los ilustran, y grandes y generosas ideas les inspiran.

LITERATURA MASHORQUERA

(FRAGMENTOS)

I

PERDÓN, lectores míos, si al bosquejaros el movimiento intelectual en el Plata, olvidé hablaros de la literatura mashorquera, y de los ilustres escritores que la propagan. Confieso haberos defraudado del conocimiento de una gran cosa, de un hecho fenomenal, inaudito, sin ejemplo en la historia de las cosas humanas. Perdón, vosotros esclarecidos literatos de la mashorca, sonoras trompetas de la Dictadura, infatigables apologistas del héroe del Desierto. Perdón mil veces por haberos olvidado; nadie mejor que vosotros es acreedor a lauro y alabanzas; nadie conquistó con más nobleza, talento y dignidad la corona del triunfo en la lid de las inteligencias. Como sé que he sido injusto con vosotros, que os debo una página y que os pertenece el primer puesto en la literatura del

Plata; voy a hacer lo posible porque os sentéis en él como dictadores. Perdona, sobre todo tú, venerable Fadladin, aventurero mayor y Néstor de la literatura mashorquera; no te amohines ni te me enojes, no me frunzas ese ceño rojizo y flameante como la puerta de un horno encendido. Voy a pagarte mi deuda con creces, voy a dar el cetro literario a tu ingenio, tu erudición y tus años. Tuviste razón para llamar figurado al movimiento intelectual de los salvajes unitarios echándolo de menos en él. Yo te prometo que en las letras del Plata, mal que pese a los salvajes unitarios, has de hacer gran figura, tanta figura como el caballero de la *Triste figura*. ¿Quién mejor que tú lo merece? ¿Qué pluma en el Plata corre parejas con la tuya? ¿Cuál te aventaja en moralidad, profundidad y originalidad de pensamiento? ¿Quién se te acerca en agudeza, nervio y brillantez de estilo? ¿Qué pluma como la tuya se empapa en todas las tintas, refleja todos los colores, como la del pavo real, vuela como el águila, se arrastra como el reptil, grazna como el cuervo, chilla como el grillo, aulla como el lobo, canta como el ruiseñor y charla literatura y política en todas las lenguas del mundo? ¿Cuál es la que sostiene sobre sus hercúleos hombros todo el peso de la prensa y de la literatura mashorquera?...

II

...¿QUIÉN merece ser encomiado mejor que tú, ni querido Fadladin? Veinte años hace que semejante a Montalván escribes de todos y "para todos". Veinte años hace que te burlas de los argentinos y de mi país, y que tú el primero de los B... llamas a boca llena brutos a los mismos que encomiáis por la prensa y te pagan tus adulaciones. En esos veinte años, cien veces te han echado al rostro tu venalidad, tus necedades y bajezas, y tú has seguido impeturbable escribiendo de todo y "para todos". Gracias a tu perseverancia y cinismo te has levantado a Rey de la inteligencia, a oráculo de la literatura en el Plata. Nada ha podido apagar el ardor de tu alma y debe ser inagotable cuando te salta en llamaradas al rostro. Por esto yo te proclamo tal a nombre de todos los B..., el más digno, y elogio tu pluma venal y quiero que en el movimiento intelectual del Plata hagas la primer figura, tanta figura, lo repito, como el caballero de la Triste Figura.

Estando Buenos Aires sentada a orillas del grande estuario del Plata, era natural que allí se sintiese un movimiento intelectual paralelo al que sostienen los proscriptos argentinos fuera de Buenos Aires, porque en Buenos Aires hay inteligencias como en cualquiera región del mundo. Esto era indudable, al menos en otro tiempo. Pero ha sucedido,

que así como Rosas ha hecho una federación y una dictadura a su modo, se ha formado también en ese Buenos Aires una literatura de Rosas, y las inteligencias deben seguir el impulso que Rosas quiera darles y moverse en la órbita que les trace.

Ese movimiento tiene dos modos de ser, uno latente, impalpable, invisible, como el calórico y la electricidad, otro tangible, apreciable como las evoluciones de un planeta. Es claro que yo no puedo hablar del primero... el segundo quedará caracterizado por el movimiento intelectual de Buenos Aires.

Pues bien, la fuerza engendradora de ese movimiento en Buenos Aires, procede de una sola inteligencia, y esa inteligencia es la de Rosas, porque así como es dueño de la hacienda, honra y vida de todos los argentinos, es dueño de todas las inteligencias y ninguna piensa y se mueve sin su beneplácito, o más bien Rosas resume y representa todas, porque Rosas es el gran Pan, el gran Todo de los panteístas.

Para comprender mejor el fenómeno, figuraos que Buenos Aires es un órgano de viento, que allí no hay más que un organista y ese organista es Rosas. Figuraos en seguida que al organista Rosas se le antoja tocar unas cuantas teclas para que resuenen otros tantos tubos del órgano, y que todos los demás permanecen mudos, eternamente mudos, como si estuvieran herméticamente tapados. Figuráos que Rosas toca las teclas B, C, etc., y chi-

llan en la sala el tubo T..., etc., y tendrás por resultado la literatura parlamentaria de la Mashorca. Figuraos que pulsa la tecla G, y la tecla A, que son las que toca diariamente, y oiréis resonar con voz atronadora a los dos tubos maestros, Gaceta Mercantil y Archivo Americano y tendréis la literatura periodística de la Mashorca...

ADVERTENCIA A LA CAUTIVA (1)

EL principal designio del autor de la Cautiva, ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto; y para no reducir su obra a una mera descripción, ha colocado, en las vastas soledades de la Pampa, dos seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y el infortunio. El suceso que poetiza, si no cierto, al menos entra en lo posible; y como no es del poeta contar menuda y circunstanciadamente a guisa de cronista o novelador, ha escogido sólo, para formar su cuadro, aquellos lances que pudieran suministrar más colores locales al pincel de la poesía; o más bien, ha esparcido en torno de las dos figuras que lo componen, algunos de los más peculiares ornatos de la naturaleza que las rodea. El Desierto es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía

(1) Esta advertencia se halla al frente de las "Rimas". — (G.)

para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional.

Nada le compete anticipar sobre el fondo de su obra; pero hará notar que por una parte predomina en la Cautiva la energía de la pasión manifestándose por actos; y por otra el interno afán de su propia actividad, que poco a poco consume, y al cabo aniquila de un golpe, como el rayo, su débil existencia.

La marcha y término de todas las pasiones intensas, se realicen o no, es idéntica. Si satisfechas, la eficacia de la fruición las gasta, como el roce los muelles de una máquina; si burladas se evaporan en votos impotentes o matan; porque el estado verdaderamente apasionado es estado febril y anormal, en el cual no puede nuestra frágil naturaleza permanecer mucho tiempo, y que debe necesariamente hacer crisis.

De intento usa a menudo de locuciones vulgares y nombra las cosas por su nombre, porque piensa que la poesía consiste principalmente en las ideas, y porque no siempre, como aquéllas, no logran los circunloquios poner de bulto el objeto ante los ojos. Si esto choca a algunos acostumbrados a la altisonancia de voces y al pomposo follaje de la poesía para sólo los sentidos, suya será la culpa, puesto que buscan, no lo que cabe en las miras del autor, sino lo que más con su gusto se aviene. Por desgracia esa poesía ficticia, hecha toda de hojarasca brillante, que se fatiga por huir el cuerpo al

sentido recto, y anda siempre como a caza de rodeos y voces campanudas para decir nimiedades, tiene muchos partidarios; y ella sin duda ha dado margen a que vulgarmente se crea que la poesía exagera y miente. La poesía ni miente ni exagera. Sólo los oradores gerundios y los poetas sin alma toman el oropel y el rimbombo de las palabras por elocuencia y poesía. El poeta, es cierto, no copia sino a veces la realidad tal cual aparece comúnmente a nuestra vista; porque ella se muestra llena de imperfecciones y máculas, y aquesto sería obrar contra el principio fundamental del arte que es representar lo Bello; empero él toma lo natural, lo real, como el alfarero la arcilla, como el escultor el mármol, como el pintor los colores; y con los instrumentos de su arte, lo embellece y artiza conforme a la traza de su ingenio; a imagen y semejanza de las arquetipas concepciones de su inteligencia. La naturaleza y el hombre le ofrecen colores primitivos que él mezcla y combina en su paleta; figuras bosquejadas, que él coloca en relieve, retoca y caracteriza; arranques instintivos, altas y generosas ideas, que él convierte en simulacros excelsos de inteligencia y libertad, estampando en ellos la más brillante y elevada forma que pueda concebir el humano pensamiento. Ella es como la materia que transforman sus manos y anima su inspiración. El verdadero poeta idealiza. Idealizar es sustituir a la tosca e imperfecta realidad de la naturaleza, el vivo

trasunto de la acabada y sublime realidad que nuestro espíritu alcanza.

La belleza física y moral, así concebida, tanto en las ideas y afectos del hombre como en sus actos, tanto en Dios como en sus magníficas obras; he aquí la inagotable fuente de la poesía, el principio y meta del Arte, y la alta esfera en que se mueven sus maravillosas creaciones.

Hay otra poesía que no se encumbra tanto como la que primero mencionamos; que más humilde y pedestre viste sencillez prosaica, copia lo vulgar porque no ve lo poético, y cifra todo su gusto en llevar por únicas galas el verso y la rima. Una y otra se paran y embelesan en la contemplación de la corteza; no buscan el fondo de la poesía porque lo desconocen, y jamás, por lo mismo, ni sugieren una idea ni mueven, ni arrebatan. Ambas careciendo de meollo o sustancia, son insípidas como fruto sin sazón. El público dirá si estas Rimas tienen parentesco inmediato con alguna de ellas.

La forma, es decir, la elección del metro, la exposición y estructura de la "Cautiva", son exclusivamente del autor; quien no reconociendo forma alguna normal en cuyo molde deban necesariamente vaciarse las concepciones artísticas, ha debido escoger la que mejor cuadrase a la realización de su pensamiento.

Si el que imita a otro no es poeta, *menos será* el que, antes de darlo a luz, mutila su concepto para poderlo embutir en un patrón dado, pues esta

operación mecánica prueba carencia de facultad generatriz. La forma artística está como asida al pensamiento, nace con él, lo encarna y le da propia y característca expresión. Por no haber alcanzado este principio, los preceptistas han clasificado la poesía, es decir, lo más íntimo que produce la inteligencia, como el mineralogista los cristales, por su figura y apariencia externa; y han inventado porción de nombres que nada significan, como letrillas, églogas, idilios, etc., y aplicádolo a cada uno de los género especiales en que la subdividieron. Para ellos y su secta la poesía se reduce a imitaciones y modelos, y toda la labor del poeta debe ceñirse a componer algo que amoldándose a algún ejemplar conocido sea digno de entrar en sus arbitrarias clasificaciones, so pena de cerrarle si contraviene, todas las puertas y resquicios de su Parnaso. Así fué como, preocupados con su doctrina, la mayor parte de los poetas españoles se empeñaron únicamente en llenar tomos de idilios, églogas, sonetos, canciones y anacreónticas; y malgastaron su ingenio en lindas trivialidades que empalagan, y no dejan rastro alguno en el corazón o el entendimiento.

En cuanto al metro octosílabo en que va escrito este tomo, sólo dirá: que un día se apasionó de él, a pesar del descrédito a que lo habían reducido los copleros, por parecerle uno de los más hermosos y flexibles de nuestro idioma; y quiso hacerle recobrar el lustre de que gozaba en los más floridos tiempos de la poesía castellana, aplicándolo a la

expresión de ideas elevadas y de profundos afectos. Habrá conseguido su objeto si el lector al recorrer sus Rimas no echa de ver que está leyendo octosílabos.

El metro, o mejor, el ritmo, es la música por medio de la cual, la poesía cautiva los sentimientos y obra con más eficacia en el alma. Ora vago y pausado, remeda el reposo o las cavilaciones de la melancolía. Ya sonoro y veloz, la tormenta de los afectos; con una disonancia hiere, con una armonía hechiza; y hace como dice F. Schlegel, fluctuar el ánimo entre el recuerdo y la esperanza pareando o alternando sus rimas. El diestro tañedor modula con él en todos los tonos del sentimiento, y se eleva al sublime concierto del entusiasmo y de la pasión.

No hay, pues, sin ritmo, poesía completa. Instrumento del arte debe en manos del poeta, armonizar con la inspiración, y ajustar sus compases al vario movimiento de los afectos. De aquí nace la necesidad de cambiar a veces de metro, para retener o acelerar la voz, y dar, por decirlo así, al canto, las entonaciones conformes al efecto que se intenta producir.

El "Himno al dolor" y los "Versos al corazón" son de la época de los *Consuelos*, melodías de la misma lira. Aun cuando parezcan desahogos del sentir individual, las ideas que contienen pertenecen a la humanidad; puesto que el corazón del hombre fué formado de la misma sustancia y animado por el mismo soplo.

DEDICATORIA DE ELVIRA (1)

QUERIDO Fonseca: le envío a *Elvira* con todos sus defectos y deformidades, como ha salido de mi imaginación. Había pensado suprimir, el sueño de Lisardo por parecerme muy defectuosa la ejecución y algo en oposición con la severidad de nuestras preocupaciones; y también la dedicatoria, porque en ella hablo mucho de mí; pero he resuelto dejarlos, contando con la indulgencia de los que saben en el estado en que me hallo, y porque no me curo de elogios ni de críticas, escribiendo sólo para desahogar mi pecho y adormecer un tanto mi dolor con la dulce melodía de las Musas. No debe usted extrañar la debilidad de esta obra, porque ha

(1) El poema titulado *Elvira* o *La Novia del Plata,* apareció anónimo en Septiembre de 1832. Entre los papeles del poeta no hemos hallado la "dedicatoria" en que "hablaba mucho de él", según su propio testimonio en las líneas que van a leerse. Las publicamos porque contienen algunos datos biográficos y dan testimonio del estado físico y moral en que se encontraba Echeverría al dar a luz su primer ensayo poético. — (G.).

sido concebida en una época aciaga para mí. El pesar y la dolencia han cortado las alas a mi imaginación, y amortiguado el fuego divino de mi espíritu. Me lisonjeo que en mejores circunstancias, los amores de Lisardo y Elvira, hubieran sido cantados más dignamente. Con el tiempo podría haberlos mejorado; pero yo ya nada debo aguardar del tiempo, más que una muerte prematura e ingloriosa. El prestigio ideal de mi imaginación se ha desvanecido, y como el pintor de la Iglesia de los Jesuitas de Hoffman, arrastro una vida de impotencia y de despecho, cuando el fuego de Prometeo devora mis entrañas.

Excuso hablarle de las novedades introducidas en mi poema, y de que no se hallará modelo ninguno en la poesía castellana, siendo su origen la poesía del siglo, la poesía romántica Inglesa, Francesa y Alemana, porque usted está tan al corriente como yo. Todos mis esfuerzos siempre han tendido a salir de las vías trilladas por nuestros poetas; no sé si lo habré conseguido en este ensayo, o si sólo habré concebido un monstruo.

Su afmo. amigo.

Junio 28 de 1832.

PROYECTO O PROSPECTO DE UNA OBRA PERIODICA

Risa y llanto: he aquí la vida:
Mas a la risa me acojo,
Porque como el Diablo, hendida
Tengo la pata y soy cojo:
Uno, dos, tres
Cojo es.
¿Cómo va el mundo? Al revés.

EL epígrafe que antecede te señala, carísimo lector, el blanco de nuestra péñola y te da humos para que puedas rastrear sin tropiezo nuestra calaña aunque no la forma que revestimos, lo que nada hace al caso, pues las formas, según algunos filósofos, no siendo más que accidentes de la materia, lo que importa es fijar la consideración en la índole, carácter y genio de los individuos para poder con certidumbre aplicarles el proverbio: de tal padre, tal hijo. Nuestra calaña, pues, rompiendo toda duda, es una especie de mezcla de hombre y diablo; pero que tiene más de diablo que de hombre,

cosa a la verdad extraña, pues sabes que en la era actual, andando día y noche con linterna empuñada, es tan raro como en tiempo de Diógenes, topar con un hombre, y quizá, ni aun armado del sistema cranológico de Gall, podría uno después de largos y penosos tocamientos de cráneos, clamar con Arquímides: reperi, reperi: ¡Rara cosa, que siendo la especie tan numerosa y topándose los enjambres de hijos de Adán sobre la haz de la tierra, sea menester hacer en el siglo XIX lo que hacía Diógenes ha dos mil años para poder encontrar un hombre! Un hombre, digo, no un bípedo. Pero la rareza del caso la explica esta palabra del Eclesiastes: Quid est quod fuit? Ipsum quod futurum est. ¿Quid est quod factum est? Ipsum quod faciendum est. Lo que es fué, y lo que fué será. Múdanse las personas, no las escenas. Giran las esferas en su órbita; así la humanidad se mueve en torno de un círculo inflexible. ¿Pero, por qué afligirnos esta verdad, que humilla nuestra presunción? Caminemos por nuestra senda obedeciendo a la mano oculta que nos impele y demos al traste con la perfectibilidad, quimera de monomaníacos. Nosotros también queremos marchar y no mirar como algunos genios adustos y melancólicos, de soslayo o con sobrecejo impaciente, las cosas del mundo, sino riendo, porque ya hemos llorado bastante, y nuestras lágrimas se han agotado, y nuestro corazón se ha empedernido a fuerza de sentir.

Tate, tate, diréisnos, carísimos lectores, prome-

téis risa y habláis de llanto. Esperad, esperad, no seáis tan exigentes; nuestra tarea es larga y hay tiempo para todo; apenas si estamos en el prospecto y todo prospecto debe ser serio en lo que promete y bien sabéis que toda promesa, juramento o cosa que se le parezca debe hacerse con solemnidad y decoro, no sólo para que pueda alucinar sino para que se ceben en él los incautos y desapercibidos que están aún en el be, a, ba de los misterios del corazón humano.

La multitud de gaceteros que alumbran el horizonte político de nuestra patria os prometió grandes cosas, y ¿qué os ha dado? Nada, siempre estáis en tinieblas. Vuestros espíritus andan como los gérmenes de la creación en el caos, corriendo, rodando cual torbellinos que impele el soplo tremendo de las revoluciones.

Nosotros no os engañaremos porque somos semidiablos, y los diablos se preciaron siempre de concienzudos. Además, la ociosidad nos abruma, el tedio nos clava sin cesar su aguijón, y una voz tremenda, turbando nuestro sueño, nos dijo: ¡alerta, alerta! y un resplandor sobrenatural alumbró nuestros ojos que andaban descaminados por la lóbrega senda de las mundanas pasiones. ¡Feliz el que reconoce, aunque tarde, sus errores! Obrar en la órbita de sus facultades, he aquí el destino del hombre; insensato el que lo desconoce. Fecúndanse con el calor de la reflexión las semillas de los actos humanos, el pensamiento brota y da vida a la pala-

bra cuya fuerza omnipotente rompe, desquicia, anonada; crea maravillas o suena como el tronido en los páramos desiertos. (1).

Vamos, pues, a hablar; pero nuestras palabras saldrán, si pueden, como la encendida lava de los volcanes, cuyas cenizas fecundizarán la tierra que asolaron.

Ellas serán destructoras, no creatrices. Doquiera halle corrupción aplicará cauterio roedor; do quier vicio, estigmato oprobioso; doquier hipocresía, mentira, fanatismo, barbarie, adulación, injusticia, lanzará anatemas. Vamos a reír; pero será inocente nuestra risa porque nuestros cabellos blanquean ya aunque no de vejez; risa parecida a la del que sufriendo tortura, muestra en el semblante las convulsiones de la ira, del dolor y del despecho.

Vamos a hablar; pero no para dogmatizar, para propagar teorías exóticas de política o para sostener con el lenguaje de las pasiones, polémica ninguna de principios que considero que no sólo son al presente intempestivas y estériles sino también peligrosas, porque proclamar principios y mañana violarlos por contemporizar con la sinrazón, la fuerza o las viles pasiones de un miserable, es sacar a la vergüenza, escarnecer las más santas doctrinas, la religión del género humano pensador, los triunfos gloriosos de la razón y de la civilización; es

(1) Entendemos con Schlegel por palabra, la manifestación del pensamiento, sea de viva voz o por medio de la escritura.

en fin desmoralizar más y más un pueblo cuya depravación mira ya con irónica sonrisa las acciones más nobles y señala con el dedo del asombro la virtud que no vacila en su fe cercada de bayonetas, ni se deja aterrar por el feroz rugido de los demagogos. . . . . .

. . . . . .

APENDICE

(*FRAGMENTO DE UN ESTUDIO*) (1)

. . . AMIGO *mío, el señor Echeverría es un poeta, un poeta, Buenos Aires no ve eso hace mucho tiempo; ¡quién sabe si lo ha visto antes!... Debo al autor de* Los Consuelos, *uno de los mejores días que tengo hace cinco años.*

(DR. D. FLORENCIO VARELA — Carta particular, 1834).

NO *tengo la satisfacción de conocer a Echeverría; pero le amo sin conocerle desde que leí sus* Consuelos.

(D. JUAN CRUZ VARELA — Correspondencia privada, 1828.)

---

(1) *Estos renglones fueron escritos en Chile poco después del fallecimiento de Echeverría; puesto en orden su Santa Fe en 1858, y publicados por la primera vez en el tomo* XVII *de la "Revista de Buenos Aires", correspondiente al año* 1868. — (G.)

DON *Esteban Echeverría era capaz de hacer algo mejor que bellos versos; era un poeta en acción; jamás prostituyó ni su honor ni su musa.*

(*D.* FELIX FRIAS — En la Legislatura de Buenos Aires del año 1858).

. . . SEPAN *nuestros hijos al menos, que sin ser unitarios ni federales, ni haber tenido vida política en nuestro país, hemos sufrido una proscripción política, y hecho en ella cuanto nos ha sido posible por merecer de la patria.*

(Dogma socialista de la Asociación de Mayo).

...DESGRACIAS *hay en este mundo para las cuales, más o menos temprano, baja la recompensa desde las regiones morales en donde se respiran las auras de la buena fama. Pero, por muy perfectos que sean los individuos que se creen autorizados para dolerse de la adversidad, no llegan en vida a gozar del bien de la esperanza porque desconfían de la hora de la reparación que consideran remota o imposible. Heridos de un aguijón tanto más punzante cuanto más oculto lo llevan en el alma, tiñen sus huellas con un color sombrío y dan a sus palabras el tono de la lamentación revestida con el carácter peculiar de sus inclinaciones. Los unos maldicen impíos de Dios y de la naturaleza y se transforman en todos los tipos de la desgracia para tener ocasión de inspirar la blasfemia al labio de los*

héroes de su fantasía; los otros lloran en elegías. simpáticas a los corazones mansos y enfermizos. En los unos predomina la índole altanera del águila; en los otros la naturaleza resignada de los cisnes de otras edades cuyo último aliento se exhalaba en himnos. La vanidad, la ambición, el orgullo ahondan las heridas por donde derraman el dolor los primeros; las justas aspiraciones burladas, la pasión sin fortuna, la ingratitud inmerecida, son los manantiales perennes de la pena de los segundos.

Cuando estos seres que abundan por lo común en la familia de los poetas y de los artistas, se han levantado lo bastante para hacerse visible y adquirir privilegio de interesar el egoísmo de la sociedad con sus dolores individuales, entonces por medio del reclamo de ese mismo interés nos lleva la curiosidad a sondear las entrañas que tan noblemente padecen, y a buscar la causa de la herida que produce el sufrimiento.

La sociedad moderna tiene la virtud de no imponer un estéril divorcio entre la tela y la mano que la pintó entre el pensador y el libro, entre el poeta y sus cantares. Habituada a las memorias, confesiones, confidencias y autobiografías, a los retratos que el daguerreotipo y el arte del litógrafo vulgarizan, es propensa a buscar por entre las páginas que lee, arrancándole risa o llanto, la fisonomía del mágico que así dispone de los resortes de la sensibilidad. La crítica misma obedece a esta inclinación social, y bien se guardaría de engolfarse en el

examen serio de una obra intelectual, sin tomar como brújula los tiempos, el origen, los antecedentes que constituyen y determinan la personalidad del autor.

Pero no siempre se llega por ese sendero a la verdad. ¡Cuántas veces no se equivocan tanto el público como los más agudos anatomistas del carácter humano! De todos los actores que militan bajo la bandera de la fantasía en el teatro del mundo y en el drama de la vida, pocos hay que más disfrazados aparezcan que aquéllos a quienes la musa de las ficciones inspira. Es necesario haber entrado con frecuencia al laberinto del alma, haber tenido el arrojo de descender al fondo de sus misterios, para poder descubrir la verdadera fisonomía que llora, por ejemplo, bajo el antifaz que sonríe, y que finge serenidad mientras la turbación le descompone todas las facciones. Las rosas son a veces la cobija de las adelfas. El estudio atento y cuotidiano de las ridiculeces y vicios humanos entristece, enferma de melancolía al médico mismo que se vale de la reprensión festiva para curarlos. La historia de las letras, la antigua como la moderna, nos suministran abundantes ejemplos de esas aparentes contradicciones, porque en el carácter como en el estilo la antítesis tiene su lugar y su razón de existir. No hablamos aquí, por cierto, de esos ingenios plagiarios que toman el color del último libro que han hojeado, como el camaleón le toma de los diferentes objetos sobre que se arrastra. Hablamos de

aquellos verdaderamente originales, espontáneos, que a semejanza del armiño conservan firmes la pureza de su natural vestidura, sea cual fuese el campo enjuto o cenagoso por donde les lleva el impulso de la inspiración...

La generalidad del pueblo español no siendo capaz de medir con una sola mirada toda la altura de uno de sus más robustos ingenios, confúndele con los truhanes y con los bufones, y se imagina que la vida grave, meditativa y atormentada del traductor de Epicteto y comentador de los anales de Tácito, pasó toda entera entre las flores groseras cuyo fuerte olor trasciende en alguna de sus producciones livianas, solaces de la musa y desahogos de profundas desazones. El poeta francés más dotado de vis cómica, *el que después de siglos mantiene aún el privilegio de excitar la bulliciosa alegría de los espectadores de sus dramas, tuvo durante toda su existencia devorada el alma por una negra y honda melancolía. Con frecuencia, la mansedumbre externa e inofensiva del escritor, no es una espontaneidad de su naturaleza, sino fruto de la reflexión y de la fuerza de una voluntad bien disciplinada. El divino Racine, por valernos de una observación ajena, como tantos otros escritores tiernos, apacibles y afectuosos, tuvo siempre preparado y a la mano algún acerado epigrama, a imitación de la abeja que esgrime el aguijón al tiempo que destila miel...*

. . . . . .

La interesante figura que tenemos delante no trae sobre su franca fisonomía ningún velo hipócrita. Preséntase, ella tal cual es, sin intención siquiera de disfrazar con poéticos afeites el tinte sombrío que la melancolía difunde sobre su entristecido semblante. Si el retrato que nos proponemos hacer no resultase exacto, si no lográsemos copiar con verdad la ingenua naturaleza que se nos presenta al desnudo, culpa sería del artista y no del original. La distancia que separa a uno del otro ya no sólo se mide por el ancho y la elevación de las cordilleras, por la amplitud de los océanos. El mar de la eternidad se ha puesto de por medio, y aquella noble imagen no puede contemplarse por sus amigos sino por entre la neblina de los recuerdos y al través del sudario.

Pero no todo perece con la muerte en esos seres que dejan en pos suyo la posteridad de la inteligencia y la herencia de sus pensamientos útiles o bellos. En el silencio de sus tumbas no se engendra el olvido, ni se ahogan los ecos de sus nombres. El de don Esteban Echeverría resonará entre nosotros mientras haya en el suelo argentino respeto por la virtud y amor por las obras del ingenio y del talento.

Talento laboriosamente cultivado, ingenio agudo secundado por una imaginación poderosa, he ahí las dotes intelectuales que gobernadas por el sentimiento de la verdad, constituían la persona inteligente y pensante de don Esteban Echeverría.

Los sentimientos y los afectos se habían abierto en él desde temprano bajo la influencia de un generoso y ardiente astro de amor que desde el corazón regía todo el sistema de sus inclinaciones. Su vida era completamente interior. Sus pensamientos nacían, tomaban cuerpo y forma definitiva, en el casto aislamiento de su alma, y si se estampaban en el papel era a la luz de su conciencia, así como las obras de la naturaleza se fijan en el invento de Daguerre por la acción de los rayos del cielo.

En la última hora de las tardes, el espíritu de Echeverría se replegaba en sí mismo como se cierran esas flores que anuncian la proximidad de la noche en el reloj de Flora. En la soledad del campo o en el bullicio de las grandes ciudades, él abandonaba en esos momentos la compañía de sus amigos y todo comercio social, para abstraerse en un detenido soliloquio y entrar en el examen de los fenómenos morales de su ser que la actividad del día no le habían permitido traer a juicio. En este ascetismo de la religión de la conciencia, llegaba a tocar, en la vacilación de sus dudas, con la ansiada verdad, que era para él la tierra-madre en donde cobraba nuevas fuerzas para los combates del espíritu. Era entonces también que enriquecía su paleta con los colores atesorados, al principio sin orden ni discernimiento, y puestos después a prueba en el crisol de la reflexión y del arte, del arte creado por él más bien que aprendido de sus maestros.

Este sabio régimen es el que ha formado en to-

das las edades las inteligencias robustas y sanas; el que ha dado continuidad armoniosa a las existencias dignas de respeto y de recuerdo, preservándolas de las ridículas contradicciones en que incurren los hombres que piensan y escriben en las plazas y caminos públicos y tienen pavor de detener su actividad de ardilla y de hacer silencio para no escuchar, en una meditación sosegada, las revelaciones de una conciencia sin leyes.

Debe Echeverría a ese régimen, las altas prendas que le distinguen, ya se estudie al hombre, ya se analice al escritor. Ya cante una estrella o una flor, o exprese un sentimiento, en aquellos versos que sólo él supo hacer, — mezcla de armonía y de aire, de perfumes, de esta vida y de fragancias de otro mundo — se ve que brilla ante el inspirado como una ráfaga de luz que no le permite extraviarse, ya ande tímido o audaz, en su vuelo por los espacios ideales en donde se engolfan los poetas. Esa ráfaga luminosa brota de la estrella del arte que los antiguos colocaban en la frente creadora de las musas.

Cada página de los libros poéticos de Echeverría da testimonio del esmero con que subordinaba su inspiración a las condiciones externas de lo bello encontradas por él en las vigilias del estudio... Para presentar un ejemplo que esté al alcance de todos y que por lo tanto no puede ponerse en duda, abramos el tomo de las Rimas *y examinemos rápidamente el primer canto de la "Cautiva". Es im-*

posible leerle sin prorrumpir con admiración: ¡Qué maestría! Ese canto es una verdadera tela de gran maestro, un cuadro cuyo grandor y magnificencia van a la par con el objeto que lo inspira. Es la del Desierto, *una pintura que no obra únicamente sobre los sentidos sino que habla al alma, la esclaviza y la comunica las profundas impresiones que la inmensidad, la monotonía de la vasta planicie, los peligros de la soledad, el silencio solemne, deben causar forzosamente en el ánimo de quien en realidad se coloca en medio de las escenas de que es teatro frecuente aquel mar de verdura que se extiende en el vacío corazón de nuestro territorio. Y esos efectos se producen con una discreta economía de líneas y de colores. No hay allí ni detalles, ni minuciosidades, ni accidentes aislados que distraigan la atención con mengua del todo y de la unidad de la obra. Tampoco hace consistir el autor el colorido local en que abunda, en la árida y prolija nomenclatura de los seres peculiares a aquella naturaleza primitiva; los que de entre estos se presentan en el cuadro, aparecen por sí mismos, se mueven como actores, forman parte integrante del cuadro, completándole como sus accidentes necesarios.*

Si brama el Tigre es para que se alcance a comprender cuán mortales pueden ser las voces del desierto; y si el yajá hiende las nubes, es para que con la altura de su vuelo se compare la inmensidad del llano, rival, en la tierra, de los espacios del aire.

El Desierto *inconmensurable, se extiende a los*

pies de los Andes, triste, solitario, taciturno, semejante al mar en sus escasos momentos de calma. En vano se afana la vista por encontrarle límites; fatígase la mirada en este propósito como se fatigaría un ave buscando en donde fijar su vuelo imprudente en la superficie del océano. Sembrada está de arcanos y de maravillas aquella inmensidad en donde todo habla de Dios, en donde la filosofía enmudece para dejar que hablen elocuentes al alma, la humilde yerba, las auras mansas impregnadas de aromas, y las ráfagas armoniosas del viento.

La última luz de la tarde ilumina esta grandiosa escena aumentando su melancólica solemnidad. El "manto claroscuro" del crepúsculo envuelve en un mismo tono armonioso todos los objetos, y obra en la vista, como el silencio en el oído, una impresión verdaderamente siniestra. Algún espectáculo horrible muy pronto debe aparecerse en aquella escena présaga; el ánimo está lleno de presentimientos fatales y como a espera de la narración de una catástrofe. Efectivamente, a manera de una tempestad ruidosa y repentina se levantan del seno remoto de los pajonales los alaridos del salvaje y el estruendo de las pisadas de los potros en que cabalga. El aire se puebla con cantos de venganza y de muerte. Las picas de los jinetes desnudos y desmelenados relucen sangrientas en el fondo del horizonte escasamente claro; y muy luego el ruido se amortigua y cae en un pavoroso silencio, al mismo tiempo que la última partícula de luz crepuscular

se desvanece en tinieblas bajo el velo nebuloso de la noche

Las diez y ocho estrofas de este canto son otras tantas perlas, y de las de más bello oriente, entre las muchas que adornan la cabeza de la musa argentina. El metro, la versificación, los epítetos, las palabras todas empleadas por el poeta, son sencillas y casi familiares. Esas estrofas maestras no necesitan ni de oropel ni de ruido. Puede decirse de ellas, parodiando a Virgilio, que bástales mostrarse para convencer de que son divinas y reinas en los dominios poéticos de nuestro Parnaso .

El canto del Desierto *pertenece a esas creaciones que vivirán eternamente y serán por siempre hermosas como lo son la naturaleza y la verdad. La poesía de la* pampa *está toda entera elaborada y comprendida en esos pocos versos, así como la poesía de una noche estrellada y* serena *se encierra con todas sus armonías en la oda de León a don Loarte*. . . . . .

. . . . . .

Don Esteban Echeverría llegó a tiempo oportuno para tomar lugar en la literatura del Río de la Plata, a su regreso de Europa a mediados del año 1830. *Habituada Buenos Aires desde los primeros días de la revolución a escuchar la voz de sus vates en las solemnidades y acontecimientos patrios, debía notar un grave vacío en el silencio impuesto a las liras por el régimen de un gobierno que ya entonces mostraba hasta dónde había de llegar en*

los extravíos de sus tendencias despóticas. Rodríguez, Luca, Lafinur, desde muchos años atrás no existían. Los últimos cantos de estos cisnes se habían escuchado entre el rumor de la toma de Lima y el incienso fúnebre de las exequias de Belgrano. López se encontraba en aquella edad de la vida en que poco se escribe porque se relée mucho lo aprendido. El Canto a la victoria de Ituzaingo *podía considerarse como el último eco de la lira porteña, porque el* Día de Mayo, *pequeño volumen de cinco preciosas composiciones de don Florencio Varela, aunque dado a luz en* 1830, *no tuvo circulación en Buenos Aires por aprensiones contra el autor, prescripto en la otra orilla del río.*

Los partidarios mismos de la política que triunfó en la guerra civil de 1829, *se ruborizaron de la decadencia a que había llegado un ramo de las bellas letras antes tan cultivado y querido. Fué hasta cierto punto un hallazgo para algunos de aquéllos, la primera composición que apareció del joven Echeverría a fines de* 1830, *saludando la patria y complaciéndose en pronunciar de nuevo este nombre sacrosanto. Era realmente una buena fortuna la presencia inesperada de un rival de la musa incansable de los Varela, quienes en versos dignos de memoria, habían celebrado las instituciones, las reformas, las ideas de civilización y el decoro individual y social resucitadas y sostenidas por las administraciones que desde* 1821 *hasta la paz con el imperio del Brasil, habían regido al país.*

No cayó, sin embargo Echeverría, en esta red que le tendió el espíritu de partido. Eran ya entonces sus ideas en política las mismas que veremos más adelante; su doctrina social estaba ya formada y a ella subordinaba su conducta. A pesar de que la materia era tentadora para una imaginación que había ideado el poema de La cautiva *y a pesar de la instancia con que se le apremió, no quiso prestarse a cantar la Expedición al desierto hecha con tanto aparato por don Juan Manuel Rosas en* 1833. *No quiso ni indirectamente tomar parte en aquella parada militar, alarde hipócrita de un aspirante al poder absoluto, ni emplear su inspiración y su talento en alabar a un hombre visiblemente condenado en lo futuro a la execración del país.*

La atmósfera pesada de aquella época agobió el espíritu de Echeverría; los sueños se desvanecieron, las esperanzas fueron burladas. El campo en que se había propuesto combatir y vencer le estaba vedado. La prensa era meramente oficial.

Las garantías protectoras de la emisión libre del pensamiento sólo existían para aquéllos que ajustaban sus ideas al patrón de los intereses gubernativos. Su larga preparación en las ciencias políticas le era completamente infructuosa, y ya que no podía entregarse a la actividad del hombre de Estado ni a la carrera de publicista, se encerró dentro de sí mismo y dejó que brotase de su alma el raudal de dolorosa armonía que corre por las páginas de sus poemas y de sus obras líricas. A muchos sor-

prenderá saber que Echeverría escribió versos porque toda otra actividad mental le fué imposible por mucho tiempo. Esta es, sin embargo, una verdad que se descubre rastreando a fondo los accidentes de su vida, que se revela en sus escritos en prosa, y que a más tiene por testimonio la declaración de él mismo. "Sólo la deplorable situación de nuestro país, escribía a un amigo un año antes de morir, ha podido compelerme a malgastar en rimas estériles la substancia del cráneo." Envidiable esterilidad que le ha granjeado tanta fama y tanta honra.

Como hemos dicho poco antes, llegó Echeverría a Buenos Aires en época adecuada para llamar exclusivamente sobre sí la atención de los amigos de la poesía. Aquéllos que pudieron haber sido sus colegas o sus rivales, habían abandonado la escena patria forzados por su seguridad personal a buscar la hospitalidad extranjera. La generación que se educaba no había aún madurado por el estudio, y era a más tan tímida como correspondía a una situación social en la que no encontraban expansión ni eco los sentimientos generosos ni las ideas independientes que dan alimento a los trabajos del espíritu.

Esta situación era verdaderamente propicia para la doctrina y la escuela de que Echeverría era representante y a cuyo apostolado aspiraba. Habíale cabido vivir en Francia, durante los días en que preparándose aquella nación a reanudar el hilo de los principios revolucionarios, cortados por el imperio

y la Restauración, removía las creencias y la filosofía, daba carácter práctico y más social a las ciencias físicas-matemáticas, entraba en el campo abandonado de la erudición, escudriñaba los oscuros arcanos de la edad media y daba por base del arte y de la literatura otros preceptos que los enseñados hasta entonces. La lucha de los modernos contra los antiguos había reaparecido bajo jefes más audaces que Huet y que Perrault en el siglo de Luis el grande. Los románticos llevaban lo mejor de la pelea acaudillados por el genio exhuberante e innovador de Víctor Hugo, quien militaba con la doctrina en los prefacios de sus libros, y con el ejemplo también, produciendo obras verdaderamente seductoras por la extrañeza del fondo, por lo caudaloso de la inspiración y por la novedad de la forma, del estilo y hasta del lenguaje.

Los jóvenes de mejor ingenio y de razón más sólida, cedieron a aquel torrente, a aquel despotismo de la victoria alcanzada por la moda e impuesta por la opinión, y sin poderlo evitar cayeron en las extravagancias del maestro, reservándose para más tarde el derecho de colocarse en el término medio entre los extremos absolutos. Algo de pueril y de contradictorio en los términos había en realidad en aquella famosa querella literaria, en la que, como en toda cuestión, sólo una parte de la verdad estaba a favor de cada uno de los contendores. Pretendían sacudir unas reglas para someterse a otras reglas; emanciparse de griegos y romanos para unirse

al yugo de la Inglaterra y de la España románticas. Creyéndose poseedores del secreto para comprender mejor que nadie la naturaleza, iban a buscar exclusivamente el color y la luz de sus cuadros a las ardientes latitudes del Mediodía; y proclamándose únicos en la ciencia del corazón y de las pasiones, suscitaban a un Ruiz Díaz por rival del Cid de Corneille, y a una Lucrecia de la familia de los Borgia para derribar de su pedestal de mármol a la Fedra del segundo Eurípides.

Hemos hecho notar de pasada el estado de transición política en que se encontraba la Francia cuando fué campo de aquella justa entre el espíritu conservador y el espíritu neoliterario. El anhelo por mayor amplitud de libertad se extendía a todos los elementos sociales, y la aversión a las trabas se manifestaba desde la región de los derechos políticos a la de la mera literatura. La censura rígida establecida por la disciplina aconsejada a los Pisones, vestida a la francesa por Despréaux, era tan insoportable al poeta como la censura de la idea política lo era al publicista. En odio a toda tiranía encerraron los preceptos con cien llaves a imitación del autor del "Arte nuevo de hacer comedias" y confundiendo en una misma paleta todos los tintes, levantando el calor natural hasta la temperatura de la fiebre, tomando, por lejos y fondos ruinas de castillos feudales, y cubriendo todo el lienzo con una nube opaca de bariosa melancolía, llegaron a imaginarse que se levantaban al nivel de Dante y

de Shakespeare, sin considerar que si estos genios son inmortales es justamente por grandes y especiales y que es locura el colocarse en sus huellas aún a inmensa distancia.

Hablamos así de la literatura francesa romántica en su totalidad y en la masa, y nos referimos más a los malos discípulos y a los secuaces sin ingenio que a los verdaderos maestros y jefes de esa ruidosa escuela. El oro puro brillará por siempre entre la mala liga de las creaciones de estos últimos; pero tarde o temprano caerán en el más profundo olvido esos raudales de palabras huecas, esos relumbrones sin verdadera luz, esa ignorancia del idioma y de cuanto debe saber el poeta, que se nota en los versos de los innumerables improvisadores producidos por aquella enfermedad literaria con que nos contagió la Francia a cuantos estamos propensos a seguirla de cerca en sus extravíos y en sus aciertos.

Echeverría tenía una alta idea de la influencia social y del poder civilizador de la poesía. Su reacción contra el clasicismo no era para él tanto una cuestión de estética o de gusto literario, cuanto una cuestión de progreso. El sabía que todas las ideas se tocan, que todos los principios sobre que se basa un orden social, tienen semejanza de familia y armonías más o menos íntimas. Y como las pragmáticas del parnaso clásico se enseñaban y se seguían como credo de la vieja ortodoxia colonial, creía deber de hombre nuevo, de demócrata y de patriota, establecer un completo y apasionado divor-

cio entre la doctrina que por tantos años había dominado en los pueblos de origen romano, y la moderna, por llamarla así, que se presentaba trayendo audaz el combate y vestida con armaduras que deslumbraban. Pero en la sangre que hervía de juventud y bajo el pintoresco arreo de la edad caballeresca traía el audaz adalid algo que en realidad era una gran promesa, un excelente ejemplo y una conquista más para la libertad que se compone de muchos elementos.

Traía a la arena, en primer lugar, la lucha, que en la región de las ideas siempre es fructuosa; en segundo lugar, levantaba una protesta contra el principio autoritativo, *contra esa sumisión perezosa a que se humillan de buena voluntad los espíritus teocráticos y autocráticos, porque para ellos la verdad está únicamente en la palabra del maestro, en la idea que persiste porfiada a pesar del impulso de los tiempos, en el prestigio, en fin, de lo antiguo, y* venerando, *por lo tanto, para esos factores del letargo y del retroceso de las sociedades.*

En una palabra, la doctrina romántica apasionaba a nuestro poeta, como la moderna doctrina económica apasionaba, en la víspera de la revolución, a nuestros prohombres de aquellos tiempos. Era un ariete para demoler el edificio vetusto, la Bastilla colonial dentro de la cual se asfixiaba la juventud. Tratar de independencia, de libre examen, de libertades, de respeto por la personalidad y el individuo, en cualquier terreno, es dar pasos hacia adelante; y

como sólo en una materia teórica y al aparecer apartada de lo política, podía tener lugar entonces en Buenos Aires la expresión del pensamiento y la difusión de la luz, aprovechó Echeverría esa ocasión para arar un poco el campo en que sembró más tarde las ideas de la "Asociación de Mayo".

Echeverría pagó tributo a su época. Incurrió en algunos errores y afeó con lunares, entonces a la moda, la faz siempre bella y noble de sus inspiraciones poéticas. Apartándose, con razón, de las imágenes paganas cayó en la mitología falsa y poco risueña de la edad media, exótica en sí misma, y mucho más extravagante transplantada a este nuevo mundo que carece de tradiciones seculares. El genio de las tinieblas, Lucifer, ataviado con cetro y tiara, presidiendo fiestas sabáticas, los espíritus foletos, las almas errantes constituyen parte del mundo invisible, la región de los pavores místicos, en el sistema del autor de Elvira, *a usanza de los poetas artistas de la escuela de Goethe y de V. Hugo.*

Hay siempre que considerar dos cosas en los productos del arte; la manera externa de manifestación que puede llamarse la forma y el estilo, y la creación en sí misma compuesta de la idea, del sentimiento, de la pasión. La una pertenece al gusto, *la otra exclusivamente a las dotes intelectuales y afectivas del ser racional. La primera anda siempre movida por la corriente de los tiempos y se amolda al estado social que es transitorio. La segunda es constante, y para que sea eternamente verdadera y bella*

es menester que sea también expresión del corazón y de la naturaleza racional del hombre que no mudan esencialmente sino que cuando más se modifican. Si en una obra de arte no existe más que la manera, *que es como el atavío del gusto del día o de la escuela en boga, esa obra caducará como la moda de que fué cortesana. Pero no cabrá esa suerte a las producciones del artista que al crear y sentir, recibe la inspiración del alma y oye el idioma de la verdad al interrogar a la naturaleza para que le revele su belleza eterna .*

JUAN MARIA GUTIERREZ.

INDICE

	Página
Grandes escritores Argentinos	5
Páginas Literarias	I
Esteban Echeverría en los salones porteños de la primera época de Rosas, por Arturo Capdevila. (Prólogo).	9
Peregrinaje de Gualpo	39
Cartas a un amigo	58
Mefistófeles	109
Apología del matambre	128
La leyenda de Don Juan	136
Fondo y forma en las obras de imaginación	139
Esencia de la poesía	150
Clasicismo y Romanticismo	159
Reflexiones sobre el Arte	172
Estilo, lenguaje, ritmo, método expositivo	180
Sobre el Arte de la Poesía	186
Proyecto y prospecto de una colección de Canciones Nacionales	195
Literatura masborquera	203
Advertencia a la Cautiva	208
Dedicatoria de Elvira	214
Proyecto o prospecto de una obra periódica	216
Apéndice — *Fragmento de un estudio, por Juan María Gutiérrez*	221

IMPRENTA MERCATALI
AVENIDA ACOYTE 271
— BUENOS AIRES —